

ENYA REYNOLDI

*Mitades
perfectas*



Nova Casa Editorial

Prefacio

Axelle caminaba de manera sigilosa por el jardín, temblando debido al colchón de rocío que cubría el césped y mojaba de manera ligera sus pies descalzos. No deseaba ser descubierta. Luego de escuchar tantos cuentos sobre el Bosque Dorado y darse cuenta de que, en efecto, no era regado con agua común y corriente, quería confirmar los rumores. Se estaba dejando llevar por su sentido de la aventura, lo que muchas veces la había llevado a meterse en problemas.

Los jardines no eran tan vigilados en la noche, al menos no por personas. Había guardias, por supuesto, pero con el nuevo sistema de seguridad que había sido instalado hacía algunos meses no hacía falta tanto personal. Cualquier persona no identificada que se acercara a los muros que rodeaban el castillo, haría que la alarma sonara. Aún le costaba creer que ese tipo de cosas existían.

Se abrazó sintiendo otro escalofrío, cuando la brisa la acarició y provocó también que las hojas de los árboles susurraran. Le echaba la culpa al otoño, no a su sentido común que había fallado al no aconsejar llevar abrigo y calzado.

Su padre le habría dado un gran sermón de saber lo que estaba haciendo. Ingresar al Bosque Dorado estaba terminantemente prohibido para todos, exceptuando a los reyes y a quienes ellos les brindaban permiso. Pero Axelle era traviesa, y cuando su padre la traía junto con su hermana al castillo para poder cuidarlas mientras su madre no podía, ella escuchaba cosas que no debía.

Cosas como el murmullo de los sirvientes en la planta baja al contarse que el Bosque Dorado no estaba cerrado porque la llave estaba extraviada y el candado era tan antiguo que era imposible crear una nueva. Hasta ella, con sus ocho años de edad, entendía que habían otras maneras de mantenerlo cerrado.

Pero la gente no se atrevía a entrar porque le temían el al castigo.

La reja de hierro, algo oxidada por el paso del tiempo, se abrió con facilidad. Era pesada para sus manos pequeñas, mas no imposible de mover. Rechinó levemente, y Axelle sintió que su corazón latía con más fuerza cuando el sonido hizo eco. Se mantuvo quieta unos segundos, alerta por si alguien se acercaba. Nadie lo hizo.

Respiró con fuerza y entró.

Notó la diferencia del ambiente enseguida: el césped no estaba mojado, no había brisa en lo absoluto y no hacía frío. En realidad se sentía cálido, casi húmedo. El Bosque Dorado, a simple vista, era todo lo que Axelle había escuchado; y más.

Frente a ella había un sendero de arena tan clara que parecía blanca, que llevaba a un gran árbol al final, y con una arboleda marcando el camino a cada lado. El sol no daba aquí, pues el bosque estaba dentro de un cubo gigante de ladrillos rojos, y, sin embargo, había luz.

No obstante, lo que hizo que Axelle perdiera el aliento fue el color de las hojas.

Eran doradas.

Brillaban como si tuvieran un halo propio y parecían forjadas del oro más puro. Su corazón latía con júbilo, encantada con solo estar parada observando lo más maravilloso que jamás había visto. Se acercó a uno de los árboles a paso lento, disfrutando de la arena tan fina que parecía talco escurriéndose entre los dedos de sus pies.

Intentó alcanzar una de las hojas parándose sobre la punta de sus pies, pero fue en vano. Estaban demasiado altas. Continuó intentando, negándose a darse por vencida. Solo consiguió llenarse de frustración, considerando que no importaba cuánto saltara y se esforzara por siquiera rozar las hojas, Axelle seguía siendo demasiado baja de estatura.

Sus ojos se llenaron de lágrimas. Se había escabullido y probablemente se ganaría el enojo de su padre al darse cuenta de su huida, para nada. Tomó una respiración honda, considerando sus opciones. Quizá era mejor irse con el recuerdo de un bosque con hojas doradas que nunca haberlo visto.

Se metió entre los troncos gruesos y marrón chocolate, acariciando sus grietas. Era mucho más grande de lo que aparentaba ser desde afuera, incluso hasta más alto. No habría apostado ni por un segundo que el cubo de ladrillos rojos que se veía desde los ventanales del comedor tendría este tamaño.

Olía muy rico también. Un aroma que bordeaba lo cítrico, pero que se mantenía suave y ameno. Nunca había sentido algo así. El regocijo que se extendía por todo su pecho era inimaginable.

Estaba tan distraída atrapando atisbos de los más sutiles detalles del Bosque Dorado que no se percató de una pequeña rama saliente de uno de los troncos, puntiaguda a causa de que había sido arrancada. Arrastró su índice por donde sus ojos no veían, provocando que su piel se abriera a lo largo de su dedo y comenzara a sangrar.

Axelle siseó y gimoteó a causa del dolor, y se le escaparon algunas lágrimas. Se arrodilló en el césped, al borde del sendero de arena blanca, y se encogió en ella misma, sollozando por la profundidad de la lastimadura.

Separó los brazos de su cuerpo para poder observar y quedó espantada por la vista que la recibió: ambas manos estaban cubiertas de sangre y la falda de su camión celeste tenía manchas escarlatas. Lloró más fuerte.

No supo cuánto tiempo se la pasó tirada, pero detuvo su llanto cuando sintió que algo se movía sobre su cabeza. Levantó la vista, encontrándose con una hoja dorada bailando en el aire, cayendo lentamente en su dirección.

Ahucó sus manos sangrientas frente a ella, su boca entreabierta y sus ojos tan abiertos que lágrimas nuevas se estaban formando. Estas ya no eran de tristeza.

La hoja cayó sobre sus manos carmesí y se deshizo en millones de brillos dorados apenas hizo contacto. Se desparramaron sobre su piel y cayeron en su falda, dejándole un cosquilleo a su paso.

Axelle no estaba respirando.

La purpurina dorada resplandeció. Su piel la absorbió, dejando a la niña con un jadeo estancado en la garganta. La sangre de sus manos había desaparecido. Las manchas en la tela de su camisón se desvanecieron. Inspeccionó sus manos por delante y por detrás.

La lastimadura ya no estaba allí.

Su pecho se sentía cálido.

Axelle sonrió.

El Bosque Dorado *sí* era mágico.

Mis ojos picaban en lágrimas de miedo y, por más que me repetía que no debía ser débil, comenzaban a desbordar mis ojos, humedeciendo mis mejillas. No sabía qué hacer cuando este tipo de cosas sucedían. No solo eso, sino que el alcohol me tenía algo achispada y mi corazón estaba galopando con fuerza dentro de mi caja torácica.

Nunca debería haber dejado que Sean tomara tanto. Se volvía un tanto violento y no me gustaba en lo absoluto.

—Brrren, nena, no te pongas así. Veeen, volvamos a la cama.

Sentí que tocó mi hombro desnudo con su mano fría y seca.

—No me toques —bramé y corrí mi cuerpo de su alcance—. Estás muy borracho.

Volteé para mirarlo a los ojos y sequé mis mejillas con furia. Quería que viera lo mucho que me había afectado su actitud. Me miró arrepentido e hizo una cara de perro mojado. Luego comenzó a reír como desquiciado y trató de volver a acercarse. Como yo estaba relativamente sobria, lo esquivé con facilidad y me acerqué al sillón para tomar mi chaqueta y largarme de allí. Estábamos en plena primavera, pero de igual manera a la noche refrescaba y no pensaba salir solo con falda y camiseta de tirantes.

—Oh, porrr favorrr, ven aquí, yo te aaamo —arrastró las palabras, demostrando que estaba demasiado ebrio como para siquiera pronunciar bien.

—Nos vemos mañana cuando estés sobrio, Sean.

Me abrigué y salí de allí sin dejar que dijera nada. No quería escucharlo, estaba furiosa y asustada. Eso nunca había pasado antes y tampoco quería que pasara. No estaba física ni mentalmente preparada.

Ni siquiera tenía paciencia para esperar el elevador ni ganas de tomar un taxi, así que bajé las escaleras del edificio lo más rápido posible, salí de allí y comencé a caminar, no sin antes sacar mi iPod y colocar los auriculares en mis orejas.

Aumenté la velocidad de mis pasos cuando recordé que en un par de horas mis padres se estarían despertando para ir a trabajar, y no quería que me vieran entrar a nuestro piso al mismo momento en el que ellos se iban. No me iba a ir nada bien si eso pasaba.

Un rato después de estar caminando, a mitad de camino hacia mi hogar, sentí que uno de mis bolsillos estaba vibrando. Como odiaba la continua vibración, lo saqué lo más rápido posible, quité uno de los auriculares de mi oreja mientras contestaba el teléfono.

—¿Sí? —atendí de mala manera.

—¿Así es como atiendes a tu mejor amiga?

Sonreí al instante. Candace podía ser muy molesta cuando quería, a pesar de ser la persona inteligente y razonable en esta relación, pero en momentos como este su voz y locuras me tranquilizaban.

—Lo siento, no me fijé en el identificador. ¿Qué haces aun despierta? Pensé que apenas dejaste el bar te irías a dormir.

Porque era lo razonable. Candace no era como yo, a quien podría considerar como un murciélago. *Vivo de noche y duermo de día.*

—Insomnio. Cuando llegué a casa no tenía sueño, así que puse la televisión y lo único interesante era una película de terror. Ahí lo tienes, ahora no puedo dormir.

Reí ante su confesión.

—¿Qué película era?

—El Grito.

Reí otra vez.

—Ahora tampoco podrás bañarte sola, ¿sabes?

—Oh, cierra la boca. Cambiando de tema, ¿sigues en lo de Sean?

Y fue suficiente para cambiar mi humor.

—No, estoy caminando hacia mi casa.

—Veo... ¿Ha pasado algo? —preguntó, su voz con un tinte de preocupación.

Mi suspiro fue tan largo que creo que duró medio minuto.

—¿Podemos hablar sobre eso mañana? Estoy llegando a casa y no quiero hacer ruido y despertar a mis padres.

—Estás evitando el tema a propósito, señorita. Pero, está bien. ¿Me llamas mañana? O, bueno, hoy más tarde —agregó con una risa—. Me iría a dormir pero debo levantarme en media hora. Así que hasta algunas horas.

—Seguro —reí entre dientes.

El humor me había vuelto.

Cuando llegué a casa, sí tomé el elevador. No solo porque estábamos en uno de los últimos pisos, sino porque estaba exhausta. Eran las seis y media de la mañana, lo único que quería hacer en ese momento era darme una ducha caliente y dormir. Me saqué los tenis en la entrada y comencé a caminar a hurtadillas hacia la cocina, para tomar un vaso de algo que me sacara el gusto de nada de la boca.

Saqué una botella de Coca-Cola de la heladera y di tres tragos, satisfaciendo a mi reseca garganta. Cerré la puerta y cuando volteé, todas las luces se prendieron de repente. Mi mamá estaba sentada en el gran sofá de la sala con los brazos cruzados, y no pasó mucho tiempo hasta que papá se le unió, seguramente luego de haber prendido las luces.

—Buenas noches, Eloïse —saludó a mamá con hostilidad—. ¿O debería decir *buenos días*?

Hice una mueca. Iba a reclamarle el llamarme por mi segundo nombre, pero no me pareció adecuado a la situación. Hacía mucho tiempo que mis padres no me atrapaban a la hora de llegada.

—Buenos días —saludé insegura.

Rodeé la barra de desayuno y me acerqué a ellos a paso lento. No solo era raro que estuvieran despiertos a esta hora, sino que ambos tenían una expresión en sus rostros que no me agradaba.

—¿Dónde estabas? —preguntó papá.

—Estaba con Sean. Estábamos viendo una película y se nos pasó el tiempo —mentí sin problemas.

Debería haber sido parte de la pandilla de Alison de *Pretty Little Liars* con lo buena mentirosa que era.

—Bien. Entonces, ¿por qué estás vestida así?

Uh, oh.

—Fuimos a un bar primero. Se los dije antes de salir de casa hoy.

Por lo menos eso era verdad.

Papá suspiró.

—Mira, Brenda, tu madre ha recibido bastantes noticias en el club sobre ti y no son nada agradables—. Decidimos hacer algo al respecto.

Lo miré incrédula.

—Espera, espera. No pueden creer cada rumor sobre mí, papá. —Lancé mis manos al aire.

Mamá se paró de un salto y me dio una mirada llena de acusación, aunque más que nada, de decepción.

—Entonces dime que no son ciertos. Dime que no sales de fiesta todos los días y que no andas durmiendo por los alrededores. Ya ni siquiera sé si Sean es realmente tu novio. Una muchacha nos mostró fotos de ti muy cercana a muchos muchachos e incluso fotos tuyas dejando bares de la mano de ellos. Te permitimos este año libre porque pensamos que serías responsable. No esperaba que estuvieras todos los días durmiendo hasta tarde y teniendo sexo por todo Nueva York.

Mi mandíbula rozó la alfombra.

—Yo no estoy...

—¿Durmiendo por los alrededores? —Me interrumpió ella—. Porque encontré los condones en tu habitación, Eloïse.

Y, esta vez, sentí la piel de mi mentón ser raspada por el material del suelo. Abierta en dos y sangre goteando en forma de indignación.

—No tenías derecho a revisar mi habitación —acusé con los dientes apretados, olvidando las mentiras dichas sobre mi persona.

Mostró la palma de su mano, admitiendo que era culpable.

—Sé que no, pero eso solo me sirvió de evidencia. Esto no puede seguir así, Eloïse, vives en una fiesta continua y yo no voy a seguir festejando tus errores.

No pude negárselo, porque todos los días tenía una fiesta diferente y nunca falté a ninguna de ellas. En ese momento me sentí muy avergonzada y perdida, porque ya no sabía qué decirle. Me sentía un fracaso de hija. Solo bajé mi mirada y retuve las ganas de llorar por segunda vez en el día. No serviría de nada aclarar que con la única persona que había tenido sexo era con Sean. No me creerían.

Escuché a mi mamá susurrarle algo a mi papá, pero no pude llegar a entender qué le dijo.

—Brendie —llamó papá, haciéndome levantar la mirada y encontrarme con sus cálidos ojos marrones, tales como los míos—, dejarás Nueva York por un tiempo.

—¿Qué? —pregunté casi inaudible, con los ojos bien abiertos.

Mamá se acercó hasta quedar bien cerca de mí y sonrió con simpatía, como si en realidad no quisiera decirme lo que tenía que decir. Acarició mi mejilla y besó mi frente.

—Esto es por tu propio bien, bebé. Recuerda lo que dijimos; no dejaríamos que tu año libre fuera así. Necesitas acomodar tus pensamientos. Hablé con tu tío ayer en la tarde e irás a vivir con tu prima Seleste.

—¿Prima Seleste? —incredulidad teniendo mi hilo de voz.

Eso quería decir que...

—Sí, irás a Goldenwood.

Mis ojos se volvieron a llenar de lágrimas. No. No quería dejar mi hogar, no quería irme a Francia y, por sobre todas las cosas, no quería separarme de mis amigos y padres.

Mi prima Seleste era la hija de la hermana de mi mamá. Ella había vivido aquí con su mejor amiga, Lynn; pero, por extrañas cuestiones de la vida, el príncipe de Goldenwood vino aquí y se enamoró de ella. Ahora estaban comprometidos y Seleste vivía con ellos allí. Mi familia materna era de ese lugar, un estado independiente llamado Goldenwood. Estaba ubicado en la intersección de Suiza, Francia e Italia. La última vez que estuve allí tenía tres años.

—No quiero —respondí con voz trémula—. Por favor, no me hagan esto —supliqué.

Compartieron una mirada, y mamá volvió a mirarme con seguridad. Sus ojos azul claro demostraban lo agotada que estaba y sus rizos dorados estaban desordenados, pero no perdían su certeza.

—Lo lamento, pero irás. Aprenderás a comportarte y a valerte por ti misma. Tienes suerte de que Seleste estará allí y no estarás sola. No tienes otra opción, ya que si te quedas será peor.

Fruncí el ceño.

—Peor, ¿por qué?

Mamá y papá volvieron a cruzar miradas.

—Porque sabemos que Sean, tu novio, era tu profesor.

Negué con la cabeza.

—No, no, él no era...

—¡Deja de mentir! —exclamó ella—. Ya estoy harta de tus mentiras y que siempre te salgas con la tuya. Ya basta de esto, basta de esta vida que llevas. No dejaré que te arruines la vida. No tienes

idea de lo horrible que me siento cuando socias del club me vienen con todas estas historias sobre ti. —Tomó una respiración honda—. Te irás, porque sino todos sabrán qué clase de relación llevaban tú y Sean y el muchacho perderá su trabajo. Por su culpa —añadió.

—No, por favor —supliqué—. Sean ni siquiera era *mi* profesor y ya no trabaja en la escuela a la que yo iba.

Mi labio inferior comenzó a temblar, pero no me permití llorar. No iba a llorar. Me llevaba bien con Seleste, pero ella era tan diferente a mí que de solo pensarlo me daban ganas de gritar y patear como niña caprichosa.

—Partes hacia allá mañana, linda —musitó papá acercándose—. Duerme un poco ahora y luego prepara un bolso. Es lo único que necesitarás.

—¿A qué te refieres?

No sabía cuánto tiempo iba a estar, pero un solo bolso no me alcanzaría. ¿Acaso pretendían que anduviera en mi traje de piel?

—Lleva solo lo necesario —respondió mamá—. Seleste ya fue de compras por ti.

—¿Qué? ¿Están locos? —exclamé.

Yo era de camisetas y tenis, y Seleste era de zapatos de taco alto y ropa elegante hasta para dormir. Ni hablar de que ambas teníamos gustos diferentes en la mayoría de cosas. Joder, esto no era para nada bueno.

—Queremos que aprendas a ser una señorita —aclaró mamá con suavidad.

Intentó acariciar mi mejilla, pero me corrí. Ya no estaba triste, sino enojada y decepcionada.

—Ustedes quieren cambiar quien soy yo. —Negué con la cabeza.

Mamá abrió la boca para decir algo, pero levanté la mano para que no lo hiciera. Ya no tenía ganas de escucharlos. Me di la media vuelta y me dirigí a mi habitación, mi refugio. Cerré con llave para que no entraran y siguieran con su discurso de que aprendiera a ser una señorita.

Me deshice de la falda, las medias y la chaqueta, pues sentía que era innecesario tenerlas puestas. Los aros del corpiño me estaban matando, así que también me lo saqué. Estaba totalmente cómoda solo en mis bragas y mi musculosa negra. Recogí mi cabello castaño oscuro ondulado en una colita alta y me propuse hacer el maldito bolso. Primero guardé mi laptop y mi iPod en una mochila aparte y luego, en el bolso, mi camiseta con la estampa de *I love New York* y otras prendas favoritas que sabía que iba usar en momentos a solas. Porque no pensaba usar la ropa que Seleste me compró todo el tiempo. No señor.

Cuando hube terminado, me tiré en mi cama con cansancio. Necesitaba llamar a Candace para contarle y poder despedirme; tal vez podíamos hacer algo juntas antes de que yo desapareciera de Estados Unidos. También tenía que llamar a Sean y despedirme, no podía irme como estaban las cosas entre nosotros. Además, debía saber que su empleo corría peligro si no actuaba con disimulación. Aunque quizás debería esperar a que estuviera sobrio.

Saqué el celular de mi campera, que afortunadamente tiré sobre la cama rato atrás, y marqué el número de Candace. Sin que me sorprendiera, atendió al primer tono.

—Hola, Bren —saludó con... ¿resignación?

—Oye, no sabes lo que ha pasado. Mi padres me están obligando a ir a otro continente mañana. Así que, ¿te parece si hacemos algo como despedida?

Suspiró casi con pesadez.

—No puedo. Tus padres llamaron a los míos... *recién*, y contaron sus planes, diciendo que no puedo verte antes de que te vayas. Ojalá pudiera escaparme de alguna manera para poder ir a verte de todas formas.

Sus palabras cayeron como una piedra en mi cabeza, con tanta fuerza que casi me desmayo. No podía creerlo, mis padres ni siquiera eran capaces de dejarme despedirme de mi mejor amiga, la que conocía desde hace años.

—Increíble. No solo me están sacando del país, sino que no me dejan despedirme de ti.

—Ni de nadie. No creo que te dejen ir a ver a Sean tampoco.

Apreté mi celular con tanta fuerza que creí que lo rompería. No que lo quisiera, pero estaba tan enojada que hubiera roto cualquier cosa con mis propias manos.

—Bueno, entonces... entonces supongo que nuestra despedida será por teléfono.

—Sí —respondió con voz pequeña y quebrada.

Sabía que estaba por llorar.

—No llores Candie, nos volveremos a ver antes de lo que te imaginas y te llamaré cada momento en el que pueda y tú me podrás llamar a mí.

—Pero seguramente te harán comprar un teléfono nuevo para poder comunicarte con la gente de allí —rezongó con voz rara, lo que quería decir que estaba resistiendo las lágrimas.

—¿Tú crees que me voy a deshacer de este teléfono? No hay manera, tendré dos teléfonos, pero no me voy a deshacer de este. M-m, no.

—Bueno —rio un poco, aún algo triste—. Te llamaré todos los días, Bren —dijo con tristeza.

—Y yo atenderé —reí.

Alguien comenzó a tocar la puerta continuamente y sabía que era mi mamá. Solo éramos tres, o sea que solo ellos dos tocaban mi puerta: papá solo daba dos toques y esperaba pacientemente a que le abriera; mamá, al contrario, daba toques continuos. No iba a detenerse hasta que le abriera.

—Tengo que irme, mamá quiere hablar conmigo.

—Oooh. Está bien. ¡Te quiero!

—Yo también te quiero, tonta.

Finalicé la llamada antes de que hiciera algún comentario que me retuviera. Sabía que iba a decir algo sobre que nunca le decía que la quería y estaríamos conversando por mucho más tiempo.

Me levanté de la cama a regañadientes y giré la llave de la puerta. Cuando la abrí fulminé a mi mamá con la mirada, quien me observaba devuelta con una expresión cándida y su mano derecha alzada, con la que estaba golpeando mi puerta.

—¿Qué quieres?

Colocó sus manos en las caderas y me dio una mirada seria.

—No me hables así, Eloïse.

—No me llames así.

—Te llamaré como quiero porque tú eres mi hija y ese es el nombre que elegí para ti.

—Mi nombre es Brenda. ¿Qué quieres, mamá?

Suspiró y se cruzó de brazos. Me miró un largo rato, entornaba los ojos y luego los volvía a la normalidad, como si estuviera pensando seriamente en si decirme algo o no. Después de un momento, volvió a suspirar y sus hombros descendieron.

—Nada. Es solo que... no quiero que estés enojada conmigo. Con nosotros. Lo estamos haciendo por tu bien, tú necesitas este cambio.

—¿Yo necesito *este* cambio o necesito *un* cambio? —Le envié una mirada desafiante—. Encima me estás amenazando con arruinar a Sean. No es justo.

Era despreciable.

—Deja de decir eso, nosotros no queremos cambiarte. Queremos que todo sea mejor para ti y acá no podrás tener éxito, y si amenazándote es la única manera de hacerlo, entonces que así sea.

—¿Éxito? —pregunté incrédula—. No necesitas enviarme al otro lado del mundo para que tenga éxito. ¿Por qué no me dices de una vez por qué están haciendo esto?

—¡Ya te lo dije! —exclamó llevando sus manos al aire, exasperada. Estaba mintiendo, lo sabía—. Ahora termina de empacar. Tu avión sale a las dos de la tarde.

—Espera, espera, espera. ¿No me voy mañana? —pregunté confundida.

Mamá frunció el ceño y miró su reloj de muñeca.

—No, es hoy. Lo siento, el hecho de que te hayamos dicho todo cuando llegaste tan temprano y tarde al mismo tiempo me confundió.

Iba a replicar, pero solo se dio la vuelta y caminó por el pasillo bailando sus caderas como siempre solía hacer. Enojada, di un portazo. Odiaba que me ignoraran así. Ahora no solo no puedo despedirme de quien quiero, sino que me voy hoy mismo en menos de diez horas. En ocho, para ser exacta.

Decidí darme una ducha y luego dormir. Ya había terminado de empacar, lo único que quería hacer era dormir hasta que tuviera que irme. Agarré unas bragas limpia de mi armario y una camiseta para luego descansar.

No tardé mucho en bañarme. No era de las personas que le se la pasan horas en la ducha porque piensan mucho y bla bla bla. No, para mí cuanto menos tiempo en bajo la lluvia artificial, era mejor. Mi cabello era todo un nudo al salir de la ducha, algo que me molestaba tremendamente.

Debería haber salido como mi madre, con su grueso y brillante cabello dorado. No, en lugar de eso salí como mi padre con su fino, opaco y oscuro pelo. Al igual que sus ojos marrones. Toda mi familia de parte de mi mamá eran rubios de ojos claros, en lugar de pasarme algunos de sus genes salí como la familia de mi papá. Lo único que había heredado del lado materno, eran los labios carnosos y el color de piel cremosa.

Cepillé mis dientes y luego me acosté en mi cama, no sin antes poner a cargar mi celular. Ni siquiera me molesté en poner la alarma. Si podía quedarme dormida mejor, aunque sabía que mi madre iba a ocuparse de despertarme de todas maneras. Pretendía dormir todo lo posible porque en los vuelos nunca se me concedía. Y este iba a ser uno muy largo. Sin mencionar que debía tomar dos jodidos aviones.

Estaba teniendo un sueño relajante cuando sacudieron uno de mis hombros con delicadeza. Gruñí internamente; era mamá. Lo que significaba que era hora de irme. Demonios, ¡no quería irme! Estaba muy cómoda con mis ojos cerrados y mi inconsciente descansando.

—Despierta Eloïse, es hora de levantarse.

—Vete. —rezongué mientras giraba para que dejara de zarandearme.

—¿Quieres que quite el cobertor?

Suspiré con pesadez antes de darme la vuelta y sentarme, froté mis ojos antes de abrirlos. Al menos había sido lo suficientemente considerada para no prender la maldita luz. Estaba segura de que mi cabello era un nido de pájaros, pero ¿qué más daba? En horas estaría en otro lugar y no era mi querida Nueva York.

—Papá está bajando tu bolso y mochila al auto. Vístete así comes algo antes de ir al aeropuerto.

—No podré guardar mi cepillo de dientes si se lleva mi mochila —dije con voz rasposa por el poco uso.

—Seleste se ha encargado de que tengas uno nuevo en Goldenwood —musitó con voz dulce.

Besó mi frente y prendió la lámpara de la mesita de noche. Miré para afuera y me di cuenta de que aún no era totalmente de noche, pero lo sería durante todo el viaje hasta que aterrizara en maldita Francia. Salí de mi cama con la intención de buscar ropa de mi armario, pero mamá chasqueó la lengua.

—Dejé ropa sobre tu cama, linda. Lo siento, pero no puedo dejar que mañana cuando llegues a allí te vean con cualquier ropa. No te preocupes, puedes usar zapatillas. —sonrió mostrando sus dientes.

Le di una mirada de pocos amigos y la ignoré, yendo directamente al baño a asearme.

La ropa que mi mamá había elegido no era del todo mala, pero cuanto más me miraba en el espejo de cuerpo entero, menos me gustaba. La camiseta era un par de tonos más claro que el negro, no

llegaba a ser gris. Las mangas me llegaban un poco más arriba que el codo y era demasiado escotada para mi gusto. Arriba, de conjunto, iba un chaleco negro. Eligió los únicos pantalones que no me gustaban, no solo por el hecho de que eran blancos, sino porque eran malditamente ajustados. Debía acostumbrarme a ponerme ropa que no me gustaba, considerando que Seleste sería mi estilista de ahora en ,ás.

Me calcé mis tenis negros, tomé mi celular y dejé mi habitación detrás. Mientras comía unos sándwich que me había hecho mamá, ella me peinó y sujetó mi cabello en una coleta alta. Estábamos camino al aeropuerto unos momentos después. Decir que estaba de mal humor sería una atenuación. Estaba *muy* malhumorada. No era de la clase de persona a las que les gustaba despertarse temprano, como tampoco era de las que les gusta que les despierten. Disfrutaba mucho mis horas de sueño.

Esperamos una hora en el aeropuerto para que pudiera siquiera hacer el pre-embarque. Luego quedaría sola.

—Te extrañaremos, Bendie —murmuró papá en mi oreja, abrazándome.

Lo abracé devuelta. A pesar de que estaba de mal humor, él era mi padre y lo echaría de menos.

Papá me dejó ir para que mamá pudiera abrazarme. O mejor dicho estrujarme; ella no abrazaba, ella apretaba hasta dejarte sin aire y era exactamente lo que estaba haciendo en ese mismo instante. Sus hebras doradas se estaban metiendo en mi boca y pegándose a mi lengua de forma molesta. Dios mío, esta mujer sí tenía fuerza.

—Mamá —gimoteé.

—Debes entender que esto es por tu bien. Goldenwood te hará bien, bebé —susurró dulcemente.

Sentía un rencor creciendo dentro de mi a medida que las palabras acariciaban sus labios. Lo único que yo quería era que me dejeara en paz así yo podría esperar a embarcar sola con el celular en mis manos. Quería darle una llamada a Sean y despedirme, pues no sabía cuándo lo volvería a ver.

—Bueno. Ahora déjame ir, por favor.

Luego de un suspiro de resignación, mamá me soltó y yo pude volver a respirar. Papá me dio el bolso para que pudiera pasar el escáner y la zona de pre-embarque, mientras mi mochila colgaba de uno de mis hombros hacía ya un tiempo.

—Adiós —dije apenas audible antes de darme la vuelta y pasar a la otra zona.

Mi mochila y bolso pasaron por el escáner al igual que mi celular en una pequeña bandeja. Luego los tomé y me senté a esperar en la sala de embarque. Mientras esperaba, decidí que era el momento adecuado para llamar a Sean. Atendió bastante rápido para mi genuina sorpresa.

—¿Bren, nena?

Una sonrisa se dibujó sin permiso en mi rostro al escuchar su voz. A pesar de los acontecimientos del día anterior, yo lo seguía queriendo y ya lo estaba extrañando.

—Hola, Sean —dije suavemente.

—Oye, pensé que te vería hoy. ¿dónde estás? ¿quieres que te busque?

Sonaba tan emocionado que solo eso provocó mi angustia.

—No, no puedes. Estoy en el aeropuerto a punto de irme.

—Oh, ¿a tus padres se le ocurrieron repentinas vacaciones? —preguntó con evidente sorpresa y algo de confusión.

—No. Ellos me están... enviando a Europa. —dije sin preámbulos.

—¿Qué? —preguntó con una exclamación—. Estás bromeando, ¿verdad? —rió con nerviosismo.

—No, Sean. Quería despedirme pero no me dejaron salir de mi casa ni dejar a Candace entrar, no había manera de poder hacerlo en persona, así que decidí llamarte desde aquí.

Esto se sentía tan mal. Quería poder darle un abrazo de despedida y que me diera esas palabras reconfortantes que solo él sabía darme. Lo necesitaba a él y estaba totalmente sola.

—Pero... pero, ¿por qué? —preguntó con cierto dolor en su voz.

—Porque creen que soy un desastre y lo soy. Ya no pueden controlarme. Vivo de noche y duermo de día cuando debería ser al revés. Tendría que empezar la universidad en unos meses y estoy en el camino contrario. Realmente lamento el no poder despedirme de manera adecuada.

Sean dejó salir un sonoro suspiro y se quedó en silencio un momento. Sabía que le estaba costando recibir la noticia luego de que nos costó un infierno poder estar juntos sin problemas. En la vida todo se trata de sacrificios. Sean sacrificó muchas cosas por esta relación cuando yo apenas si lo hice y me estaba marchando para volver quién sabría cuándo.

—Bueno —murmuró—. Te extrañaré horrores. Quizá pueda ir a visitarte en algún momento.

—No creo que puedas —expresé con la voz quebrada—. Mis padres harán lo posible para que deje atrás todo lo que me ata a Nueva York.

Y no entiendo por qué, quise agregar.

—Bren —gimió con dolor—. ¿Qué haremos?

—Lo único que podemos hacer es mantener esta relación a distancia o... —Dejé la oración en el aire.

No quería decirlo en voz alta, ni siquiera quería pensarlo. Si él lo quería, entonces así sería, pero yo no daría la idea. Ambos podíamos ser idiotas en esta relación; aún así teníamos un lazo difícil de romper y él era la única persona con la que podía ser yo misma sin ser juzgada.

—O terminarla —completó por mí luego de unos segundos. Y así, diciéndolo en voz alta, hizo que todo esto fuera real—. No sé qué es lo que quiero ahora, Bren. Sabes que te esperaré todo el tiempo que fuera necesario, pero esa es la cuestión... ¿cuándo volverás?

—Desearía saberlo.

Tenía esa extraña corazonada de que estaría más tiempo del necesario en el estado donde había nacido mi madre. Ni siquiera recordaba cómo era y ya lo odiaba.

—Cielos. Creo que... creo que ahora debemos pensar, ¿de acuerdo? Hablemos cuando estés allá y tengamos las cosas más claras, porque ahora estoy jodidamente confundido y no sé qué lo que podemos hacer con nuestra relación, Bren.

Sabía que le estaba costando decir esas palabras. Él me quería en Nueva York tanto o más de lo que yo lo deseaba. Él había confesado su amor por mí mucho tiempo antes de que yo siquiera sintiera que me gustaba, apenas si sentía una ligera atracción cuando él me dijo todo lo que sentía. Sean no merecía esto.

En ese momento decidí que no necesitaba saber que mis padres eran conscientes de que había sido profesor en mi preparatoria. Se le notaba compungido con la sola noticia de que me iría sin saber la fecha de regreso; no quería hacerlo sentir peor.

—Está bien —aseguré—. Llámame cuando hayas decidido. Solo recuerda que hay seis horas de diferencia de aquí a allá cuando lo haga. —agregué tratando de aligerar el humor de la conversación.

Él rió entre dientes, sacándome una sonrisa. Ambos sabíamos que era el momento de decir adiós y ninguno de los dos quería dar el primer paso. Relativamente, yo lo había hecho al llamarlo, pero ahora no quería hacerlo definitivo y decirlo yo primero. Ahora era *su* turno.

—Bueno... lo haré. Te llamaré pronto aunque sea para saber cómo estás, ¿sí?

Asentí, olvidando que él en realidad no me podía ver.

—Sí —respondí cuando recordé que estábamos hablando por teléfono.

—Te amo, Bren. Ten un buen viaje y disfrútalo aunque estés reacia a hacerlo.

Podía sentir su sonrisa. Y yo también estaba sonriendo, porque tenía esperanzas para nosotros dos.

—Yo también te amo.

—Adiós, nena —murmuró.

—Adiós, Sean —susurré antes de sacar el celular de mi oreja y terminar la conversación.

Mordí mis labios para retener la ganas repentinas de llorar. La situación apeataba.

Un momento después, comenzaron los llamados para arribar el avión. Algunos hombres se ofrecieron a cargar mi bolso, pero solo les agradecí cortamente y seguí mi camino sin siquiera mirarlos. No estaba de humor para flirteos. Estaba ubicada en la primera fila, así que pude mostrar mi identificación y pasaje rápidamente. Me encontraba sentada en mi cómodo asiento de primera clase antes de lo que esperaba. Envié un mensaje rápido a mamá, papá, Sean y Candace informándoles que ya estaba dentro. No sé qué se había metido dentro de mí, pero de repente quería que estuvieran al tanto de lo que me estaba pasando, cuando antes me hubiera importado un comino.

Las ocho horas de vuelo las pasé con los auriculares prendidos a mis orejas, escuchando música con los ojos cerrados. Comí una que otra cosa que la azafata ofrecía, pero la verdad era que no tenía hambre. Traté de dormir la mayor parte del tiempo. Pensé mucho en todo lo que extrañaría mi hogar y las personas en él, mi habitación, mis cosas. Me sentiría una total extraña en Goldenwood, aunque mi madre fuera de allí.

Cuando aterrizamos en París, lo primero que llamó mi atención al pisar el aeropuerto fue mi prima Seleste con un cartel blanco en sus manos que decía lo siguiente: Brenda Eloïse Thomas Morel. *¿En serio?* Pensé con sarcasmo, *¿con qué necesidad puso mi nombre completo?* Me hubiera conformado con solo Brenda Thomas, el nombre con el que usualmente era reconocida y el que a mí me gustaba. La parte francesa estaba absolutamente demás.

Ella lucía tan formal como siempre. Hacía dos años que no la veía, pero mantenía su apariencia perfectamente. Su cabello dorado estaba recogido en un rodete que a simple vista —y a mi parecer— estaba muy tirante, sus ojos celestes estaban cubiertos por lentes de sol, seguramente de una marca carísima. Tenía puesto un vestido al cuerpo de color celeste que era bastante corto para mi gusto y formal para la hora del día; dejaba ver sus infinitas y bronceadas piernas y a no olvidar los tacones de quinientos mil centímetros, haciéndola más alta de lo que ya era. Seleste era seis años mayor que yo y era hija única... al igual que yo. Éramos las últimas Morel de la familia.

Cuando me vio, sus carnosos labios se estiraron en una sonrisa que mostraba sus dientes blancos y parejos —gracias a los brackets, por supuesto—. Tenía la atención de más de una persona a pesar de toda la gente que había, y no me sorprendía para nada.

—¡Brendie! —chilló con emoción, y luego pronunció en perfecto francés: —. Bienvenue à Paris.

¿Mi traducción personal? *Bienvenida al infierno.*

Yo era una persona de pocas palabras; con muy pocas personas me dejaba llevar y hablaba sin parar —como con Candace, por ejemplo—. Seleste, no obstante, era muy diferente a mí en ese aspecto. Ella cotorreaba sin parar a mi lado mientras esperábamos que el pequeño avión tomara vuelo. No era un jet ni un avión privado, pero tampoco era largo y grande como los aviones de vuelos internacionales. De este lado del mundo eran las cuatro de la mañana. Yo estaba exhausta, mientras mi prima hablaba sola sin parar.

—... Y es fabuloso. Estará tan hermosa el día de su boda que a todos se les caerá la baba. ¿Crees que en mi boda yo estaré hermosa? Porque sé que aunque no será lo mismo puede ser una de las bodas más importantes, o sea: estoy saliendo con el primo del futuro rey. —Dejó salir una risita—. Aunque Lynn es mi amiga, no debería estar pensando en opacarla ni en el día de su boda ni en el mío, quiero decir, no debería estar pensando en tener una mejor que ella. ¿Puedes creerlo, Brendie? ¡Lynn será reina! Aún me es difícil creerlo. ¿Ya conociste a Alaric? Él será un gran rey...

Y bla, bla, bla. En cierto punto dejé de escucharla, coloqué los auriculares en mis orejas y la aparté de mi mente. Cuando me quedé sin batería aún quedaba una hora de viaje. Seleste, milagrosamente y gracias a la santa madre de Dios, no estaba hablando. Estaba mirando hacia afuera, por la ventanilla. No había mucha gente en el avión, pero la poca que había estaba con los ojos cerrados. Me preguntaba si habían escuchado las palabras de mi prima con más interés de lo que yo lo había hecho.

—¿Quiere algo para tomar señorita Morel? —preguntó la azafata.

Pensé que se estaba dirigiendo a Seleste, pero, cuando giré a verla, me di cuenta de que se estaba dirigiendo a mí y esperaba mi respuesta con una sonrisa cordial. ¿Por qué me había llamado «señorita Morel»? Mi primer apellido era Thomas, no Morel.

—No, gracias. —Agradecí negando con la cabeza.

Tenía hambre, pero no quería comer dentro del avión, quería llegar a donde fuera que me quedaría, comer algo, darme una ducha y dormir el resto del día.

—¿Cómo está Nueva York? —preguntó Selesté esbozando una sonrisa.

—Eh... Está bien.

—¿Cómo están tus padres?

—Ellos están bien.

—¿Candace?

—Igual.

—No vas a conversar conmigo, ¿verdad? —preguntó resignada.

—No —respondí escueta.

Ella no entendía que no quería hablar. No con ella, no con nadie. Por lo menos no con nadie de las personas que me rodeaban. Si pudiera haber llamado a Candace lo hubiera hecho, pero lo que menos quería era provocar una interferencia en las máquinas del avión y que tuviéramos un accidente. Exagerada, ¿verdad? En realidad no me importaba, solo estaba buscando una excusa para no llamarla. Además de que no habría señal, ella estaría durmiendo.

Cuando el oficial de vuelo avisó que aterrizaríamos en algunos minutos, Selesté chilló emocionada, provocando que volteara a verla con el ceño fruncido. ¿Qué demonios...?

—Ven aquí, te maquillaré un poco antes de aterrizar.

—No hay manera en el infierno que haga que me maquilles —repliqué al instante.

Estaba loca si pensaba que la dejaría poner sus manos encima de mi cara lavada. Odiaba el maldito maquillaje.

—Mi tía me dio explícitas órdenes de que te convirtamos en una señorita. Sin maquillaje no eres una y no creo que quieras que los reyes de Goldenwood te vean..., bueno... —Me dio una mirada de pies a cabeza, haciendo una mueca—. Así.

Apreté mis dientes con fuerza. ¡Maldición! Si por mí fuera haría presencia delante de los reyes en ropa interior, pero tampoco quería que mis padres me exiliaran *de nuevo* a un lugar al que directamente no conociera en lo absoluto. Dándome por vencida, dejé salir un suspiro mientras cerraba los ojos y asentía afirmativamente. De todas formas, Seleste iba a insistir en maquillarme hasta que cediera, y probablemente no me dejaría bajar del avión hasta que hubiera cumplido con su cometido.

Dejó salir otro chillido y sacó un par de cosas de su bolsa. Primero puso rímel en mis pestañas y luego pintó mis labios con un brillo rosado. Quiso aplicar un montón de cosas más, pero cuando vio que estaba —más o menos— echando fuego por los ojos, guardó su utilería de nuevo en su bolso con un mohín.

Entonces, ¿qué podía decir del estado encantador en el que estaba a punto de pisar con mis propios pies? Bueno, para empezar, no tenía ni la menor idea de por qué se llamaba así; sabía que había un motivo pero nunca me había preocupado por saberlo. En Goldenwood el idioma oficial era el inglés, pero el francés y el italiano también se hablaban bastante. Según había entendido las pocas veces que escuché sobre el estado dorado, a pesar de ser una república, Francia era quien mejor relación tenía con los reyes de Goldenwood.

En el aeropuerto había un hombre vestido con un traje negro y gafas de sol cubriendo sus ojos. El auricular color piel que estaba en su oreja no pasaba desapercibido; supuse que era algún agente de seguridad que venía por nosotras. No era una idea que me fascinara, pero Seleste vivía en el castillo con personas de la realeza y yo no podía elegir irme caminando. Además de que sería de mala educación, no conocía el camino. No quería perderme el primer día.

Nos saludó moviendo levemente la cabeza y tomó nuestros bolsos. Estaba segura de que el mío era liviano porque había podido cargarlo sin problemas, pero no estaba tan segura del bolso de mi prima. En ese caso, pobre hombre.

En un coche negro marca Audi transcurrió el camino hacia el castillo. El hombre de negro se había sentado del lado izquierdo, mientras que en el lado derecho había otro hombre vestido de igual manera al volante. Eso me hacía pensar en mi licencia de conducir; si era una inútil manejando un auto cuando el volante estaba del lado izquierdo, no me quería imaginar cómo sería hacerlo del lado derecho con los carriles de las calles cambiados.

Goldenwood era un lugar muy verde y colorido. Todas las casas —mansiones en su mayoría— tenían grandes jardines delanteros adornados con flores de distintos tamaños y colores. Estaban todas rodeadas por césped y grandes cercas, y casi todas tenían vehículos lujosos estacionados al costado de la acera, evidencia de que eran familias adineradas. Seguramente esta parte no era la de los pobres.

Me preguntaba si realmente había pobres en Goldenwood.

En algún momento del viaje nos detuvimos frente a un gran portón de reja negra. Era enorme y estaba entre dos muros de ladrillos grises de tonos variados, se asomaban por encima de él las copas de los árboles del que rodeaba todo el terreno. Luego de unos segundos, el portón se abrió y el coche entró a poca velocidad.

Sin poder evitarlo, miré por la ventanilla las grandes praderas que se extendían a los costados. Cuando me acomodé un poco en la parte de atrás para mirar hacia adelante, me encontré con la cosa más gigante que vi en mi vida: el castillo.

En realidad lo recordaba mucho más grande, pero eso era porque era muy pequeña la última vez que había venido a este lugar. Había gente por todos lados cerca de este, una gran hilera de coches estacionados, adornos florales en las veredas y una fuente en el medio. Era magnífico. El castillo evidentemente era viejo, hacía años que había sido construido, pero algo en él lo hacía ligeramente moderno, como los grandes ventanales que había en buena parte de su fachada.

Cuando el auto estacionó y pude bajarme, ni siquiera tuve un momento para apreciar todo con detalle, ya que Seleste me agarró la mano y arrastró hacia un costado del castillo.

—¿Hacia dónde me llevas? —pregunté con fastidio.

—Mmm... Yo debo hablar con alguien antes de que entres al castillo. No puedes esperar sola en la entrada, sino todas las criadas te matarán a preguntas al igual que toda la chusma que tiene permiso para entrar. Será mejor que esperes en el patio trasero.

¿Criadas? ¿Chusma? Ah, claro. Era mi prima la refinada y nieta de un duque quien estaba hablando, no la humana humilde que existía dentro de ella. Si mi madre la hubiera escuchado le habría lanzado la más intimidante de sus miradas.

Un momento después, estábamos en el patio lateral. Era enorme, un gran paraíso verde. No me quería imaginar cómo era la parte trasera. Cerca de dos grandes puertas dobles había otra fuente con una pequeña cascada y dos bancas en forma de media luna rodeándola.

—Espera aquí. El desayuno será servido dentro de poco —dijo y soltó mi mano al tiempo que se dirigía hacia adentro.

—No hace falta, ¿puedo ir directamente a dormir? —pregunté con cansancio.

—No —respondió sin mirarme.

Dejé que un suspiro se me escapara, mientras volteaba a seguir observando el jardín lateral. Pasando la fuente de color blanco se encontraba lo que lucía como esos típicos cuartos donde se guardaban los utensilios para hacer jardinería, pero esto era mucho más extraño, ya que era, literalmente, un cubo de ladrillos rojos. Había un portón alto de metal negro, que parecía que había sido pintado hacía poco tiempo, pues el color brillaba con el reflejo de sol. La cerradura tenía un candado grande y oxidado. No sabía qué había allí, pero me encontraba caminando hacia ese lugar a paso lento. Era como si todo el malhumor que tenía acumulado de horas antes se estuviera esfumando a poca velocidad y todo el fastidio que tenía por mi prima se estuviera desvaneciendo.

No entendía nada, solo que mis ojos estaban conectados al portón y mis pies no escuchaban mi cabeza, actuaban por cuenta propia.

Estaba raramente hipnotizada con ese lugar; quería saber qué había allí adentro.

—Disculpa —llamó una voz con acento inglés pero un tanto afrancesado detrás de mí, haciéndome girar en un respingo y jadeos—, ¿qué haces aquí?

Un muchacho bastante alto se encontraba a unos metros de mí con el entrecejo levemente fruncido. Su cabello rubio estaba peinado hacia arriba, más largo en la parte de arriba y más corto en los costados. Tenía una fuerte línea ósea que llamaba la atención. Sus ojos verdes musgo me miraban con confusión y vestía pantalones beige, una camisa blanca con los primeros dos botones desabotonados y las mangas dobladas apenas cubrían sus codos. También llevaba mocasines negros.

—Estoy esperando a mi prima, me dijo que la espere aquí —respondí.

—Ah... —sonrió de manera ladeada hasta quedar frente a mí—. ¿Apreciando el Bosque Dorado?

Su vista estaba clavada detrás de mí. Volví a girar sobre mis talones, observando el mismo lugar que me tenía hipnotizada un momento atrás.

—¿Bosque Dorado? —susurré.

—Sí —dijo con una risa contenida—, mitos y leyendas.

Asentí, aún con mi vista pegada a la reja negra que parecía de siglos atrás. Nunca se me había pasado el malhumor tan rápido en toda mi vida. En un momento había sentido que se estaba disipando con lentitud, pero luego fue como si pudiera sonreír sin tener la horrible sensación en mi pecho de que estaba traicionando mi malhumor.

—Por cierto —musitó el atractivo y extraño joven atrayendo mi atención hacia él—, ¿quién eres?

—Brenda Thomas. Aunque desde que pisé el avión en París a la gente le ha dado por llamarme por el apellido de soltera de mi madre.

Quiero decir, en mi identificación decía Brenda Eloise Thomas-Morel, pero nadie, y me refiero a absolutamente *nadie*, me llamaba así.

Los ojos del rubio se abrieron de par en par al igual que su boca. Enarqué una ceja frente a su extraña reacción y eso fue suficiente para que él volviera sus facciones a la normalidad y apretara sus labios para formar una fina línea. Sacudió su cabeza ligeramente y luego me brindó una sonrisa.

—Un placer. Yo soy Evan Bourque.

Fue mi turno de mirarlo con genuina sorpresa.

—Cielos, lo lamento. ¿Debería hacer una reverencia o algo?

Él era el príncipe menor de Goldenwood; su hermano Alaric era el futuro rey y esposo de Lynn. Dios mío, no tenía idea de qué hacer frente a él. Sabía que cuando era pequeña y vine a este lugar lo había conocido, pero el recuerdo en mi mente era nebuloso. No lo reconocí por su nombre de pila, sino por su apellido.

Los Bourque fueron los fundadores del estado siglos atrás, por lo tanto eran los gobernantes proclamados. Eran conocidos por tener primogénitos varones, por lo que nunca tuvieron problemas a la hora de tener herederos; sus esposas, por más que rezaban día y noche y a cada Dios que se les ocurriera, nunca tenían una hembra como primogénita. Siempre eran hombres. Los Bourque actuales tenían una mujer, pero era la menor de los hermanos. Me parecía creer que era menor que yo, pero no estaba segura.

El príncipe Evan se echó a reír por mis expresiones y mis palabras.

—No te preocupes, si mal no recuerdo tú eres una invitada aquí, así que no debes tratarme de ninguna manera especial y tampoco debes llamarme príncipe. Algunos de mis amigos me llaman Sid, pero prefiero que me llames Evan a secas.

—Trato hecho, príncipe —bromeé—. ¿Por qué Sid? —pregunté con curiosidad.

—Mi segundo nombre es Sidney.

Esnifé una risa y tapé mi boca con mi mano, con cuidado de no llenar mi palma con el pegajoso brillo labial que Seleste me había aplicado. Evan observaba a sus pies mientras sonreía avergonzado.

—Bueno... —aparté la mano de mi boca y seguí sonriendo—. Mi segundo nombre es Eloïse.

—¿En serio? —levantó la mirada mientras sus ojos relampagueaban con diversión.

—Sí, lo odio. Mi madre siempre me llama así —fingí un escalofrío.

Él volvió a reír y guardó sus manos dentro de los bolsillos de su pantalón.

—El peor es mi hermano. Su segundo nombre es Denis.

Dejé escapar unas cuantas carcajadas cuando escuché eso. Pobre hombre, debe ser devastador que te llamen así luego de *Alaric* que es un nombre tremendamente masculino. No podía dejar de reír y el príncipe Evan estaba haciéndolo conmigo. Había algo en él que me inspiraba confianza cuando recién lo estaba conociendo. En mi mente él era un príncipe petulante, arrogante y caprichoso como Joffrey de *Juego de Tronos*. Pero ahora que lo estaba conociendo demostraba ser lo contrario.

Cuando nuestras carcajadas estaban cesando, una suave campanada llamó mi atención.

—El desayuno está listo —me ofreció su brazo—. ¿Vienes?

Quizá fue su sonrisa seductora y el hecho de que era extremadamente amigable... O tal vez era porque mi estómago estaba rugiendo del hambre y de veras necesitaba alimento, pero tomé su brazo sin dudar.

Se notaba que él estaba muy bien acostumbrado a caminar por estos pasillos que para mí eran totalmente desconocidos. Me guió en un cómodo silencio hasta una sala con una larga mesa en el medio, aunque no tan larga como la que suponía que estaba en el comedor real. Había ocho sillas alrededor y dos de ellas estaban en las cabeceras.

El príncipe Evan me llevó hasta uno de ellos y me abrió la silla del medio para que tomara asiento. Luego de agradecerle, me senté y miré el plato que tenía frente a mí, vacío, pero tan lujoso que

podría haberme quedado viéndolo todo el día. Tenía dibujos raros y delicados sobre un fondo blanco.

—Lo servirán pronto —musitó llamando mi atención. Levanté mi mirada y le di una pequeña sonrisa. Estaba sentado justo delante de mí—. ¿Tienes hambre?

—Estoy muriendo de hambre —admití sin vergüenza.

Él rio entre dientes.

—Yo también.

Unos tacones haciendo contacto con el suelo comenzaron a acercarse a paso firme. Ni siquiera me di cuenta de que eran más de un par hasta que Seleste apareció con Lynn detrás de ella. En silencio, mi prima se sentó a mi lado derecho y su amiga al lado izquierdo de Evan. La castaña me dio una sonrisa cálida.

—Tanto tiempo sin vernos, Bren. ¿Cómo estás? —preguntó con su voz melódica.

—Estoy bien. Cansada, pero no es algo que no pueda remediar.

Dejó escapar una suave risa.

—Se nota en tu cara, linda. Pero luego de tener algo en tu estómago puedes dormir todo lo que quieras.

Le devolví la sonrisa y asentí.

Lynn y Seleste se conocían desde hacía algunos años. Me hacían acordar a Blair Waldorf y Serena Van Der Woodsen de *Gossip Girl*, pero menos perras. Seleste era rubia hueca y Lynn demasiado buena para ser verdad. Tenía un aura de tranquilidad y bondad que la rodeaba, era la persona más dócil que conocía y la más gentil también. Nunca la había escuchado gritar ni discutir con alguien, siempre era pacífica y serena. Ahora estaba vestida con un vestido floreado y accesorios de plata y oro adornando su cuello y orejas. Su cabello castaño recogido a la mitad y puntas rizadas. Al contrario de su mejor amiga, ella apenas si portaba maquillaje. Siempre me agradó Lynn.

—¡Jacqueline Lèa Bourque! —gritó una mujer, lo que nos hizo sobresaltar a todos—. Baja a desayunar ¡ya mismo!

Seleste, Evan y Lynn rieron entre dientes. Jacqueline me sonaba a que era la menor de los Bourque.

—¡Maldición! —Se escuchó una exclamación proveniente de una voz diferente.

Luego, una adolescente de, por lo menos, dieciséis años apareció en el comedor echando humo por las orejas. Tenía una expresión de cansancio y enojo en sus ojos celestes y su cabello castaño claro estaba recogido en un moño despeinado. Lo más sorprendente de todo, era que aún llevaba puesta su pijama. Una camiseta de tirantes y un simple pantalón corto de conjunto, todo en una suave seda rosa. Iba descalza, sin siquiera calcetines cubriendo sus pies. Tomó asiento a mi lado y bufó.

—Buenos días, Lèa —saludó su hermano con una sonrisa divertida.

—Vete a la mierda, Sidney —respondió ella.

Él la fulminó con la mirada mientras las otras dos reían. Yo sonreí; presentía que esta muchacha me caería bastante bien.

—Parece que no soy la única que quiere seguir durmiendo —comenté con diversión.

Ella volteó a verme con fastidio, pero la expresión se convirtió en confusión al instante.

—¿Tú quién eres?

Me encogí de hombro a su comentario.

—Brenda Thomas.

Los ojos de ella se abrieron en sorpresa y me dio una sonrisa mostrando sus dientes.

—Tú eres la chica de Nueva York.

—La misma.

Extrañaba mi hogar y ni siquiera había pasado un día entero fuera de allí.

Jacqueline asintió y volvió su vista al frente, al mismo tiempo en que Alaric entraba al comedor seguido de dos personas mayores, los que supuse eran sus padres... los reyes de Goldenwood.

El rey Richard era una copia de Alaric y Evan, pero en grande. Tenía los ojos verdes y el cabello rubio, de línea ósea fuerte y rasgos rudos y suaves al mismo tiempo. Muy alto y esbelto. La reina Lucinda era la de los ojos celestes y cabello castaño, con una mueca de desagrado permanente en sus labios y nada de felicidad en sus ojos.

El rey tomó asiento en la cabecera con la reina a su izquierda, y Alaric se sentó en la cabecera opuesta. La reina Lucinda, apenas estuvo acomodada, regañó a su hija con la mirada. Era extraño, porque era como si ella hubiera sido hermosa algunos años atrás... Como cuando uno mira a su abuela y piensa «de joven seguro rompió algunos corazones», con la diferencia de que la reina Lucinda no tenía más de 50 años.

—Buenos días a todos y perdón por la tardanza. —Se disculpó el rey—. Brenda, bienvenida seas a Goldenwood —sonrió con amabilidad—. Espero que disfrutes tu estadía. Puedes consultarme lo que sea, y si yo no estoy disponible puedes hablar con cualquiera de mis hijos o mi esposa, Lucinda.

¿De acuerdo?

—Sí, gracias.

—¿Cuántos años tienes, querida? —preguntó la reina.

¿Era raro que ella me diera mala espina? ¿O yo era demasiado taciturna? Porque escupió la pregunta como si se lo estuviera preguntando a alguien con quien realmente no quería estar relacionada.

—Cumplí 18 hace dos meses.

El rey frunció el ceño, como si estuviera perdido.

—Pensé que eras mayor de edad.

Enarqué una ceja.

—Lo soy.

Silencio. Pasaron unos segundos en los que todos se miraban entre todos. ¿Acaso no me creían que tenía 18? Había sido glorioso alcanzar la mayoría de edad. Conseguir identificaciones falsas para entrar a los bares de Nueva York era mucho más fácil y ni hablar cuando quería comprar una cerveza.

Lynn rio en voz baja un momento después.

—En Estados Unidos eres mayor de los dieciocho. Aquí, en Goldenwood, no eres considerada adulta hasta que no cumples los 21, Brenda.

Creo que mis hombros cayeron al piso.

—¿En serio? —susurré, consciente de que nadie me había escuchado.

—Aquí es al revés —murmuró Jacqueline en mi oído. La miré sorprendida y ella me dio una sonrisa pícar—. La mayoría de edad es a los veintiuno, pero la edad para tomar y salir es a los 18. Lo sé, estúpido, ¿verdad? —rio en voz baja—. ¿Qué día de marzo cumpliste los años?

—14 —respondí, omitiendo hacer algún comentario sobre el pequeño pedazo de información que acababa de adquirir.

Sonrió con emoción y asintió con su cabeza.

—Yo cumplí 16 el 12.

Y ahora casi que compartía mi cumpleaños con una princesa.

Un momento después, varias personas con uniformes blancos y azules y bandejas con comida en sus manos hicieron una entrada coordinada. Colocaron las bandejas en la mesa y, luego de hacer una reverencia, se retiraron. Nadie hacía amague de atacar la comida que nos habían puesto enfrente y tenía que admitir que se veía deliciosa para estar conteniéndose. Mi estómago estaba esperando ansioso.

—Buenos días, familia Bourque y compañía —un hombre calvo y de tez morena saludó entrando un segundo después—. Hoy día Nenna y Ninni les servirán.

Como en señal, dos muchachas con el mismo color de piel que el hombre —y caras tan parecidas que supuse que eran hermanas—, entraron con una sonrisa. Primero sirvieron al rey y a la reina, luego a Alaric y a Lynn. Jacqueline y Evan vinieron después y, por último, Seleste y yo. Se retiraron con una reverencia también, junto al señor que las presentó. Vaya, todo el sistema que tenían para solo una comida en el día...

Mientras comíamos, un teléfono comenzó a sonar. Yo estaba muy entretenida con la exquisitez que estaba ingiriendo como para darle importancia o escuchar las conversaciones ajenas a mí, así que solo seguí enfocada en lo que estaba haciendo.

—¿Hola? —«Ah, era el celular de Seleste», pensé con desdén—. Oh, hola... Sí, todo está bien... Uh, sí... No, aún no sabe nada y no creo que lo haga por ahora. Hay una fecha estipulada para eso... — No volteeé a mirarla, pero se me ocurrió que sonaba como si estuviera hablando de negocios—. Estamos desayunando... Bueno, adiós.

Un momento después de que hubo terminado la llamada, mi celular comenzó a sonar. Como ella no había pedido permiso yo tampoco lo hice. Saqué el teléfono del bolsillo trasero de mi odioso pantalón blanco y observé la pantalla con una sonrisa; era Candace.

—Hola tú.

—¡Hola Bren! ¿Cómo estás?

Podía sentir su emoción desde aquí.

—Estoy bien, desayunando —dije antes de meter un pedazo de lo que fuere en mi boca.

No conocía nada de lo que estaba comiendo, pero me encantaba. Era de ese tipo de persona que le gustaba cualquier tipo de comidas y no discriminaba a la hora de comer. Era de metabolismo más que rápido.

—¿En serio? ¿Qué hora es allí

—Son casi las ocho de la mañana. ¿Qué hora es ahí? —pregunté luego de tragar.

—Son las dos de la mañana —musitó seguido de un bostezo.

Mis cejas se alzaron por la sorpresa. Dejé el tenedor al lado del plato y apoyé mi espalda en el cómodo respaldo de la silla, descansando mi brazo libre sobre mi estómago regocijado. Por inercia, mi mirada se levantó y me encontré con Evan cabizbajo tratando de ocultar una sonrisa que estaba creciendo en su rostro, mientras revolvía la comida con su tenedor.

—¿Por qué no estás durmiendo?

Él no era el único. Recorrí con mi mirada el resto de la mesa y todos estaban o mordiendo sus labios para no sonreír o sonriendo ligeramente. Incluso el rey. La reina, sin embargo, era la única que me estaba fulminando con la mirada. No, mejor dicho, estaba disparando cuchillos con los ojos hacia mi dirección.

—Porque estaba esperando poder hablar contigo antes de dormir. ¿Es lindo allí?

—Lo es. En realidad no he visto mucho aún.

Candace bostezó de nuevo antes de volver a hablar.

—Bien. Espero que puedas enviarme fotos. —Y otro bostezo.

—Sí. Ahora ve a dormir antes de que me contagies tus bostezos —reí entre dientes.

—Dime que me quieres y lo hago.

Puse los ojos en blanco al instante; era de esperarse.

—Si lo hago, cortaré justo después.

—Me conformo con eso. Adiós, te quiero.

—Yo también te quiero.

Y terminé la llamada como le había dicho. Luego agregué por lo bajo un *idiota* que parece que no había pasado desapercibido porque, como si fuera posible, los ojos de la reina Lucinda me fulminaron aún más. Ahora no estaban enviando cuchillos, sino dagas, sierras y serruchos.

Se levantó de un salto y negó con la cabeza en mi dirección.

—*Tu es l'une irrespectueuse* —espetó con un francés muy fluido.

Eres una irrespetuosa.

Luego giró sobre sus talones y salió del comedor. ¿Por qué le parecía irrespetuosa? Selesté también había hablado por teléfono y a ella no le había dicho nada. Me encogí de hombros y dejé mi celular en mis piernas para poder tomar el tenedor y dar otro bocado de comida.

—Eso fue divertido —rio Jacqueline a mi lado.

Mastiqué, tragué y luego remojé mis labios. Estaba oficialmente llena.

—Jacqueline —trató de advertir el rey, pero estaba sonriendo, así que no le sirvió de mucho.

—¿Qué cosa? —pregunté de forma divertida.

—Tú hablando por teléfono —dijo en el tono de «es obvio»—. Mamá odia que la gente hable por teléfono en la mesa, más si es la primera comida del día. Fue divertido porque tú eres nueva aquí y ni siquiera preguntaste. —Volvió reír—. ¡Genial!

—Yo solo lo hice porque Selesté lo hizo. —Me excusé, apuntando a mi prima con mi pulgar.

—Pero yo... Eh...

—Ella recibió una llamada importante y le mostró quién era a Lucinda antes de contestar —explicó el rey aún con una sombra de sonrisa en sus labios.

Asentí y luego tomé un poco de leche. En un momento, cuando la comida se hubiera asentado en mi estómago, me iba a dar sueño y lo que iba a querer hacer era dormir. Bueno en realidad yo siempre quería dormir, el problema era que no lo conseguía en todos los lugares, como en el maldito avión.

—¿Te gustaría recorrer la ciudad un poco, Brenda? —preguntó el rey Richard con amabilidad.

—Oh, eso sería bueno pero estoy muy cansada. Me gustaría descansar —respondí con educación.

Él asintió en señal de entendimiento y siguió con su desayuno.

—En realidad podríamos dar un paseo rápido antes de que duermas, ¿no te parece? —propuso Seleste apresuradamente. Yo negué con la cabeza, pero ella se levantó de la silla y me agarró del brazo levantándome con ella—. Sí, haremos eso. Le mostraré a mi prima su cuarto para que cambie su ropa y luego podemos salir. Con permiso.

Ni siquiera me dio tiempo de pedir permiso a mí, solo me arrastró con ella a donde fuera que estábamos yendo. Primero salió del castillo al patio trasero y luego caminó hacia el otro costado. No entendía hacia dónde me estaba llevando, pero después vi que había un sector apartado del castillo, adornado de la misma manera. Había varias puertas enumeradas y estas tenían largos espacios entre sí, con una parte del techo cubriendo la acera que rodeaba la construcción y columnas.

Me llevó a una que tenía el número 8 y entró rápidamente.

La habitación era enorme y mis bolsos ya estaban sobre la cama, lo que quería decir que dormiría ahí. Vaya, esto era gigante para solo una persona. La cama era lo que más llamaba mi atención, era de esas que tenían cuatro postes de madera en cada esquina y unas telas amarradas a ellos. A cada lado había una mesa de noche con una lámpara. Había una mesa con sillas, un sector con televisor pantalla plana y sillones, incluso, había una barra con banquetas; una puerta que demostraba ser el baño y otra parecía ser de un armario. Demonios, ese armario estaba lleno de ropa que odiaría y tendría que usar. También había un tocador con un banco y un gran espejo. En ese había diferentes cosas con las que podría maquillarme y peinarme de saber hacerlo.

—Brenda, ¿tienes novio? —preguntó Seleste abruptamente.

Giré para mirarla con evidente confusión.

—¿De qué estás hablando?

—¿Quién te llamó por teléfono hace un momento?

—Candace.

—No me estás mintiendo, ¿verdad? —increpó con desesperación.

—Sí. ¿Por qué me estás preguntando todo esto?

Me crucé de brazos

Suspiró y se sentó en la que ahora era mi cama. Rascó su frente y me miró insegura.

—¿Tienes novio? —preguntó con tranquilidad.

—Sí.

—¿En serio? —gimoteó.

—Sí.

Me miró con ojos de arrepentimiento, se remojó los labios, mordió su labio inferior, tomó un mechón dorado de su cabellera y lo giró en su dedo índice.

Esto me estaba sacando de quicio, de veras. Ella suspiró.

—Debes terminar tu relación con él, Bren.

—¿Por qué? —cuestioné con desdén.

No me importaba lo que ella dijera, no le haría caso. Ya demasiado con que iba a vivir en el otro lado del océano Atlántico y lejos de las personas que quería, no iba a hacer lo que ella me dijera.

—Porque... Porque... ¡Porque simplemente debes! Viniste aquí para separarte de Nueva York, si continúas la relación todo lo que tus padres están tratando de hacer por ti se irá por la borda.

—¿Y tú crees que a mí me importa lo que ellos están tratando de hacer por mí? —espeté—. Ellos quieren apartarme de mi origen, pues yo no. Por eso mismo no terminaré con una relación que me costó mucho.

También estaba el hecho de que ambos, Sean y yo, habíamos decidido tener un tiempo para pensar en lo que haríamos, pero eso no quería decir que todo estaba perdido y no estaríamos juntos nunca más. O por lo menos eso era lo que a mí me gustaba pensar. Además, ahora mis padres eran conscientes de que él era profesor en mi anterior preparatoria... ¡Demonios!

—Si no terminas tu relación con quien quiera que estés, entonces tendré que llamar a tus padres para que tomen medidas. Lo más seguro es que no vuelvas a América en mucho tiempo, así que no te esfuerces en mantener una relación a distancia cuando lo más sano sería dejarla.

La fulminé con la mirada; ahora sí estaba furiosa, ¡¿Cómo se atrevía?! Todo era tan malditamente injusto que me daban ganas de llorar, pero no. Por supuesto que no me quebraría frente a ella. Claro que no.

Cuando vio que no planeaba responderle y que solo deseaba quemarla con mis ojos, se levantó de la cama y pasó delante de mí hacia el otro lado, entrando al armario. Estuvo un momento allí haciendo el típico ruido que hacen las perchas sobre tubos de metal al deslizarse. Un momento después, salió con ropa en sus manos. Casi vomito cuando vi que había algo rosa allí.

—No tengo tiempo de buscar accesorios ahora, pero ponte esto y ve a la habitación 6, es en la que estoy yo. Allí haré algo con tu cabello para que podamos salir.

—¿Por qué no puedo ir como estoy? —pregunté con algo de fastidio.

En mi opinión, mi madre había hecho un buen trabajo eligiendo esta ropa y yo era muy difícil de complacer en ese sentido. Habitualmente siempre vestía de negro.

—Porque aquí en Goldenwood está prohibido usar tanta ropa negra. Solo usamos ropa negra cuando estamos de luto o de fiesta. Ya has visto que la ciudad es viva en colores, no puedes salir como estás vestida ahora, lo siento —dijo en ese tono que quería decir que no lo sentía en lo absoluto. Caminó hacia la puerta, la abrió para salir y volteó a verme con una sonrisa—. Te espero.

Me acerqué a la cama con algo de miedo. No sabía si la ropa tomaría vida y me convertiría en algo esponjoso como eran algunas chicas que iban a mi secundaria. Qué asco, todo de rosa. Esperaba

que no toda la ropa que Seleste hubiera comprado fuera así. Debería entrar al armario para comprobarlo...

Sin muchas vueltas, me saqué la ropa que tenía puesta y me puse la que me mi prima me dejó. Era un pantalón corto holgado, medio de color celeste pálido con rosas de rosas. Hacia arriba, era una camisa rosa pastel manga larga con botones esféricos color bronce. No estaba segura, pero creía que la camisa iba adentro del pantalón corto por todas las muchachas que había visto en mi ciudad vestirse así; insegura, lo hice. Luego me calcé los tenis blancos que eran como si no me hubiera puesto nada. La tela era súper fina y la suela también.

Tomé mi celular del bolsillo de mi pantalón blanco y lo guardé en el short, lista para enfrentar el infierno de entrar a la habitación de mi prima Seleste. Cuando entré, ella estaba frente al espejo de un tocador igual al mío planchando sus hebras doradas. Uno pensaría que ella ya estaba lista para salir hace horas, pero ahora estaba vestida diferente, con un vestido color verde.

Su cuarto tenía dimensiones semejantes al mío, con la excepción de que el de ella mostraba cosas que lo hacían de ella. Adornos, afiches, fotos, entre otras cosas.

—¡Allí estás! —exclamó cuando me vio—. Entra.

Cerré la puerta y apenas me adentré un poco más en el lugar. Casi pegada a la pared me crucé de brazos.

—Oh, supiste cómo poner la camisa —comentó con asombro cuando giró a verme.

—Seré un desastre para vestirme, pero no soy una ignorante. He visto cómo las chicas visten en esta generación.

—Bien. Ahora ven aquí. —Se levantó y palmeó el banco— Así podré hacer que estés aún más presentable.

Poniendo los ojos en blanco, hice lo que me indicó. Cuanto más rápido termináramos con esto, mejor. Seleste desató la banda que sujetaba mi cabello y la dejó en el tocador, luego tomó un cepillo

y comenzó a desenredar. ¡Joder, eso sí dolía! Tenía el pelo muy enredado y ella me estaba cepillando como si fuera una salvaje.

—¡Auch! —Me quejé—. ¿Puedes ser un poco menos bruta? Vas a dejarme pelada.

—¡Oh, chica! Necesitas un corte inmediato, tus puntas están hechas un desastre. Tienes suerte de que no sepa cómo hacerlo, sino ahora tendrías el cabello por los hombros.

Mi pelo me daba lo mismo, ¡solo quería que dejara de lastimarme!

Luego de castigar mi cuero cabelludo, Selesté pudo tenerlo desenredado. Agarró la plancha de pelo y lo alisó completamente con rapidez, ya que era extremadamente fino. Luego hizo algo raro: separó un mechón de abajo y lo dejó suelto, puso una banda para pelo muy gruesa y lo sujetó. Hacía movimientos raros y aunque la estaba viendo por el reflejo del espejo no podía lograr entenderlo, solo me llamaba la atención la expresión de concentración que teñía su rostro.

—Listo. Tu cara está bien, así que no hace falta más maquillaje. Tal vez quieras ponerte estas gafas de sol para que la gente no vea tu total expresión cuando vas por la calle. Todos lo hacemos.

Me dio unos que eran de marco blanco y espejos negros. Dio media vuelta y vi que entró a su armario. Observándome mejor en el espejo, vi que me había hecho un rodete con una trenza rodeándolo. Vaya, no tenía idea de cómo lo había logrado, pero no estaba nada mal.

Unos minutos después estaba sentada en la parte de atrás del auto del príncipe Evan. Jacqueline estaba sentada en el lado del copiloto mientras él manejaba. Selesté estaba con su novio en el auto del príncipe Alaric y Lynn; en otro coche iban guardias de seguridad.

—¿Estás emocionada? —preguntó la menor de los Bourque, arrodillándose en su asiento para girar a verme con una sonrisa en sus labios—. Goldenwood es hermoso en esta época del año.

—En realidad solo quiero terminar este paseo lo más rápido posible para volver a mi habitación y acostarme a dormir —musité con un encogimiento de hombros—. Sé que es muy lindo, vi un par de casas en el viaje al castillo.

Ella me miró divertida.

—Eres muy honesta. Me gusta.

—¿Gracias?

—¡Cuando quieras! —rió antes de darse la vuelta y sentarse bien. Luego se asomó por el costado de su asiento—. Por cierto, llámame Jackie.

Asentí con mi cabeza pero no dije nada más.

—Déjala respirar, Jackie —rió Evan.

—Vete a la mier...

—Sin maldiciones en mi auto, por favor —interrumpió su hermano.

Ella rodó sus ojos y volvió a sentarse bien en su lugar.

Un momento después, el príncipe estacionó y bajó del auto. Jackie y yo lo imitamos, colocándome los anteojos de sol antes de salir. No pude evitar girarme hacia todos lados cientos de veces, me sentía fuera de lugar por ser la única extranjera. Había muchísima gente en el centro de la ciudad y en su mayoría estaban vestidos con colores pasteles, suaves y coloridos, pero no de esos que te escocían los ojos con una sola mirada.

—Muchachas —musitó Evan ofreciendo ambos brazos.

Jackie se prendió de su brazo derecho y me miró con una sonrisa antes de hacer un ademán con su cabeza hacia el otro brazo de su hermano. Lo tomé insegura, sintiéndome un enano. No me creía de baja estatura, pero al lado de los hermanos Bourque seguro lo parecía.

Alaric, Lynn, Seleste y su novio iban adelante, se reían de quién sabe qué. Había guardias alrededor. Comenzamos a recorrer el lugar mientras Jackie y Evan hacían comentarios que me hacían reír, por ejemplo, criticando la vestimenta de algunos ciudadanos que parecían payasos. Algunas mujeres necesitaban de una Seleste Girard en su vida, como yo la tenía.

Los siguientes tres días los pasé encerrada. Salía por las tardes a recorrer el castillo y nadie me lo impedía, solo paseaba por los pasillos solitarios y caminaba por los grandes jardines. Los Bourque me permitieron desayunar, almorzar y cenar en mi habitación a solas, ya que aún estaba afectada por el jet lag e ingería las comidas con diferentes horarios. De a poco me iba acostumbrando, pues Nenna siempre me despertaba a la hora promedio en que todas las demás personas lo hacían.

Sean aún no me había llamado y eso me tenía bastante decaída. No sabía si nuestra relación podría seguir adelante o quedaría estancada en esa llamada de despedida en el aeropuerto de Nueva York. Estaba segura de que seríamos capaces de continuar con la relación si nos lo proponíamos, pero todo recaía en él, pues había sido su idea tomarnos un tiempo para pensar y debía ser él quien hiciera la primera llamada. Si fuera por mí, yo ya la hubiera hecho y hubiéramos tenido una conversación vía Skype.

En una de mis múltiples caminatas por el castillo, escuché conversaciones entre la reina y el rey. No me permitía quedarme a oír, pero siempre eran sus voces. Personalmente, no entendía cómo el rey Richard podía soportar a alguien tan frívolo como la reina Lucinda.

El cuarto día, sin embargo, no pude elaborar la misma rutina. Luego de que Nenna hubiera retirado la bandeja de desayuno, Seleste entró a mi habitación con un chillido.

—¡Buenos días, prima pequeña!

—¿Qué quieres? —pregunté con desdén.

Aún estaba de pijama y pretendía mirar alguna película. No estaba en mis planes que mi prima irrumpiera en mi nueva habitación. En lo absoluto.

—Hemos sido invitadas junto con los Bourque a un club privado —expresó con emoción—. ¿No es genial?

—No lo sé. ¿Lo es? —estaba hablando con aburrimiento para que captara que no tenía ganas de hacer nada ni hoy ni nunca.

—Sí. —Cerró la puerta—. Ahora te pondrás un bikini, un lindo vestido y estarás lista para salir.

Como era de esperarse, entró al armario y comenzó a rebuscar. Hablando del armario, todavía no había comprobado que toda la ropa no fuera rosa.

Salió de allí con un vestido celeste claro y sandalias de plataforma blancas. Iba a negarme —como siempre—, pero ella sacudió su cabeza antes de que pudiera pronunciar palabra. Como me había dado una ducha la noche anterior, solo me puse el maldito vestido mientras ella reparaba en una revista del lote que Nenna dejaba todas las mañanas. Yo le había dicho que no hacían falta, ya que yo no las leía, pero ella afirmó que eran órdenes de la reina y no podía desobedecer.

—¿Cómo demonios se ponen estas cosas? —pregunté tratando de descifrar cómo poner mis pies dentro de esos zancos.

Seleste se echó a reír y se acercó a socorrerme. Las sandalias no eran demasiado empinadas, pero tenían bastante plataforma, lo que quería decir que me harían más alta y me sería difícil caminar. Solo había usado tacones un par de veces cuando mamá me llevaba a alguna cena importante en el club del que ella era socia. No era buena, aunque sabía cómo disimularlo bastante bien.

Sujetó mi tobillo y lo pasó por adentro de la sandalia, luego agarró las tiras que quedaban sueltas y las ató alrededor de él.

—Ahora intenta hacerlo tú sola con el otro pie —ordenó.

Hice lo que me dijo e imité sus movimientos anteriores. Metí mi pié en la sandalia y luego até la tira que quedaba suelta alrededor de mi tobillo. Vaya, finalmente no era tan difícil. Seleste estiró su mano para ayudarme a levantar. Con su ayuda, agarré su mano y me impulsó hacia arriba, esbozando una sonrisa cuando nuestros ojos se encontraron a la misma altura.

—Genial, ahora déjame hacer que tu cabello luzca más prolijo y presentable.

Caminé hacia el tocador con la poca confianza que me quedaba. Mi prima no hizo ningún comentario, así que supuse que no lo había hecho tan mal como yo pensaba. Me senté frente al gran espejo y ella se colocó detrás de mí. Esta vez le costó menos trabajo desenredarlo. Cepilló y

usó la plancha de pelo para emprolijar mis ondas. Luego me perfumó, aplicó rímel y dejó el resto de mi cara libre de maquillaje.

Me dio un bolso pequeño que tenía un lazo largo y me la colgué al estilo bandolera, guardando en ella mi celular y un poco de los euros que me habían otorgado el primer día. Cuando salimos de la habitación, los tres hermanos Bourque estaban afuera con Lynn. A mi lado, Seleste dejó salir un suspiro que pareció desalentador, algo que era muy extraño en ella.

—¿Por qué ese suspiro? —pregunté a regañadientes.

—Marco. Él dijo que vendría. Parece que nunca tiene tiempo para mí últimamente. —se cruzó de brazos y su labio inferior se curvó ligeramente.

—Tal vez esté trabajando, Sel.

Giró a mirarme con una cara de pocos amigos.

Oh, vaya.

—Él es el primo de los Bourque y trabaja en el mismo lugar que Alaric. ¿Tú ves a Ric en su oficina?

Como una tonta, giré a ver al príncipe mayor, quien se encontraba abrazando las caderas de su futura esposa mientras se daban besos y sonreían. Cuando volví a ver a mi prima, ella lucía un tanto triste.

—Oye, quizá haya una razón, ¿sí? Diviértete ahora y luego puedes llorar tranquila o, mejor, conversar con él, pero por ahora no te desanimes. —Puse una mano en su hombro con torpeza.

Se giró para verme con una expresión de incredulidad en su rostro, aunque después me brindó una ligera sonrisa.

—¿Tú dándome consejos a mí? —preguntó retóricamente—. ¿Quién lo hubiera pensado?

Solo le di una sonrisa.

—¡Vamos, chicas Morel! —exclamó Jacqueline—. ¡Queremos largarnos de aquí!

Seleste y yo reímos, dirigiéndonos hacia ellos. Mis pasos todavía eran torpes, así que caminé de manera lenta, causando otras risas. Entretanto, los demás se acercaban a los coches, el príncipe Evan me esperó.

—¿Necesitas ayuda? —preguntó divertido.

—La única solución sería quitarlos, pero un poco de ayuda sería muy bien recibida —reí entre dientes.

Ofreció su brazo izquierdo con una sonrisa y me sujeté de él con confianza, pues era eso lo que él me inspiraba. Ahora, con estos tacones, tenía su misma altura y podía caminar con un paso más ágil teniendo su cuerpo pegado al mío. Ese pensamiento provocó que me sonrojara; Evan era muy atractivo y una parte de mí tenía debilidad por sus buenas pintas, pero debía recordar el hecho de que había otro hombre esperándome en mi verdadero hogar, uno con el cual todavía no tenía las cosas resueltas.

Hicimos el viaje de la misma manera que la vez anterior. La menor de los Bourque dijo que no haría un viaje silencioso otra vez, así que conectó su celular al equipo de música.

A causa del poco tránsito ese día en Goldenwood, llegamos antes de lo esperado al club privado. Había autos por demás y gente por doquier, pero no me dejé intimidar. El príncipe nos escoltó hacia adentro. Un hombre estaba controlando la entrada y Evan no parecía siquiera amagar para detenerse y mostrar su identificación; después de todo, él era el príncipe del lugar. El hombre nos detuvo de todas maneras.

—¿Cuál es el problema? —preguntó Jacqueline.

—Ustedes pueden ingresar, pero ella no. —Me apuntó con su índice—. No si no es socia.

—Disculpe, pero fuimos invitados y ella viene con nosotros —aclaró Evan.

—No me importa. No es socia, no entra.

El príncipe iba a volver a decir algo, pero su hermana levantó la mano y luego subió sus gafas de sol hasta su coronilla, regañando con la mirada al hombre que era, por lo menos, veinte años mayor que ella. De cualquier manera, eso pareció intimidarlo sutilmente.

—Está ofendiendo a mi amiga, a mi hermano y a mí. La señorita Morel ha viajado desde América para pasar un buen rato y usted se lo está obstruyendo. Así que, por favor, hágase a un lado y déjenos pasar —musitó con voz firme y tranquila al mismo tiempo, sonando más madura.

El aludido abrió los ojos cuando ella mencionó mi apellido y se corrió al instante, murmurando un «lo siento» por lo bajo. Cuando estábamos lo suficientemente lejos de allí, Jacki y Evan comenzaron a reírse entre sí. Yo todavía estaba confundida.

—¿Por qué todo el mundo reacciona de esa manera cuando escuchan mi segundo apellido? — pregunté ignorando sus risas.

Evan se puso algo rígido a mi lado y ambos dejaron de reír. Jackie me dio una sonrisa serena antes de hablar.

—Tu abuelo es el duque, Brenda. Es normal que la gente reaccione así.

—Ya... —musité—. A veces lo olvido.

—Entiendo —dijo simplemente.

En un silencio cargado por una extraña tensión, nos adentramos al club. Que, por cierto, era gigante. Había varias piscinas, canchas de diferentes deportes (pero en su mayoría de tenis) y lo que parecía una mansión. Según Jackie, era un «refugio» donde tenían un gran patio de comidas y algunas habitaciones en el segundo piso, para cuando las personas querían quedarse a pasar la noche. Los niños tenían su propio espacio para jugar y había sectores separados por intereses y edades.

Nosotros fuimos a un sector en el cual no había mucha gente, pero las edades oscilaban de 20 a 30 años. Por supuesto que a Jacqueline y a mí no nos interesó, ingresamos allí de igual manera. Nos ubicamos en una mesa redonda que tenía una sombrilla arriba para que no nos molestara el sol.

Seleste y Lynn ya se habían quitado sus ropas y andaban solo en traje de baño. Jackie, por su parte,

se había sacado su camiseta y yo aún seguía con el vestido celeste. No sabía de qué estaban hablando, pero tampoco me interesaba. Me deshice de los zancos y caminé dentro del pequeño (pero igualmente lujoso) bar.

Algunas personas estaban teniendo un aperitivo, mientras otras solo tomaban un trago. Yo necesitaba emborracharme, sentía que desde décadas atrás no lo hacía y todo el estrés que estaba sintiendo por estar en Goldenwood me estaba impulsando a hacer cosas que no debía.

—¿En qué le puedo servir, *mademoiselle*? —preguntó el mozo.

—Quiero algo fuerte. Vodka —decidí.

Él me miró divertido.

—¿Puedo ver tu identificación?

—No la tengo aquí, pero todo el mundo está usando mi apellido para favorecerme. Así que, soy «la señorita Morel».

Sus cejas se alzaron al momento.

—¡Ah, señorita Morel! —pronunció con asombro—. Lamento no haberla reconocido. Disculpe, un Vodka en camino.

Le sonreí encantada.

Cinco tragos más tarde, yo apenas si podía hablar y cada cosa que el mozo decía me hacía reír. Tenía el sexto en mi mano, pero ni siquiera tenía la suficiente fuerza de voluntad para levantarlo y llevarlo a mis labios. Él volvió a reír por mis acciones y yo reía por su risa. No podía parar. Todo me resultaba divertido, incluso cómo las cosas a mi alrededor giraban sin parar o se veían borrosas. Eso era lo que me gustaba de estar ebria; el mundo se veía diferente, no era el mismo.

—¿Brenda? —alguien llamó detrás de mí.

Giré un poco mi cabeza para encontrarme a Evan caminando hacia mí con el entrecejo fruncido.

Esbocé una sonrisa perezosa y el medio de su cejas se juntó aún más.

—¿Estás bien? —preguntó con preocupación.

—*Je suis ivre* —contesté sin vergüenza.

Estoy ebria.

Me miró con asombro.

—¿Ebria? —asentí con una risita—. ¿Y hablas francés? —preguntó aún si creerlo, cuando me había escuchado.

—*Oui, sexy* —afirmé y volví a reír.

—Dios mío —suspiró.

De ahí en adelante, todo me pareció tan borroso que apenas si lo recordaba. Escuché la voz de Alaric preguntando «qué demonios había pasado» y Evan dándole respuestas. También dijo que ahora yo era su responsabilidad, así que debía encargarse de sacarme de allí sin que nadie notara que yo estaba borracha. Evan me cargó al estilo novia y salió conmigo en brazos, pues se me bajó la presión.

Luego sentí que estaba en un asiento cómodo y mi cara apoyada en un pecho duro y firme, con un olor exquisito rodeándome constantemente. Escuché las voces de Evan, Alaric y Jackie en ese entonces, pero mis párpados pesaban tanto que no podía levantarlos. Muchas palabras y acciones pasaban alrededor de mí, sentí que nos movíamos, pero no tenía ni la más mínima idea de dónde estaba. Solo podía concentrarme en los brazos que me rodeaban y el rico aroma con el que mi nariz se deleitaba. Con eso en mente, sentí que cada vez estaba más inconsciente, hasta que para mí todo fue negro y extrañamente placentero.

Cuando volví a cobrar consciencia, estaba acostada sobre algo muy suave y cómodo. Abrí los ojos con lentitud, para darme cuenta de que estaba acostada en mi cama, aún llevaba puesto el vestido celeste y las sábanas y el edredón cubrían mi cuerpo. Me incorporé de golpe, provocando que mi cabeza comenzara a punzar. Me llevé las manos hacia ambas sienes y cerré los ojos, tratando de aliviar el dolor. En el momento en que los abrí, salí lentamente de la cama y algo sobre la mesa de

noche llamó mi atención. Era un vaso con agua, dos pastillas y una nota. Frunciendo el entrecejo con confusión, la levanté:

«Toma las dos píldoras y métete en la ducha. Cuando sean las seis y media, ponte el vestido que está en la silla del tocador y ve a mi habitación para que te peine. Esta noche hay una cena importante y debes estar allí.

Se/ <3»

Tomé las píldoras y luego busqué la cartera que llevaba puesta, allí adentro estaba mi celular y necesitaba ver la hora. No la encontraba por ningún lado con la mirada y aún no me sentía lista para levantarme de la cama. Tampoco fue hasta que moví mis brazos y uno rozó con algo a mi costado, que fui consciente de que aún la tenía puesta. Lo saqué con fastidio solo para ver que eran las seis y debía estar lista dentro de poco. ¡Maldición! Había dormido una eternidad, o así era como se sentía.

Me metí en el baño para disfrutar de una ducha rápida y caliente. Cuando salí aún era temprano, así que decidí llamar a Candace. En Nueva York era mediodía y ella ya estaría despierta.

—¡Bren! —exclamó con felicidad al segundo tono.

Reí y recobré la alegría.

—¿Cómo estás Candie?

—Aburrida. Mis padres salieron y no tengo con nadie con quien pasar la tarde. ¿Qué hay de ti?

Le relaté los sucesos del día y mi actitud vergonzosa. La verdad era que no me arrepentía de haberlo hecho, necesitaba ver el mundo de la manera en que lo hacía cuando los cables de mi cabeza se desconectaban. Candace y yo conversamos hasta que le pregunté la hora y me dijo que eran las siete menos veinte minutos. Casi le cuelgo sin avisarle.

El vestido era color coral, con ese tono más naranja que rosa. Era de una tela muy fina, por lo que debajo venía con otra tela blanca para que nada se trasluciera. En la parte de frontal llegaba a unos cuantos centímetros por encima de mi rodilla, pero en el reverso terminaba al nivel de mis gemelos,

casi como si fuera una cola. En la parte de la cintura tenía un lazo blanco antiguo que combinaba con los tacones.

Cuando toqué la puerta del cuarto de mi prima, ella me abrió con una sonrisa, pero había algo en sus ojos que demostraba nerviosismo. Entré sin decir una palabra, ya que aún mi cabeza andaba floja por los tragos de horas antes.

—Siéntate frente al tocador. Hay que estar en el comedor a las siete y media y has llegado tarde.

Puse los ojos en blanco e hice lo que me dijo. Comenzó a maquillarme y luego a peinarme. Esta vez mi mente estaba tan fuera de lo actual que ni siquiera me di cuenta de lo que estaba haciendo.

Empecé a recordar mis palabras y acciones y me sentí avergonzada mientras lo hacía. Le había dicho a Evan que era sensual, practiqué el francés y también dejé que me tomara en brazos. Y, lo peor de todo, era que no lo había sentido como un error. ¡Por todos los malditos cielos! Aún estaba esperando la llamada de Sean. Era como si me estuviera dando por vencida y no me gustaba para nada.

—Estás lista. Vamos ya, no queremos llegar tarde.

Asentí distraídamente y tomé un momento para mirarme al espejo. Había vuelto a hacer el rodete con una trenza alrededor y me gustaba. Delineó mis párpados, rímel en mis pestañas, un polvo rosáceo en mis pómulos y un ligero brillo labial. Debía admitir, por más que odiara el maquillaje, que Seleste era buena en esto.

Caminamos en silencio hasta el castillo. Afortunadamente anduvimos por el sendero de cemento que nos llevaba allí, sino me hubiera resultado imposible caminar por el césped con los tacones enterrándose en él. Seleste llevaba una expresión que me preocupaba, no solo porque no estaba parlotando como siempre hacía, sino que tampoco irradiaba emoción y felicidad, que era propio de ella.

—¿Estará, ehm..., Marco en la cena de hoy? —aventuré a decir, tratando de que soltara algo.

Negó en silencio moviendo secamente la cabeza. Ni siquiera un amague de expresión. Nada.

En el comedor familiar, Alaric, Jacqueline y Lynn ya estaban ocupando sus lugares en la mesa. Mientras la menor de los Bourque revisaba su celular con aburrimiento, los futuros marido y mujer susurraban entre ellos en voz baja y se sonreían. Tomé mi lugar al lado de Jackie mientras Seleste lo hacía a mi otro lado. Un momento después, los reyes de Goldenwood y su hijo del medio hicieron su entrada. Evan tenía un semblante lúgubre ensombreciendo su rostro y evitó contacto visual con todos, cabizbajo. La reina emanaba cierta emoción que en su cara lucía un tanto tétrica, mientras el rey lucía serio.

Sin ninguna palabra, la cena fue servida por las personas de uniforme azul y blanco y, esta vez, el hombre moreno no presentó a Nenna y a Ninni; ellas ni siquiera aparecieron. Los mismos que situaron las bandejas sobre las mesas fueron los que nos sirvieron la comida.

La cena transcurrió en silencio, a pesar de que se suponía que era importante; todos estábamos bien vestidos y todavía no había palabra articulada. Era incómodo: sentía a mi prima tensa cada vez que nuestros brazos se rozaban y el príncipe frente mí apretaba con exagerada fuerza su mandíbula. Cuando todos terminamos, los platos ya habían sido retirados y esperábamos el postre, la reina golpeó suavemente su copa de vidrio.

—¿Puedo tener su atención, por favor? Tú, especialmente, Brenda.

—Aquí vamos —masculló Jackie.

—¿Qué sucede? —pregunté con curiosidad, intentando ser cordial.

No soportaba a la reina, pero tampoco podía dirigirme a ella como yo quisiera.

—No viniste aquí a aprender a ser una señorita particularmente, Brenda, sino a casarte.

¿Qué?

Seguro había escuchado mal.

Mis sienes comenzaron a punzar y había sangre rugiendo en mis oídos. De pronto sentía que la comida subía por mi esófago. Iba a vomitar, lo haría en cualquier momento.

—¿Disculpe? —pregunté en un hilo de voz.

—Tus padres no te lo dijeron porque creyeron más conveniente que nosotros lo hiciéramos. Cuando Alaric y Lynn regresen de su luna de miel, en aproximadamente tres semanas, tú y Evan se casarán.

Me miraba con su sonrisa de emoción y sus gestos de presumida, pero podía ver la frialdad en sus ojos. ¿Por qué ella no era como sus hijos y esposo? Amable y gentil. Se notaba que estaba disfrutando de darme las noticias que estaban a punto de arruinar mi vida.

—Mis padres no me harían algo así —dije con la voz quebrada y trémula—. Además, yo soy mayor de edad y no soy ciudadana de Goldenwood. No pueden obligarme a casarme, ni siquiera si mis padres firman por mí. No tendría validez.

Sin embargo, sabía que lo que decía no era del todo cierto. Ellos me habían enviado aquí con el falso motivo de ser una señorita. Me dejé por Sean y porque quizás me merecía el castigo luego de decepcionarlos. Pero ahora tenía conocimiento del verdadero motivo.

Arreglaron un matrimonio a mis espaldas. Por supuesto...

Lucinda negó con la cabeza, aún con esa sonrisa en sus labios.

—Eres mayor de edad en Estados Unidos, no aquí. Y sí eres ciudadana de Goldenwood, puedes chequear tu certificado de nacimiento y los papeles legales de tu ciudadanía si lo deseas, Richard tiene copias en su despacho. Aquí nosotros somos tus tutores legales, así que no tienes demasiadas opciones, Brenda querida. No te alteres, no debes preocuparte de nada, Selesté me ayudará con los planes de boda mientras tú te emborrachas en lugares públicos —manifestó ásperamente con dulzura fingida.

Vomitaría, era definitivo.

Y mi mandíbula estaba desencajada.

A mis padres nunca se les ocurrió decirme que tenía la ciudadanía goldenwoodense. Nunca.

Siempre fui neoyorquina y siempre lo seré. Nacida y criada. ¿Y ahora los reyes eran mis tutores

legales? ¿Desde cuándo? ¿Cómo se les había ocurrido a mis padres hacer todo esto a mis espaldas?

—Madre —intervino Evan con voz envenenada—, no le hables así.

La reina Lucinda sonrió aún más.

—Adorable. El príncipe defendiendo a su futura princesa. Esa es la actitud que quiero.

El rey Richard estaba cabizbajo con una expresión seria en su rostro. Él era un buen hombre, pero nunca se enfrentaba a su mujer en público, eso lo había comprobado con los pocos días que había pasado en el castillo recorriendo pasillos sin fin. Los escuché discutir, pero nunca cuando había gente alrededor.

—En exactamente dos semanas y un par de días —dijo la reina con una felicidad que sonaba y se veía perversa—, tú y Evan serán marido y mujer. Príncipe y princesa —escupió.

No pude soportarlo más; me levanté de un salto, provocando que la silla se deslizara detrás de mí haciendo un chillido horrible, y salí de allí rápidamente. Escuché la voz de Seleste y Evan llamándome, pero los ignoré. Me deshice de los horrendos tacones y corrí hacia el jardín.

Corrí, corrí y corrí hasta dejarme colisionar con un mural de ladrillos rojos. Apoyé mi espalda contra él y me dejé caer al césped, abrazándome a mí misma mientras lloraba sin consuelo. Estaba decepcionada y enojada, sin remedio. Mis padres estaban al otro lado del océano Atlántico, no podía decirles lo que sentía en sus caras y eso me provocaba todavía más impotencia.

Mis ojos se vieron atraídos hacia la derecha, donde estaba el gran portón de reja color negra. Mi llanto cesó, pero las lágrimas seguían fluyendo. Había algo en ese lugar que, como la primera vez que lo vi, me traía paz. Aún no había entrado al que todos aquí llamaban Bosque Dorado, pero el solo pensamiento me apaciguaba.

El césped, bajo mis piernas desnudas, me hacía cosquillas frías y la suave brisa primaveral me erizaba la piel. Todavía notaba una enorme tristeza que apesaba mi pecho, pero estar cerca de este

lugar especial me calmaba de manera considerable. Si bien sabía que al alejarme me quebraría de nuevo, ahora aprovechaba el extraño momento de serenidad.

—¡Brenda! —alguien llamó.

Volteé hacia el frente, donde el príncipe Evan estaba trotando hacia mí con los tacones. Tenía una curiosa expresión que incomodaba sus facciones. Pude distinguir en él un gesto entre la desesperación y preocupación al mismo tiempo. Cuando estuvo cerca, se agachó frente a mí.

—¿Te parece si vamos adentro? No al comedor, a cualquier lugar en el que estés tranquila y podamos hablar. —Su voz era tranquila, entrecortada tal vez por el trote. Y sus ojos suplicaban que dijera que sí.

Estiró su mano libre hacia mí y me dio un atisbo de sonrisa. Coloqué mi mano sobre la de él un momento antes de sujetarla, observando cómo su gran tamaño y su leve bronceado hacían parecer a la mía escuálida, pequeña y pálida. Volviendo mi atención a sus ojos, dejé que me impulsara hacia arriba.

Sin soltar su mano, caminé hacia el sector de las habitaciones. Si él quería hablar y que yo estuviera tranquila, ese era el mejor lugar. Además, no era cualquier tema el que él tocaría, sino el del compromiso, y creía que si escuchaba esa palabra la cena haría su camino fuera de mi estómago.

—No te preguntaré de qué quieres hablar, porque me parece que es obvio —dije con voz rasposa y nasal en cuanto entramos a mi cuarto.

Me senté con pesadez sobre el sillón largo que estaba frente al pantalla plana. Percibí el ruido de los zapatos contra el suelo y los pasos de Evan al acercarse. Un momento después, lo tenía a mi lado. ¿Ya había mencionado que el sillón no era *tan* largo? Su lado estaba prácticamente tocando el mío.

—Sí... Yo solo... —vaciló—. Yo solo quiero disculparme contigo por no habértelo dicho. No es que no haya querido, sino que me lo tenían prohibido y yo soy lo demasiado idiota como para seguir todas las reglas. No lo hago a propósito, es por la inercia a hacer las cosas bien. Pero ahora me pregunto...

—¿Si has hecho lo correcto? —pregunté por él, girando un poco más mi cuerpo para poder verlo. El príncipe asintió y volteó para verme también. Respiré hondamente y solté el aire con suavidad—. No estoy enojada contigo, Evan —farfullé para su grata sorpresa—. Ojalá pudiera, pero esto no es tu culpa.

Asintió con entendimiento y, en un movimiento inseguro, ubicó su gran mano sobre la mía. La suya era cálida, mientras que la mía parecía un trozo de hielo comparada con la de él.

—No quiero hacerlo, créeme que no quiero, pero mi madre trajo a los *paparazzi* de Goldenwood y debo proponértelo en un rato —dijo para mi espanto. Tomó aire y lo soltó en un bufido—. Quizá odies más a toda mi familia por lo que te contaré, pero es la razón por la que todos se sorprenden cuando saben que tú eres Brenda Morel.

—¿No era porque mi abuelo es un duque? —pregunté entrecerrando los ojos.

—Ese es otro. Pero el real motivo es que todos pensaban que tú eras mi novia.

—¿Qué? —pregunté en un murmullo.

—Sí —suspiró—. El compromiso ha sido arreglado hace más de un mes. La gente aquí piensa que nosotros hemos estado juntos desde hace años y que esta es tu primera vez en Goldenwood porque yo te he invitado para proponerte matrimonio. Suena horrible, lo sé. Mi madre se ha ocupado de que sea así —musitó avergonzado, bajando su cabeza y evitando el contacto visual.

A pesar de que estaba perpleja por las nuevas noticias, puse mi mano libre sobre la de él para llamar su atención. Sus ojos verdes me observaban confundidos y su entrecejo estaba ligeramente apretado. Muy a mi pesar, le di una muy pequeña sonrisa.

—Es un espanto, todo lo es. Y ojalá pudiera escaparme de aquí con algún plan siniestro, pero ¿de qué serviría? Todavía no sé cuidar de mí misma, menos en un lugar que no conozco. Y en el caso de volver a mi hogar por mi cuenta, mis padres me darían un horrible castigo y estaría de regreso aquí al instante. —Me ganó una sonrisa de su parte por decir eso—. Nunca perdonaré a mis padres

por esto y, disculpa por decirlo, pero no dejaré que tu mamá controle todo. Quieren que me case a los 18, bien, lo haré porque no tengo opción, pero al menos yo seré la que elija el maldito vestido.

Evan dejó escapar una carcajada de sus labios y luego solo se limitó a sonreír. Nos quedamos en silencio un momento. No sé qué habría estado pensando él, pero yo estaba sumida en mis pensamientos mientras sacaba conclusiones sobre hechos pasados. Ahora entendía por qué mis padres habían acordado en dejarme este año libre antes de comenzar la universidad y por qué me dejaban vivir como un murciélago. Dejaron que hiciera de mi vida tiempo un desastre, porque luego estaría en mano de los Bourque: sin salida.

También el hecho de que Seleste se puso como loca cuando se enteró que tenía novio y la reina me llamó irrespetuosa. No solo por haber hablado por teléfono en el desayuno, sino porque habría sido una falta de respeto hablar con un novio si estaba comprometida con otro.

Estaba algo indignada, tenía 18 años recién cumplidos, aún era una adolescente en Goldenwood, mis tutores legales eran un rey que no se enfrentaba a su esposa y una reina que me odiaba, y para completar sería la esposa de un príncipe en menos de un mes. Sería una jodida princesa.

—¿Evan? —lo llamé con suavidad. Él volteó a verme enseguida. Nuestras manos seguían enredadas—. ¿Qué edad tienes?

Me dio una sonrisa divertida.

—Tengo 22. Los cumplí el mes pasado.

—Ah —expresé sorprendida—. Eres más joven de lo que esperaba.

—¿Acaso esperabas que tuviera, no sé, 30? —preguntó divertido.

—No —reí—, pero creí que tendrías la edad de Seleste.

Negó con la cabeza, aún sonriendo.

—Ella es cuatro años mayor.

—A veces parece más chica que mucha gente —bromeé.

Él rio de mi patético intento de broma y yo me uní. Ambos estábamos riendo a carcajadas y no era exactamente por mi chiste malo, sino porque ninguno quería sentirse miserable por la situación en la que nos encontrábamos. No obstante, mi risa se convirtió en llanto de un momento para otro. Solté sus manos y tapé mi cara, sin importarme que tuviera los ojos llenos de maquillaje negro.

Sin decir nada, Evan me atrajo a su pecho. Mi frente quedó apoyada sobre su hombro, mientras él abrazaba mi cuerpo con uno de sus brazos y con el otro acariciaba mi espalda tratando. No sabía si sentirme bien porque la situación no era incómoda o sentirme de esa manera porque no lo era. Pero, ¡vamos! Era una maldita adolescente que le gustaba salir de fiesta y pasar las noches con su novio, y ahora se estaba por casar con un hombre a quien conocía hace cuatro días.

—Está bien, Brenda —pronunció con suavidad—. Déjalo salir.

Sollocé aún más. Estaba avergonzada por haberme quebrado frente a él, pero al mismo tiempo estaba cómoda. Tomé respiraciones hondas y traté de dejar de llorar. Tenía que ser fuerte. Saqué las manos de mi cara y limpié mis mejillas, corroborando que se me había corrido todo el maldito maquillaje y todavía teníamos que fingir que me pedía matrimonio. Seguí respirando profundamente y apoyé una de mis manos debajo de su codo, mientras giraba mi cabeza y me acomodaba mejor en su hombro.

Después nos quedamos en silencio, abrazados.

Luego de un momento, se escucharon voces detrás de la puerta de la habitación, pero ninguno de los dos se movió. Un minuto más tarde, la puerta se abrió con un estruendo.

—Cielos —suspiró Jackie—. Vuelvan al castillo —se dirigió a alguien más—, estaremos allí en un momento.

—Pero los camarógrafos están como locos —se quejó Alaric con los dientes apretados.

—Vamos, amor.

Esa era Lynn.

Unos ruidos más tarde, la puerta fue cerrada y los tacones de Jacqueline indicaban que se estaba acercando a nosotros. Sus ojos azules miraron directamente a mis ojos marrones cuando estuvo parada frente a nosotros. Estaban llenos de lástima y empatía.

—Lo siento tanto. Ojalá hubiera podido decírtelo antes, Bren.

Me separé de Evan con un suspiro. Mi boca aún estaba posicionada en un continuo mohín que era inevitable.

—Está bien, Jack. No te preocupes —le di una sonrisa tenue.

Me la devolvió y estiró su mano. La tomé con seguridad y cuando ella me impulsó a ponerme de pie, me recibió con abrazo. La abracé devuelta sin incomodidad. Algo en ella, al igual que Evan, me hacía sentir a gusto. Se separó de mí luego de un momento y me sonrió traviesa.

—No creo que quieras ser mirada por mucha gente con esa cara. ¿Te parece si mejoro un poco tu maquillaje?

No me quedó otra que asentir.

Pasado un rato, yo ya estaba lista otra vez, con mi rostro bien maquillado y mis pies dentro de los zapatos blancos. Cualquiera que nos viera nunca sospecharía que minutos atrás había estado llorando con el alma hecha pedazos. Evan y Jackie ya me habían dicho lo qué sucedería y ya tenía claro qué hacer. Nos detuvimos en un pasillo anterior al gran salón principal.

—Esperen aquí —ordenó Jacqueline—, y cuando yo diga «están viniendo», cuenten hasta cinco y entren al salón. ¿Entendido?

—Entendido —contestamos al unísono.

Jackie giró sobre sus talones y caminó a paso firme y apresurado por el pasillo. Mientras tanto, Evan tomó mi mano y entrelazó nuestros dedos. Giré para verlo con las cejas enarcadas, sorprendida.

—Se supone que hace años que somos pareja, ¿recuerdas? —preguntó con humor y tristeza.

Le sonreí de esa misma manera.

—Sí, lo siento. Tardaré en acostumbrarme.

—Los dos lo haremos, no te preocupes.

Asentí al mismo tiempo que se escuchaba a Jackie exclamar con apuro:

—¡Están viniendo, corran, escóndase!

Uno... Dos... Tres... Cuatro... Cinco.

Empezamos a caminar por el corredor y, antes de entrar al salón, ambos pusimos una sonrisa en nuestras caras. Se suponía que nos amábamos, no que estábamos miserables. Nos detuvimos en un ventanal, aún preparándonos para ser filmados. Los otros también estaban en el salón, seguramente poniendo en actuación diálogos animados para que no pareciera que todo estaba planeado.

—¿Estás lista para sonreír como nunca? —musitó Evan, sonando desdichado.

—Sí —susurré.

Soltó mi mano y pasó ese brazo por encima de mis hombros, y yo atravesé el mío por detrás de su espalda. Apoyé mi cabeza sobre su hombro y él apoyó la suya sobre la mía. Teníamos que tomarnos nuestro tiempo, no podíamos apurarnos y levantar sospechas de que todo estaba horriblemente planeado. Odiaba esto.

A pesar de que esa era la verdad, porque todo estaba, en efecto, meticulosamente ideado, ninguno de los dos dejaríamos que se supiera. Primero, porque su familia se hundiría por el repudio social y, segundo, porque mis padres harían alguna otra cosa para castigarme. No sé, tal vez casarme con un hombre con problemas alcohólicos.

—Lo siento, otra vez, Brenda.

—No lo sientas. No te odio. Si voy a hacer esto, será mejor tener a alguien de mi lado. No tendría sentido odiarte y que además nos vayamos a casar.

—Tienes razón —murmuró—. Bueno, prepárate, porque apesto para las propuestas de matrimonio.

Fruncí el ceño al escuchar sus palabras.

—¿A qué te refieres?

—Esta no es la primera vez que le propongo matrimonio a alguien —dijo sorprendiéndome—. Pero hablaremos de eso en otro momento, ahora no tenemos tiempo.

Su voz se había tornado tan triste.

—¿La amabas? —pregunté sin poder evitarlo.

—Todavía lo hago.

Somos dos, entonces.

—Yo también amo a alguien, Evan. Cuando me lo propongas, piensa en ella y todo saldrá mejor. Yo haré lo mismo cuando tenga que decirte que sí. Solo... No gires cuando te abrace.

—Bueno —susurró apenas audible.

Se separó de mí y me tomó por los hombros, mirando directamente a mis ojos. Tenía una expresión de determinación en su rostro, al igual que de miedo.

—Te amo, Brenda. Y por esa razón quiero pasar el resto de mi vida contigo, porque no sé qué sería de mí sin ti. Sería como... Como estar solo en este mundo.

Mis ojos se llenaron de lágrimas y la muchacha cursi en mi interior pensó que la mujer que Evan amaba habría sido muy feliz de escuchar sus palabras. Apoyó una rodilla en el piso y tomó mi mano izquierda. Sacó una cajita de color negra de su bolsillo y lo abrió, mostrando un anillo con un hermoso diamante en el medio

—¿Me harías el honor de ser mi esposa para que compartamos el resto de nuestras vidas juntos?

Mi cara de sorpresa era honesta. No solo por las hermosas palabras, sino por el tamaño y brillo de ese diamante. Yo odiaba las cosas que brillaban, pero eso era... Era impresionante. Y, por supuesto, mi mente estaba con Sean. Si bien tenía a Evan Bourque frente a mí, traté de imaginarme cómo

hubiera sido que el hombre que realmente amaba me lo hubiera propuesto. Obviamente no sería lo mismo, ya que le hubiera dicho que no porque aún soy muy joven para atarme a un hombre de por vida, pero ahora...

—¿Brenda?

Una lágrima solitaria caía de mi ojo derecho al dar mi respuesta.

—Sí. —Sonreí de todas formas—. Por supuesto que quiero.

Evan me sonrió, sacó el anillo de su caja y lo deslizó por mi dedo anular. Cuando el anillo estaba en su lugar y él sobre sus pies, dejé salir una carcajada y me lancé a su cuello, ocultando mi cara de las cámaras que sabía que nos rodeaban.

Él abrazó mi cintura, encerrándola entre sus brazos, acariciando mi espalda en el momento en que sintió que me vendría abajo. Porque las lágrimas estaban comenzando a caer sin control y aunque podía decir que eran de extrema felicidad por estar comprometida con el amor de mi vida, necesitaba un tiempo para poder recobrar la compostura sin que nadie me viera.

Ah, Sean...

Lloré desconsoladamente toda la noche. La piel de mi rostro ardía y mi garganta estaba seca, con un espantoso sabor amargo. Había pasado una parte de la noche con mi cabeza en el borde del retrete.

Nenna vino como todas las mañanas y dejó una bandeja con el desayuno, pero yo estaba tan nerviosa y asqueada que ni lo toqué. Me aconsejó que tomara un baño y que me quedara en la cama un rato más. Quiso hacerme un té, pero lo rechacé con cordialidad; lo vomitaría.

Después de darme un baño refrescante, me puse un pantalón de algodón largo y holgado con mi camiseta con la estampa de *I love New York*, y me acosté en mi cama sobre el edredón. Intenté llamar a Candace, pero no tuve suerte. La extrañaba y sabía que ella a mí, y entendía que tenía otras cosas que hacer que estar pendiente de su celular.

Si bien necesitaba que ella estuviera conmigo en ese momento, sabía que no era posible. Tal vez había olvidado su celular en algún lugar y por eso no contestaba. Quería a alguien cercano a mí, conmigo. Y no justamente Seleste, que me mintió desde que pisé el aeropuerto de Francia.

Tenía que descansar y no sabía si sería capaz. El día anterior, luego de que Evan me propusiera matrimonio, la reina Lucinda sacó a las cámaras de su escondite y nos hizo hablar frente a ellas. Yo, por supuesto, estaba llorando como nunca, pero conseguí sonreír entre lágrimas y declarar mi amor hacia él. Nadie dudó de mis palabras. Para concluir, dijo que hoy en la noche se llevaría a cabo la fiesta de nuestro compromiso. Me parecía inútil y estúpido, pero ahora el salón estaba siendo arreglado para mitad de la gente de Goldenwood, alias todos los adinerados con privilegios.

Entré a la página de noticias de Goldenwood. Como era de esperarse, Evan y yo estábamos en la primera página. También había un video y una larga descripción con comentarios debajo, pero no pensaba leerlo.

Alguien tocó la puerta, haciéndome sobresaltar. Evan me salvó de levantarme a abrir, pues la abrió y se asomó.

—¿Puedo pasar? —preguntó en un murmullo.

Me incorporé y apoyé mi espalda contra los almohadones y el respaldo. Asentí y él entró sin dudarlo. Sin pedir permiso, se subió a la cama e imitó mi posición. No me incomodaba, esta habitación no era exactamente mía y, bueno, él era el hombre con quien pasaría el resto de mi vida. Si bien era algo con lo que aún no estaba acostumbrada a pensar y no era lo que más quería, debía aceptarlo y era una suerte que él era un buen hombre y no un príncipe caprichoso y petulante.

—Su nombre era Isabelle.

Giré a verlo con confusión, pero él tenía la mirada perdida.

—¿Quién?

—La chica que amo. ¿Recuerdas que lo mencioné ayer? Bueno, ella.

El hecho de que había dicho *era* y no *es* no había pasado desapercibido. Se notaba la tristeza en su rostro y en su voz, era como si aún no hubiera pasado el duelo de haberla perdido.

—¿Quieres hablar sobre ello? —pregunté con suavidad.

—¿Estás segura de que quieres escucharlo? —Giró para verme a los ojos. Asentí, no solo porque lo hacía, sino porque era obvio que él lo necesitaba. Volvió su vista al frente y cerró sus ojos—. La conocí en París. Ella estaba observando la Torre Eiffel como si estuviera hipnotizada, como si fuera la primera vez que la veía. No pude evitarlo y empecé una conversación con ella. Luego de conversar por un rato, la invité a tomar algo en una cafetería que conocía y ella me dijo que no tenía dinero para poder pagar nada, ya que, en efecto, era nueva en París y aún no tenía trabajo. La invité de todas maneras, ella era tan buena y hermosa que yo no me pude resistir.

»Conversamos toda la tarde. Al separarnos, supe que querría verla de nuevo, así que le pedí su número y la invité a encontrarnos en el mismo lugar al día siguiente. Así fue y el día siguiente, y el

que siguió y todos los días luego de ese. Aprendí que ella era de clase baja y estaba en París buscando un trabajo para poder ganar dinero para pagar algo, una deuda... Ella no me dijo qué era en ese momento. En algún punto tuve que volver a Goldenwood y no podía evitar estar feliz, pues ella era perfecta. Yo creí que sería la mujer con la que pasaría el resto de mi vida. Mi madre se enteró de que estaba saliendo con alguien de clase baja y me prohibió verla, me dijo que si alguien me veía con ella en público se aseguraría de que nunca la viera otra vez.

Lo único que se me vino a la cabeza en ese momento, fueron dos palabras: *esa arpía*. Ni siquiera había dejado que su hijo fuera feliz con la persona que él quisiera.

Evan hizo una pausa, tomó una respiración profunda y continuó:

—Cuando volví a París me aseguré de verla siempre en su apartamento o mi habitación de hotel. Ella supo que yo era un príncipe en el transcurso de esos días y tuve que contarle la amenaza de mi madre. Isabelle me dijo que no le importaba lo que ella dijera, nada podría alejarla de mí. Yo le creí, pero no me arriesgué. Continuamos viéndonos en esos lugares en mis estadías en París. Nadie sabía que yo estaba con ella, solo los de seguridad y yo les pagaba un dinero adicional para que no abrieran sus bocas. Bajo, lo sé, pero no podía arriesgar lo más lindo que tenía en la vida.

»Después de un año, decidí que era momento de dar el gran paso. Le pedí matrimonio y fue lo más embarazoso de toda mi vida. Tenía tantas cosas para decirle en la propuesta que simplemente tartamudeé y me quedé sin palabras. Isabelle entendió de qué se trataba cuando me vio sacando el anillo y aceptó de inmediato. Íbamos a casarnos en secreto y eso era lo más emocionante. Lo que no esperaba, era que unos días después de eso ella tuviera un accidente y terminara en el hospital.

Nunca había visto a alguien actuar tan vulnerable frente a mí.

—¿Qué le pasó? —murmuré suavemente.

—Estaba conduciendo de noche, yendo a casa de sus padres, y estaba tan cansada que se quedó dormida. Chocó de frente. Su rostro quedó tan deformado que ni siquiera me dejaron entrar a verla.

Todo lo que ella quería era sacar a su familia del pueblo en el que vivían, poder darles una vida mejor. Lo estaba cumpliendo, de a poco conseguía el dinero y lo ahorraba. Pero luego falleció.

No sabía qué decir. No sabía qué pensar. No sabía cómo ponerme en su lugar, porque nunca había perdido a alguien tan cercano a mí, mucho menos al amor de mi vida.

Después de un momento, Evan prosiguió:

—Viajé a su pueblo para darle el dinero a su familia y también ayudé allí. Si ese era el deseo de Isabelle, yo iba a ayudar a cumplirlo. Ellos nunca supieron quién era yo para ella, solo les dije que debía entregar el dinero que les pertenecía. Me quedé para el funeral y volví a Goldenwood. Tres meses después, mi madre me informó que me casaría con la nieta del duque Abel Morel. Yo no estaba de acuerdo, todavía no lo estoy y, por favor, no te ofendas, porque no es por ti, es simplemente porque yo quería elegir con quién pasar el resto de mi vida. Pero es mi deber y voy a cumplirlo.

Abrió los ojos y me miró con una sonrisa cerrada, limpiando el rastro de una lágrima en su mejilla. Le devolví el gesto, intentando que la lástima que sentía se viera como empatía.

—Su nombre es Sean —dije de repente.

Me sonrió agradecido.

—Continúa.

—Solo si escuchas todo antes de juzgar. Porque todo el mundo lo hizo y odié eso.

—Prometo que no juzgaré sin antes escuchar la historia completa —afirmó divertido, tratando de olvidar la tristeza de segundos atrás.

Asentí y tomé aire, volviendo la mirada al frente para que no viera mi expresión.

—Lo conocí... Me lo choqué un día mientras caminaba apurada. Él se disculpó y, bueno, lo vi y pensé «este tipo está bueno» así que cuando me invitó a tomar algo como recompensa por chocarme, acepté. Me sorprendía que lo fácil que era hablar con él y eso que yo no soy una persona

muy charlatana. Intercambiamos números y nos volvimos a juntar. Tuvimos un par de citas, besos, palabras. Yo tenía 17 y él estaba terminando su título en Matemáticas. Él sabía mi edad, sabía quiénes eran mis padres, a qué escuela iba... Sabía todo sobre mí y yo sabía todo sobre él.

»Cuando comencé la escuela ese año, mis padres decidieron cambiarme a una escuela pública, porque, según ellos, estar con mi mejor amiga en la misma escuela me distraía, y yo debía concentrarme en mis notas. En ese tiempo no vi mucho a Sean, él estaba concentrado en buscar un empleo. El primer día yo estaba sola porque no conocía a nadie y por la misma razón me senté sola en el almuerzo. No prestaba atención a nada, solo a mi comida. Pero, por alguna razón, levanté mi cabeza y él estaba allí.

—¿Qué estaba haciendo él en tu escuela?

Giré mi cabeza hacia la derecha para encontrarme con su entrecejo levemente arrugado.

—Él había conseguido trabajo allí. Él era un profesor y yo era una alumna. —Los ojos de Evan se abrieron con sorpresa, pero se quedó callado, recordando su promesa. Volví la mirada al frente—. Nunca pude decirle que yo iba a esa escuela porque en esos días no lo había visto y él tampoco pudo decirme que había conseguido un trabajo. Nos juntamos en su apartamento luego de ese día y acordamos solo vernos allí. Yo estaba dispuesta a detener todo, pero él no. Nos seguimos viendo a escondidas.

»Recuerdo que él siempre estaba bastante triste por no poder besarme cuando quisiera o tener citas conmigo sin miedo a que alguien nos viera, porque yo sería expulsada y él perdería su trabajo, además de que eso lo marcaría y no le daría libertad de conseguir futuros empleos. Él me declaró su amor un día y yo no sabía qué decir. Era cómodo pasar el tiempo con él, era un buen besador y, además, estaba bueno. —Evan rio y yo sonreí—. No pude decirle que lo quería porque no lo hacía y sé que eso le dolió, pero no se dejó vencer. Seguimos encontrándonos algunos días, más besos, más momentos compartidos. Fue en esos días, sabiendo lo que él sentía por mí, que yo comencé a desarrollar sentimientos hacia él también. Sentimientos reales. Y no dejé mucho tiempo pasar, se lo dije apenas lo supe... Apenas lo sentí.

Tomé una respiración profunda.

—En fin —solté el aire—. Él seguía siendo un profesor de la misma escuela a la que yo iba. Al menos no era *mi* profesor, pero trabajaba allí de todas formas. No sé cómo hizo, pero consiguió dejar esa escuela y conseguir un empleo en otra. Los dos estábamos felices. Podíamos salir a donde quisiéramos. Él me quería, yo lo quería, estábamos bien. En ese tiempo la gente se enteró de lo nuestro y comenzaron a juzgar, pero no me importó. Cuando cumplí 18 fue un alivio, porque podíamos seguir siendo una pareja sin la palabra *ilegal* gravitando en nuestros oídos.

»De todas maneras, la última vez que nos vimos no fue del todo placentera. Ambos estábamos borrachos, él terminó algo enojado porque yo no quise tener sexo con él, y yo me enojé porque él estaba demasiado ebrio como para escucharme. Yo solo... Ahora lo extraño y desearía poder haberle dado un último beso. Solo un beso.

Fue mi turno de que se me escapara una lágrima, con la diferencia de que yo la limpié apenas sentí que se deslizaba por mi mejilla. La mano de Evan tocó mi muñeca, llamando mi atención. Giré a verlo, y me encontré con su expresión de empatía.

Mantuvimos la mirada. Él me miraba de una manera que yo no entendía y yo se la devolvía sin saber tampoco cómo. Aunque no estaba incómoda, porque con él nunca podía estarlo. Era extraño.

Evan dejó escapar un suspiro y sus comisuras se curvaron en una tenue sonrisa.

—Tengo una sorpresa para ti esta noche —manifestó con tono cómplice.

Cambiando mi expresión, levanté mis cejas con asombro.

—No será otro de estos, ¿verdad? —pregunté levantando mi mano izquierda, en la que estaba el anillo.

Rio un momento y negó con la cabeza.

—Por supuesto que no. Es, en realidad, mucho mejor.

¿Mucho mejor que un diamante? Y eso que dicen que los diamantes son los mejores amigos de las mujeres.

—¿Qué es? —pregunté un tanto emocionada, olvidando el tema anterior.

—No te lo diré, es una sorpresa.

Me moví para quedar sobre mis rodillas y salté un poco, moviendo el colchón debajo de nosotros.

—¡Dime!

No me gustaba admitirlo, pero me encantaban las sorpresas.

—No —rio.

Iba a seguir insistiendo, pero alguien tocó la puerta de mi cuarto antes de abrirla. Lynn se asomó con una sonrisa gentil y una percha con un largo enfundado tapando lo que fuera que estaba debajo. Le sonreí, pero mis labios cayeron cuando vi que Seleste estaba detrás de ella. La fulminé con la mirada apenas puso un pie en la habitación.

—Buenos días a los dos —saludó la castaña—. Evan, tu padre quiere verte, te está esperando en su despacho.

Sentí que se levantó de la cama con un suspiro desalentador.

—Pasaré a buscarte a las siete y media. Es cuando todos los invitados estarán en el salón —me dijo con seriedad y luego sonrió cálidamente—. Gracias por confiar en mí, Brenda.

A pesar de que Seleste y Lynn estaban en la habitación, le devolví la sonrisa y olvidé momentáneamente mi enojo con mi prima.

—Gracias a ti.

Asintió cortamente y salió de la habitación.

—Brenda... —me llamó Seleste.

Lynn hizo su camino hacia el armario.

—No quiero hablar contigo.

Evité el contacto visual.

—Por favor, tú sabes que no podía decirte nada!

—¡No me importa! —espeté mirándola con furia—. Tú eres mi prima, podrías, al menos, haberme dado una pista. Advertirme. Ayer me preocupé por ti porque estabas toda triste, pero ahora me alegro que lo hayas estado, te lo mereces. Quizá es por eso que tu novio no pasa tiempo contigo, porque eres una maldita perra mentirosa —escupí enfurecida.

Sabía que tal vez había sido demasiado cruel, pero no me importaba, no me retractaría de mis palabras. Se suponía que ella fuera sincera conmigo y no lo había sido. Sus ojos se llenaron de lágrimas y Lynn volvió a aparecer en una fracción de segundo, observándome con incredulidad.

—Puedes decirme todo lo que quieras e insultarme, sabes bien en el fondo que es lo que tuve que hacer. No tenía opción. Todos aquí sabían, todos, y conmigo eres con la única que estás enojada —reprochó Seleste con la voz quebrada.

—Sí, porque tú eres mi prima. Tú y yo compartimos sangre.

Bajó la mirada y mordió su labio inferior. Lynn me miró insegura antes de poner la mano sobre el hombro de su amiga.

—Dejé tu vestido para esta noche en tu armario. Unas horas antes de la fiesta vendrán para ayudarte a prepararte. —Le echó una mirada a su amiga una vez más antes de volver a observarme—. Yo también lo sabía y lo siento, pero creo que debes pensar en tus palabras antes de dejarlas salir. Nos vemos en la tarde.

Tomó a su amiga por los hombros y la guió afuera del cuarto. Me dejó pensando, ya que fui demasiado dura con mis palabras, pero no lo podía evitar. Estaba furiosa y resentida y era con ella con quien me había descargado. Busqué mi celular en mi mesa de luz y marqué de nuevo el número

de Candace. Uno, dos, tres, cuatro, cinco tonos y no atendió. Necesitaba sus palabras y ella parecía no estar disponible. Me estaba volviendo loca.

Una luz se prendió en mi cabeza y, aunque vacilé un poco, marqué el número de Sean. Tal vez esta podría ser la oportunidad para conversar y contarle lo que estaba sucediendo. Eso llevaría a que él dejara de meditar sobre nosotros y se diera cuenta de que yo ya no valía la pena. Era una causa perdida. Sin embargo, pasó lo mismo que con Candie: nunca atendió.

Ya no sabía a quién llamar. Tenía más conocidos en Nueva York con los que siempre salía de fiesta, pero esos no eran mis amigos y no confiaba lo suficiente como para darles una llamada. Tampoco pensaba llamar a mis padres, eso no entraba ni siquiera en las opciones. Estaba por darme por vencida cuando alguien tocó la puerta y se asomó con una pequeña sonrisa.

—Hola, Bren. ¿Puedo pasar?

Analiqué sus ojos celestes a la distancia. Jackie parecía una de las personas más confiables dentro de los Bourque, además de Evan. No pensaba que Ric fuera malo, pero no lo conocía lo suficiente para dar un buen criterio. Asentí en silencio y ella se acercó con pasos largos acordes a sus piernas. Subió a la cama y se arrodilló en diagonal a mí.

—No estés enojada con él, por favor —suplicó luego de un momento de silencio.

Fruncí en entrecejo con confusión.

—¿De qué estás hablando?

—Evan. No es su culpa, es de nuestras madres. Si hubiera algo para poder evitar el compromiso, incluso el matrimonio, él lo haría, yo lo sé con certeza. Pero no lo odies, por favor. Él perdió su última novia de una manera horrible y no merece ser odiado sin razón. Sé que tú no quieres, pero tendrás un buen rato a su lado, si solo supieras...

—Jack —quise interrumpir.

Estaba divagando y las palabras salían de su boca con torpeza y apuro.

—...Todo lo que él ha sufrido por amor, no merece ser dejado de lado una vez más. No te estoy pidiendo que lo ames, solo que permanezcas a su lado y que por lo menos seas su amiga. Si van a estar casados, por lo menos deberían de poder llevarse bien, ¿no lo crees? Piénsalo, Bren, podrían ser, al menos, una pareja feliz. Y...

—¡Jacqueline! —exclamé, mi voz saliendo con fuerza. Ella detuvo su discurso abruptamente, mirándome con los ojos bien abiertos. Sabía que estaba nerviosa por la forma en que retorció sus manos en su falda y mordía sus labios—. No lo odio —sostuve con suavidad—, ni siquiera estoy enojada con él. Ambos tenemos... Ambos tenemos personas a quienes amamos y, lamentablemente, la de él ya no forma parte de este mundo, pero los dos estamos pasando por un lapso relativamente difícil.

Los ojos de Jackie se contonearon con incredulidad.

—¿Te habló de Isabelle? —susurró.

Asentí lentamente, sin entender su repentina expresión.

—Sí —musité—, y yo le hablé de Sean, mi novio. Bueno, parece que es mi exnovio ahora.

Ella respiró hondo y remojó sus labios, entornando ligeramente sus ojos. Sus manos aún se retorcián en su falda.

—Él nunca conversó con nadie sobre ella. Solo... A nadie. Ni siquiera con Ric, o sus amigos Soufiane y Edouard. Nadie sabe lo que pasó realmente. Excepto, bueno, tú.

Mis cejas se alzaron con sorpresa, pues no me esperaba eso. Para nada. Mi mente estaba procesando las palabras de Jackie, absorbiéndolas. Si no había hablado de ese tema con nadie, ¿por qué lo había hecho conmigo? «Porque quiere que lo entiendas» una parte de mi mente susurró. Quizá, quizás no. No podía estar segura.

Jacqueline se fue un momento luego de esa confesión. Las cosas se estaban poniendo algo tensas, ya que ninguna de las dos sabía qué decir al respecto. Una parte de mí estaba asustada por la

repentina confianza de Evan hacia mí, pero la otra estaba orgullosa y feliz de que mi-futuro-a-ser-esposo tenía esa confianza. Estaba tremendamente confundida.

Él día pasó rápido, sin incidentes. Nenna preguntó si quería almorzar, pero aún me sentía algo nauseabunda y prefería quedarme en mi habitación sin comer. Tenía un gran nudo en el estómago. Reintenté llamar a Candace, pero no hubo caso. Vi una película, leí las revistas de moda y chismes de Goldenwood. Lo hice con tal desinterés que ni siquiera recordaba lo que había leído.

Volví a darme un baño, esta vez rompiendo mis propias reglas al quedarme más de media hora bajo la lluvia de agua caliente. Estuve en la misma posición hasta que mi cuerpo estaba entumecido y mis dedos arrugados. Sabía que era cuestión de tiempo antes de que llegaran las personas que me ayudarían a vestirme, peinarme y maquillarme, así que me puse la ropa interior solamente y una bata arriba.

Cuando traté de contactar a mi amiga una vez más, la puerta de mi cuarto sonó, indicando que alguien estaba tocando. Resignada, dejé el celular en la mesa de luz y me acerqué a la puerta simulando una sonrisa; sabía que eran ellos y no podía verme triste si era mi fiesta de compromiso.

Un hombre alto y rubio estaba del otro lado de la puerta con más de una cirugía plástica en su cara, y dos muchachas detrás de él con unos bolsos. No me hacían falta dos dedos de frente para saber que el hombre era gay, pero algo en su sonrisa me hizo saber que era lo suficientemente amable.

—Tú debes ser la futura princesa, Brenda, ¿correcto? —preguntó sonriendo con travesura.

A pesar de mi humor, sonreí genuinamente al escuchar su acento. Era una mezcla entre italiano, francés e inglés, y era muy gracioso y algo difícil de entender. Sin embargo, asentí.

—Sí, entren, por favor.

—¡Genial! Yo soy Fabio y estas son mis ayudantes, ehm... Digámosles Fulana y Mengana, porque realmente no recuerdo sus nombres. Embarazoso, ¿verdad? —rió y entró a mi cuarto.

No pude evitar reír. Las muchachas giraron sus ojos y siguieron a Fabio.

—Ahora, querida, siéntate aquí mientras examino tu delicada cabellera.

Casi bufaba a ese comentario, pues sabía que mi cabello era de todo menos delicado. Hice lo que me dijo. Por el espejo veía que Fulana y Mengana abrían sus bolsos, tomaban cosas y las colocaban en el tocador. Fabio tomó las puntas de mi cabello e hizo una mueca. Lo miré divertida mientras él levantaba la vista y me devolvía la mirada por el espejo.

—Muchacha... Tu cabello está horrible —reí entre dientes por su declaración, mientras él negaba su cabeza con desaliento—. Todavía tenemos mucho tiempo hasta que la fiesta comience, ¿te parece un corte y un leve baño de queratina?

Arqueé una ceja a modo de pregunta.

—¿Qué demonios es eso? —pregunté algo ácida.

Mi padres eran adinerados y todo, y mi mamá pasaba la mayor parte de su tiempo en el salón de belleza del cual es copropietaria, pero eso no quería decir que yo tuviera alguna idea sobre toda esas tonterías. Ni siquiera sabía qué era la queratina.

Fabio me miró con empatía.

—Chica, se nota que nunca te ha atendido un peluquero serio. La queratina es como una chaqueta impermeable para tu cuerpo cuando llueve, con la excepción de que tu cabello sí se mojará, pero no tendrás el horrible friz que se está haciendo ahora.

A mi no me importaba el friz de mi cabello, me daba lo mismo. Solo me encogí de hombros mientras pensaba en qué clase de corte estaba pasando por la cabeza de Fabio, al mismo tiempo en que él tomaba las puntas de mi cabello y las fulminaba con la mirada.

—¿Hace cuánto que no te cortas el cabello? —Abrí la boca para contestar, pero él levantó la mano haciendo que me callara—. Espera, no contestes eso, realmente no necesito ni quiero saberlo. ¿Qué te parece por los hombros? Las puntas feas se irían y, además, te haría ver más... Adulta.

Volví a encogerme de hombros.

—Seguro, ese corte estaría bien.

—Aunque deberíamos ver el vestido que llevará —terció una de las asistentes—. Así podemos peinarla de manera que quede acorde a él.

Fabio ladeó la cabeza hacia ambos lados, aún observando mis puntas.

—No sabía que tenía asistentes tan inteligentes —dijo en voz baja—. ¿Podrías decirnos cómo es tu vestido, Brenda querida?

Mastiqué mi labio interior con algo de nerviosismo y vergüenza antes de responder.

—En realidad todavía no he visto mi vestido todavía.

Fabio me dio una mirada llena de incredulidad antes de apurarme a buscarlo para que pudieran verlo. Soltó algunas palabras en francés mezcladas con italiano, lo que no me dejó entenderle nada. Riendo por lo bajo por su reacción, entré a mi armario y saqué la percha con la funda que Lynn dejó horas antes. Lo puse sobre la cama y abrí el cierre, sonriendo ligeramente con alivio cuando vi que no era rosa. Esta vez Seleste pensó un poco más en mí y menos en ella, e, incluso, si estaba enojada, me hacía sentir un poco mejor.

Lo saqué de la funda y levanté la percha en alto para poder apreciar el vestido. Una de las asistentes jadeó y tapó su boca con sus manos, mientras la otra veía la prenda boquiabierta. Fabio solo sonrió sardónicamente.

—Ese es un hermoso vestido. El príncipe Evan babeará sobre ti cuando te vea —comentó.

—Cielos —murmuró una de las asistentes—, sí, así de hermoso es el vestido de compromiso, no me quiero imaginar cómo será el vestido de novia —dijo con una sonrisa de ensueño.

Fabio no me dejó ni siquiera pensar algo que decir, volvió a colocar el vestido en la cama, me tomó por los hombros y me sentó frente al espejo. Comenzó a desenredar mi cabello mientras Fulana y Mengana apreciaban el vestido.

Aproximadamente dos horas después, mi cabello ya estaba cortado y peinado, con el baño de queratina incluido, y las asistentes ya me habían maquillado y arreglado las uñas. Lo otro era nada muy exagerado, solo habían ondulado mi pelo y puesto maquillaje suave en color, lo único fuerte era el delineador líquido sobre mis párpados. Mis labios estaban cubiertos por un color fresa.

Las asistentes de Fabio me ayudaron con el vestido, cerrando el cierre de la espalda y acomodando las telas. La parte de adentro tenía una falda corta del color de la parte superior del vestido que llegaba unos centímetros arriba de mis rodillas, ya que la larga parte inferior era de una gasa algo translúcida. El único accesorio que tenía encima, era el anillo de compromiso. Aún no me había visto al espejo, pero Fulana, Mengana y Fabio me dieron una mirada de aprobación.

Luego de darme unos zapatos blancos de tacón demasiado altos para mi gusto, las asistentes salieron de la habitación, no sin antes desearme suerte y felicitarme. Les sonreí y les agradecí. Fabio, sin embargo, se quedó un momento después de que se fueran.

—Está muy linda, futura princesa. Solo quería decirle que no lave su cabello mañana, así la queratina tendrá más efecto. —Asentí y le sonreí agradecida, sintiendo como mi cabello apenas si rozaba mis hombros a causa de las ondas perezosas—. ¡Oh!, y que si quiere, puedo decirle el sí a la reina Lucinda.

Fruncí el ceño y ladeé mi cabeza, poniéndome tensa al escuchar su nombre.

—¿De qué estás hablando, Fabio?

—La reina me propuso ser su peluquero para el día de la boda, pero aún no le he confirmado. Quería conocerla primero y saber qué piensa usted.

Se sentía raro que me hablara con formalidad, pero no comenté nada al respecto.

—Sí, por supuesto —asegué con otra sonrisa, relajando mi cuerpo.

Fabio se despidió de mí besando el dorso de mi mano y murmurando algo en italiano que no comprendí.

Suspirando, me acerqué a mi celular para intentar llamar a Candace otra vez, pero solo me llevó a la contestadora. Sentía una punzada de inquietud al ella no atender, era muy raro. Las primeras llamadas podía entenderlo, porque tal vez se estaba bañando o estaba ocupada, pero ya todas las otras... No era coincidencia. Tomé respiraciones hondas tratando de calmarme; por más que quisiera escuchar la voz de mi mejor amiga, necesitaba preocuparme por la fiesta que se estaba asomando.

A paso lento y poniendo en práctica mi caminata en zancos, me acerqué al espejo de cuerpo entero, mirándome a mí misma con impresión al verme reflejada. Era raro, porque sentía que la chica que me devolvía el reflejo no era yo, sino alguien de muchísima más clase... Una princesa. Solo faltaba la tiara. No quería admitirlo, pero el vestido sí era una hermosa pieza de gasa color aguamarina oscura, más cerca del verde que del azul. La parte de arriba ajustaba mi delgada figura hasta la cintura, con detalles abstractos texturados y al mismo tiempo acordes. No tenía tirantes, pero sí una gasa más fina y unos tonos más oscuros que el vestido sujetando de mis hombros. Era largo, pero se podían ver las puntas de los zapatos por debajo.

En ese momento, me hubiera gustado tener a alguien conmigo. Me sentía sola y, aunque me gustaba la soledad, siempre sabía que si necesitaba a Candace, ella estaba ahí; que si necesitaba a Sean, él estaba allí. Lo mismo con mis padres. Ahora, en cambio, no tenía a nadie. Si bien Seleste era mi prima, ahora estaba reacia a perdonarla y pedirle compañía. Pensar en eso me recordó que debía llamar a Sean e informarle de las últimas noticias, pero era difícil si no contestaba mis llamados, o si los ignoraba. Aún no estaba segura si ese era el caso.

Sentía ganas de llorar. No solo porque me veía más linda de lo que nunca antes había lucido, sino porque me sentía ridículamente sola y estúpida. Toda la situación era abrumadora, tenía 18 años y sería una princesa en menos de un mes.

Una maldita princesa.

Una lágrima rodó por mi ojo y tomé uno de los pañuelos de papel que estaban en el tocador, pasándolo con delicadeza por mi mejilla. Afortunadamente, las asistentes no me habían delineado la

parte de abajo de los ojos ni puesto base, solo un poco de rubor, así que no se me corrió nada. Seguía intacta por fuera, cuando por dentro estaba quebrándome despacio.

Un golpe en la puerta me hizo dar un respingo y, desviando mi mirada del espejo al reloj colgado en la pared, me di cuenta de que ya eran las siete y media. Evan estaba afuera. Tragando con fuerza, me acerqué a la puerta, sintiendo cómo mi estómago me hacía unas cosquillas incómodas por los nervios. Cuando mi mano estuvo en el pomo, tomé una respiración honda y la abrí, dejando a la vista al príncipe Evan.

Aunque estaba bastante apuesto con ese esmoquin blanco y una pajarita que combinaba con mi vestido, su expresión reflejaba la mía. Sus ojos viajaron por mi atuendo y terminaron en mi rostro, dándome una pequeña sonrisa. Se puso de espaldas y ofreció su brazo derecho, como de costumbre. Sonreí ligeramente para mí misma, cerré la puerta y crucé mi brazo con el suyo.

Comenzamos a caminar rumbo al castillo por el sendero de granito en un cómodo silencio. Cabizbaja, miraba la punta de los zapatos de tacón a cada paso y no pude evitar preguntarme qué diría Sean si me viera vestida así. Yo nunca usaba vestidos, solo faldas cuando salía de fiesta y ni siquiera me preparaba demasiado.

Cuando llegamos al salón en donde la fiesta se estaba llevando a cabo, la reina Lucinda estaba parada fuera de las puertas junto con dos hombres vestidos exactamente igual, vigilando. Ella sonrió de manera conforme cuando sus ojos nos capturaron. Llevaba un vestido largo también, pero de mangas largas y de color negro. Era extraño, pero hoy sí se veía atractiva.

—Justo a tiempo. Muy bien. —Inclinó su cabeza en aprecio.

Bueno, todo lo que ella podía apreciar...

—¿Ya todos están aquí? —preguntó Evan un poco tenso.

Inconscientemente, acaricié su brazo con la mano que tenía allí y eso pareció relajarlo un poco. La reina asintió y enarcó una ceja antes de girar sobre sus talones y entrar al salón, dejándonos atrás.

Los hombres cerraron la puerta y volvieron a sus posiciones. Tomé una respiración trémula y el brazo que tenía cruzado con Evan se tensó.

—¿Estás bien? —preguntó con preocupación.

Cerré mis ojos y volví a respirar profundamente. Ahora que lo preguntaba, sentía algunas náuseas, producto de no haber comido nada en todo el día y parecía que al momento me estaba afectando, pero no le presté atención a mi cuerpo y asentí con mi cabeza antes de volver a abrir los ojos.

—¿Qué se supone que tengamos que hacer cuando entremos allí? —musité.

—Va a haber mucha gente que no tiene nada que ver con el reino, solo son gente adinerada que pudo comprar su invitación, por decirlo así, y otras que fueron realmente invitadas por tener contactos. También habrá condes y duques de Goldenwood, aunque la mayoría de ellos son parte de la familia; políticos y miembros del parlamento con sus familias. Ellos serán los que querrán saludarnos primero, así que estarán al principio del salón. Algunos querrán besar tu mano, otros solo inclinarán su cabeza. Las mujeres querrán darte besos en ambas mejillas —explicó con calma.

Mis cejas se levantaron a escucharlo, ¿besar mi mano? ¿Besar mis mejillas? ¡¿Qué demonios?!

—¿Qué clase de fiesta de compromiso es esta? Pensé que solo entraríamos y comeríamos algo, música, baile... Personas viejas ebrias...

Evan rio entre dientes y negó con la cabeza.

—Esto es Goldenwood, Brenda. Aquí es diferente. Las fiestas de compromiso son muy comunes en familias normales, solo se hace entre familia y amigos, pero yo soy un príncipe y eso significa que debo presentarte adecuadamente a los hombres que ayudan a mi padre a gobernar y, bueno, a algunas personas de sociedad que son por demás entrometidas. Por eso quieren saludarnos al entrar. Las familias que no tienen nada ver con el reino solo cenarán y nos saludarán cuando ellos quieran.

Puso los ojos en blanco.

Vaya, una acción que nunca antes había visto en el príncipe Evan.

Su explicación tenía sentido y la entendía, pero ya me sentía incómoda y ni siquiera había entrado al salón. Además, al final de la noche mi rostro iba a doler por fingir sonrisas. Asentí y noté que él estaba mordiendo el interior de su mejilla, otra cosa que nunca antes lo había visto hacer.

—¿Qué pasa? —pregunté con una suavidad que no sabía que existía en mí.

Quizá el hecho de que yo sabía casi exactamente cómo él se sentía me hacía tratarlo así. No me importaba, en el poco tiempo que lo conocía sabía que era un buen hombre y su aura amigable siempre lo rodeaba, haciéndome confiar.

—Te lo voy a contar porque creo que necesitas saberlo por si acaso, pero no pienso hacerlo a menos que sea extremadamente necesario, ¿de acuerdo? Además, no quiero que estés incómoda.

Fruncí el ceño por sus palabras.

—¿De qué estás hablando?

—No habrá cámaras filmando, pero si habrá una cierta cantidad de fotógrafos. Mi mamá les permitió entrar como si nada y me hubiera resultado raro conociéndola, pero, obviamente, tiene un motivo.

Apretó su mandíbula y su brazo se volvió a inquietar.

Apoyé mi mano libre sobre la tela de su saco y acaricié levemente.

—Dime.

—Quiere que te bese, en frente de todas esas cámaras —dijo en voz baja.

Me quedé boquiabierta por la sorpresa, pero luego cerré mi boca y apreté mis dientes casi haciendo que rechinaran. No podía creerlo. Mi paciencia sobre la reina estaba llegando a un límite y no sabía cuánto tiempo más podría permanecer callada y respetuosa frente a ella sin estallar. Respiré, otra vez, para calmarme. Sentía la sangre corriendo por mis venas, hirviendo por el enojo que de repente se apoderó de mí.

—Siento mucho decir esto, Evan. Pero oficialmente odio a tu madre —dije con seriedad.

Eso lo hizo sonreír mostrando sus dientes y luego dejar escapar una risa. Negó desalentadoramente con su cabeza y apoyó su mano libre sobre la mía, haciendo que mi furia se disipara.

—No te preocupes. La quiero, porque es mi madre, pero sí... A veces es una arpía.

Fue mi turno de reír un poco. Les eché una mirada rápida a los hombres que estaban vigilando la puerta y, para mi sorpresa, tenían una sonrisa divertida en sus labios. Me relajé a la vista y dejé salir el aire nervioso de mis pulmones.

—Creo que es momento de que entremos, ¿verdad? —pregunté en un hilo de voz.

Evan asintió y le dio una señal a uno de los hombres, quien dijo algo en voz baja. Estaba muy tensa y él también. Ninguno de los dos quería esto; este no era el lugar en el cual queríamos estar, ¿pero qué podíamos hacer para evitarlo? Absolutamente nada. El hombre que murmuró anteriormente, levanto la palma y separó sus dedos, indicando el número cinco. El príncipe asintió otra vez.

—Entramos en cinco. Por cierto, Brenda... Estás hermosa —dijo dándome una media sonrisa.

Levanté mi mirada hacia él y algo que casi nunca antes me había pasado, sucedió: me sonrojé. Fue leve, apenas apreciable, pero ahí estaba el calor en mis mejillas. Era una sensación con la cual no estaba acostumbrada. Desvié la mirada y sonreí ligeramente.

—Gracias. —Apenas se escucharon mis palabras.

Nos quedamos en silencio y, antes de darme cuenta, se escuchaba la voz de alguien presentándonos. Evan suspiró y masculló un momento antes de que las puertas se abrieran:

—Je déteste ce type de fêtes.

Odio este tipo de fiestas.

Puso una sonrisa falsa en sus labios.

Dejé salir una carcajada y asentí con mi cabeza, sonriendo también.

—Moi aussi.

Yo también.

Y las puertas se abrieron.

Había música suave acompañando el ambiente, muchos aplausos y sonrisas, muchas ropas caras y besos incómodos, pero, para nuestra suerte, eso pasó rápido. Como Evan me había dicho, la mayoría de los hombres tomaron mi mano derecha y besaron el dorso; esos sonreían amables. Los que se inclinaban, dando a entender que no querían ningún tipo de contacto físico con nosotros, estaban tan serios que parecían hechos de yeso. Las mujeres, falsas o no, besaron ambas de mis mejillas y las de Evan con una sonrisa.

Había una sola mujer que me saludó que parecía genuinamente feliz de estar allí y, aunque al principio no la había reconocido, su cabello rubio, ojos celestes y rasgos familiares, me hicieron dar cuenta que se trataba de la hermana de mi mamá, madre de Seleste y mi tía: Adelle. Ella fue la única que tomó mis hombros con delicadeza al saludarme y fueron sus labios los que tocaron mis mejillas con besos reales, al contrario de los anteriores.

Mesas largas se encontraban a los costados del salón; y una sola, mucho más grande y elevada en un semiescenario, estaba a la cabecera de todas. Suponía que el rey Richard y la reina Lucinda se sentarían en el medio con nosotros a los costados, pero, para mi sorpresa, éramos nosotros los que nos sentamos en el medio. Los reyes estaban al lado de Evan, mientras Lynn estaba a mi lado con Ric. Jacqueline tomó asiento al junto a la reina. Seleste quedó en una de las mesas de nuestra derecha con un hombre a su izquierda, quien supuse era Marco.

La cena se veía deliciosa y por más que trataba de pasar bocado, con solo olerla sentía que iba a vomitar. Solo la moví por el plato y bebí el champán que se encontraba en mi copa. Al principio quise escupirlo, pero luego de un par de copas no me costaba tanto sonreír y me acompañaba un leve zumbido. Era consciente de que si continuaba bebiendo terminaría ebria en mi fiesta de compromiso, y una parte de mí sabía que no debía. Al resto, a la parte más grande, no le importaba.

—Mi madre quiere que nos saquemos un par de fotos —murmuró Evan en mi oreja.

Suspiré con fastidio, pero asentí de todas maneras. Él se levantó y esperó que yo lo mismo, ofreciéndome su brazo cuando ambos estuvimos de pie. Caminamos hacia centro de salón y nos dimos vuelta, enfrentando nuestra mesa. Algunas personas estaban paradas a los costados observando mientras los fotógrafos se ubicaban frente a nosotros. Sonriendo y acercándome más hacia el príncipe, interpreté la actuación perfecta. Otra vez me agradecía a mí misma saber mentir.

Sentí a Evan moverse un poco, giraba su cabeza continuamente hacia atrás. En una de esas veces, sentí que su cuerpo se relajaba un poco más y no pude evitar voltear a verlo con las cejas arqueadas, interrogantes, escrutadoras. Él me obsequió una sonrisa mostrando sus dientes, tan brillante de felicidad que parecía iluminar el salón aún más.

Bueno, ahí estaba el champán haciendo efecto, haciéndome pensar cosas cursis.

—Tu sorpresa está aquí.

Hizo un ademán con su cabeza hacia atrás.

Enarcando una ceja, giré mi cabeza e ignoré las quejas de los fotógrafos. Al principio no entendía cuál podría ser la sorpresa, ya que solo había gente por todos lados, pero luego mis ojos se abrieron a la par y quedé boquiabierta cuando mi mirada se encontró con una muchacha rubia de pelo lacio, con ojos marrones y un largo vestido negro. Y me estaba sonriendo.

Solté a Evan al mismo tiempo en que mis ojos picaban en lágrimas de felicidad.

—¡Candace! —exclamé, silenciando a las personas a mi alrededor y caminando apresuradamente hacia ella, abrazándola apenas estuvo cerca.

En ese momento no me importaba nada. Ni Sean, ni Evan, ni Seleste, ni la perra-reina Lucinda. Mi mejor amiga estaba aquí y eso era lo único que me importaba.

Aún no podía creer lo que mis ojos veían. Candace estaba aquí, frente a mí, dándome su sonrisa singular. Sus ojos viajaban por mi atuendo y mi rostro, iluminándose con emoción y felicidad. Luego miró hacia mi izquierda y esbozó una sonrisa de gratitud.

—Gracias, príncipe Evan.

Un momento...

Volteé hacia él, quien se encontraba sonriendo con serenidad a mi lado, colocando su mano en mi espalda baja. Por un momento me pregunté qué rayos estaba haciendo y me tensé, pero luego recordé que se suponía que esta era nuestra fiesta de compromiso y me relajé. Podía echarle la culpa a Candie, era por ella que de repente se había olvidado de dónde estaba parada.

—¿Tú hiciste esto? —musité con una sonrisa formándose en mis labios.

Sus ojos verdes encontraron los míos y asintió con una expresión de orgullo. Me mordí el labio para que mi sonrisa no fuera tan grande y volví mi mirada a Candace, quien aún parecía estar iluminada por el deleite. No era extraño verla con el cabello lacio, pero sus ondas me gustaban aún más.

—Cielos, Brenda... Estás hermosa. Creo que nunca te he visto tan arreglada. Pareces una... —dejó la oración sin terminar y mordió sus labios, sonriendo con disculpa.

Una princesa.

Le brindé una sonrisa y negué con la cabeza, indicándole que no era necesaria una disculpa. Después de todo, era lo que sería luego de unas semanas. Todavía no estaba a gusto con la idea y tampoco podía hacer algo para estarlo. Era mi futuro y tenía que aprender a aceptarlo.

—¿Mis padres saben que estás aquí? —pregunté sin poder evitarlo.

La pregunta se formó en cuanto la había visto, pero no había tenido las agallas de cuestionar. No solo porque tenía miedo de saber la respuesta, sino también porque hablar de ellos solo me erizaba la piel de una mala manera.

Traidores.

Candie dejó salir un suspiro fatigado.

—Fue difícil convencer a mis padres, ¿sabes? Pero les conté que no estabas pasándola bomba en este lugar y además el viaje sería gratis, así que les pedí que no le dijeran nada a tus padres. Aunque si lo hacen, me enteraré cuando vuelva... No creo que me llamen con lo costosa que sería una sola llamada —agregó con una risita.

Reí un poco con ella, pero luego una oración en especial se repitió en mi cabeza innumerables veces.

—Espera, ¿gratis?

—Yo la invité —terció Evan. Giró a mirarlo sorprendida, mientras él solo sonreía—. Yo pagué.

—Ah... Bueno, muchas gracias —le di una sonrisa tenue—. Me encanta mi sorpresa. Estoy agradecida de que no sea otro anillo, definitivamente —dije riendo entre dientes.

Él se unió a mi risa y hubo algo en su mirada que me hizo sostenerla por un momento más. Era algo tan minúsculo y al mismo tiempo tan... Tan notable. Sin embargo, no podía poner mi dedo en ello, no estaba segura de que era, por qué me estaba mirando de esa manera. Gracias a dios, y para no humillarme a mí misma, Candace jadeó atrayendo mi atención otra vez.

—¡El anillo! ¡Muéstrame el anillo de compromiso!

Evan y yo reímos, y ni siquiera llegar a moverme, Candace tomó mi mano izquierda y la llevó a su rostro, casi apretando su nariz en mis dedos. Murmuró algo en voz demasiado baja como para que cualquiera escuchara. No sé por cuánto tiempo estuvo observando con los ojos entornados el diamante, pero cuando la soltó, observó a Evan con una media sonrisa.

—Es hermoso. Gran elección, príncipe.

Evan abrió la boca para decir algo, quizá agradecerle el cumplido, cuando la voz de la reina Lucinda interfirió.

—Querido, me parece que ahora es un buen momento para que comience el baile, ¿no crees?

Una perra de la realeza. Eso era Lucinda.

Evan suspiró y asintió a regañadientes. Ella sonrió encantada y se fue a hablar con el DJ para tomar el micrófono. Era ridículo en verdad, ese tipo de cosas se hacían en las bodas, no en los compromisos; pero de nuevo, esto era Goldenwood, no Nueva York.

Candace ni siquiera tuvo que preguntar, me dio una sonrisa y apretó mi mano antes de caminar hacia alguna mesa. Con eso en mente, acerqué mi boca a la oreja de Evan.

—¿A dónde ha ido a sentarse? —pregunté en un murmullo.

—En la mesa de Seleste.

Escuché su sonrisa.

Yo también sonreí. A pesar de que este no era el día más feliz de mi vida —cuando para cualquier otra chica lo podría haber sido—, estaba feliz. Quiero decir, Candace estaba aquí conmigo, eso era motivo suficiente.

—*Bonsoir* gente adorable de Goldenwood —la voz de la reina Lucinda sonó fuerte y clara por los parlantes conectados alrededor del salón, silenciando a todos. Ella estaba parada en la tarima del DJ con el micrófono en mano—. Como todos ustedes ya saben, estamos aquí para celebrar la futura unión de mi hijo y su ahora prometida. Es costumbre en nuestro reino que la pareja tenga un primer baile como prometidos y luego en su boda como recién casados. Así que, vamos todos de pie alrededor de la nueva pareja favorita de Goldenwood y apreciemos el baile que comenzará su amor.

Mientras las personas aplaudían y se ponían de pie en el gran salón, Evan me tomó un poco mejor por la cintura y me condujo hacia el centro. Sin poder evitarlo, pregunté en voz baja:

—¿No se supone que el primer baile y todo eso es solo en la boda?

—Sí, en América y muchos otros países. No en Goldenwood. Las primeras veces aquí son importantes —respondió igual de bajo.

Solo asentí y dejé que me condujera al lugar correcto. De repente me sentí nerviosa, no solo porque uno de los brazos de Evan estaba descansando en mi espalda y atrayéndome hacia él, sino porque no sabía bailar. Sí, salía a fiestas en Nueva York y disfrutaba de los bailes, pero no eran bailes lentos. Jamás en mi vida había bailado un baile lento.

Mi expresión debía haberme delatado, pues Evan rio suavemente y soltó mi espalda, primero tomando mi mano izquierda y colocándola en su hombro, luego volvió a tomar mi espalda y su gran mano agarró mi mano libre, ambas suspendidas en el aire.

Le di una pequeña de sonrisa, llena de nervios, y él solo negó ligeramente con la cabeza, una expresión de diversión tiñendo su rostro.

Cuando la música comenzó con un suave violín, él colocó el lado derecho de su cara contra la mía, comenzó a moverse y a llevarme con él, y mis nervios fueron desvaneciéndose. Era como si estuviéramos flotando sobre el suelo con lo dóciles que eran sus movimientos, como delicados, suaves y ni muy lentos ni muy rápidos; al perfecto compás de la música. Ayudaba, también, el hecho de que tenía prácticamente zancos en mis pies y estaba a su misma altura.

Luego de un momento, más parejas comenzaron a unirse y eso solo me hizo sentir más aliviada. Si bien aún seguíamos siendo el centro de atención, ahora estábamos un poco más enmascarados.

—No sé cómo agradecerte por traer a Candace —susurré.

—No tienes por qué agradecermelo —dijo de manera suave.

Incluso así, sentía que debía hacer algo por él, no sé si del mismo grado, ya que yo no podía invitar a nadie aquí, pero algo que lo hiciera sentir mejor, que le sacara un peso de encima. Cuando mi mirada se encontró con los fríos ojos azules de la reina Lucinda al lado de un fotógrafo, un foco se prendió en mi mente. Alejé mi cabeza un poco, solo lo suficiente para poder verlo a los ojos. Estaba

sorprendida por lo cerca que estábamos, sin embargo, no lo demostré. Él, no obstante, abrió sus ojos un poco más por la cercanía.

—Tu mérites ce baiser, Evan —musité con determinación.

Te mereces ese beso, Evan.

No le di tiempo de preguntar de qué estaba hablando, solo me acerqué y apoyé mi nariz con la suya, sintiendo cómo su respiración se entrecortaba ligeramente al momento en que cerré mis ojos. Sabía que un beso no era suficiente, tenía que hacer que pareciera real, que cualquiera que estuviera observando pensara que era un beso de dos personas que realmente se amaban.

Ladeando solo un poco la cabeza, rocé mis labios con los de él, dejando en claro cuáles eran mis intenciones. Solo un beso, un simple pico, nada más. Tomando confianza en mí misma, apoyé mis labios sobre los suyos, complacida cuando, al instante, sentí los suyos presionando contra los míos. Su mano en mi espalda me apretó un poco más hacia su pecho, y sin poder evitarlo, moví la mano que estaba posada sobre su hombro hacia su cuello.

No duró más de unos segundos, por lo que cuando me separé, apoyé mi frente contra la suya y abrí los ojos, regalándole una sonrisa.

—Ahora estamos a mano —expresé gentil.

Estaba casi segura que la gentileza provenía del champán.

—Gracias por no odiarme, Brenda —dijo de la misma manera—. No invité a Candace para comprarte, lo hice porque sé que te hará bien tener a alguien de confianza a tu lado, aunque solo sean unos días.

Deleitada por sus palabras, sonreí y besé su mejilla.

—Lo sé. Eres muy bueno —reí entre dientes.

Imitó el gesto y soltó mi mano, dejando que se uniera a la otra en mi espalda. Apoyé mi mano derecha sobre su pecho, del lado de su corazón, y sentí cómo latía acompasado. Algo en eso me

tranquilizó e hizo que la irritación que tuve todo el día se disipara apenas un poco. *Cursi. El champán.*

Nos mantuvimos en esa posición un rato más y podía admitir que estaba bastante cómoda. Como de costumbre, algo en Evan me inspiraba confianza y era extraño estar incómoda en su presencia, incluso si estábamos tan cerca físicamente como en este momento. Y él, asimismo, parecía disfrutar, ya que conservaba esa ligera sonrisa en su rostro. Eso solo mantuvo mi buen humor.

—No sé si han hablado luego de lo de hoy, pero debo advertirte algo.

Evan musitó con algo de diversión y advertencia al mismo tiempo.

—¿Qué? —pregunté confundida, separando mi cabeza de la de él un poco.

—Seleste está acercándose y tiene a Marco de su mano.

Presionó sus labios en una línea para no sonreír y sentí que alguien tocaba mi hombro. Sabía que era ella, por lo que tomé una respiración honda y giré a verla, con mi espalda rosando el pecho de mi ahora prometido. *Prometido... el champán.*

Había sido muy áspera antes, debía ser un poco más... Suave con ella.

—Hola —saludó ella con su siempre exagerada sonrisa—. Estás tan bella, Brenda. Espero que te haya gustado el vestido.

El hombre a su lado estaba sonriendo levemente. No le presté mucha atención.

—Gracias, Seleste. Y sí, me gusta... Gracias otra vez.

—¡Genial! Bueno, este es Marco. —Su sonrisa se disipó apenas, pero no de una mala manera.

Ya no era exagerada, sino genuina.

Marco extendió su mano y sonrió con cortesía.

—Un gusto.

Al contrario de todos los Bourque-Leveque, su cabello era rizado y oscuro, al igual que sus ojos. Aunque sí tenía la mandíbula fuerte y era muy alto, al igual que Alaric y Evan. No me sorprendía. Lo que sí me agradaba era que parecía que Lynn y yo ya no éramos las únicas ovejas negras en el castillo. Tendí mi mano y la apoyé sobre la suya, sabiendo que besaría el dorso. Para mi sorpresa fue un beso casto y educado, y su boca siempre con una sonrisa ligera. Bueno, ni muy pervertido ni muy serio. Me agradaba, parecía normal. Muy normal para ser novio de Seleste, en realidad.

—Igualmente —sonreí retirando mi mano.

Pensé que vendría un silencio incómodo entre nosotros, pero mi prima salvó la situación con entusiasmo, como usualmente ella hacía, aplaudiendo sus manos cortamente.

—¿Lista para un poco de diversión esta noche?

—¿A qué te refieres?

—Bueno, ahora pasarán música más movida y habrá mucho cotillón. Espero que te guste, la reina me dijo que podía gastar todo el dinero que quisiera en él y me fijé que hubiera del mejor —asintió para sí misma, conforme.

A mí me daba lo mismo el maldito cotillón. Yo solo quería tener un momento a solas con Candace, poder tener una de nuestras charlas y luego dormir cinco días seguidos.

Sin embargo, asentí y sonreí, sin atreverme a revelar mis pensamientos en voz alta. Si no quería pasarla mal en este lugar, tenía que aprender a mantener a Seleste en una buena postura frente a mí, sino estaría sola por el resto de mi vida. Yo sabía que Candace solo estaría aquí por unos días, lo más probable era que volviese para el día de la boda dentro de, aproximadamente, tres semanas.

No pasó mucho tiempo luego de nuestra charla cuando la música cambió radicalmente a una más movida, y podía admitir que estaba realmente sorprendida cuando vi que muchos de los que yo suponía diplomáticos de Goldenwood estaban bailando con sus esposas al tiempo que sostenían sus copas.

Bailé un rato con Evan, los adultos y jóvenes estaban más alegres por las bebidas y nosotros ya no éramos tan solicitados como al principio de la fiesta. Candace se nos unió minutos antes de que la gente del servicio entrara al salón con todo el cotillón.

El rey Richard y la reina Lucinda tenían grandes y exageradas coronas de plástico doradas sobre sus cabezas; Alaric tenía una muy similar en la suya, mientras Lynn tenía una tiara de plástico dorada adornando su peinado, al igual que Jacqueline. Seleste nos tendió una a Evan y una a mí. La de él era igual a la de su hermano y mi tiara era igual a la de Jackie, pero en plateado.

Al principio los fotógrafos me parecieron fastidiosos solicitando fotos y más fotos con el cotillón excéntrico que había conseguido Seleste, pero luego de haber ingerido un poco más del champán de la realeza de Goldenwood, sonreía sin tener que fingir y posaba con Evan sin problemas. También les resté importancia a la reina y al rey bailando muy cerca de nosotros. Además de que el alcohol invadía cada vez más mi sistema circulatorio, tenía a Candace a mi lado y me recordaba que estar a punto de casarme con un príncipe no atenuaba el hecho de que yo aún era una adolescente y en este momento tenía la oportunidad de disfrutarlo.

Pero —el famoso *pero*— no duró demasiado. Luego de que pidieran un brindis —el cual hicimos sin dudar—, las náuseas que me venían persiguiendo desde temprano volvieron a atacarme. Cuando todos volvieron a lo suyo, justo después del brindis, mi equilibrio me falló y casi caigo de trasero al piso. Afortunadamente, Evan estaba a mi lado y me tomó por la cintura, atrayéndome a su pecho.

—Vaya, ¿estás bien? —preguntó murmurando en mi oreja.

—Yo... —respiré hondo, tratando de calmar mis ganas de vomitar, pero solo hizo que mi vista se tornara borrosa y todo comenzara a girar, así que cerré los ojos y apoyé mi frente contra su hombro—. No, no lo estoy —balbuceé.

—Oye, ¿qué pasa? —escuché a Candace preguntar y sentí su mano en el medio de mis omóplatos.

—No lo sé —respondió él. Se quedó en silencio un momento y luego su cuerpo se tensó—. Brenda, no has comido nada en la cena. ¿Cuándo fue la última vez que comiste? —preguntó, su voz teñida de preocupación.

—Mmm... Ayer en la noche. Y luego vomité. Y luego no comí nada —agregué.

No había comido nada y todos sabían que no era bueno tomar alcohol sin comer, pero no me importaba. No la estaba pasando muy bien antes de que mis sentidos se nublaran. Ahora, sin embargo, me estaba arrepintiendo.

—Cielos —suspiró Candie.

—Debemos llevarla a algún lado para que pueda... Uhm, descansar —dijo Evan con firmeza.

Él quería sacarme de allí para que yo pudiera vomitar sin problemas. Eso me hizo reír. Mis rodillas flaquearon, haciendo que él se achicara un poco conmigo antes de ajustar ambos brazos a mi alrededor y mantenerme en el lugar. Pasé mis brazos alrededor de su cintura y froté mi frente contra la tela de su camisa, pues el saco se lo había quitado, y sonreí al olerlo. Evan olía tan bien.

Mientras tanto, la corona de plástico era retirada de mi cabeza.

—¿Está todo bien? —escuché la voz de Lucinda.

Eso me hizo reír aún más.

—Arpía —farfullé entre risas.

Pronuncié esa palabra demasiado bajo como para que solo su hijo pudiera escucharme, quien se limitó a reír conmigo y agregó un «shhh» para que no me avergonzara a mí misma. Lo abracé más fuerte y contuve mi risa, aunque mi cuerpo seguía vibrando por las carcajadas.

—Brenda no se está sintiendo bien, la llevaré a su cuarto —comentó él fingiendo tranquilidad.

—No, no puedes —negó la reina al instante—, si la gente aquí te ve salir con ella hacia las habitaciones de invitados, comenzarán a dudar. Llévala a tu habitación —ordenó.

Tenía ganas de rodar mis ojos hacia el cerebro, ponerlos en blanco por la frustración, pero no pude porque los tenía cerrados y porque actualmente estaban fuera de funcionamiento. Sentía otra ola de náuseas barrer sobre mí, pero no encontraba la fuerza para hablar y decir que necesitaba llegar rápido a algún retrete. El gemido de descontento no lo pude evitar.

—Bueno —acordó Evan con rapidez al escucharme—. Candace, ¿puedes ayudarme?

—Por supuesto.

—Yo iré también —dijo Jacqueline.

No hablé ni bailé con ella en toda la noche.

—Yo buscaré ropa en su habitación —agregó Seleste.

Hubo algunos cuchicheos y luego sentí que Evan caminaba conmigo, aún abrazándome. Después me encontré sentada en una de las sillas que estaban cerca y abrí mis ojos para ver a Jackie agachada frente a mí, desatando las tiras de los tacones blancos. Un brazo fuerte me levantó un momento después y de pronto estaba en el aire.

Al levantar la vista, me encontré con el costado de la cara de Evan e, investigando un poco más la posición en la que estaba, me di cuenta de que me estaba cargando al estilo novia, un brazo detrás de mi espalda y otro debajo de mis rodillas. Me sostenía como si yo pesara lo mismo que una pluma, y mis brazos ya estaban alrededor de su cuello. ¿En qué momento las había puesto allí?

Su rostro no mostraba señales de enojo o irritación, solo tranquilidad. Es más, en mi estado podía distinguir un brillo de alivio en sus ojos. ¿Alivio porque podíamos escabullirnos —no exactamente— de la fiesta? No lo sé, pero allí estaba. Cuando los guardias abrieron las grandes puertas del salón, escuché algunas preguntas: «¿Por qué se están yendo?» «¿Por qué la futura princesa está en los brazos del príncipe?»...

Bla, bla, bla.

—La fiesta puede seguir, no se preocupen, la futura princesa no se siente bien porque...

La voz de la reina se cortó cuando las puertas se cerraron detrás de nosotros.

Ahí me di cuenta de que había más pasos detrás y giré mi cabeza para encontrarme con Candace, Jackie y Seleste. Mi prima llevaba mis zapatos en su mano. Me quedé en silencio, solo cerrando mis

ojos y apoyando mi frente contra la fuerte quijada de Evan cuando sentí náuseas una vez más, suspirando. Él me apretó más fuerte contra su pecho.

—¿Estás bien? —preguntó en voz baja.

—Mmm.

No encontré fuerza para responder.

Un momento después, sentí que Evan subía las escaleras conmigo a cuerdas y escuché que Seleste decía algo sobre ir a buscar ropa para mí. Me estaba quedando dormida en los brazos del príncipe y esa no era una buena señal. En cuanto abriera mis ojos, querría tener un retrete o balde a mi lado.

No sé cuánto tiempo pasó, pero escuché una puerta cerrarse y abrirse y luego ser descendida muy lentamente, hasta que estuve sentada sobre algo suave. Gracias a dios que fue gentil, sino ya hubiera estado vomitando sobre el lujoso suelo de la habitación en donde estaba.

Sentí una mano detrás de mis hombros y al instante supe que era mi amiga, así que dejé mi cabeza caer con lentitud hacia su hombro.

—Iré a pedirle un té a Nenna y algo para que coma, le hará bien —comentó Evan.

—Bueno, nosotras iremos sacando el vestido mientras esperamos a Seleste —dijo Candace.

Nadie dijo nada después de eso, pero podía adivinar que Evan asintió antes de irse.

—Bren, cariño, ¿crees que puedas ponerte de pie? —preguntó Candie.

—No sé —baluceé.

—Vamos, nosotras te ayudaremos —dijo Jackie.

Candace puso su mano libre sobre mi brazo derecho y Jacqueline la imitó, ambas impulsándome hacia mis pies con lentitud. Aún con sus manos en mis brazos para que mantuviera el equilibrio, comenzaron a quitarme el vestido de a poco.

—Aquí tengo un pijama —escuché a Seleste justo después del ruido de la puerta.

—Bien —suspiró Jackie mientras bajaban la parte superior del vestido.

Abrí mis ojos, saqué mis brazos de los agujeros y puse mis manos en la tela, bajándola por mí misma. Me sentía muy inútil, y todo era porque mis piernas me estaban fallando. Sí podía hacer las cosas por mí misma, pero tenía miedo de terminar vomitando en donde no debía.

Seleste pasó una camiseta de mangas cortas por mi cabeza apenas mi torso estuvo libre y me senté de manera lenta cuando el vestido estuvo fuera de mí totalmente, tomando los pantalones cortos que mi prima me había traído. Cuando estuve cómoda, suspiré y les sonreí un poco a las tres muchachas que estaban paradas frente a mí, vestidas tan elegantes.

—Gracias, chicas. Lamento arruinar su noche —agregué apenas en un entendible murmullo.

—No digas pavadas —resopló Jackie —. Esta no era nuestra noche, sino tuya, y creo que la sobrellevaste bastante bien. Yo volveré en un rato si no te molesta, mi madre me matará si no lo hago. —Puso los ojos en blanco, sonriendo.

Reí entre dientes y negué ligeramente con mi cabeza.

—Por supuesto que no me molesta. Vuelvan, chicas, se merecen un poco de diversión. ¡Ah! Y traten de que la reina Lucinda no diga mentiras sobre mí —expresé con humor.

Ellas rieron conmigo y se pusieron de acuerdo. Candace parecía un poco renuente al principio, ya que había venido a verme a mí y no le parecía justo ir de fiesta cuando yo estaba a punto de desmayarme por no haber ingerido alimento, pero yo solo le dije que teníamos todo el día de mañana y que no le haría mal disfrutar de una fiesta de la realeza en Goldenwood. Jackie prometió que estaría con ella, así que no se pudo negar.

Cuando ellas se fueron, mi vista se revolvió por la habitación en la que estaba. Recién ahora recordaba que era el cuarto de Evan y no me sorprendía al ver su enormidad. Podía ver la puerta del baño semi-abierta, una arcada que, desde aquí podía ver, llevaba a una sala de estar y dos puertas grandes que también estaban entornadas, dejando ver su gran armario.

Sin darme cuenta, volví mi cabeza al frente demasiado rápido y sentí la bilis subiendo por mi garganta y mi vista dando vueltas. Coloqué una mano sobre mi boca y corrí hacia el baño, donde subí las tapas del retrete con rapidez y desespero, me arrodillé sobre los azulejos fríos y vacié mi estómago. Los ojos se me llenaron de lágrimas y no pude evitar sollozar mientras vomitaba. El vómito no solo raspaba mi garganta y dolía, sino que me dejaba tan débil que me costaba mantener el equilibrio.

No sé cuánto tiempo vomité la bilis y restos de alcohol, pero cuando terminé, mi rostro estaba empapado en lágrimas y mi garganta ardía horrores. Bajé las tapas del retrete y apreté el botón que había al costado. Me levanté del piso con piernas trémulas y me acerqué al lavabo a enjuagar mi boca. Hice unos cuantos bucheros y cerré el agua.

No tenía la energía para volver a la cama, así que me deslicé por la pared hasta quedar un tanto desparramada en el piso. Cerré los ojos y dejé mi cabeza caer hacia atrás. Estaba exhausta.

—¿Brenda? —escuché la voz de Evan.

Ni siquiera había sido consciente de que la puerta se había abierto otra vez. Estaba demasiado ocupada sintiendo como el corazón latía en mis oídos y rebotaba en mis tímpanos. Cuando vio que no estaba por donde él estaba buscando, sus pasos se acercaron hacia donde yo sí estaba.

—Oye —llamó suavemente. No abrí mis ojos, pero curvé mis labios un poco para que supiera que lo había escuchado. Lo sentí a mi lado en un segundo—. ¿Estás bien?

—Mmm, sí. Solo acabo de revolver mi estómago —dije con voz rasposa.

Rio entre dientes, pero podía sentir su preocupación. Abrí los ojos parpadeando repetidas veces y lo comprobé cuando vi su expresión. Ahí me di cuenta de que se había deshecho de la pajarita, su camisa tenía los primeros botones abiertos y las mangas estaban arremangadas en sus codos.

No lo podía negar, Evan estaba muy bueno.

No, ese no era el champán.

—Vamos, Nenna te ha preparado un té que te hará sentir mejor.

Asentí e intenté levantarme, pero Evan pasó mi brazo por arriba de sus hombros y el suyo por mi espalda, impulsándome con ganas. Era una suerte que ya hubiera vomitado. Me condujo hacia su cama una vez más y corrió el edredón junto con las sábanas, dándome lugar. En otra situación, lo hubiera negado y dicho que podría ir a mi propia habitación, pero estaba tan exhausta que ni siquiera podía negarme.

Me senté en el cómodo colchón y metí mis piernas debajo de las cobijas.

—No te acuestes todavía —advirtió Evan antes de que pueda hacerlo.

Levanté la mirada con confusión y él me sonrió, pasándome una taza llena de té. Debía estar más cansada de lo que creía, pues me pareció ver que el líquido oscuro tenía un ligero tinte dorado y lila. No era el champán, pero sí era el cansancio. Negué con la cabeza; debía dormir. Y ya.

—Bébelo despacio y después podrás dormir. Yo iré a ponerme ropa más cómoda mientras tanto.

Asentí y tomé el plato pequeño con la taza encima. Di el primer sorbo con algo de repulsión y renuencia, considerando que no era una gran fanática del té, pero tuve que volver a parpadear con sorpresa cuando líquido caliente suavizó mi garganta: era delicioso. Nunca antes había probado algo de ese sabor, tan suave y fuerte al mismo tiempo. Tan... Tan fuera de lo normal.

Evan volvió un momento más tarde, vistiendo pantalones de pijama azules y una camiseta blanca que ajustaba su musculosa pero delgada figura. Era de esos hombres que tenían músculos, pero no exageradamente. Solo la cantidad correcta.

Reitero: Evan estaba muy bueno.

Ahora que estaba recuperando mis sentidos, ese pensamiento me hacía sentir culpable. Tenía que hablar con Sean. Tenía que conversar con él y contarle lo que estaba pasando, él debía olvidarse de mí. Entre nosotros ya nada sería igual, porque no habría un «nosotros». El solo pensamiento me ponía triste, así que lo hice a un lado. Por el momento.

—Luces constipada —comentó Evan con humor, sentándose a mi lado por encima del edredón.

Lo miré y sonreí con diversión.

—Lo estoy —dije fingiendo seriedad.

Dejó salir un par de melódicas y graves carcajadas, las cuales me hicieron sentir un poco mejor y sonreír más. Por ahora debía poner los pensamientos de Sean a un lado y pensar en eso cuando tuviera más tiempo.

—Vamos, Brenda. Termina el té —rio entre dientes.

Hice lo que me dijo, manteniendo una sonrisa. La taza no era muy grande, así que el té desapareció bastante rápido. Apoyé el plato en la mesa de luz y me di cuenta de que había una bandeja con un plato cubierto. Giré a ver a Evan con el entrecejo fruncido.

—¿Qué hay en la bandeja?

—Oh, la bandeja. Hay un par de cosas que Nenna preparó para que comas. Pero acabas de vomitar, así que será mejor que lo ingieras mañana. La tapa lo mantendrá en buen estado —sonrió gentil.

Le devolví el gesto y me recosté sobre la gran cantidad de almohadas y cojines que había detrás de mí. Sin poder evitarlo, me acosté sobre mi lado derecho con mis manos debajo de mi mejilla, mis ojos trazados en Evan.

—Lamento haber arruinado nuestra fiesta de compromiso.

Él negó con la cabeza y se acostó también sobre su espalda, su cara hacia mí.

—No lo arruinaste. En realidad prefiero estar aquí acostado que estar en esa fiesta —admitió.

Sonreí complacida. Entonces yo tenía razón, el alivio que había visto antes era por la huida de la fiesta.

—¿Qué piensas de lo que tu madre puso como excusa?

—No tengo idea, pero espero que no haya sido algo que nos ponga en una situación incómoda. La gente de alta sociedad de Goldenwood puede ser muy chismosa —terció con desaliento.

Dejé salir una risita y, antes de poder quejarme internamente por haber dejado salir una maldita risita que parecía de animadora, un bostezo hizo su camino hacia mi boca. Le sonreí a Evan de manera soñolienta, lo que lo hizo sonreír con algo parecido a la ternura.

—Duerme, Brenda. Te hará sentir mejor.

Asentí ligeramente y cerré mis ojos, aún con la sonrisa en mi cara.

—Estoy feliz de que no nos odiamos por esto —murmuré.

—Yo también lo estoy —respondió al instante.

Estaba tan cansada que me dormí en un instante, pero podría jurar que sentí una caricia en mi mejilla cuando estaba tambaleándome entre el mundo de los sueños y la realidad.

Cuando volví a abrir los ojos, no fue porque el sol estaba pegando en mi rostro, sino porque se escuchaban gritos muy agudos en alguna parte del castillo que estaban haciendo eco por todo el lugar, y eso fue lo que me sacó de mis sueños. No estaba en la misma posición en la que me dormí, sino con mi espalda sobre el colchón. Era raro, la mayoría de las veces yo despertaba boca abajo. Una de mis manos estaba sobre la zona de mi ombligo, y la cálida y gran mano de Evan estaba apoyada justo arriba de mi muñeca.

Lentamente giré mi cabeza hacia mi derecha —recordando que ahora tenía el cabello más corto y no me estorbaba para nada— y me encontré con la relajada cara del príncipe. Tendría que haber enloquecido por estar en la misma cama con él, pero no lo hice. No solo porque él aún estaba arriba de las cobijas, sino porque pronto tendría que dormir con él todas las noches.

Sacando mi brazo por debajo de su mano, me incorporé en la cama al momento en que mi estómago rugía. Recordé la comida de la que él había hablado la noche anterior y no dudé ni un segundo antes de sacar la tapa que cubría el plato que estaba a mi lado. No tenía idea de qué era lo que estaba allí, pero se veía apetecible y yo estaba hambrienta.

Cuando terminé, me volví a dejar caer en las almohadas. Los gritos en el exterior aumentaron y casi gruñía con fastidio.

Parecía que Evan pensaba lo mismo que yo, ya que él sí gruñó.

—Cierren la boca —balbuceó aún con los ojos cerrados y el ceño ligeramente fruncido.

—No creo que vayan a escucharte —dije divertida.

Abrió un solo ojo y luego lo cerró. Suspiró con desaliento y abrió ambos ojos, incorporándose de un salto. Luego de tallar sus ojos, apoyó sus codos sobre las rodillas y me miró aún soñoliento.

—Son fastidiosos, ¿verdad?

—Lo son —acordé riendo.

Él rio conmigo.

Interrumpiendo nuestras risas, la puerta de la habitación se abrió con un estruendo y Jackie apareció, todavía con sus pijama rosa y una expresión de enojo en su cara.

—Ambos deben venir conmigo. ¡Ahora! —dijo en voz baja, venenosa.

Vaya, en el corto tiempo que había estado el Goldenwood, nunca la había visto tan enojada. Me quité el edredón de encima y salí de la cama, Evan uniéndose. El suelo estaba frío debajo de mis pies descalzos, pero ella estaba caminando tan rápido que ni siquiera tuve tiempo de quejarme. Era obvio que estaba acostumbrada al lugar, pues caminaba con confianza. Para mí, seguía siendo un laberinto.

Llegamos a una puerta que estaba abierta: la reina y el rey estaban adentro, ambos fulminándose con la mirada. Lynn y Alaric estaban allí también; él estaba negando con la cabeza, mientras ella tenía una mirada de decepción y tristeza en su rostro. Era extraño, pero todos seguían con sus respectivas pijamas.

—¿Qué está pasando? —preguntó Evan con cautela apenas estuvimos adentro.

Todas las cabezas giraron hacia nosotros. El rey la desvió al instante y tomó asiento detrás del escritorio. Lynn bajó la mirada y Rick miró a su mamá con enojo y decepción. Jackie lo estaba imitando. La reina cruzó su mirada de hielo conmigo antes de mirar a Evan, su mirada suavizándose.

—Creo que es mejor si lo ven por ustedes mismos —dijo Jackie al mismo tiempo que caminaba hacia el escritorio y tomaba una tablet.

Caminó hacia nosotros de nuevo y puso el aparato frente a mí. Lo tomé y la miré con curiosidad antes de observar hacia abajo, donde la página de noticias (y chismes) de Goldenwood estaba abierta. Allí estaba, la fotografía del príncipe de Goldenwood y su futura princesa, compartiendo un beso que lucía íntimo, a pesar del público que los rodeaba.

Me hubiera sonrojado si no fuera por el título que la noticia llevaba:

«Futura princesa de Goldenwood: Brenda Morel, ¿embarazada?».

Eso estaba arriba de la foto. Debajo, había un corto epígrafe y más abajo una descripción, una que casi hace que me desmayara:

«La fiesta de compromiso del príncipe de Goldenwood, Evan Bourque, y la futura princesa y su prometida, Brenda Morel, concurrió tranquilamente y como era de esperarse: fue una fiesta inolvidable. La felicidad y el amor de la pareja era palpable en el aire. Pero, por supuesto, eso no fue lo que llamó la atención de los invitados.

El beso compartido en público fue solo el principio, ya que luego del gran brindis, la futura princesa casi se desmorona en el suelo, y así hubiera sido si el príncipe no la hubiera tomado en brazos. Ambos dejaron el salón de fiesta para que la señorita Morel pudiera descansar, y cuando se le preguntó a la reina qué había sucedido, ya que ella había estado a su lado, confesó que había sospechas sobre un nuevo miembro en la familia pronto, y no solo porque Brenda Morel estaba por casarse dentro de dos semanas y media, sino porque ¡parece que está esperando un bebé!

"Es una de las razones por las cuales la boda será tan pronto, queremos que estén casados antes de que ella dé a luz y se note la barriga" argumentó la reina Lucinda.

Bueno, parece que las cosas están yendo más que bien para la nueva pareja favorita real de Goldenwood».

Mis manos apretaron tan fuerte el aparato que mis nudillos estaban blancos, y si no lo soltaba pronto, lo rompería. Mis dientes rechinaban gracias a la fuerza con la que estaba apretando la mandíbula, acorde a cómo la sangre hervía por mis venas. Leí la noticia dos veces, mi furia subiendo cada vez más.

Maldita arpía.

—¿Acaso has perdido la cabeza?! —exclamó Evan a mi lado.

De reojo, pude ver como lanzaba sus manos al aire y fulminaba a su madre con la mirada. Una mano sacó la tablet de mis manos y lo agradecí en silencio. Estaba segura de que mis mejillas estaban rojas, pero no por la vergüenza, sino por el enojo. Mi paciencia había llegado a un límite.

—¡Oh, no pongas esa cara! —se quejó la reina—. Era la única excusa válida que encontré en el momento. Si no decía eso, ¿qué tendría que haber dicho? ¿Que Brenda estaba borracha y estaba a punto de vomitar la cena?

—¡No! —exclamó Jackie. Mis ojos estaban perdidos en el suelo, si miraba hacia arriba, no iba a poder controlar mi temperamento—. Podrías haber dicho que Brenda no comió en todo el día por los nervios y tomar alcohol le cayó mal, eso era aún más creíble.

—Además ella tomó champán casi toda la noche —terció Alaric en reproche, y no hacia mí, ya que era común que se tomara en esas fiestas según había entendido, sino hacia su madre—. ¿Qué clase de mujer embarazada bebe tanto alcohol?

—Brenda, por seguro. Con lo irresponsable que es...

—¡Suficiente! —exclamó el rey antes de que yo pudiera estallar—. Personalmente, creo que fue una buena estrategia... El Parlamento está feliz.

—¡Papá! —exclamaron horrorizados sus tres hijos al unísono, interrumpiéndolo.

—Pero... —dijo con voz fuerte y firme—, fue estúpido. ¿Cómo pretendes hacer ahora, Lucinda? —preguntó a su esposa. Me atreví a levantar la mirada, pues eso era algo que sí quería ver, cómo el rey regañaba a la perra-reina. Ella no mostraba ninguna expresión—. ¿Vas a poner una barriga falsa en Brenda y adoptar un bebé que tenga los rasgos de ella y Evan? —preguntó con sarcasmo y seriedad.

Ella bufó y se cruzó de brazos.

—Por supuesto que no, eso es ridículo.

—Bueno, lo que usted ha dicho es bastante ridículo también —mascullé sin poder evitarlo.

Sus ojos azules encontraron mis ojos marrones. Podía sentir los ojos de los demás en mí, pero no me importaba. Estaba enojada. Furiosa. Ya había tenido demasiado.

—Tú no tienes nada para decir aquí, si no fuera porque bebiste de más, todo esto no hubiera sucedido.

Se encogió de hombros con desdén.

—¿Está jodidamente bromeando? —bramé, acercándome al escritorio, ella estaba detrás, parada al lado del rey—. ¿Está pretendiendo que me embarace de un día para otro cuando recién he conocido a su hijo? Y lo que pasó anoche no fue porque bebí de más, fue porque no había comido nada desde la noche anterior, cuando, le recuerdo, me dijo que me casaría en menos de un mes como si me estuviera informando que tendríamos helado de postre. ¿Puede culparme?

Ella sostuvo mi mirada con desdén y desafío. Se acercó más al escritorio y apoyó sus manos en él, tratando de parecer amenazante, intimidante. No, ella no me amenazaba o me intimidaba, para nada, solo me daba asco y odio. Me repugnaba lo mala persona que era, por lo menos hacia mí y a su hijo.

—Yo hablé con tu madre antes de que vengas aquí, ¿sabes? Así que, dime algo, Brenda, teniendo en cuenta tu experiencia en la cama, ¿de qué color sería tu vestido de novia? ¿Negro? —preguntó con sarcasmo, cambiando de tema casi completamente. Escuché el jadeo de sorpresa de Lynn y

Jackie, pero no desvié mi mirada—. Un hombre más, un hombre menos, hacerlo con Evan sin protección no será nada —agregó con indiferencia.

—Teniendo en cuenta mi experiencia en la cama, mi vestido de novia sería tan blanco como una hoja de papel... Usted no me conoce, reina Lucinda, y por lo que puedo ver, mi madre tampoco. Siempre hubo rumores sobre mí en Nueva York porque mi novio solía ser profesor en mi secundaria, yo siempre era la zorra y eso nunca me ha importado. Pero ahora sí lo hace, porque realmente no lo soy. No estaré embarazada en ningún tiempo cercano, así que lo mejor será que desmienta esa noticia.

»Acepté casarme con Evan porque no tengo otra opción. Ustedes son los reyes y mis tutores legales, y aquí no estoy ni cerca de la mayoría de edad. No hay nada que pueda hacer para evitar eso, pero..., ¿quedarme embarazada? Suerte con eso.

Apretó su mandíbula con fuerza y me dio una sonrisa frívola.

—Eso lo veremos —dijo en voz baja, llena de veneno.

Te mereces ese beso, Evan.

Seguimos fulminándonos con la mirada por no sé cuánto tiempo. Estaba tan enojada que sentía vapor salir por mis orejas y la sangre hirviendo caliente en mis mejillas. La furia que corría por mis venas no la había sentido jamás y era tan abrumadora que en cualquier momento explotaría. Y el hecho de que sabía que la reina Lucinda no quitaría esa noticia solo empeoraba las cosas.

—Por favor, mamá, quita la noticia —suplicó Jackie, tratando de ser suave, pero podía escuchar cómo las palabras salían por sus dientes apretados.

La reina negó con la cabeza, muy ligeramente, la acción apenas perceptible, y sonrió con hostilidad. Sus ojos brillaban; se estaba divirtiendo.

Qué bueno que le parezca divertido arruinar mi vida.

No tenía la fuerza para estar allí por más tiempo, así que solo le mostré mi odio a través de los ojos, esperando que de alguna manera fuera tan fuerte que ella misma pudiera sentir mi furia; giré sobre mis talones y salí del despacho del rey. Escuché a Evan y Jackie exclamando mi nombre, pero no volteé.

Corrí por los pasillos y bajé las escaleras, ignorando las miradas extrañadas que me enviaban las personas del servicio. Cuando estuve en el salón principal del castillo, ya supe bien cómo ubicarme y bajé la velocidad a un trote, para luego caminar tranquilamente hacia mi habitación.

La cama estaba desordenada. Por un momento olvidé que Candace estaba aquí. No estaba a la vista, pero ciertos ruidos provenientes del gran armario me advirtieron que ella estaba hurgando en mi nuevo guardarropas, cortesía de la reina Lucinda y buen gusto de mi prima Seleste.

—Ah, Brendie, ¡no sabía que ya estabas despierta! —exclamó Candace con felicidad cuando salió del armario.

Aún tenía puesto su pijama. Su cabello rubio estaba recogido en un moño despeinado y su rostro estaba libre de maquillaje. Su sonrisa se borró cuando vio mi expresión y la preocupación tiñó su rostro. Se acercó a mí sin vacilar y ladeó la cabeza.

—Oye, ¿qué pasa?

Apreté mis dientes y sentí cómo rechinaban por la fuerza, al igual que mi mandíbula estaba comenzando a doler. Tomé una respiración profunda y traté de calmarme. No funcionó. La cara y la voz de la reina Lucinda continuaban repitiéndose en mi mente, enojándome aún más.

—La reina largó la noticia de que ayer yo casi me desmayo en la fiesta porque... —dejé salir un gruñido de frustración—, porque estoy embarazada —mascullé.

Candace palideció y abrió los ojos completamente.

—¿Qué?! —expresó en un hilo de voz—. ¿Lo estás?

—¡No! —exclamé, lanzando mis brazos al aire—. Maldición, Candace. Me conoces mejor que nadie, sabes que solo he estado con Sean. No sé qué carajo está mal con la reina, pero cree que ha salvado mi trasero al decir eso. —Para ese entonces yo ya estaba yendo y viniendo por mi habitación, sintiendo la mirada curiosa de mi amiga—. Dice que es preferible que sea un embarazo a una borrachera en mi fiesta de compromiso, pero yo me puse así porque no había comido nada. La odio tanto...

—Detente un momento —interrumpió ella. Tenía los ojos entornados, un brazo cruzado sobre su vientre mientras el índice de su mano libre estaba cruzado verticalmente sobre su mentón—. Me estás diciendo que mientras te llevábamos a la habitación del príncipe Evan, porque apenas si podías mantenerte de pie, la reina Lucinda te excusó con todo Goldenwood diciendo que estabas embarazada. —No era una pregunta; asentí y ella cruzó sus brazos sobre el pecho—. ¿Qué rayos está mal con esa mujer? Ahora debes tener sexo con Evan y quedar embarazada en el acto. Eso es nefasto.

—No, no, no, no, no. No pienso tener sexo con Evan ni quedar embarazada. ¡Ni loca! ¡No! Simplemente no haré lo que ella quiera, no pienso complacerla.

—¡Oh, vamos! —exclamó con una extraña sonrisa, acercándose más a mí—. No puedes negar que el príncipe Evan está bueno.

—¿Qué demonios? Se supone que eres mi amiga, ¿qué sucede contigo?

Ella rio a carcajadas, lanzando su cabeza hacia atrás. Olvidando momentáneamente mi humor, sonreí al verla y escucharla. No tenía idea de qué estaba pasando por su mente al decir algo así. Quiero decir, sí, ella tenía razón, Evan estaba súper bueno, pero ¿acostarme con él con el solo propósito de quedar embarazada? No, gracias.

Cuando su risa se hubo calmado, suspiró con una carcajada más y limpió una lágrima que se había escapado de su ojo. Luego caminó hacia la cama y se sentó en el medio con las piernas cruzadas. Palpó el espacio frente a ella y me sonrió, indicando que me sentara frente a ella. Con algo de inseguridad, ya que todavía no entendía qué se había metido dentro de Candace, me acerqué.

Cuando estuve frente a ella, me sonrió tranquilamente.

—Es obvio que no amarás al príncipe en ningún momento cercano y, por lo menos yo lo entiendo perfectamente. Pero míralo de esta manera: él está bueno, tú estás buena, ¿por qué no, al menos, sacar de todo esto un poco de diversión? —guiñó un ojo.

Mis cejas tocaron el cielo raso.

—¿De qué demonios estás hablando?

—Pueden mantener una relación sexual, Brenda —puso los ojos en blanco—. Pensé que eras más inteligente. ¿No es obvio? No hace falta que comiencen su relación siendo novios y mostrar esa fachada falsa, que aunque les está saliendo muy bien, puede ser muy incómodo para ambos. Con solo comenzar a tener más intimidad y mantenerla, su relación sería más fácil, ¡hasta podrían llegar a enamorarse como en muchos romances! Personalmente, creo que el sexo es un buen incentivo...

—No voy a mantener una relación sexual con Evan —interrumpí con voz monótona.

Estaba loca si pensaba que lo haría. Tal vez su punto de vista era válido, pero yo no tenía casi nada de experiencia. Y, sí, tenía sentido si tenía relaciones sexuales con Evan, teniendo en cuenta que pasaría el resto de mi vida con él, pero yo no estaba tan confiada. No tenía las agallas ni para imaginármelo.

Además, yo nunca estaba incómoda con él, ni siquiera al despertarme a su lado. Nunca lo había hecho, desde el primer día; estar en el mismo ambiente en que él estaba solo me hacía sentir cómoda. Solo esperaba que yo lo hiciera sentir, de algún modo, de la misma manera.

—¿Por qué no? —preguntó sin una pizca de arrepentimiento por sus palabras—. Si se dejan llevar lo suficiente, pueden, no sé, comenzar como tú y Sean. Tú sabes a lo que me refiero... No hace falta comenzar con la fornicación, solo... Tú me entiendes.

Primero: no podía creer que usara la palabra *fornicación* para no ser vulgar. Segundo: en realidad no me sorprendía para nada.

La entendía, pero mi mente dejó de calcular todo para pensar en solo una cosa: Sean. Debía hablar con él lo antes posible. Esto se estaba agrandando demasiado y él no tenía idea de nada.

Necesitaba hablar con él y contarle los sucesos de los últimos días antes de que se llegara a encontrar con mis padres y ellos se lo dijeran. Sabía que eso sería raro, ya que Nueva York era bastante grande, pero realmente no quería correr el riesgo.

—Necesito conversar con él... —murmuré distraída, olvidando todo lo relacionado con las palabras *sexo* y *Evan* juntas.

Y porque tal vez estábamos en un lugar totalmente diferente y Dios sí escuchaba las plegarias de las personas, mi celular comenzó a sonar. Salté de la cama y caminé hacia el tocador, donde había dejado el aparato por última vez. Mis ojos se abrieron de par en par cuando vi el identificador: era Sean. Eso era bastante retorcido. Estaba pensando en él, ¿y él me llamaba? Negando con la cabeza sin poder creerlo, atendí y puse el teléfono en mi oreja.

—¿Sean?

—¡Qué carajo, Brenda! —exclamó con furia—. Pensé que te irías para dejar de ser un desastre, como tú me dijiste, ¡no para que un maldito príncipe te dejara embarazada y luego tengas que casarte con él! —gritó. Abrí mi boca para explicarle, pero él solo siguió hablando—. ¿Acaso estuviste engañándolo conmigo todo este tiempo que ustedes dos estuvieron juntos? ¡Por qué demonios me mentiste!

Santo cielo.

—No es así, Sean —dije desesperada y rápidamente, antes de que siguiera sacando malas conclusiones—. Lo conocí cuando llegué aquí y unos días después me dijeron que mis padres habían arreglado un matrimonio. No estoy embarazada, ni siquiera he dormido con él, bueno, no dormir, dormir, para quedar embarazada, no soy una zorra. Y si no te dije nada es porque estaba esperando que tú me llamaras y, cuando yo lo hice, no atendiste.

Se quedó en silencio. Giré para ver a Candace, quien me estaba enviando una mirada llena de preocupación. Podía sentir mi corazón golpeando con fuerza mis costillas y lo sentía en mis orejas también. Su silencio me estaba sacando de quicio y desesperándome aún más.

—¿Es porque yo soy solo un profesor y él es un príncipe? Brenda, si querías ser una princesa podrías habérmelo dicho, hubiera hecho todo en mis manos para hacerte sentir como una.

—¡No! Maldición, no. ¿Tú crees que yo quiero ser una jodida princesa? Mis padres lo arreglaron con los reyes de aquí y no puedo negarme porque estoy acorralada en este lugar. Ni siquiera puedo intentar volver con una excusa creíble, todo el mundo aquí sabe quién soy. Y en el caso de que lo hiciera, mis padres me enviarían devuelta.

Sean suspiró y podía verlo pasar una mano por su cabello con aprensión.

—Ya eres una adulta, Brenda, deberías ser capaz de poder salir de eso.

—No, no lo soy —dije con tristeza—. Aquí soy menor de edad y los reyes son mis tutores legales. Además, tengo la impresión que la reina hará todo lo posible para mantenerme aquí y arruinar mi vida mientras tanto. Mis padres han hecho esto por algo... Solo debo averiguar el por qué.

Esta conversación no estaba yendo como yo lo había esperado en un principio.

Un nudo estaba haciendo su lugar en mi garganta y ya podía sentir las lágrimas cerca, amenazantes. Candace, notando mi expresión, se levantó de la cama y caminó hacia mí, abrazando mi cintura y descansando su cabeza en mi hombro.

—Entonces esto es todo. Después de todo un año escondiéndonos, después de que arriesgué mi empleo por estar contigo... Fue todo para nada. Un desperdicio. En ese tiempo en el que podría haber encontrado a alguien con quien sí podría pasar el resto de mi vida estuve contigo para... Para nada, para que me dejes por un príncipe —rio con amargura. Cada una de sus palabras era una daga en mi pecho—. Ahora siento que te odio.

—Pero no es mi culpa —me quejé al instante, sintiendo cómo mis ojos comenzaban a cristalizarse—. Yo no planeé esto, Sean, fueron mis padres. Yo te quiero a ti. Y no fue una pérdida de tiempo, no digas eso.

Candace me abrazó más fuerte, mientras mi no-exnovio resoplaba.

—Lo fue, Brenda, lo fue... Todos estos días me la pasé pensando en ti, en si dejar que nuestra relación continuara a distancia y esperar pacientemente a que volvieras, o solo terminar la relación. Lo peor es que me estaba inclinando más hacia la primera cuando prendí la televisión hace un rato, comencé a pasar los canales y vi tu nombre en la pantalla. También una foto tuya vestida toda elegante del brazo de otro hombre y la noticia de que estás esperando un hijo de él, que dentro de unas semanas serás una princesa. ¿Tienes idea de cuán estúpido me sentí?

—Sean... —susurré.

—No digas nada —bramó interrumpiendo—. No quiero saber nada más de ti, Brenda. Olvídate como yo lo haré contigo. Borra mi número de teléfono, olvida que en algún momento existí. Ya no eres nada por mí y ahora es como si nunca lo hubieras sido.

Dejé que un sollozo rompiera en mi garganta, al mismo tiempo en que las lágrimas acudían a mis ojos y empapaban mis mejillas. Candace soltó mi cintura y pasó su brazo por uno de mis hombros. Agaché mi cabeza de costado y apoyé mi sien sobre su coronilla, llorando.

—Lo lamento —susurré, sabiendo que debía terminar la llamada antes de inundar mi habitación de lágrimas saladas, antes de quebrarme del todo—. Te quiero, Sean. Solo... Solo intenta recordarlo.

Corté la llamada y dejé que mi celular cayera al piso. Me agaché aún más y dejé mi cabeza en el hombro de Candace mientras lloraba. Ella comenzó a acariciar mi espalda y a susurrar palabras reconfortantes. O, bueno, eso es lo que estaba tratando, ya que parecía que no podía dejar de llorar.

Fui consciente de que me encaminó hacia la cama y me sentó en el bordé, aún abrazándome y susurrando. No podía creer que eso hubiera pasado. Sabía que debía dejarlo ir, pero no pensé que estaría tan enojado. Él nunca se enojaba tanto, al menos no conmigo. Pensé que sería más comprensivo, no que terminara odiándome.

Yo ni siquiera era una persona sensible, no sé por qué estaba llorando tanto. Por eso nunca me ataba demasiado a alguien. Tuve novios antes de Sean, pero nunca eran oficiales. Solo eran muchachos que me acompañaban a las fiestas, que hacían algún trabajo escolar conmigo o simplemente pasaban el rato, compartiendo alguno que otro beso. Sean había sido diferente.

A él lo amaba. Ahora, solo dolía.

—Shhh, deja de llorar, Bren. No merece que llores por él, no luego de esas palabras horribles.

Supuse que había escuchado sus palabras al él hablar tan fuerte. O quizá el volumen del teléfono estaba alto y yo no me di cuenta. Tenía sentido.

Asentí, sabiendo que tenía razón. Después de todo, Sean me había dicho todo eso a propósito, él quería lastimarme adrede, seguramente para que me sintiera de la misma manera en la que él se había sentido cuando vio la noticia. Vagamente recordé que no tenía idea de que el programa de noticias de Goldenwood se transmitía en Estados Unidos.

Mi cuerpo seguía convulsionando luego de un rato y las lágrimas parecían subsidiar de a poco. Candace no dejó de acariciar mi espalda en ningún momento, mientras me daba palabras de aliento. Estaba segura de que lucía horriblemente desastrosa en este momento.

De pronto, la puerta de la habitación se abrió con un estruendo, haciéndonos levantar la mirada con un respingo. Jackie entró ya vestida con un simple vestido lila, una chaqueta color hueso y sandalias de plataforma.

Tenía una linda sonrisa forzada en su rostro cuando sus ojos azules se encontraron con los míos. Al instante, frunció el entrecejo y se le llenó la cara de preocupación. Cerró la puerta y se acercó a mí, agachándose.

—¿Estás así por lo que mi madre ha hecho?

Negué con la cabeza.

—Ella... Ella habló con su... Con Sean hace un momento.

Después de ver la cara de confusión que nos estaba enviando Jacqueline, decidí aclarar, por más que me doliera en el alma pronunciar esas palabras.

—Mi ex.

Su boca formó una «o» y sus cejas se alzaron. Colocó una mano sobre mía y me miró con empatía, una leve sonrisa formada en sus labios rosados.

—Ni siquiera recordaba que tenías novio, Bren. Lo lamento tanto. Todo esto es culpa de mi madre.

—No —negué al instante—. Quiero decir, sí lo es, pero también es culpa de mi mamá. No entiendo por qué me haría algo como esto. ¡Yo no puedo quedar embarazada de un día para otro! —exclamé desesperada.

Candace se aclaró la garganta y enarcó una ceja. ¡Oh, diablos!

—Sí, en realidad, sí puedes.

—No voy a hacer eso.

—¿De qué están hablando? —preguntó Jackie, interrumpiendo nuestro amigable intercambio de ideas.

Suspiré y miré a la menor de los Bourque con vacilación y resignación. Es decir, era obvio que mi amiga abriría su bocota y diría su gran idea. Pocas cosas me daban vergüenza, y tener que estar en

la misma habitación que ellas en el momento en que Candace le dijera a Jackie que yo debería tener una relación sexual con su sensual hermano, era una de ellas.

—Brendie debería aprovecharse de la situación, tener sexo con Evan, esperar que la relación sexual pase por sí sola a otro nivel, tener ese hijo que la reina quiere y, *voilà!* Todo solucionado.

Saqué mi mano de las de Jackie y tapé mi cara, sin querer ver su expresión. En serio, ¿cuál era el problema de Candace? ¿Acaso no tenía un poco de pudor al hablar así frente a mi futura cuñada? Pero, para mi sorpresa, Jackie no se mostró horrorizada como yo lo hacía.

Cuando moví mis dedos para poder espiar, ella estaba asintiendo y tenía una sonrisa dibujada en su rostro, en sus ojos brillaba cierta admiración en cuanto a la idea en torno a mí, ahora no tan inocente y alocada amiga.

¡¿Qué?!

—Francamente, esa es una buena idea, Brenda.

—¿Lo ves? Yo estoy muy cuerda.

—No tendré una relación sexual con Evan, pueden ir olvidándose de esa idea.

—¡Oh, vamos! —exclamó Candace—. Tal vez deberíamos volcar un poco de alcohol en tus futuras bebidas, eso te hará cambiar de opinión. Escuché por allí que llamaste a Evan «sensual» en francés mientras estabas ebria. —De pronto, su cara se transformó y se puso seria, mirándome con acusación—. ¡Ni siquiera sabía que hablabas francés!

¿Eso me hacía una mala amiga? Mi mamá había nacido en Goldenwood, ella me había enseñado francés desde que yo tenía memoria. Por supuesto que a mí no me gustaba que la gente cercana se enterase de esa parte oscura de mí. Me gustaba que fuera algo mío y propio, porque, de alguna forma, sentía que el francés me identificaba.

Me encogí de hombros e intenté darle una sonrisa a modo de disculpa, cosa que estaba segura lucía más como una mueca que como una sonrisa. Aún no estaba de humor para que las sonrisas me salieran naturales. Por suerte, ella era mi mejor amiga y sabía comprenderme.

—Si no hubiera estado ebria, nunca habría hablado francés frente a Evan.

—Eso es exactamente a lo que me estoy refiriendo, un poco de alcohol y cambiarás de opinión. Ah, por cierto, ¿cómo dices «mi mejor amiga» en francés? —batió sus pestañas, intentando ser encantadora.

Puse mis ojos en blanco.

—*Ma meilleure amie*, pero prefiero *mon mie* por razones que no explicaré.

Sonrió mostrando sus grandes dientes y aplaudió rápidamente.

—Ahora, ¿cómo dices «tú eres mi amiga y te quiero» en francés?

—Te estás aprovechando de mi vulnerabilidad.

—Lo sé.

Suspiré con resignación.

—*Tu es mon mie et je t'aime*.

La mandíbula de Candace se calló.

—¡Vaya, Brenda! —exclamó Jackie—. Lo hablas muy fluido, no tenía idea —rio entre dientes.

Le brindé un intento de sonrisa que fue un poco más fácil, ya que la expresión de Candie era un poema y por dentro me estaba partiendo de la risa.

No sé cómo habían hecho, pero me convencieron de salir a dar un paseo para conocer más de Goldenwood, ya que, además, Candace se iba al día siguiente. El solo pensarlo me decaía, pero era mejor si no pensaba en ello y aprovechaba su presencia. Colocando cualquier pensamiento

relacionado con Sean y la reina Lucinda a un lado, me metí en el baño y me di una ducha rápida. Luego permití que Jackie eligiera mi ropa y maquillaje mientras Candace se aseaba.

Al final me dio unos pantalones cortos color blanco antiguo llenos de encajes, una musculosa azul casi negra que iba adentro y sandalias tipo griegas doradas. Combinaban con el reloj dorado y collar de corazón. Al final solo me aplicó un poco de rímel.

Candace también estaba muy linda, con esos clásicos vestidos playeros que ella amaba vestir y su cabello cayendo con sus conocidas hondas rubias alrededor de su rostro. Al verla, una persona saltó en mi cabeza y no pude evitar preguntar:

—¿Qué hay de Seleste?

Jackie sonrió de lado.

—Solo digamos que luego de que todos nos fuéramos a dormir anoche, ella y Marco fueron los únicos que... Bueno, que no durmieron —dejó salir una risita—. Parece que hacía tiempo él no le daba la atención que ella requería, así que seguramente pasarán el resto del día encerrados en la habitación, reconciliándose.

Oh. Bueno, tenía sentido. Todavía recordaba la cara de tristeza de mi prima cuando él no nos acompañó al club. Siento que fue hace meses y solo fue hace dos días. El tiempo en Goldenwood estaba transcurriendo más lento de lo que yo hubiera esperado.

Uno de los choferes del castillo nos llevó hacia el centro de la ciudad, acompañado de un guardia de seguridad. Después de todo, nada podía pasarle a la princesa, a la futura princesa y a su amiga. A mí me hubiera gustado ir solas y que alguna de nosotras supiera conducir, pero no teníamos tanta suerte.

Ya era un poco tarde para desayunar, así que almorzamos en un pequeño lugar muy acogedor; tenía cierta felicidad bailando en el aire y me gustaba, no me ponía instantáneamente feliz, pero me hacía sentir, en cierta manera, mejor. Aunque sí había algo que me había perturbado un poco.

Muchas veces al pasar cerca de mujeres con familias, estas me daban sonrisas condescendientes y asentían en mi dirección con admiración. Quería gruñir y gritarles en la cara que no estaba embarazada, que no debían mirarme de esa manera. Sin embargo, no lo hice. No porque no quería, sino porque Jackie me detuvo diciéndome que, por favor, recordara la reputación de su familia.

Ella tenía razón. Yo odiaba a Lucinda, no a su familia.

Almorzamos y conversamos animadamente, saltando y evitando los temas que sabíamos que arruinarían el ambiente en el que estábamos. Luego caminamos y observamos vidrieras y puestos de ventas con diferentes artefactos. Había uno solo que llamó mi atención a lo grande. Era una florería, una que dejaba sus más hermosas flores a la muestra del público. No podía negar que todas eran muy preciosas, pero había un solo tipo que me parecía impresionante.

Eran parecidas a una rosa y también lo eran a un girasol. Era tan fuera de lo normal, tan sublime. Era grande y sus pétalos envolvían el tallo hacia arriba con un espiral hacia la derecha, aún así dejando a la vista el gran centro de la flor de color marrón.

Las chicas me miraron con curiosidad cuando vieron que me había detenido y Jackie siguió mi mirada. La vi sonriendo ligeramente por el raballo del ojo.

—Esas son las flores que se usan para regar el Bosque Dorado. Se llaman *tourneililas*. Solo crecen aquí en Goldenwood, aunque son más abundantes cerca del Bosque. Si no las has visto es porque están cubiertas en un invernadero.

Yo ya había girado a observarla cuando escuché la primera frase.

—¿Para regar el Bosque Dorado?

Ella suspiró.

—Sí. Nunca entendí el proceso, tampoco me he interesado, pero creo que por la capacidad de crecimiento que tienen estas flores, ayudan al mantenimiento del Bosque Dorado. Leyendas dicen que sin las *tourneililas* el poder de las hojas doradas no serviría.

Ahora estaba más confundida.

—¿El poder de las hojas doradas?

—Son solo leyendas, pero se dice que las hojas del Bosque Dorado son capaces de curar heridas y enfermedades. No te dejes llevar mucho por ello, Bren, ni siquiera se sabe si las hojas del Bosque son realmente doradas, nadie tiene permitido entrar, solo los encargados de regar el Bosque han ingresado. Aunque dicen que está muriendo...

El Bosque Dorado. Recordaba que me había traído mucha paz cuando me enteré que me casaría con Evan, recuerdo que me sentí atraída hacia él la primera vez que lo había visto. Había querido saber más sobre él, pero entre tantas cosas que pasaron desde que llegué ni siquiera tenía el tiempo.

El resto del día pasó rápidamente, no porque yo lo quisiera, sino porque estaba demasiado sumida en mis propios pensamientos sobre el Bosque Dorado. Fui capaz de bromear con Jackie y Candace y hasta tirar indirectas cuando vimos a Seleste y a Marco caminando por el jardín del castillo agarrados de la mano. Eso no era un problema y estaba aliviada, porque si no fuera porque mi mente estaba demasiado ocupada en cierta parte del territorio real, mi cara sería un mar de lágrimas y eso era lo que yo menos quería.

Al final, Lynn y Seleste se nos unieron y pedimos la cena en mi habitación. Por suerte, ellas entendían mi renuencia a estar dentro del castillo. No estaba evitando a Evan, en realidad hubiera sido bueno haberlo visto, pero tampoco tenía idea de qué estaba haciendo y, como yo me había estado lamentando, estaba segura de que él tenía sus propios problemas sentimentales. Quizá pensando en Isabelle, quizá detestando a su madre. ¿Quién sabe?

Era tarde cuando ellas volvieron a sus habitaciones y Candace y yo decidimos meternos en la cama para al fin descansar. Ella se quedó dormida apenas cerró los ojos, yo, en cambio, no podía mantener los míos cerrados. Sentía que tenía los ojos secos y estaba exhausta, quería conciliar sueño, pero cada vez que intentaba, tenía que imponer fuerza en mis párpados para que se mantuvieran cerrados. No me estaba funcionando.

Tenía demasiada curiosidad y algo más. Ese algo que nunca me había gustado admitir. Que, en realidad, había sido porque nunca antes lo había sentido, por lo menos no de esa manera. Tenía curiosidad y miedo. Curiosidad por saber qué estaba haciendo y qué estaba pensando Evan, qué estaba haciendo Sean, qué estaban haciendo mis padres, qué había dentro del cubo de ladrillos que rodeaba el Bosque Dorado, qué sucedería con las nuevas noticias inventadas por la reina Lucinda. Y, con eso, nacía mi miedo, porque en mí existía una gran incertidumbre sobre qué sucedería.

Yo tenía muy en claro que tenía cierta atracción por el príncipe, de lo contrario, nunca me hubiera atrevido a besarlo la noche anterior, como tampoco le hubiera dicho que era sensual cuando yo estaba en un grave estado de ebriedad. Pero eso no significaba que podía lanzarme a él y dejar que tomara mi virginidad como si fuera nada y, además, dejarme embarazada en el proceso. Me era difícil pensarlo, no quería saber cómo iba a ser cuando tuviera que suceder.

Quería ser madre, pero no ahora. Ni siquiera había pensado en formar una familia con Sean cuando estábamos juntos en su departamento, no como cualquier adolescente con tales sueños hubiera hecho. No sé si era porque no me gustaba pensar en el futuro o porque no quería casarme con él. Simplemente, no lo sabía.

Ya no era consciente de mis propios pensamientos.

Por eso mismo corrí el edredón y salí de la cama. No me preocupé en cambiarme, dejé mi habitación atrás en pantalones cortos, mi camiseta de los Rolling Stones y pies descalzos.

Caminé a hurtadillas por el sendero de cemento que llevaba al castillo y de allí supe ubicarme mejor. El césped no estaba cálido como yo lo hubiera deseado, pero no me importó. Caminé a paso lento, como si alguien pudiera escucharme, hasta la reja del Bosque. Supe que ya no era yo, sino él quien me llamaba. Era como un imán: él era el polo positivo y yo el negativo, polos que se atraían por pura naturaleza. Cuando estuve frente a la reja, tomé aire y me sentí hipnotizada.

Ni siquiera sabía cuánto tiempo estuve allí parada, observando la pintura negra y resplandeciente del portón; lo que tenía muy en claro era que el viejo candado que estaba colgado allí, no tenía traba, no tenía llave. El portón estaba abierto. Podía entrar. Podía ver cómo era el Bosque por

dentro. A esta altura no me importaba romper las reglas, la reina ya me había hecho la vida imposible, un poco de aventura no le hacía mal a nadie, ¿verdad?

Aunque ni siquiera pude estirar mi mano.

—¿Brenda?

Me sentí salir de algún extraño tipo de hechizo. Pegué un respingo y me di la vuelta, llevando una mano a mi pecho para calmar mi alocado corazón. Mi vista tardó en enfocarse al intruso, pero me sentía bastante sorprendida cuando vi quién era.

—¿Evan?

Sí, él estaba allí, a unos metros, y aún así me costaba creer que estuviera en el mismo sitio que yo, a la misma hora.

Todavía en la oscuridad podía notar sus ojos verdes y ligera sonrisa. Vestía la misma ropa que le había visto esta mañana, su cabello estaba despeinado y sus pies estaban descalzos. Se acercó a paso tranquilo, pasando la mano por sus hebras rubias.

—Ese es mi nombre —comentó divertido y canceló la distancia entre nosotros, quedando justo frente a mí—. No te he visto en todo el día —agregó en un voz baja.

Tomé aire y negué con la cabeza.

—Bueno..., no quería estar en el castillo y encontrarme con la perr..., Con tu mamá —me corregí enseguida.

Él dejó salir una risa profunda y baja, y sacudió la cabeza.

—Entiendo. ¿Cómo estuvo tu día?

Y aunque estaba cerca del Bosque y de él, mi humor decayó un poco. Suspiré rendida bajando mi mirada y me crucé de brazos. No importaba si conocía a Evan hace solo seis días, iba a contraer matrimonio con él e iba a ser la persona con quien podría confiar todo. No me servía de nada ocultar cosas cuando podía sentirme mejor y contárselas.

—Mi novio terminó conmigo —mi voz salió débil y me odié por eso. Carraspeé y me atreví a mirar hacia arriba, encontrándome con su mirada verde—. Aparecimos en las noticias y pensó que te estuve engañando con él todo este tiempo. Le conté toda la verdad, pero solo dijo que todo lo que tuvimos juntos fue una pérdida de tiempo y que me olvidara de él. —Me encogí de hombros

Bajé la mirada otra vez, sintiendo las lágrimas amenazantes. No quería que él fuera testigo de mi debilidad una vez más. Evan ya me había visto llorar lo suficiente.

Sin embargo, no puedo decir que no me sorprendí cuando sentí sus grandes manos en mis hombros, firmes pero suaves. Me vi obligada a mirar hacia arriba con los ojos cristalizados. Me sentía una estúpida, pero a una parte de mí no le importaba, le gustaba ser capaz de mostrarse real frente a él. Sus ojos me miraron de una manera que no supe describir, pero entendí que estaban disculpándose, de cierta forma. Después de todo, la reina Lucinda era su madre.

—Lo lamento tanto, Brenda. Ojalá todo esto fuera diferente. Me siento culpable.

—No —negué al instante—. No es tu culpa. No somos responsables por los actos de nuestras madres.

—Pero...

—Sin peros, Evan —interrumpí—. Tenemos permitido sentirnos miserables, pero no culpables. No sé por qué me han prometido contigo, yo ni siquiera soy tan especial ni hermosa ni nada por el estilo, apenas si sé caminar con zapatos altos. Solo sé que debe haber una razón detrás y vamos a descubrirla tarde o temprano. Y así quizá entendamos todo esto o solo... ¿Vengarnos?

Él rio entre dientes y negó ligeramente con la cabeza.

—Tienes razón —susurró—. Hoy estaba esperando verte, porque quería decirte algo.

Ah... Cambió rápido de tema. Bien.

—¿Qué es?

—Mis amigos, los cuales hace bastante tiempo que no veo, quieren llevarme de viaje a Italia por unos días, es como una fiesta de soltero, ya que en menos de un mes estaremos casados y aquí ese tipo de fiestas no existen, mi madre no lo permitiría nunca. Pero no puedo evitar este viaje y realmente quiero irme unos días. Yo solo... No iré si no quieres que vaya, si sientes que es injusto.

¿Injusto? ¡Pobre hombre! Con todo lo que había sufrido en los últimos tres meses se merecía un poco de tiempo con sus amigos fuera del castillo, fuera de Goldenwood. Además yo aún no tenía voz en esas decisiones, nunca la tendría. Seríamos solo dos personas conocidas dentro de un matrimonio, conociéndose a medida que pasaran los años.

—No digas tonterías, Evan. Ve con tus amigos —le sonreí con tranquilidad.

Me devolvió el gesto.

—Bien. Volveré un día antes de la boda de Lynn y Ric. Son solo cuatro días, no creo que vayas a morir sin mí aquí, ¿verdad?

Reí un poco y negué con la cabeza. Había una suave y fresca brisa a nuestro alrededor, sin embargo, las cálidas manos de Evan estaban manteniendo esa parte de mi cuerpo fuera del frío y era algo que me ponía inquieta. ¿Por qué siempre me sentía de esta manera extraña cuando estaba con él, si apenas lo conocía?

Para distraerme, me solté de sus manos, casi arrepintiéndome por el frío que me envolvió y giré a darle una media sonrisa.

—Entremos —propuse.

Él arrugó su frente.

—¿Qué?

—El Bosque Dorado... Quiero comprobar si las leyendas son ciertas.

Quería decir que quería comprobar si en realidad existía algo tan increíble como un bosque de hojas doradas, pero no me atreví a decirlo en voz alta. Él negó con la cabeza y levantó sus manos, mostrando sus palmas.

—No podemos entrar allí.

—Mira, hay algo que me está llamando a entrar. Debemos entrar, Evan —supliqué.

—Está prohibido.

Ni siquiera pensé mi respuesta.

—A veces debes romper un poco las reglas.

Sabía que ese comentario lo incitaría, ya que, como él me había dicho, él siempre las cumplía. Y la verdad era que muchas veces romper las reglas podía hacernos felices. Quizá él necesitaba ese empujón para ya no dejarse controlar por su madre o por cualquier persona. Porque estaba segura de que él era tan caballero que haría cualquier cosa por cualquier persona que le importara lo demasiado como para correr un riesgo mínimo.

Y funcionó, porque asintió con ojos relampagueando con una emoción desconocida, mezclada con resignación. Nos acercamos de lado a lado hacia el portón. Evan tomó la iniciativa y lo agarró, corriéndolo con cuidado. Este no hizo más que dejar salir un susurro ahogado por lo viejo que era, a pesar de la pintura nueva. Así, nada más, teníamos paso hacia el Bosque Dorado.

Luego de una corta mirada, caminamos hacia la oscuridad que parecía reinar. Los primeros pasos transcurrieron en plena oscuridad, pero a solo unos segundos después todo cambió: ya no sentía el aire frío de la noche ni el susurro del viento, el ambiente era cálido y de pronto me sentía en paz. Lo dedos de mis pies, de repente, se encontraron entre una arena tan fina que parecía talco.

No obstante, nada me hubiera preparado para lo que estaba frente a mis ojos.

Evan y yo tomamos aire con fuerza.

Y, sin darme cuenta, mi mano encontró la suya. No fui consciente, pero sí sentí una barrida de alivio y satisfacción cuando su gran mano apretó la mía de manera tenue. Me acerqué un poco más a él y dejé que mi hombro descansara contra su bíceps, ya que no estaba segura de si estaba soñando o lo que estaba frente a mí era real.

Parecía que, después de todo, el Bosque Dorado sí existía y que, en efecto, las hojas de los árboles eran doradas.

Como si de magia se tratara, mi humor cambió drásticamente. Ya no me sentía triste ni enojada por lo que la reina Lucinda quería que yo hiciera, tampoco me sentía inhibida por el hecho de haberme sentido alegre al tacto cálido de Evan en mis hombros. En este momento no me importaba Sean, no me importaban mis padres, no me importaban los reyes de Goldenwood, tampoco lo que hacían Jackie, Alaric, Lynn o Seleste. Ni siquiera Candace. De repente, la única persona que me importaba realmente era Evan.

Era una vista increíble, inusual, que hechizaba. Los adjetivos eran infinitos y todos eran positivos. Frente a nosotros había un camino de arena blanca que y, a los costados, era rodeado por árboles de una corteza marrón oscura, con troncos gruesos y ramas largas. No obstante, eso no era lo llamativo. Las hojas de la arboleda eran doradas.

Me sentía embriagada por un extraño sentimiento que apresaba mi pecho y se esparcía por todo mi cuerpo, entumeciéndome de forma placentera. El ambiente era cálido y, de alguna manera, sentía que una nebulosa de felicidad danzaba en el aire y yo era una víctima de ella. Me sentía feliz, me sentía como nunca antes.

Los árboles no eran altos, si lo hubieran sido cualquiera hubiese sido capaz de ver las hojas doradas sobresaliendo de los elevados paredones de ladrillos que rodeaban el bosque. Ahora entendía por qué nadie jamás lo había visto. Aún tenía la duda de si ese «nadie» incluía a los reyes y a las personas encargadas de regar el bosque como me había dicho Jackie.

Un ligero apretón en mi mano casi me hace dar un respingo, pero pude mantener mi compostura; había olvidado completamente que todavía tenía mi mano apresada por la del príncipe.

—¡Está jolito! —dijo en voz baja, en un mero murmullo.

Es hermoso.

Esa era una de las cosas que realmente me gustaban de Evan. Muchas veces comentaba cosas en francés, y parecía que no era consciente de que lo hacía. Era como si, para él, el francés y el inglés fueran el mismo idioma. Ciertamente, le daba un toque sensual a su acento.

Jesús, este lugar ya me estaba afectando.

Giré a la izquierda, hacia donde él se encontraba. Estaba deleitándose con el paisaje, su boca estaba apenas abierta y sus ojos abiertos más de lo usual. En este momento, todo lo que había comenzado a sentir cuando entramos al bosque, se estaba haciendo más grande. Era como un eco de sentimientos dentro de mí.

No entendía qué me pasaba. No podía despegar mis ojos de su perfil, de sus ojos verdes, de su nariz recta, de su fuerte estructura ósea y sus labios rosados y carnosos. ¡Dios, quería besarlo otra vez! No quería rozarlos como la vez pasada, quería probarlo, quería saber cómo sabía, quería sentir sus labios masajeados los míos y su lengua danzando con la mía, y quería que me acariciara, quería sentir sus manos sobre mi piel.

¿Por qué me estaba sintiendo así? Ni siquiera me estaba avergonzando de mis sentimientos, como en un estado normal lo haría. Sabía que mis mejillas estaban rojas y no por vergüenza.

De pronto, Evan giró su cabeza y sus ojos encontraron los míos. Su boca se cerró y su mandíbula se contrajo. Sus pupilas se dilataron y quizás había algo como deseo en ellas. Era tan extraño, porque sentía un eco de sentimientos y pensamientos lujuriosos esparciéndose por la totalidad de mi anatomía. Era como si lo que él sentía, salía disparado en ondas hacia mí y, como consecuencia, yo los sentía también. Podía estar segura de que él sentía los míos, como yo sentía los suyos.

Manteniendo mis ojos en los suyos, murmuré:

—Il est magnifique —y no me refería solamente al bosque.

Es impresionante.

No sé por cuánto tiempo nos quedamos mirando a los ojos con las manos agarradas, pero sentí que pasó una eternidad. Era todo tan extraño. Y no exactamente de una mala manera, era algo raro, pero bueno. Algo que me gustaría repetir una y otra vez.

Evan se aclaró la garganta, manteniendo su mirada firme en mis ojos.

—¿Sabes por qué Goldenwood se llama así? —murmuró forzando su voz.

Gracias a dios. Si no hubiera sacado algún tema, creo que me le hubiera tirado encima.

—No —respondí casi inaudible.

—Bueno, por el Bosque Dorado. Fue lo primero que vieron al llegar aquí, pero como no sabían hablar bien en inglés, el nombre no salió como ellos esperaban. Goldenwood es madera dorada, su intención fue llamar Goldenwoods a este lugar. Siempre estuvo rondando este mito... Se dice que las hojas doradas son capaces de curar heridas y enfermedades.

¿Eh? Este lugar era cada vez peculiar. ¿Por qué mis padres no pudieron enviarme a un lugar sin extraños mitos y personas con coronas y tiaras? Aunque viendo a Evan, no me podía quejar demasiado, ¿verdad?

La lujuria que sentía fue remplazada por la curiosidad. Nunca me había preocupado realmente por saber del lugar, en realidad estaba tan renuente a venir que no me interesaba. Sin embargo, ahora me encontraba ávida por saber.

—¿Por qué dicen eso? ¿Alguien lo ha comprobado?

—No exactamente —desvió sus ojos una milésima de segundo. De todas maneras, se veía más relajado—. Hay una leyenda sobre la historia de este bosque. Hay muchos libros que múltiples personas han escrito tratando de dar con el clavo, pero son todos tan similares... —suspiró—. Se dice que el Bosque Dorado estaba muriendo cuando fue encontrado décadas atrás por los familiares de las personas que lo pisaron por primera vez. Se dice que lo único que lo mantenía vivo eran las *tourneillas* que lo rodeaban. Realmente no sé cómo lo supieron, pero trituraron las flores, las mezclaron con agua y luego regaron el bosque. Cuando vieron que estaba a salvo, construyeron

estos altos muros alrededor. Estuvo años cerrado. Aunque dicen que la magia del bosque se debe a que las primeras personas que lo encontraron eran descendientes de los Bourque y otra familia más. Se dice que eran almas gemelas, pero que se odiaban por la rivalidad entre sus padres. Ambos murieron aquí, en el Bosque Dorado. La leyenda dice que la sangre que los dos derramaron se unieron y, una vez mezcladas, hicieron contacto con las raíces de uno de los árboles. Se dice que su amor alimentó al bosque y le dio el poder para curar heridas y enfermedades.

»Las familias se amigaron luego de sus muertes y volvieron a Francia, decidiendo que era mejor dejar el lugar que había arrebatado la vida de sus hijos. No fue hasta décadas más tarde que los descendientes volvieron y decidieron cerrar el Bosque Dorado. Aunque era un poco tarde, conquistadores de Italia y Suiza ya estaban discutiendo la propiedad del lugar. Los Bourque y la otra familia tenían pruebas de haber llegado antes, así que dividieron el título. En fin, todo miembro de Goldenwood sabe sobre la leyenda de las almas gemelas y la suposición de que las hojas son curanderas. Sin embargo, creo que nadie nunca lo ha probado realmente. O, al menos, eso es lo que se dice.

Se dice, se dice, se dice...

Todas suposiciones, nada seguro. Eso me molestaba, porque las personas de Goldenwood parecían siempre seguras de todo, excepto de los hechos importantes, como que tenían un bosque que podría tener la virtud de curar enfermedades y heridas. Tenía algo sentido que eso pudiera ser real, pero otra parte de mi ser me decía que eso no era posible. ¡Vamos! Eran solo hojas doradas.

—Eso es muy de Romeo y Julieta. —No pude evitar comentar.

Evan rio entre dientes y mantuvo la sonrisa en su rostro. Sus ojos divagaban por mis facciones detenidamente, como si quisiera beber cada una de ellas para no olvidarlas. Al principio no me importó y disfruté de su atención, pero cuando su pulgar acarició el dorso de mi mano en un movimiento casto, un balde de agua fría invisible cayó sobre mi cabeza mojándome hasta los pies y volví a la realidad, sintiéndome cohibida y avergonzada.

Solté su mano apresuradamente, y me sonrojé desviando la mirada. Percibí su confusión emanando de él en grandes vibraciones, pero lo ignoré y caminé hacia adelante, levantando mi cabeza, observando con detenimiento los diferentes árboles de hojas doradas.

Me atreví a acercarme a uno que era de baja estatura y pasé mis dedos por la melena de oro, sonriendo al sentir lo suaves que eran, aun cuando mostraban esas puntas que parecían ser filosas. Todavía me sentía cálida y en regocijo, muy a pesar de la timidez que me poseyó al estar tan cerca de Evan. La leyenda decía, de manera simple, que este lugar era mágico y cada momento que pasaba con mis ojos contemplando las hojas, más me convencía de que era verdad. El aura que rodeaba el lugar al menos lo era.

—Este lugar es tan... Tan indescriptible —susurré.

Escuché a Evan acercarse a pasos silenciosos. Lo único que me advirtió su acción fue el extraño sonido que la arena provocaba cuando sus talones la pisaban. Cuando estuvo detrás de mí, me tensé por no saber lo que haría, cuál sería su siguiente movimiento. No le tenía miedo, pero no me sentía segura aquí dentro. Había algo en el ambiente que me debilitaba, activaba mis hormonas y me dejaba absolutamente estúpida.

—Lo es —murmuró sin tocarme—. Este bosque puede ser tan ventajoso como peligroso. Una vez leí que, además de curar heridas y enfermedades, puede ser una droga bastante peligrosa. Quiero decir, si es que usas sus hojas de la manera equivocada.

Giré hacia mi derecha, apenas un poco, para poder verlo al hablar. Arrugué mi entrecejo levemente cuando lo escuché. Tenía el presentimiento de que había mucho más sobre este bosque de lo que estaba escrito en esos libros.

—¿A qué te refieres?

Evan se agachó y levantó una hoja dorada que estaba descansando en el suelo. De nuevo con sus piernas estiradas, puso la estrella de oro frente a mi cara. No muy cerca, no muy lejos, solo para que pudiera verla con detalle.

—Ese libro dice que algunas personas investigaron el arte de las hojas de muchas maneras. Una de ellas, era triturando una sola hoja e incluirla en un vaso de cualquier bebida. No recuerdo todas las opciones que había, pero sé que mezclar la hoja con alcohol es la peor.

—¿Por qué? ¿Qué pasa? —pregunté intrigada, olvidando mis emociones anteriores.

—Si lo usas con alcohol, funciona como una droga. Según el libro, las hojas mezcladas con el alcohol producen adicción y el grado depende de la cantidad de alcohol que la bebida tenga. Cuanto más se toma, más adicta la persona se vuelve y eso causa muchos cambios. Esos son diferentes dependiendo de la persona.

Giré totalmente, mi expresión llena de horror. Primero vi sus ojos, luego los míos se pasearon por lo que nos rodeaba, con alarma. Volví a verlo. Él tenía una mirada escrutadora, pero a la vez le nublaba el rostro.

—Entonces este lugar no es solo... No es solo mágicamente bueno.

—Lo es —soltó la hoja y colocó sus manos en mis hombros, acercándose y haciendo que inclinara mi cabeza hacia atrás para poder mirarlo mejor—. Sé que puedes sentirlo tanto como yo. Es... ¡Es mágicamente bueno! Solo las hojas tienen consecuencias y depende de con qué las mezcles. No le tengas miedo, porque así como estamos nunca pasará nada.

Eso era mentira. Porque todo lo que sentía hacia él estando aquí era inexplicable. Sus ojos verdes, que normalmente eran un poco más claros que el musgo, ahora eran dos gemas verdes que brillaban como tales. Más verdes, más vivos. Más jade.

Claro que podía pasar algo. No necesariamente malo, pero sí sería extraño al salir del lugar. Quería abrazarlo, besarlo, tocarlo, sentirlo. Yo nunca me había sentido así, ni siquiera con Sean. Era como si todo el miedo que una vez había tenido sobre las relaciones sexuales hubiera muerto.

Sentía fuego recorrer mis venas, más cuando Evan también sentía la tensión en el aire. Al tenerlo tan cerca, no perdía de vista cómo miraba con detenimiento mis labios, mis ojos y luego mis labios otra vez, y sus pulgares apretaban y aflojaban debajo de la terminación de mi clavícula.

Tenía muchas ganas de que besara cada centímetro de mi piel. Quería... Quería... Lo deseaba ardorosamente.

¿Por qué de repente me sentía como una ninfómana?

—Brenda —exhaló suavemente, aún mirando mis labios.

Sus pulgares apretaron un poco más y su nariz estaba a dos centímetros de tocar la mía.

Mi corazón se aceleró, lo sentí latir fuerte contra mi cara torácica y mi respiración comenzó a entrecortarse. Apreté mis dientes con fuerza, intentando evitar los jadeos que amenazaban con salir. Eso sí sería vergonzoso.

—¿Qué? —pregunté en un hilo de voz.

Sus ojos subieron a los míos y noté cómo se oscurecían. Era extraño que eso pasara, ya que ni siquiera estaba en contacto con mi piel como para sentir lo caliente que estaba. Eran solo mis ojos. Aunque tenía muy en claro que el ambiente lo estaba afectando tanto como a mí, este extraño y maravilloso Bosque Dorado.

Pero cuanto Evan más se acercaba, mi mente más dejaba de estar tan nublada. Sin embargo, no me importaba. O sí... Todavía no estaba segura. No cuando su nariz se estaba deslizando por la mía y sus labios estaban a un suspiro de tocar los míos. No cuando todo lo que yo había querido desde que entramos estaba a punto de pasar. No sabía si él quería torturarme o simplemente las mismas cosas estaban cruzándose por su cabeza, pero se detuvo a milímetros de mis boca, volviéndome loca.

Estuvo así un mero momento, antes de dejar salir aire por sus labios y acercarse solo ligeramente. Sin poder evitarlo, coloqué mis manos en su pecho.

—Espera —murmuré, cerrando mis ojos.

Suspiró, descansando su frente contra la mía, apenas presionándola. Una de sus manos ahuecó mi cuello, su pulgar rozó mi quijada con suavidad. Todo mi cuerpo, incluyendo mi corazón, gritaba que

le permitiera acercarse, besarme y tocarme. Mi mente, sin embargo, me estaba regañando, diciéndome que esto no estaba bien. Al menos no todavía.

—¿Estás bien? —inquirió en un susurro.

Remojé mis labios, sintiéndolos secos de repente, y asentí con algo de dificultad a causa de su frente. Mi mano izquierda empuñó su camiseta, sintiendo que debía apoyarme en algo.

—No puedo hacer esto, no ahora. Y en realidad resultaría ser lo más razonable ya que no hay nadie para detenernos, pero... Pero Sean rompió conmigo no hace un día. No puedo besar a alguien ahora mismo. Desearía poder, es solo que...

—No digas más nada —interrumpió en un suave murmullo—, entiendo perfectamente. Supongo que por más que vayamos a ser marido y mujer pronto no quiere decir que tengamos que apurarnos. Tenemos... Tenemos una vida —susurró la última palabra.

A pesar de mi propia decepción, sonreí. Sí, odiaba estar en un compromiso arreglado y sí, no tenía la mejor de las relaciones con mi futura suegra, pero estaba agradecida por el hombre con el que pasaría el resto de mi vida. Evan era, por lejos, el hombre más amable, bueno y gentil que jamás había conocido.

Tenía una extraña sensación apesando mi pecho de una manera extraña, una que identifiqué de inmediato. Yo quería amar a Evan, quería sentir lo que una chica sentía cuando conocía al hombre con el que creía que pasaría el resto de su vida, esas espantosas y melosas «mariposas en el estómago», una sensación que todavía me resultaba ajena. El problema era que aún tenía a Sean rondando por mi mente y corazón, y no quería hacer las cosas mal. Evan no se merecía que yo me dejara llevar teniendo a alguien más ensombreciendo su lugar.

Abrí mis ojos, todavía sonriendo, y separé mi cabeza para verlo mejor. Él también sonreía un poco y sus ojos seguían brillando cual gemas, aunque ahora más cerca a su color natural. Su cabeza descendió un poco y sus labios dejaron un beso casto en mi frente.

—Deberíamos volver —susurró.

Suspiré. Sí, deberíamos, pero no quería. Estaban tan cómoda que no me quería mover. Lo estaba más de lo que nunca antes lo hubiera estado. Quizá eran sus manos en mi hombro y cuello, o quizá era el hecho de que ahora nuestra relación era algo diferente, pero de verdad no quería moverme. Si de mí dependía, pasaría lo que restaba de la noche parada en donde estaba, en la misma posición.

Así que decidí cambiar de tema para distraerlo a él y a mí, y así, tal vez, ganar un poco más de tiempo. Después de todo, mañana se iría al igual que Candace y yo quedaría sola. Sí, con la compañía de Seleste, Jackie y Lynn —y Nenna—, pero no de ellos dos.

—¿Cuántas novias has tenido?

Sus ojos se abrieron un poco más de lo normal y ladeó la cabeza, un relampagueo de curiosidad y sorpresa pasando por sus ojos.

—¿Por qué quieres saberlo?

Sonreí inocentemente.

—Solo quiero saberlo.

Ladeó su cabeza hacia el otro lado.

—Bueno... Tuve tres... Oficiales —agregó la última palabra con inseguridad.

Mmm, parece que el príncipe Evan no es tan santo como yo creía.

Asentí, todavía sonriendo, y tamborileé mis dedos contra su pecho, desempuñando su remera.

—Quieres decir que tuviste chicas que no fueron tus novias, pero tuvieron el privilegio de estar a tu lado como si lo fueran —aventuré.

¿Era cruel que esto me resultara cómico? Quiero decir, no era algo de todos los días ver a Evan sufrir por un tema en especial. Si bien me sentía algo celosa de sus compañías femeninas pasadas, tenía encima el alivio de tenerlo para mí mucho más tiempo. Era egoísta y extraño pensar de esa manera, aún no lo amaba, pero me sentía por demás atraída.

Hizo una mueca y enderezó su cabeza.

—Nunca las amé realmente, a ninguna de ellas. Mi primera novia fue mi primer beso cuando tenía 12 y mi primera vez años después, pero nos separamos cuando sus padres se mudaron al Norte de Francia. Ella fue más como mi mejor amiga. Mi segunda novia...

—Espera —interrumpí—. ¿A qué edad te desfloraron?

Evan se atragantó con su saliva y me miró escandalizado.

Era una buena señal. Me estaba sintiendo más como yo misma y menos como la adolescente hormonal encerrada con un muchacho que era guapísimo.

—Jesucristo, Brenda, ¿por qué quieres saber eso?

—Porque tengo curiosidad —me encogí de hombros—, ya es demasiado sorprendente que hayas dado tu primer beso a los 12. Yo lo di a los 13 y me sentía como puta barata. Mis compañeras tenían miedo de estar cerca de los chicos —volví a encogerme de hombros—, yo solo quería saber cómo se sentía ser besada. Quizá no haya ayudado el hecho de que fue con un muchacho de 16.

Negó con la cabeza, pero no comentó nada al respecto. Suspiró con resignación y sacó su mano de mi hombro, pasándolo por sus hebras rubias. Luego, en lugar de volver a ubicarla en donde estaba, la puso en mi cintura, dándome una ligera descarga de escalofríos.

—Tenía 15 la primera vez que estuve con una... Bueno, en ese momento ambos éramos adolescentes, así que no puedo decir que «una mujer», pero, de todas maneras, volvamos al tema principal —sacudió su cabeza ligeramente, una pequeña sonrisa aflorando en sus labios—. Mi segunda novia llegó, me parece, unos tres o cuatro meses luego de que la primera se hubiera ido. —Arqueé mis cejas, sorprendida, y él asintió sonriendo con algo de vergüenza y diversión—. Sí, bastante mal. Ella fue quien realmente despertó mis hormonas, por decirlo de alguna manera. No duramos demasiado, pero fue mi relación más divertida, ya que ninguno estaba realmente atado al otro.

»Desde ahí, comencé a salir con chicas sin realmente tener una relación, ellas lo sabían y yo también. No pienses que era el tipo de hombre que se acostaba por los alrededores sin ni siquiera saber sus nombres. Recuerdo cada una de ellas, fueron buenas amigas cuando yo lo necesité, además.... No era solamente sexo. Ellas fueron como mis novias sin realmente serlo y no creo que hayan sido más de cinco. Aunque eso solo duró hasta mis 20, cuando papá decidió que era tiempo de comportarme como un príncipe. Entre tantos viajes a París que hacía conocí a Isabelle.

El dolor en sus ojos era visible cuando nombró a su difunta exprometida y su tono de voz tomó un tono más suave. No obstante, había ausencia de ese sentimiento en su sonrisa, donde todavía se veía la diversión sobre el tema.

Asentí, conforme, aún sintiéndome sorprendida por el hecho de que Evan había tenido más novias de las que yo habría imaginado. Y no solo novias, sino que habían sido sus compañeras sexuales, o por lo menos así era como yo lo veía. Él era un hombre excelente y bueno, sin embargo, también tenía su lado pícaro.

Si era posible, me caía aún mejor.

—Veo..., y yo que pensé que eras todo un santo.

Rio echando su cabeza hacia atrás. Luego volvió a verme, cualquier rastro de tristeza ya había abandonado su rostro, reemplazado por una gran sonrisa.

—¿Qué hay de ti? ¿Cuántos novios has tenido?

Seguí sonriendo. Hablar de novios no era algo que me molestara, como parecía que le había molestado a él.

—Bueno, he tenido un par, pero ninguno ha sido demasiado importante como lo ha sido Sean. Los otros eran... —Ladeé mi cabeza a ambos lados—. Yo los veía como muy buenos amigos a los que podía besar bastante seguido. Nunca duraron mucho tiempo y nunca sufrí la separación. —Me encogí de hombros—. Al menos no como cuando Sean rompió conmigo... Horas atrás —musité.

Podía sentirme atraída por Evan todo lo que yo quisiera, pero nada me iba a sacar el dolor que sentía luego de haber sido dejada por la persona que yo amaba, por terribles palabras y horribles mentiras.

Él sacó su mano de mi hombro. Sentí su pulgar e índice tomando mi mentón, impulsando mi cabeza hacia atrás. Inevitablemente, mis ojos se encontraron con los suyos en un instante y debía admitir que la calidez que albergaban me tenía atónita. ¿Por qué todo en él era así? Amable, gentil, suave, cálido.

—Y lamento mucho eso. Yo no tenía idea de que tú tenías novio cuando mis padres me informaron del compromiso, de haberlo sabido quizá podría haber insistido un poco más en que lo cancelaran.

—No pienses de esa manera —susurré—, porque no creo que hubiera habido algo que detuviera a la reina y mi madre de salirse con la suya.

Era verdad. Si a mi mamá no le había importado el hecho de que yo tenía novio cuando me regaló a Goldenwood, entonces a la reina menos. Que Evan hubiera puesto más oposición no hubiera servido de nada, ellas no iban a detenerse hasta que estuviéramos casados. Y la reina parecía que nunca iba a detenerse para hacerme la vida imposible.

—Lo sé —murmuré—, pero me siento mal de todas maneras.

—Yo también, ni siquiera habían pasado tres meses de su fallecimiento y ya te estaban encajando otra prometida —bufé.

No pasó un segundo cuando sentí ambas manos de Evan en mi quijada, sosteniendo mi cabeza hacia atrás para que no me moviera. Jadeé por la sorpresa del movimiento y por la cercanía que me invadía de repente. Su nariz estaba a punto de tocarme. Creo que ya se habrían tocado si no fuera porque me estaba sosteniendo. Por inercia, mis manos se movieron hacia sus muñecas.

Me miró a los ojos con una seriedad que jamás había visto en él.

—Yo también lamento su muerte y que esto sea porque a mi madre y a la tuya se les ha ocurrido. Y no me preguntes por qué, porque ni siquiera yo tengo una respuesta concreta, y quizá este lugar

esté afectando mi juicio más de lo que yo creo. —Si era posible, se acercó aún más sin tocar mi nariz con la suya. Yo estaba sin aliento, incluso sintiendo el suyo acariciando mi rostro—. Pero estoy agradecido y contento de que seas tú y no alguien más.

Oh... Dios mío. Creía que iba a desmayarme. Estaba mareada a causa de la felicidad que esas palabras me habían causado. Mi boca estaba abierta por el asombro y la perplejidad, y mis ojos estaban abiertos a la par. Apreté sus muñecas un poco más y cerré mi boca, remojando mis labios y mordiendo el inferior después. Nuevamente no sabía qué decirle. Tenía muy en claro que yo me sentía de la misma manera, pero..., ¿cómo decírselo?

Supuse que mi silencio se le hizo eterno y que lo entendió, porque me dio una ligera sonrisa, una que llegaba perfectamente a sus ojos, y acarició mis mejillas con sus pulgares. Nos quedamos así, mirándonos por no sé cuánto tiempo. Lo que sí sentía y sabía, era que yo ya no me estaba mordiendo el labio, sino que los tenía entreabiertos por las interminables ganas de sentir su boca sobre la mía.

Dios santo, ¿seguiría con ganas de besarle por mucho tiempo más?

—Realmente no quiero salir de aquí, pero todavía no he empacado para el viaje de mañana y me estoy quedando sin tiempo —comentó con su voz llena de entusiasmo.

Reí entre dientes, casi sin sonido.

—¿Por qué no lo has hecho?

—Porque estaba esperando que tú me dijeras que estaba bien. No estoy seguro de si dejarte aquí sin Candace sea una buena idea. Quiero decir, Lynn estará muy ocupada con los últimos detalles de su boda así que probablemente no la veas en lo absoluto, Seleste estará detrás de ella, ya que es una de sus damas de honor, y Jackie será interceptada por mi madre en cada momento que quiera estar contigo, porque aún tiene sus clases de etiqueta y no le será fácil escaparse de ellas.

Casi me atraganto con mi saliva.

—¿Clases de etiqueta? Yo no tendré que tomarlas, ¿o sí?

La idea no me resultaba atractiva para nada. Prefería estar toda una semana vistiendo rosa chicle con tacones de treinta centímetros a tomar clases de etiqueta.

Evan dejó salir una carcajada y negó con la cabeza.

—No... Por lo menos no por ahora. Eso será necesario para las cenas de importancia. Jackie, por el contrario, tiene reuniones de té con la alta sociedad de Goldenwood hasta que cumpla la mayoría de edad y pueda negarse. Hasta ese día, mamá maneja ese tipo de cosas. —Puso los ojos en blanco, una acción muy impropia de él.

—¿Tú tuviste que hacer algo parecido?

—Oh, no... —rio—. Tengo suerte de haber nacido varón. Nosotros no lo necesitamos como las mujeres. Solo un par de clases de cómo usar los cubiertos de forma apropiada y algunos temas de posición, nada más.

Reí con diversión y permití que la sonrisa permaneciera en mi rostro. Y ahora lo sabía, debíamos volver. Yo lo sabía, él lo sabía. Aún sonriendo, soltó mi quijada y se puso a mi lado, pasando un brazo por mis hombros. Abracé su cintura con mi brazo y dejé que me impulsara hacia adelante, camino afuera del Bosque Dorado.

A mitad de camino hacia mi habitación, apoyé mi cabeza sobre su hombro, sintiendo el anhelo mucho antes de despedirlo. Ya no estábamos dentro del extraño lugar mágico y yo ya no sentía mi cuerpo rebasado por la lujuria, pero los raros sentimientos hacia Evan seguían presentes. Yo seguía queriendo un beso.

Me soltó cuando llegamos a la puerta de mi habitación, y antes de que mi decepción se registrara en mi mente y mi pecho, me atrajo hacia el suyo. Cuando mi sorpresa subsidió, abracé su cintura y acurruqué mi cabeza en medio de sus clavículas, sonriendo cuando sentí la punta de su nariz frotando mi coronilla.

No sé por cuánto tiempo estuvimos abrazados, pero se me hizo una linda eternidad. Era extraño estar de esta manera con un hombre que no fuera Sean, pero lo que fuere que había dentro del

Bosque Dorado me hizo dar cuenta de que ya no valía la pena. No luego de esas hirientes palabras a mi persona. Era pronto, sí, fijarme en una persona horas después de haber sido dejada, era absolutamente rápido e inapropiado, pero ya no me sentía ni siquiera culpable. El bosque me había mostrado que lo que sentía hacia Evan era un poco más que solo atracción, a pesar del poco tiempo que llevábamos de conocernos.

No le encontraba una explicación certera al por qué estaba esperando un beso de su parte a la hora de despedirnos, pero lo estaba haciendo. Me sentí un poco decepcionada cuando se separó, besó mi frente —manteniendo sus labios más tiempo de lo debido—, sonrió y se alejó hacia el castillo caminando hacia atrás, aun estirando sus labios. No lo pude evitar y le sonreí devuelta.

No podía decir que había dormido mal. En lo absoluto. Había dormido de forma placentera toda la noche o, mejor dicho, lo que restaba de ella. Aunque cuando Candace me levantó a la mañana siguiente mi buen humor se fue por el inodoro; ella se iba y no tenía ni la más mínima idea de cuándo la volvería a ver. Quizá en la boda o quizá después, solo tenía en claro que la extrañaría como loca. No estaba agregando que Evan se iba también y tendría que soportar Goldenwood por mí misma.

Iban a ser días largos.

Nos levantamos a una velocidad normal y vagamos por mi habitación un rato, hasta que Nenna nos informó que el príncipe y Candace partirían a la misma hora en la tarde. Era un alivio, tenía algunas horas más con mi amiga antes de tener que despedirme.

Jackie vino al cuarto temprano y pasó el día con nosotras. Miramos un par de películas, jugamos a algún juego de cartas e hicimos imitaciones de la reina Lucinda. Su hija incluida, ella era a quien mejor le salía. Candace y yo nos dimos duchas rápidas cuando la hora de partida estaba cerca y fue ella quien me eligió un conjunto para salir del castillo, hasta le regalé un par de prendas que ella encontraba fascinantes.

Con un vestido rosa claro estampado con grandes flores azules, manga tres cuartos, al cuerpo y que llegaba un par de centímetros arriba de mis rodillas, estaba casi lista. Jackie sabía mucho de moda,

así que recomendó tacones negros y un reloj dorado que, según ella, le daba el toque justo de la realeza y alta sociedad. Con solo esas palabras me dieron ganas de sacármelo y tirarlo al inodoro, junto con mi pasado buen humor. El maquillaje era suave y mi cabello no necesitó mucho arreglo. Fabio era un mago, estaba segura. Mis cortas ondas oscuras estaban bastante domadas.

Cuando Jackie vio que Candace y yo estábamos bien, decidimos dirigirnos hacia el castillo. Las tres caminábamos a paso normal, escuchando el repiqueteo de los tacones contra el hormigón que interrumpía el silencio del exterior. Candace entrelazó su brazo con el mío y me dio una gran sonrisa, una que interpreté como que debía hacerme sentir mejor.

—Prometo que estaré aquí el día de la boda, ¿de acuerdo? Lucharé con mis padres y con los tuyos para que me dejen venir.

Reí entre dientes.

—Más te vale. Eres la única persona que tengo en mente para que sea mi endemoniada dama de honor. Junto a Jackie, por supuesto.

Jackie rio y conectó su brazo con el que yo tenía libre.

—Mi mamá y Seleste serán un grano en el culo cuando Lynn esté de luna de miel, tenlo por seguro. Con las malditas clases de etiqueta, dudo que pueda estar allí para hacerlo mejor, pero prometo que intentaré estar ahí.

Le sonreí agradecida.

—Gracias, lo aprecio. Pero no te preocupes, puedo lidiar con Seleste. El problema será tu mamá. Ella sí es un grano en el culo.

Reímos y entramos al castillo, sonriéndoles a los guardas que inclinaban la cabeza al pasar nosotras. Pobres hombres, todo el día parados en las puertas haciendo reverencias. Solo esperaba que tuvieran un buen sueldo.

Evan estaba con Lynn y Ric cuando llegamos al salón principal, así que no tuve oportunidad de acercarme mucho para hablar, solo crucé un par de miradas, porque más rápido de lo que yo hubiera deseado, estábamos entrando al aeropuerto, aún con nuestros brazos entrelazados.

El avión de Candace sería abordado primero, ya que Evan se iría en el jet privado y real, y podía demorarse algo antes de partir.

En el momento en el que el vuelo de Candace fue anunciado, nos levantamos para abrazarnos. El dolor de dejarla partir era feo e inevitable. Yo no era expresiva, para nada, pero algo de ella solo me hacía debilitarme. Después de todo, era mi mejor amiga.

Una lágrima solitaria cayó por mi mejilla.

—Te extrañaré horrores —susurró con voz gruesa a causa de su llanto—. Nueva York no es lo mismo sin ti, Brendie.

No le respondí. No podía. No lo encontraba en mí. Solamente negué con la cabeza y abracé sus hombros con más fuerza, escondiendo mi cara entre sus hebras doradas. Olí su champú mezclado con su perfume, y me separé con cierta renuencia, secando la lágrima rebelde que había decidido escaparse.

Ella me miró triste, con rastros de delineador negro corriendo por sus mejillas, antes de darme un intento de sonrisa, abrazar a Jackie y agradecer a los reyes por su hospitalidad.

Unos toquecitos en mi hombro me hicieron girar.

Detrás de mí, el príncipe Evan me miraba con una sonrisa triste y conocedora. Intenté devolvérsela, pero creía que solo había logrado hacer una extraña mueca. Él rio entre dientes y colocó su gran mano en mi mejilla, queriendo que lo mirara bien a los ojos.

—No estés triste. La volverás a ver pronto, lo prometo.

Le dediqué una muy pequeña sonrisa cerrada.

—No puedo no estar triste —susurré.

—Lo sé —asintió—, solo espero que no lo estés. Eres más linda cuando sonríes.

Y la maldita sangre subió a mis malditas mejillas. Dios, odiaba sonrojarme.

Desvié la mirada y sonreí apenas un poco más, sintiendo que esta, al menos, era genuina. Y no podía evitar comparar sus palabras con las de Sean. Las de él me hacían reír y decirle que se callara, probablemente dejando un golpe en su hombro, pero nunca me había sonrojado. Evan, en cambio era como si sus palabras las tomara más en serio. Como si las de él significaran más.

Me separé de él para darle un último abrazo a Candace y verla caminar hacia la zona de embarque. Cuando ella desapareció, la perra-reina comenzó a hablar.

—Bueno, vayamos afuera, así podemos despedirte antes de que abordes el avión, Evan —le sonrió.

—No —negó él—, prefiero despedirlos aquí. Quiero hablar con Brenda antes de irme y prefiero que ella me acompañe y así poder hacerlo a solas.

Giré a verlo con asombro y sorpresa. No solo le había negado algo a su madre, sino que también me había incluido a mí. Sabía que quizá eso me traería problemas en el futuro, pero lo que en realidad sentía en el momento, era cierto orgullo hacia él.

Él me sonrió. La reina Lucinda estaba echando humo por las orejas.

Hicieron lo que él pidió de todas maneras. Un par de abrazos y besos después, me tendió la mano para que fuera con él. Se la di, más encantada de lo que debería haber estado, y dejé que entrelazara sus dedos con los míos. Lo entendía, los malditos paparazzi estarían afuera esperando ver una despedida apropiada del príncipe y su futura jodida princesa.

Mucha gente reverenciaba cuando pasábamos, otros sonreían y muchos otros sacaban fotos con sus celulares y cámaras. Sonreí lo mejor que pude, cuando en realidad moría por sacar los aparatos de sus manos y aplastarlos con mis zapatos.

Evan no llevaba nada consigo, por lo que supuse que alguien había tomado su equipaje cuando llegamos al aeropuerto para poder meterlo en el jet real. Al salir, pude ver, justo al lado del pequeño avión, la masa de gente del otro lado del alambrado con sus cámaras de video y fotografía.

Evan se puso de espaldas a ellos y colocó sus manos en mis caderas.

—¿Estás segura de que está bien que vaya? En serio no quiero que mi madre te haga la vida imposible. Sé que si yo estoy aquí será exactamente lo mismo, pero quizá es... ¿Mejor?

Le sonreí y miré rápidamente a las personas expectantes que estaban detrás, antes de volver a chocar mis ojos con los de él, sonreír y colocar mis manos en sus hombros.

—Estoy segura. Será solitario sin Candace y sin ti, pero sobreviviré. Tendré a Nenna como compañía mientras tanto.

Sonrió y acercó su cabeza un poco más. Me gustaba estar a su misma altura.

—Bien. Arribaré de madrugada el día de la boda, así que no creo que te vea apenas llegue, pero estaré allí durante la ceremonia, lo prometo.

—Estás haciendo muchas promesas.

—Y cumpliré cada una de ellas. Nunca rompo mis promesas.

—Bien —musité.

Siguió sonriendo divertido. Giró su cabeza hacia atrás un momento, antes de volver a mirarme y añadir algo de picardía y ansias a sus labios estirados.

—¿Crees que podemos darle algo de lo que quieren?

Me encogí de hombros.

—Supongo.

Sus ojos verdes jade brillaron antes de girar su cuerpo para que nuestros perfiles estuvieran frente a los camarógrafos que estaban del otro lado. Siempre pensé que este tipo de lugares eran privados,

pero la gente que estaba afuera podía ver todo con tranquilidad, solo separados por una gran valla de alambre.

Evan llevó una mano hacia mi quijada y soltó su sonrisa, haciéndola más sincera, más seria.

Tomándome por sorpresa, acercó su cabeza a la mía y rozó mi boca, causando que cerrara mis ojos por la electricidad que transmitieron sus labios. Posó un beso que duró unos segundos, pero que fue solo eso: una larga presión. Y era perfecto de todas formas.

Se separó solo un poco, con su nariz al costado de la mía.

—Te veo pronto, Brenda —susurró.

Sonreí, mareada.

—Te veo pronto, Evan —imité su tono.

Se separó de mí con renuencia y caminó hacia el jet sin dar vuelta atrás. Cuando subió las escaleras, antes de entrar, volteó y me dio una última sonrisa, una que le devolví genuinamente.

Esa noche, luego de haber soportado una dolorosa cena silenciosa con los demás miembros de la familia y Seleste, me encontraba en mi habitación con mi camiseta de Guns N' Roses y mis finos pantalones de pijama, sentada en mi cama. Candace aún no había llegado y Jackie me dijo que Evan ya estaba en Milán con sus amigos, hospedado en un hotel.

No sé qué me llevó a hacerlo, pero, de un momento a otro, estaba llamando a Nenna por teléfono a su habitación, feliz de que estuviera allí. Los primeros días había pensado que era inútil, que yo nunca llamaría a nadie, porque nunca lo necesitaría, pero ahora me encontraba en una rara necesidad.

—¿Señorita Morel? —atendió sorprendida.

Reí entre dientes.

—Sí, Nenna, soy yo. ¿Podrías hacerme un favor o ya estás por dormir?

—No, no, por supuesto que puedo, señorita. ¿Qué desea?

Tomé aire, pensando que quizá el llamarla era sido demasiado. Pero es que ella había insistido tantas veces en que lo hiciera, que en un principio ni siquiera lo había dudado... Ahora me sentía muy mal haciéndolo. Me sentía como la reina Lucinda.

—¿Sabes? No importa. Buenas noches.

—¡Espere! —exclamó—. Dígame lo que necesita, señorita. Este es mi trabajo, no me molesta servirle a cualquier hora del día. Dígame, por favor, y yo haré todo lo posible por ayudarle.

Maldición. ¿Por qué ella tenía que ser tan buena? Con un suspiro, le respondí:

—Realmente me gustaría un té como el que me preparaste la otra noche que me sentía mal.

Ella se quedó un momento en silencio.

—Seguro, señorita Morel. Se lo llevaré en unos minutos.

Le agradecí y finalicé la llamada.

Un rato después, ella entró con el té en manos. Y, con la soledad abrazándome y un rico té hecho por Nenna, pensé en Candace y en Evan.

Yo había pensado que Lucinda iba a mantenerme irritada los cuatro días sin Evan. Para mi grata sorpresa, ni siquiera echó una mirada en mi dirección. Él había tenido razón: ella estaba muy ocupada irritando a otras personas, como a Jackie y a Lynn. A la primera con sus clases de etiqueta, de las cuales trataba de escapar escondiéndose en mi habitación; y a la segunda con cada detalle pequeño sobre su boda.

Lynn y Lucinda tenían una relación diferente a la nuestra. Aunque la reina seguía estando al mando y hacía comentarios que muchas veces no eran necesarios, se notaba que había cierta relación cálida entre ellas. Al ver cómo se llevaban me di cuenta de que Lucinda parecía tener solo odio para mí en su oscuro corazón.

Tal y como había pensado, había muchísimos chismes en la página de noticias de Goldenwood, llenas de fotos del fugaz beso que Evan y yo habíamos compartido antes de su partida. No sé cuántas veces rodé los ojos mientras las veía. Si hubiera sido por mí, ni siquiera las habría visto, pero desde que el príncipe se había ido que se me hacía costumbre tomar el té con Nenna en la gran cocina del castillo antes de dormir, y, si bien sabía que Evan y yo nos habíamos conocido hace poco, ella las veía, me las mostraba y se emocionaba.

Era la boda de Lynn y Ric. Afortunadamente, los días sin el príncipe habían pasado bastante rápido. Conversé con Candace por teléfono y pude hablar con Evan mediante un par de mensajes de texto. Literales, solo habían sido dos por día.

Seleste también estaba ocupada con la boda de su amiga, así que no me irritó con temas que a mí no me importaban. Luego de la ceremonia sería mi turno de ser torturada. Aun no tenía noticias sobre mi boda —que era en solo diez días—, pero tampoco quería hacerlo. En realidad, la única cosa insignificante que había llegado a mis oídos por parte de Jackie, era que mi propia luna de miel duraría dos meses, algo que me parecía una ridiculez.

¿Por qué la de los futuros reyes de Goldenwood solo duraría una semana y media y la mía dos jodidos meses? No tenía ningún sentido.

Hablaría con Evan sobre eso para que convenciera a su madre de cambiar de opinión. Si bien sabía que no serviría de mucho, no perdíamos nada con intentarlo. Es más, ni siquiera sabía a dónde iríamos de luna de miel, pero tenía claro que tendríamos el gran peso de mi supuesto embarazo persiguiéndonos todo el tiempo en el caso de que la reina Lucinda no desmintiera la noticia, cosa que era poco probable. Parecía bastante feliz de hacerme la vida imposible.

Mientras me colocaba el largo vestido que Seleste había elegido para mí la noche anterior, una fina pieza verde suave, pensaba en una manera de escapar de todo lo que se vendría al día siguiente. Sin embargo, por más que escarbaba en mi mente por alguna idea, nada se me ocurría. Estaba encerrada en un lugar que no era mi hogar y no conocía, no había manera en la que no me terminaran encontrando.

Sin mencionar que ahora era responsabilidad de los reyes de Goldenwood al ser mis tutores legales. Gracias, mamá y papá, por avisarme.

Estaba fastidiada. No tenía escapatoria.

Gruñí para mis adentros mientras metía mis pies dentro de las sandalias de plataforma color beige. Seleste había mencionado que la ceremonia sería en el gran jardín del palacio, por lo que no me convenía usar tacones, a menos que quisiera enterrarme en la tierra con cada paso. Como sea, a mí me daba lo mismo. Habría sido mejor ir descalza.

No sabía cuándo vería a Evan. Él había llegado en la madrugada, según Nenna, y pasaría a buscarme para llegar juntos a la ceremonia. La boda comenzaría en menos de diez minutos y no había señales de su alma.

Sin la ayuda de Seleste, ya que ella era la dama de honor y debía preocuparse por sus propios temas, debía encargarme de lucir como una princesa por mí misma. Al menos no tenía que tener una tiara en mi cabeza, me conformaba con eso. Así que me senté frente al tocador e hice lo único que sabía hacer: ponerme rímel en las pestañas y brillo en los labios. Mi cabello aún seguía bastante bien a causa de la queratina de Fabio, así que lo dejé suelto y ondulado.

Cuando terminé de arreglarme, la puerta de mi dormitorio sonó. Por costumbre, iba a remojar mis labios, pero me detuve antes de hacerlo. Acababa de pintarlos, no debía arruinarlos.

Demonios, ya estaba pensando como Seleste.

Me levanté tomando aire, recordando la última vez que lo había visto. Como niña embobada, sonreí al rebobinar la escena en mi mente, la de sus labios apenas rozando los míos. Y borré mi sonrisa de inmediato. Hacía solo cinco días que Sean y yo habíamos terminado, no tenía que estar pensando en alguien más con tanta rapidez.

Pero me iba a casar con él en poco tiempo. Ah, era todo tan confuso.

Negué con la cabeza y caminé hacia la puerta, sin sorprenderme al abrirla y ver a Evan tan guapo como siempre parado allí, vistiendo un traje beige y portando una gran sonrisa en su rostro. Y porque era una estúpida le devolví el gesto. Sin palabras, él me ofreció su brazo derecho, como de costumbre.

Reí entre dientes y cerré la puerta detrás de mí, cruzando mi brazo con el suyo. Comenzamos a caminar hacia el gran jardín adornado para la ocasión. Acostumbraba a ver el costado, donde estaba la fuente y el Bosque Dorado, pero nunca la enorme parte trasera donde se encontraba un patio sublime.

—¿Cómo estuvo Italia? —pregunté, sabiendo que pronto estaríamos rodeados de gente y no sería tan sencillo mantener una conversación privada.

Evan me miró y sonrió mostrando sus dientes, un brillo de entusiasmo vislumbrando en sus ojos.

—Estuvo asombroso. Los chicos quieren abrir un bar en Milán y usarme para tener más público — rio, sacudiendo la cabeza con desaliento—. No pude negarme, son mis amigos, además tendré una parte como dueño y es algo que nunca antes he hecho. Por ahora tenemos que ocuparnos de todo lo administrativo y es un bodrio —volvió a reír—, pero será divertido.

Reí con él y asentí.

—Suenan genial. Felicidades.

Ya estábamos en el sector de la boda, por así decirse. La mayoría de la gente estaba sentada en sus respectivos lugares, otros, no obstante, estaban saludando a otras personas y contemplando los adornos a sus alrededores. La reina Lucinda tenía una expresión de arrogancia en su rostro y era obvio por qué.

Todo estaba extremadamente hermoso y ni siquiera se me hacía difícil de admitir. En lugar de sillas había largos bancos acomodados frente al altar y grandes adornos de flores en cada final de ellos. Más al fondo, en medio de un círculo al azar de árboles, estaban las mesas en las que sería servido el almuerzo. Cada una de ellas era redonda y grande, con enormes manteles blancos y adornos de peonías y *tournellias*. Había una sola mesa rectangular y larga donde iría la familia de los recién casados. Ahora, como éramos más, no nos sentaríamos de un solo lado de la mesa.

Lynn era hija única, así que solo sus padres estaban aquí y estarían sentados a su lado. Los reyes se sentarían al lado de Ric, y de ahí en adelante, podíamos tomar cualquier lugar. Significando que Evan, Jackie y yo nos sentaríamos dándole la espalda a los demás invitados.

O eso era lo planeado hasta ahora.

—¡Evan, Brenda! —exclamó la reina Lucinda acercándose a nosotros, después de excusarse con las personas con las que estaba dialogando.

Luché conmigo misma para no rodar los ojos. Si había alguien que actuara y mintiera tan bien o mejor que yo, era ella. Así que puse una sonrisa falsa que se veía tan genuina como una real y esperé a que estuviera frente a nosotros.

—Hola, mamá —saludó Evan.

—Hola, cariño. —A él, por lo menos, le sonreía de verdad—. Luego quiero saber cómo te fue en tu viaje, ahora necesito decirles esto rápido para poder ir a ver a Lynn. No se sentarán en la mesa con nosotros, nos acabamos de dar cuenta que queda de muy mal gusto que le den la espalda a los invitados.

¡Oh, vamos!

—¿Qué? —preguntó su hijo, frunciendo el ceño—. Entonces, ¿dónde nos sentaremos?

—Con tus abuelos, Seleste y Marco, por supuesto. Debo irme ahora, la boda ya tendría que haber comenzado.

Desapareció tan rápido que me pregunté si había estado frente a nosotros. Evan, a mi lado, suspiró.

—Tomemos asiento mientras mi madre intenta poner la boda en marcha.

Asentí.

Caminamos a paso tranquilo hacia los bancos, observando los alrededores.

Cuando estábamos por sentarnos en la primera fila del lado izquierdo, un fotógrafo nos preguntó si podía hacernos un retrato. Accedimos, pues en realidad no nos podíamos negar. Evan se soltó de mis brazos y pasó los suyos por mi cintura, abrazándome, colocando su cuerpo detrás del mío. Intenté no parecer muy perdida, pero estaba segura de que así me vi por la sonrisa divertida del hombre frente a nosotros. Intentando no lucir muy vacilante, ubiqué mis manos sobre las del príncipe y sonreí.

Primero se alejó y tomó una foto de cuerpo entero, y luego se acercó y tomó una de nuestro torso hacia arriba, mostrándonos cómo quedaban en cada caso. Tenía que admitir que habían quedado lindas y que aún con la falta de Seleste lucía bastante decente.

En el momento en que nos sentamos, Evan soltó mi cintura y tomó mi mano, entrelazando nuestros dedos y acariciando el dorso con su pulgar. Inevitablemente, le sonreí, gesto que él me devolvió.

—¿Cómo estuviste tú en estos días?

—Bien, en realidad —admití—. Pensé que tu mamá no me dejaría en paz y que Seleste me molestaría un montón, pero había olvidado el pequeño detalle de la boda de Lynn. Así que tuve la paz que tanto quería —reí.

Evan rio también.

Por suerte la boda no tardó mucho más tiempo en comenzar. Lynn estaba preciosa, con un vestido que solo apretaba la zona de su pecho y caía en forma de cascada hasta el suelo. En su cabello solo llevaba una trenza y algo que Jackie llamó «batido», especificando que este era «pequeño, delicado y hermoso». Coincidió, aunque no tenía una buena idea de lo que en realidad era. Como de costumbre, en sus manos llevaba un ramo de flores, que en lugar de ser rosas o flores blancas, eran *tourneililas*.

Las bodas en Goldenwood no eran iguales a las que yo conocía, menos esta, que se trataba de la realeza del lugar. Era como una boda civil y católica al mismo tiempo. El juez de paz también fungía como cura. Lynn y Ric, luego de un largo discurso por parte del sacerdote, firmaron un par de papeles que los hacía príncipe y princesa legalmente y se colocaron las sortijas. Luego, el hombre que estaba llevando a cabo la ceremonia colocó una tiara llena de diamantes en la cabeza de Lynn y solo allí los declaró marido y mujer, dejando que él la besara, para sellar el contrato.

La gente estalló en aplausos y vítores.

Me resultaba rara la falta de los votos, pero al mismo tiempo me daba alivio. Eso quería decir que no tendría que inventar algo soso. Aunque habría sido lindo escuchar los de Evan, sentía que de los quinientos ladrillos que tenía posados sobre mis hombros, cincuenta ya estaban destruidos en el piso.

Todo comenzó a transcurrir con rapidez. Luego de casarse, hubo muchas fotografías, por lo tanto, muchas personas y mucho tiempo invertido en eso. El almuerzo pasó con velocidad también, nada especial. Los abuelos de Evan, los reyes anteriores, eran muy buenas personas y agradables para conversar. Ni hablar de Jackie, quien siempre tuvo algo para hacernos reír en el transcurso de la comida. Marco también lo era, aunque tenía algo que no me terminaba de cerrar y supuse que era el factor que hacía que a Seleste le gustara.

Después del postre el DJ puso música más movida, una que yo nunca había oído, pero que Evan dijo era la clásica de Goldenwood. Era una melodía placentera con un ritmo movido y realmente me gustaba.

El príncipe me sacó a bailar y no pude rechazarlo. No era buena bailando, sin embargo, él se movía con tanta fluidez que enmascaraba mi habilidad perdida. Había movimientos que de por sí lucían torpes y no pude evitar reírme en algunos momentos. Él también reía y con eso me conformaba.

Maldición. Me estoy convirtiendo en una chica cursi.

Cuando salimos de la pista de baile, dos chicos bastante guapos se nos acercaron. Ambos eran castaños y altos, vistiendo camisas y pantalones de vestir. Parecían estar relacionados, ya que sus rasgos faciales eran similares. La mayor diferencia se encontraba en sus ojos: mientras uno los tenía grises, el otro los tenía marrones.

—Hola, Sidney —saludó el último.

Evan hizo una mueca al escuchar el nombre. Luego sonrió.

—No hay necesidad de llamarme por mi segundo nombre.

El muchacho de ojos marrones rio.

—¿Qué clase de diversión hay en eso?

—Ninguna —respondió el de la mirada gris.

Ambos tenían el acento de Evan, esa mezcla de francés con inglés británico.

Sin poder evitarlo, sonreí con diversión y lo codeé.

—Eso me trae algunas memorias.

Él me miró y sonrió con diversión y algo más. No podía distinguir qué era, pero estaba segura de que él sabía de lo que yo estaba hablando. Eran del día en que nos conocimos frente el Bosque Dorado, mi primer día en Goldenwood. Y entre mí pensaba que se sentía muy lejos, cuando solo habían transcurrido diez días.

Me costaba pensar que una semana y media sería nuestra boda.

—Oooh, ¿qué memorias? ¡Yo quiero saber!

Evan rodó sus ojos e hizo un ademán con su mano.

—Brenda, estos son mis amigos, Edou...

—Yo soy Edouard. —El muchacho de ojos marrones, el mismo que había hablado, tomó mi mano y dejó un beso en el dorso, interrumpiéndolo—. C'est un plaisir la connaître à la fin, mademoiselle.

Es un placer conocerla al fin, señorita.

Sonreí de lado, sintiendo muy claro el desafío en su voz.

—C'est plaisir la connaître.

Es un placer conocerte.

Entornó sus ojos y soltó mi mano, reteniendo la sonrisa en sus labios. El otro muchacho tomó la mano que Edouard había soltado y repitió su acción.

—Yo soy Soufiane. —Como era obvio, él era quien tenía los ojos grises, aunque ahora que estaba más cerca me di cuenta de que también eran algo verdes—. C'est un plaisir te connaître. Ton Français est sympathique.

Es un placer conocerte. Tu francés es lindo.

Sonreí con cortesía y asentí.

—Merci. C'est ma langue maternelle.

Gracias, es mi lengua materna.

No soltó mi mano, sino que sonrió hacia Evan y lo miró con admiración. Se acercó hasta que su cabeza estaba en medio de las nuestras.

—A pesar de que este matrimonio entre ustedes sea por obligación, debo decir, Sid, que tendrás *une jolie femme*.

Una mujer hermosa.

No pude evitarlo; reí. Soufiane y Evan sonrieron con diversión al ver mi reacción. No podían culparme, la habilidad del tipo para mezclar el inglés con el francés era hilarante. Sabiendo el idioma, había entendido sus palabras, pero de no haberlo sabido me habría resultado ridículo.

—Oigan, ¿de qué están riendo? —preguntó una nueva voz.

Soufiane se separó un poco de nosotros y pudimos ver a Jackie acercándose, luciendo guapísima con su largo vestido rosa de gaza y su cabello casi rubio recogido en un moño. Cuando su mirada cayó en las personas que nos acompañaban, sonrió con alegría.

—¡Eddie! —exclamó, abalanzándose hacia Edouard.

—¡Jackie Jack!

La levantó por la cintura y dio una vuelta, mientras ella se abrazaba a su cuello y dejaba salir una risita. Evan rodó sus ojos al mismo tiempo que lo hacía Soufiane, causando mi risa nuevamente.

—¿Quieres bailar? —inquirió ella.

—Ah, Jackie, sabes que apesto para esa mierda.

—¡Oh, sí, sí, sí! —exclamó Soufiane, acercándose a ella y arrastrándome con él, pues aún me tenía agarrada. Tomó la mano de Jackie—. Dansez avec moi, des mesdemoiselles!

¡Bailen conmigo, señoritas!

Ni siquiera esperó una respuesta, nos condujo hacia la pista de baile. Intenté darle una mirada de ayuda a Evan, pero él solo se encogió de hombros y rio. Bailé con Soufiane y con Jackie de todos modos, porque la estaba pasando bien y era una de las cosas que la reina Lucinda no me podía impedir hacer.

Un rato después, cuando pude liberarme de los brazos del amigo de Evan, me acerqué al príncipe con una gran sonrisa. Edouard, quien estaba a su lado, dijo algo a su oído y se retiró, dándome una sonrisa cortés y con un secreto detrás. No le di mucha importancia.

Cuando llegué a su lado, él pasó su brazo por mi cintura y me atrajo hacia él, dejando que un costado de mi cuerpo quedara pegado al suyo. Sonriendo, miré hacia arriba y me encontré con la suya, viendo que él ya me estaba observando. Ahí, en ese momento, quería besarlo. No era mucho trabajo, su rostro estaba solo a centímetros del mío y mi vista ya se estaba intercambiando entre sus ojos y sus labios, dando una pista bastante obvia.

Parecía ser suficiente, ya que él sonrió un poco más y se acercó a mí. En el momento en que su boca estaba a milímetros de la mía, fuimos interrumpidos.

—¡Príncipe Evan!

Me sentí decepcionada. Quería besarlo, ¡carajo!

Dejó salir un gruñido que solo yo pude escuchar y apoyó su frente contra la mía. La persona que lo había llamado hablaba sobre el evento y nosotros, algo que me hizo saber que era una reportera.

—Esto no queda aquí —susurró.

La promesa en su voz me hizo sentir mejor en un instante.

Asentí y sonreí, al mismo tiempo que nuestras cabezas tomaban un poco de distancia. La mujer se acercó, emocionada, manteniendo el micrófono cerca de su boca. Era la primera vez que alguien se me acercaba a hablarme, en realidad, y se podía notar su entusiasmo conforme se acercaba.

—Buenas tardes, príncipe Evan, señorita Morel.

Thomas-Morel, quería corregir. En lugar de eso, le sonreí lo más amable que pude.

—Buenas tardes —saludó él.

Ella dejó escapar una risita y se sonrojó. Supuse que esto ocurría porque era la primera vez que ella se acercaba a alguien de la realeza.

—¿Cómo la están pasando? La nueva princesa se ve hermosa.

—Muy bien, gracias. Sí, Lynn estaba muy bonita, mi hermano es un hombre con suerte.

—¿Qué hay de usted, Brenda? ¿Cómo se siente luego de no ser elegida como dama de honor para la boda?

Estaba bromeando, ¿verdad?

Carraspeé con exageración.

—Bueno, creo que Lynn tenía su derecho al elegir a quien ella quisiera. Yo la conozco hace bastantes años y sé que Seleste es como una hermana para ella, tiene sentido que solo ella haya sido su dama de honor.

La mujer ladeó su cabeza, denotando curiosidad.

—Pero usted será el nuevo miembro de la familia real, usted tenía más derecho.

Olvidando mi actuación, enarqué una ceja y dejé que mi molestia se mostrara en mis facciones. Evan no me estaba deteniendo, así que supe que no habría problemas si me mostraba como realmente me sentía.

—No sé qué significa para los goldenwoodenses una dama de honor, pero además de que yo no habría sido buena como una, no tiene sentido que lo sea. No soy tan cercana a Lynn, nadie aquí lo es excepto Alaric y Seleste, creo que nadie tenía más derecho que mi prima para ser su dama de honor.

Tragó sonoramente y asintió, colocando una sonrisa falsa en sus labios. Se aclaró la garganta y continuó con sus preguntas.

—¿Usted qué piensa, príncipe? Todo Goldenwood pensaba que usted sería padrino de bodas.

Evan rio y me atrajo más a él, dejando su mano descansar en mi estómago. La acción no pasó desapercibida para la mujer que nos estaba entrevistando, ya que sus ojos se movieron rápidamente de abajo hacia arriba.

—Ric me preguntó si quería serlo hace tiempo, poco después de haberle propuesto matrimonio a Lynn y yo dije que sí, pero cuando Brenda vino a Goldenwood me propuso ser el padrino de su

futuro hijo en lugar de el de bodas, ya que prefería que yo estuviera sentado junto a ella antes que dejar que se sentara sola. Eso bastó para que no lo cuestionara —sonrió.

Sonreí para mí misma, sintiéndome alagada al escucharlo. No estaba completamente segura de si eso era verdad, ya que Evan apenas si me conocía cuando yo había llegado, pero lo que decía tenía sentido. Eso o algo parecido había sucedido para que aceptara declinar ser el padrino de bodas.

La periodista rio también, luciendo un poco menos nerviosa que cuando había hablado conmigo.

—Me alegra escuchar eso. Cambiando de tema, ¿cómo va el embarazo? ¿Están listos para ser padres? La reina Lucinda lucía extasiada cuando dio la noticia.

Me congelé en el lugar.

Francamente, no había dado por sentado que la gente de Goldenwood era tan directa y sin pudor. Ni siquiera titubeó al realizar la pregunta. Creo que palidecí. Insegura, mordí mi labio inferior y volteé mi cabeza para ver a Evan, quien también se veía en profundo pensamiento.

Esta era nuestra oportunidad de desmentir lo dicho. Tenía un miedo ligero sobre las consecuencias, pero era mejor a que todos pensarán que yo estaba encinta, cuando era una total y absoluta mentira. ¿Qué pensaría mi mamá si supiera que estaban divulgando tal barbaridad y yo no hacía nada para defenderme? Siempre había sido así en la secundaria. Cada estupidez que alguien decía de mí, yo me rescataba. Ahora, sin embargo, tenía más cosas en las que pensar.

Evan me miró con el ceño levemente fruncido y pude ver en sus ojos que estaba pensando lo mismo que yo. Además, ¿qué podíamos perder?

Ambos giramos hacia la mujer al mismo tiempo. Cuando él abrió la boca para hablar, dándome algunas esperanzas, alguien se le adelantó.

—Ah, yo creo que están más que listos —rio la reina Lucinda, parándose al otro costado de su hijo—. ¿Puede imaginárselos? ¡Serán tan lindos como padres! Y ni hablar de la criatura, será un niño muy hermoso.

Contraje mi mandíbula con tanta fuerza, que podía escuchar mis dientes rechinar. ¡Maldita perra!
¿No podía volver al pozo del que vino?

Miré hacia mis pies para evitar fulminarla con la mirada y sentí la mano de Evan tensarse sobre mi cintura. Parecía que no era la única que estaba incómoda, fastidiada y molesta. Ahora lo único que quería hacer era acostarme en mi cama, abrazarme a una almohada y gritar con tanta fuerza que al otro día me doliera la garganta y no pudiera hablar.

Vagamente, me pregunté por qué demonios había dicho «niño» si no se sabía nada. Además de que no estaba embarazada, era imposible saber el sexo de un bebé tan pronto. Luego recordé que los Bourque siempre engendraban varones como primogénitos y solamente pensé que eso era mierda de toro.

La mujer parecía embelesada de tener a la reina frente a ella.

La entrevista continuó entre ellas. No estaba en el humor para escuchar lo que estaban diciendo, así que me disculpé para retirarme. Evan, sintiendo mi incomodidad y molestia, me dejó ir, no sin antes dejar un corto beso en mi pómulo. Le di una sonrisa débil y me dirigí hacia Lynn, quien estaba bailando con su padre.

Me acerqué y toqué su hombro. El hombre giró a verme con una sonrisa.

—¿Me permite bailar con su hija, señor Lambert?

Ambos me observaron con diversión. Él se separó de su hija e hizo una reverencia.

—Desde luego, querida futura princesa, solo si me concede un baile en su boda.

A pesar de mi mal humor, reí.

—Esperemos que mis habilidades para el baile sean mejores para entonces.

—Te tomo la palabra, Brenda —rió y le dio un apretón a mi hombro antes de caminar hacia su esposa.

Los padres de Lynn eran adorables, los había conocido hacía bastante tiempo, cuando en algunas ocasiones me había visto obligada a pasar tiempo con Seleste y con ella, y terminábamos comiendo galletas con chocolate en su casa, hechas por su mamá.

Me acerqué a Lynn con diversión, coloqué una mano en su cintura y mientras ella colocaba una en mi hombro, yo tomaba su libre. Podría verse como algo inapropiado, pero la conocía hacía tanto tiempo que no me resultaba extraño.

—Esto es nuevo, Brenda. Creo que es la primera vez que te veo bailar sin que alguien te haya arrastrado hasta la pista.

Reí entre dientes y negué con la cabeza.

—Sigo siendo malísima, solamente quiero saludarte antes de que te vayas a tu luna de miel. Ya no me siento en el humor correcto para seguir disfrutando de tu boda, así que prefiero irme antes de arruinarla.

Frunció el entrecejo con preocupación.

—¿Qué ha pasado?

—¿De veras estás preguntando? Lucinda ha pasado.

Su boca formó una «o» y el entendimiento cayó sobre sus facciones.

Nos abrazamos cuando la canción terminó y le deseé la mejor de las suertes en su viaje. Quizá estaba alucinando, pero sentí que Lynn no estaba tan delgada como antes. Quiero decir, a simple vista se veía en buena forma, sin embargo, al abrazarla sentí que tenía más barriga que de costumbre.

Con esa gran duda y un enojo inmenso, me fui a mi habitación. Y esa noche, antes de dormirme, fui a la cocina a tomar el té con Nenna, que, extrañamente, me hizo sentir mucho mejor.

Evan había decidido viajar a Italia algunos días durante los últimos detalles sobre la preparación de la boda, solo tres días después de que Lynn y Ric se hubieran ido. Hoy, hacía cuatro días que

estaba en Milán. Hoy faltaban solo tres días para nuestra boda. Hoy haría la prueba del vestido de novia.

Seleste me había adelantado que el vestido no me gustaría, pero que era el que la reina Lucinda había insistido en que usase. Si ella sabía que a mí no me iba a gustar, entonces yo tenía la certeza de que lo odiaría. Me dijo que tendría la posibilidad de cambiarlo si no me gustaba y fue con esa idea que había entrado al auto unos minutos atrás.

Seleste estaba a mi lado, mientras la reina y Jackie estaban en otro vehículo.

El lugar a donde íbamos era de una diseñadora local que era conocida internacionalmente. Según mi prima, ella casi nunca estaba en Goldenwood, pues tenía múltiples empleos alrededor del mundo, pero hoy estaría en el lugar para recibirnos. Por una parte la idea me agradaba, ya que sería mejor si cambiaba vestido. Por otro lado, me aterraba tener que estar rodeada por una modista.

Dentro, nos recibieron un grupo de muchachas hablando en francés. Demostraban mucha emoción y entusiasmo por atendernos. Algunas tomaban mis manos y decían lo felices que estaban por ver a su príncipe sentar cabeza casi al mismo tiempo que el próximo rey. Les sonreí a todas sin decir nada. No encontraba mi voz. Me sentía abrumada.

Me preguntaba cómo me sentiría si de verdad hubiese elegido casarme con Evan. Cómo me habría sentido si nos hubiésemos conocido años atrás y estuviésemos por casarnos porque él había decidido proponérmelo y no por un plan de nuestras madres.

Puse mis pensamientos a un lado y presté atención a lo que estaba sucediendo en la vida real. Una mujer algunos años menor que la reina Lucinda se acercó a saludarla y luego se puso frente a mí con una sonrisa cortés.

—Tú debes ser Brenda. Yo soy Cosette Isusi, la dueña de este negocio.

Le sonreí.

—Sí. Es un placer conocerla, Cosette.

—Igualmente —rió entre dientes—. ¿Quieres ver el vestido?

No.

—Desde luego.

La señorita Isusi enganchó su brazo con el mío y me condujo hacia otro sector de la tienda.

Entretanto, acercó su boca hacia mi oído.

—Debo admitir que el vestido no es de lo que yo acostumbro a hacer, me gusta más la simpleza para este tipo de casos, tales como el de la princesa Lynn, pero si a usted le gustan de esa manera, lo entiendo.

Ah, eso quería decir que el vestido era horrendo.

—En realidad, fue la reina Lucinda quien se ha encargado del vestido, yo me encontraba ocupada y no pude hacer nada al respecto. ¿Puedo elegir otro si no me agrada? No estoy insinuando que sus vestidos sean feos, en realidad estoy viendo muchos que me gustan en este momento, pero como no he echado un vistazo antes, quiero asegurarme de que puedo remediar todo este tema.

Cosette rio. La sonrisa en su rostro era tan grande que pensé que sus labios se quebrarían.

—Por supuesto, Brenda. Puedes elegir cualquiera de mis vestidos.

Suspiré con alivio al escucharla, al mismo tiempo que entrábamos a otro cuarto de la tienda. Había mesas con telas, máquinas y dibujos, sin embargo, lo que reinaba en la habitación y llamaba la atención era el vestido blanco que se encontraba en el medio. Estaba colgando de un maniquí, así que podía apreciar cada detalle.

Me detuve, horrorizada. El vestido era peor de lo que yo había imaginado. Me acerqué de a poco, soltándome de la diseñadora y entornando mis ojos.

Tenía un corsé con lentejuelas plateadas en torno al dobladillo y formando caminos hacia abajo. Luego, la parte de la falda, era enorme, acampanada. Ni siquiera quería saber la cantidad de tela que había debajo de esa. Se parecía a la parte trasera de un cisne. Y no de una buena manera.

Era muy exagerado, y el conjunto de todas las cosas lo hacía feo. Lo único que me gustaba era el trabajo de las lentejuelas plateadas sobre el blanco, que se veía que había tenido tiempo. Era increíble lo hermoso que quedaba.

Solo, claro.

—A juzgar por tu reacción, no te ha gustado —Cosette sonaba aliviada. Giré para verla con las cejas alzadas y ella me dio una sonrisa—. Esperaba que no te gustase. Realmente, ni siquiera me gusta a mí. No sé por qué la reina Lucinda ha encargado un vestido así.

Porque me odia.

Decidimos volver a donde estaban las otras.

Seleste me estaba mirando con una mueca, Lucinda sonreía con satisfacción y Jackie me veía preocupada y curiosa, ya que no tenía idea de cómo lucía mi supuesto vestido de novia.

Afortunadamente, no tuve que decir nada, Cosette salió a mi rescate.

—Brenda ha decidido que usará otro vestido, ese le queda muy chico y no tengo más de esa tela para agrandarlo. Además, lo arruinaría, así que buscaremos otro dentro de mi colección —anunció.

Me sorprendí por la forma simple en la que había mentido, mas no lo mostré en mi rostro ni hice algún comentario. Mantuve una expresión inescrutable.

La reina frunció el ceño y ajustó su mandíbula. Seleste y Jackie sonreían, en cambio. Lucinda se levantó y me dio una sonrisa falsa.

—Brenda usará ese vestido, no importa si no puede respirar. No es tu culpa Cosette, debe ser que el embarazo está haciendo sus cambios. No te preocupes, no desperdiciaremos tal trabajo de tu parte.

—No —dije, claro y seguro—. No usaré ese vestido. Cosette prefiere que use otro y yo también.

La reina me fulminó con la mirada.

—Tú no deberías tener voz en esta decisión. Ni siquiera estabas aquí cuando fue la hora de hacer la elección del diseño. *Tu feras ce que je dis et utiliseras ce vêtement.*

Harás lo que yo diga y utilizarás ese vestido.

Sentía la vena de mi cuello inflarse con sangre caliente. Hirviendo. Apreté mis puños, clavando mis uñas en mis palmas.

—Mamá... —Jackie comenzó a decir con espanto, pero fue interrumpida.

—No digas nada, Jacqueline.

No lo pude evitar. Exploté por dentro. Tenía muchas cosas para decirle y ninguna era bonita, así que, entre mi furia, decidí ser más inteligente que ella. Ya no me importaba ponerla en ridículo como había evitado desde que había sacado noticias falsas sobre mí. Esta vez mi enojo era más grande. Esta vez había gente a nuestro alrededor y no me dejaría pisotear.

—C'est ma telle noce je choisirai quel vêtement user.

Esta es mi boda y yo decidiré qué vestido usar.

Siguió disparando dagas hacia mí. Las muchachas que estaban allí miraban todo, atentas, y Seleste y Jackie tenían una sonrisa de orgullo en sus rostros. No pude sonreír, aún me sentía enojada.

Cosette puso su mano en mi hombro.

—¿Por qué no te fijas qué otro vestido te gusta? Así te lo mides y puedo ver si necesita algún ajuste.

—Sí, Brenda, ¡vayamos a ver vestidos! —exclamó Seleste, levantándose de su asiento.

Le hizo un ademán a Jackie para que la siguiera y ella obedeció de inmediato. Ambas me tomaron por los brazos y me llevaron al frente de la tienda, donde estaban todos los vestidos para ser observados y comprados.

Había muchos. Demasiados, incluso. Con tanto blanco sentía que se me iban a quemar los ojos. De todas formas, intenté relajarme y comenzar a verlos. Jackie y Seleste veían en sectores separados,

por si encontraban alguno que llegara a gustarme. Todos eran muy bonitos y me daban lo mismo. La verdad era que no veía las diferencias. Aún no sentía que todo esto fuese real, por lo que me costaba acostumbrarme a la idea de tener un vestido de novia y ser una princesa.

Seleste me mostró un montón. Su entusiasmo forzado estaba haciendo que el mal humor y enojo que tenía dentro de mí se disipara de a poco. Al décimo vestido no lo pude evitar y me largué a reír, sorprendiendo a mis acompañantes.

—Tu es fastidieuse.

Eres fastidiosa.

Esnifé una risa cuando ella abrió la boca con indignación, colocando una mano sobre su corazón y haciéndose la ofendida.

—J'il ne suis pas! —exclamó, su voz subiendo algunas octavas.

¡No lo soy!

Las tres reímos y seguimos viendo vestidos.

Mientras tanto, algo saltó en mi cabeza.

—El vestido de Lynn era muy lindo, aunque no entiendo por qué no era todo ajustado como tú me habías dicho, Seleste.

Ambas me miraron como si me hubiera crecido una segunda cabeza. Compartieron una rápida mirada, antes de volver a observarme con el entrecejo fruncido. Estaba a punto de reír a causa de sus expresiones, cuando mi prima aclaró mi duda.

—Eh... Lynn está embarazada, ¿no te has dado cuenta? Está como de 22 semanas.

Detuve mi búsqueda al instante.

—¿Qué? —exclamé—. Eso no es posible, ¡no tiene panza!

—Sí, sí tiene —Jackie dijo, dejando claro en su tono que era obvio.

—Hasta ha estado en bikini al frente tuyo, Brenda. Vaya, sí que has estado distraída este tiempo, su panza tiene un tamaño importante.

Ahora que lo pensaba, tenía sentido. Cuando la había abrazado en su boda había sentido que estaba más gorda y ahora entendía por qué. Demonios, ¡Lynn estaba embarazada y ni siquiera la había felicitado! Pero, entonces, ¿por qué no había nada sobre eso en las noticias diarias de Goldenwood?

También entendía, de pronto, por qué Evan había dicho «me propuso ser el padrino de su futuro hijo en lugar de el de bodas», ¡él también lo sabía! Jesús, me sentía muy mal por no haberle dicho nada y no darme cuenta antes. Me prometí que la felicitaría en cuanto llegara a Goldenwood. Estaba segura de que la vería recién, el día de la boda.

—Bien, Brenda, ¿por qué no nos dices que no quieres? Así comenzamos a descartar y llegamos a uno —propuso Jackie, distrayéndome.

Suspiré agradecida. No me quería sentir más culpable.

—No quiero tener una campana de tul sobre mis piernas, no quiero que tenga un escote y no quiero mostrar mi espalda —enumeré, provocando sus risas—. Ah, y si tiene mangas largas, mejor. Me gustan esas que tienen mucho encaje.

—Bien —rio Jackie—. Podemos buscar algo que se parezca a lo que dices.

Y eso hicimos, buscamos y buscamos hasta que encontramos uno que era como yo quería.

Llamamos a Cosette y nos dijo que le gustaba mi elección, también recomendó que me lo probara para ver si debía hacer retoques por el talle.

Me lo medí, pero no me vi al espejo y no dejé que nadie más que la señorita Isusi me viera. Si me tenían que ver, que fuera el día de la boda. Quería que fuese una sorpresa, ya que sería la primera y última vez que me usaría un vestido blanco y delicado como este. No quería ser una princesa, aunque sí quería poder verme como una. Quería que Evan se sintiera impresionado cuando me viera caminar hacia el altar. Quería... Quería que las cosas fueran a mi manera.

Dos días después, un día antes de la boda, Evan volvió a Goldenwood. Decir que no lo quería ver habría sido mentira. Tenía muchas ganas de verlo, pero Seleste me dijo que era tradición no verse el último día, pasarlo separados y verse en el altar. A mí realmente no me importaba, tampoco sabía cómo se hacía en América, yo solo quería verlo.

Intenté por todos los medios acercarme al castillo y hacia su habitación, donde él se encontraba, pero todos me lo prohibían. Hasta las personas del servicio que siempre tenían miedo de hablarme no me dejaban pasar de las escaleras. Solo un vez logré hacerlo y fui atrapada por el rey Richard, quien rio y me dijo que luego de este día tendría toda una vida para estar con Evan.

No sabía cómo sentirme con esas palabras, así que solo refunfuñé y volví a mi habitación.

En la noche, Nenna fue a mi cuarto con el té en lugar de esperarme en la cocina. Eso era extraño, ya que allí era donde lo tomábamos todas las noches, pero entendía que lo hacía porque ella sabía que yo me escaparía hacia el cuarto de Evan para poder verlo, y Nenna me tenía cierta debilidad, le iba a ser difícil detenerme.

—¿Nenna?

—¿Necesita algo, señorita Brenda?

Negué con la cabeza y tragué lo último que quedaba en la taza, luego la apoyé sobre la mesa que estaba frente a mí y volví a mirarla. Sus ojos oscuros estaban llenos de curiosidad. No entendía por qué, siempre conversábamos cuando tomábamos el té.

—Cuando vuelva de mi luna de miel me pedirán que elija tres mucamas del castillo y me preguntaba si... Bueno, ¿te gustaría ser una de ellas? Tú eres quien mejor me cae de todo el servicio y, además, prefiero tenerte a ti antes que las otras.

Los ojos de Nenna se llenaron de lágrimas.

—Desde luego, señorita Brenda. —Frotó sus ojos—. Será un honor estar a su lado.

Le sonreí.

Cuando ella se fue, me sentí tentada a correr hacia el castillo para ver a Evan. Sin embargo, pensé que si él no había hecho algún esfuerzo para verme, ¿por qué yo debería? Estábamos comprometidos, pero ni siquiera éramos pareja. Es decir, estábamos juntos, cuando al mismo tiempo no éramos nada más que unos conocidos con extraños sentimientos.

Ni siquiera sabía qué sentía hacia él, solamente tenía en claro que nada había sido lo mismo desde que habíamos visitado el Bosque Dorado. Algo de ese lugar había afectado nuestra relación, y aun no sabía si había sido para bien o para mal.

¿Estaba bien que nos sintiéramos de esa manera? Después de todo, íbamos a casarnos. ¿Estaba mal que nos sintiéramos de esa manera? Después de todo, nos acabábamos de conocer.

Mi mente era un remolino. Lo mejor que podía hacer era acostarme y dormir hasta que alguien me despertara para comenzar a prepararme. Y eso sería temprano, ya que la boda sería a las once de la mañana. Gruñí de solo pensarlo. Iba a ser malditamente temprano.

Sin embargo, cuando estaba por mover el edredón, la puerta del dormitorio se abrió y cerró con rapidez. Volteé de un salto y me encontré con Evan apoyado contra la puerta, con la respiración acelerado. Tenía los pantalones y camiseta para dormir.

—¿Evan? —pregunté, sorprendida.

Yo vestía solo una musculosa holgada con la bandera de los Estados Unidos y unos pantalones cortos de color blanco, que podrían haber pasado tranquilamente por bóxers de mujer. Usualmente, no habría tenido inconveniente con que alguien me viera vestir de esta manera, pero él era Evan.

Me sentí un poco cohibida por un momento. Sí, yo era esbelta, tenía curvas solo porque era ancha de caderas, pero mis senos apenas si eran existentes y no estaba llevando sostén. Lo único que tenía muy bien de acuerdo a mi cuerpo era mi trasero.

Moví mis brazos en un intento de cubrir mi cuerpo, pero cuando me di cuenta de lo que estaba haciendo me detuve y me permití decirme a mí misma que era una estúpida. ¿Qué importaba si mi

cuerpo no era tan perfecto como lo era el de Seleste? Yo era así y debía aceptarme, huesuda y todo.

—Lo lamento. Sé que no nos debemos ver hasta mañana, pero estuve intentando verte todo el día y hace como una hora que estoy oculto del otro lado de los cuartos esperando que Nenna saliera de aquí. Sé que suena tonto, porque nuestra relación es tan rara, pero... —Se encogió de hombros, deteniendo su divague—. Yo solo quería verte —admitió, sonando vulnerable.

Sonreí. O sea que él sí me había buscado. Él sí quería verme.

Me acerqué al príncipe hasta quedar frente a él. Sus hombros estaban ligeramente hacia adelante, haciéndolo lucir resignado. Avergonzado, incluso. Si bien su rostro se relajó cuando vio que yo estaba sonriendo, aun se veía de manera extraña, como si me estuviera pidiendo disculpas por sentirse así.

—Yo también quería verte —susurré—. He estado todo el día intentando ir a tu habitación para visitarte, pero nadie me ha dejado. Incluso Nenna ha venido a tomar el té aquí, porque sabía que si lo hacíamos en la cocina correría escaleras arriba.

Evan rio y sus ojos se suavizaron. Pareció vacilar un momento, antes de tomar aire y agarrar mis manos, acariciando el dorso con su pulgar y causando que un cosquilleo caminara de mis brazos hasta mi cuello.

—No estoy seguro de qué ha pasado en el Bosque Dorado, solo sé que me cuesta estar tantos días sin verte —murmuró, cabizbajo.

Reí, sintiéndome la valiente en esta relación tan fuera de lo común. Siempre era él quien se mostraba con más confianza. Yo estaba segura de lo que había sentido los seis días que no nos habíamos visto y no iba a guardármelo.

Me acerqué un poco más y le di un apretón a sus manos, causando que levantara sus ojos hacia los míos. Aún se veía esa vulnerabilidad en sus ojos y me recordaban que él había sufrido bastante hacía solo unos meses. Quizá le daba miedo sentir este tipo de cosas luego de que Isabelle hubiese

fallecido. Lo entendía, yo no me sentía segura después de que Sean y yo hubiéramos terminado de tal manera, era solo que ya no tenía miedo.

Sabía que no estaba sola, que si yo estaba a punto de caerme él haría lo posible para no dejarme caer. O en el peor de los casos, caería conmigo y viceversa.

—Yo también te he extrañado, Evan —susurré.

Porque era eso. Lo había extrañado y él me había extrañado a mí.

Me miró sorprendido por un momento y sonrió cuando se dio cuenta de que esas palabras reflejaban de manera exacta cómo nos habíamos sentido. Además, no nos habíamos visto demasiado luego de la boda de Lynn y Ric y él recién había vuelto de un viaje.

—Sí —susurró—, te he extrañado. ¿Puedo abrazarte? Solo eso y después me voy a dormir.

Dejé salir una risa contenida, sintiendo que era estúpido que me pidiera permiso para abrazarme. Tampoco era necesario que se fuera justo después de eso. Si por mí era, podía quedarse la noche entera.

Asentí y solté sus manos, al mismo tiempo que él encerraba mi cintura con sus brazos y se agachaba hacia mí, enterrando su cara en mi cuello. Abracé sus hombros, contenta por cómo se sentía su cálido cuerpo contra el mío. Cada parte de mí estaba tocando cada parte de él, y me gustaba. Me gustaba demasiado.

Lo que más me gustaba, sin embargo, era que no me sentía insegura ni me daba miedo admitirlo. Cada vez tenía más en claro que Evan me gustaba y ya no me importaba si el Bosque Dorado había influido en eso o no. No me importaba, porque me gustaba que me gustara. Se sentía bien. Mejor que muchas otras cosas que había sentido anteriormente.

No sé por cuánto tiempo estuvimos abrazados, pero cuando comenzó a separarse sentí una punzada de decepción. Aunque cuando movió su cabeza y la punta de su nariz tocó la mía, el aire quedó suspendido en mi garganta y la decepción se disipó como azúcar en mi lengua.

Parecía que él estaba sorprendido por la cercanía que había entre nuestros rostros y el tacto que estábamos compartiendo. No obstante, pareció irse tan pronto como llegó, ya que comenzó a intercambiar su mirada entre mis ojos y mis labios, y yo no pude evitar hacer lo mismo.

Los tenía entreabiertos. Se veían suaves y parecía que me estaban invitando a acercarme un poco más, solo un poco más.

Evan, entonces, sacó una de sus manos de mi cintura y la ubicó en mi quijada. Uno, dos, tres segundos y su boca estaba sobre la mía. Mis ojos se cerraron al sentir la suavidad de sus labios masajeando los míos, dándome el beso que yo había querido desde hacía tiempo.

Ni siquiera había dudado en devolverlo. Había deseado mucho besarlo de esta forma.

Turnaba entre mi labio inferior y mi labio superior, y cada jalón al intercambiar hacía que mis piernas temblaran debajo de mi cuerpo. De pronto, lo detuvo, dejando un intercambio de aliento entre nuestros jadeos casi imperceptibles, y muy lentamente ingresó su lengua dentro de mi boca, provocando que un ligero y silencioso gemido se me escapara.

El brazo que tenía alrededor de mi cintura me apretó más hacia él. Yo hice lo mismo con uno de los míos, mientras enredaba mis dedos en sus cortas hebras claras, por su cabeza y por su nuca.

Evan ladeó su cabeza para profundizar más el beso y la punta de su nariz rozó mi mejilla. Yo ladeé la mía y ahora ambos nos estábamos moviendo. Era lento, suave y tenía una pizca lujuriosa que yo no podía evitar notar. No me importaba, era el mejor beso que había tenido en mis 18 años de vida.

Movió la mano que estaba en mi espalda hacia abajo y pensé que iba a tocar mi trasero. Pero, obviamente, era él y él siempre sorprendía. Metió su mano debajo de mi musculosa y acarició la piel de mi espalda baja, causando un hormigueo placentero por todo mi cuerpo y llenar mi estómago de una sensación desconocida.

Se sentían como nervios, aunque no de esos que solía tener antes de una evaluación en la escuela. Estos eran diferentes. Estos se sentían bien.

El beso con Evan terminó de forma inesperada. Cuando ambos nos miramos a los ojos nos echamos a reír. Era lindo reír juntos. Al final, se despidió con un pico en mis labios para que pudiésemos descansar, ya que se estaba haciendo tarde.

Me fui a dormir mucho más relajada de lo que había planeado y estaba segura de que mis labios estaban curvados en una sonrisa, incluso cuando Seleste me despertó la mañana siguiente. Aún en ese momento estaba de buen humor. Parecía que los besos de Evan tenían un efecto mágico, casi como el Bosque Dorado. Ugh, cursi.

Al final Seleste me despertó como a las seis de la mañana, así que me tomé un baño largo de inmersión para relajar mis músculos, que de pronto estaban demasiado tensos. Me tomé mi tiempo. Al salir, vistiendo solo una bata, Jackie estaba en mi habitación, pero no se encontraba sola: además de Fabio y su equipo de asistentes, Candace estaba aquí.

Corrí hacia ella y la abracé con todas mis fuerzas. Su cabeza quedó enterrada en mi cuello y sus brazos estaban encerrando mi cintura de tal forma, que pensé que me quedaría sin aire. No me importaba, la había extrañado muchísimo.

Jackie y ella llevaban batas de seda y ambas tenían el pelo mojado. Había un pequeño perchero de metal con algunos vestidos colgados, todos enfundados. Allí también estaba mi vestido de novia. Había dos espejos más, acomodados frente a dos sillas. Esta vez, Fabio había traído tres asistentes en lugar de dos.

—Brenda —Seleste me llamó. Me separé de Candace y giré a mirarla con una sonrisa—. No hablamos sobre las damas de honor, pero supuse que Candie y Jackie serían la mejor elección.

—A menos que no quieras —dijo la princesa—. Acepté la propuesta de Seleste porque siempre nos hemos llevado bien, pero si solo quieres que Candace esté a tu lado, lo entiendo —sonrió.

—No seas tonta —reí entre dientes.

Fabio se puso en marcha. Candace y Jacqueline tomaron asiento en los espejos agregados, mientras a mí me indicaron que me sentara en mi tocador. Entretanto las asistentes se encargaban del maquillaje, Fabio hacía los peinados.

Mientras a las chicas les hizo un rodete alto y delicado, rápido de realizar, a mí me lo rizó de forma que todas mis hebras quedaran por mi quijada. Había separado mi cabellera con la línea al costado y ondulado de manera elegante la parte que caía sobre mi rostro. También había abultado la parte de atrás, para que quedara bien al ponerme la tiara.

El vestido de las muchachas era rosa pálido y de un solo hombro, dejando al descubierto sus rodillas. Ambas estaban muy lindas.

Cuando fue mi turno de ponerme el vestido, todos estaban viéndome expectantes. Mordí mi labio inferior, llena de nervios, pues todavía estaba desnuda debajo de la bata. Sin embargo, sintiendo mi incomodidad en el aire, Seleste se adelantó colocándose delante de mí.

—Ponte esto antes de colocarte el vestido.

Frente a mí había un conjunto de lencería color blanco. Hice una mueca cuando me percaté de que la parte de abajo era una tanga. No porque nunca hubiera usado una, sino porque las usaba con tan poca frecuencia que al principio siempre me resultaba incómodo. La parte de arriba era un sostén junto a una tela, haciéndolo parecer un pequeño vestido. *Babydoll* creía que se llamaba.

La parte de las copas era de encaje, mientras lo que seguía era de seda translúcida.

—¿Estás loca? —pregunté incrédula.

—No —rio junto a las demás personas—. Luego de aquí será tu noche de bodas, Brenda. No querrás estar desnuda apenas Evan te quite el vestido, ¿verdad? Es mejor que estés preparada y tengas armas para seducir a Evan.

Hice otra mueca.

—No estés tan segura. Apenas si nos hemos besado, ¿y ya pretendes que tengamos sexo?

Candace rodó sus ojos.

—Vamos, Bren. No seas mojjigata.

Me reí por la ironía de sus palabras.

Sin más vueltas, le hice un ademán a Seleste para que me acompañara, antes de agarrar el vestido, los zapatos y dirigirme al baño. Cerró la puerta detrás. Colgué la funda en un gancho que había en el baño y dejé el calzado en el piso.

—No puedo esperar para verte con el vestido —dejó salir un chillido y aplaudió.

Le di una sonrisa cerrada.

—Dame eso y date la vuelta —pedí.

Estiré mi mano y ella me tendió la percha.

Mientras me daba la espalda, riendo en voz baja, me deshice de la bata y me metí dentro de la lencería blanca. Cuando le dije que podía voltear, ella me ojeó con una sonrisa conocedora e hizo una mueca de aprobación.

—Si yo fuese un hombre, definitivamente te lo haría.

—Dios mío —reí.

Ella rio, pero luego me dio una sonrisa genuina.

—No debes tener miedo, Bren.

No me hizo falta preguntarle de qué estaba hablando.

Le di una sonrisa devuelta e hice un ademán hacia el vestido. Sentía algunos ruidos que provenían de la habitación, pero los ignoré. Estaba a un solo paso de estar lista y no sabía cómo sentirme. Solo unos momentos después, mi papá me estaría buscando para escoltarme hacia al altar y entregarme a Evan.

No podía creer que estaba a punto de casarme.

Seleste desenfundó el vestido y lo desabotonó, abriendo la parte de abajo para que yo entrara cómodamente. Luego lo subí y metí mis brazos en las mangas repletas de encaje. Ella se colocó detrás de mí, acomodó la tela translúcida del *babydoll* para que no quedara arrugado, y luego abotonó el vestido, dándole unos últimos toques antes de buscar los zapatos. Tal y como la boda de Lynn, sería en el exterior y no debía usar tacón aguja ni nada parecido para no enterrarme. Seleste había elegido estas sandalias con plataforma color blanco, que tenían la típica tira para agarrar el tobillo y un agujero en la punta.

Cuando estuve lista, ella se alejó de mí y me miró con los ojos cristalizados.

—Estás hermosa, Brendie. Creo que no podrías haber elegido un mejor vestido.

Yo estaba evitando mirarme al espejo, pero sabía exactamente cómo lucía la prenda de casamiento y me estaba sintiendo emocionada. El vestido era exactamente como a mí me gustaba; las mangas y la parte superior eran ajustadas y de encaje, mientras la pollera era de gasa y tenía tres capas, cayendo con movimiento. Era largo hasta el piso.

Ambos lados estaban separados por una franja de pequeñas piedras plateadas, imitando a un cinto. Al principio, me había parecido una exageración vestirlo, ya que me sería suficiente con tener una tiara sobre mi cabeza, pero Cosette Isusi había insistido en que lo usara, que las piedras eran tan pequeñas que no se notarían.

Aun no me había visto en complejidad y esperaba que la diseñadora tuviera razón. Después de todo, ella tenía el ojo para esto, mientras yo era totalmente ignorante sobre el tema.

—Gracias, Sel.

Ella también estaba vestida, maquillada y peinada. Su cabello dorado estaba rizado en tirabuzones y su cuerpo enfundado en un vestido turquesa que combinaba con sus ojos. Estaba bonita, como siempre.

Me dio un abrazo que llenó mis ojos de lágrimas. No estaba acostumbrada a emocionarme, así que todo era muy extraño para mí. Me dejé llevar por el sentimiento y cerré mis ojos, evitando que alguna lágrima cayera. No había estado dos horas sentada para que tuvieran que rehacer el maquillaje.

Tampoco estaba acostumbrada a abrazarme con Seleste, pero supuse que siempre había una primera vez para todo.

Decidimos salir del baño para dar los últimos retoques. Todavía teníamos tiempo a favor, así que no había ningún apuro. Fuera, en el dormitorio, había más gente que antes. Candace y Jackie estaban sentadas en el borde de la cama, Fabio y sus asistentes conversando con ellas. Frente a mí se encontraban Lynn y mi madre. Mamá le estaba acariciando la barriga.

Ahora sí podía verla. El vestido que tenía no la ocultaba como los anteriores lo habían hecho, o por lo menos así me había parecido. Este era verde, apretaba su busto y su panza y caía libremente hacia sus pies. Ella siempre lucía así de bien. Mi mamá, quien amaba la moda, vestía algo simple para ser ella. Un vestido coral: largo, escotado y elegante. Hacía que sus ondas rubias resaltarán aún más.

Cuando me vieron aparecer, la habitación cayó muerta en silencio.

No sé cuánto tiempo el ambiente estuvo así, pero sentí que fue una eternidad hasta que mi mamá jadeó de una manera exagerada. Cubrió su boca con las manos, sus ojos estaban bien abiertos y podía jurar que ya tenía una cascada empapando sus mejillas.

Solo las mamás.

—Dios mío... *Eloïse* ...

Resistí la urgencia de rodar mis ojos y gruñir. ¿No podía guardarse el nombre horrendo que me había puesto? Ni siquiera en un día como este podía llamarme como a mí me gustaba; por mi primer nombre, el que ella y mi papá habían decidido y por el que todas las personas me conocían.

En cambio, le di una sonrisa cerrada y llena de inseguridad. Se acercó a mí y me abrazó. Algo en tenerla tan cerca me llevó a un estado el cual desconocía. Quizá había sido su olor singular a coco o sus brazos cubriéndome que se sentían como el mejor abrigo del mundo, pero me di cuenta de que, a pesar de todo lo que me había molestado el que me hubiese enviado aquí para que me casara, la había extrañado.

Podía echarle todas las cosas malas en cara después, supuse, y pasar este día de la mejor manera posible. La verdad era que nunca dejaría de estar molesta por haberme sobornado a venir aquí y, encima, bajo falsas pretensiones. Era solo que era mi mamá y justo hoy no tenía las fuerzas necesarias para enfrentarla.

Escondí mi rostro en la curvatura de su cuello, olvidando por un momento la pintura sobre mi piel. Cerré los ojos y me permití relajarme contra ella.

La abracé un poco más fuerte, mientras ella pasaba sus dedos por mi cabello, intentando no desarmar lo que Fabio había hecho. Silenciosamente, las demás personas en el dormitorio, se retiraron.

—Estás hermosa, bebé —musitó y parecía que se estaba ahogando.

Definitivamente, se estaba aguantando el llanto.

—Gracias —susurré, apreciando sus palabras. No lo escuchaba seguido, menos de mi mamá. Aunque...—. Debería estar gritándote.

—Lo sé —musitó—. Pero ni tú ni yo tenemos las energías ahora. Sé que merezco tu enojo y podrás decirme todo lo que quieras. Pero no hoy.

Asentí.

Estuvimos abrazadas bastante tiempo y cuando decidimos separarnos, ella nos encaminó hacia el espejo de cuerpo entero. Verme de esta manera me abrumó. Era demasiado, cuando al mismo tiempo era sutil, simple, era yo. Hacía todo más fácil sentirme como debía.

—Sé que no quieres que te lo diga, ni mucho menos serlo, pero, Eloïse... Te ves como una princesa.

Inspiré sintiendo que el aire era grueso y que llenaba mis pulmones de una manera que me incomodaba.

—Una princesa blanca, ¿querrás decir? —grazné.

Mamá rio entre dientes, apoyando sus manos en mis hombros antes de dar un apretón.

—Deberías dejar de negarlo, bebé. Debes aceptar lo que serás, porque siempre lo has sido.

Fruncí el entrecejo, cruzando miradas por el espejo.

—¿Eso qué quiere decir?

Pareció darse cuenta que había dicho algo que no debía, ya que me miró alertada un segundo antes de reír con una nota de nerviosismo. Ella era una mentirosa horrible, simplemente no podía hacerlo: se volvía torpe cuando intentaba mentir y sabía que eso era lo que haría en cuanto carraspeó y dibujó una sonrisa en su cara. Sin embargo, en el momento en que separó sus labios, la puerta del dormitorio se abrió con un chillido casi imperceptible.

Ambas giramos y el asunto quedó olvidado cuando mi mirada chocó con los fríos ojos azules de la reina Lucinda. Ella siempre lucía de una manera extraña, nunca mostraba sus piernas y brazos, y nunca se veía atractiva. Hoy, en cambio, y al igual que la fiesta de compromiso, estaba bonita.

No lo entendía. Todos los días se veía como una mujer seria, fría y sin gracia. Hoy se seguía viendo fría, pero de una manera que la hacía lucir como la villana ardiente. Su cabello castaño estaba suelto en ondas que caían en cascadas hasta su cintura y llevaba un vestido violeta que mostraba una figura que yo nunca antes había visto. Era como si estuviera rejuvenecida.

—Morel —expresó la reina de manera hostil.

—Leveque —respondió mamá de la misma manera.

Y allí me di cuenta de que parecían estar aniquilándose con los ojos. Si bien mi progenitora parecía tener cierto ápice de tristeza en los ojos y quizás algo de calidez también, Lucinda estaba fulminando

con todas sus fuerzas. De pronto, me sentía fuera de lugar en una discusión la cual desconocía. ¿Qué rayos estaba pasando entre estas dos? Había pensado que eran amigas o que al menos tenían una relación, dado que entre ellas habían arreglado lo que estaba por pasar en unos momentos.

—Lamento interrumpir, pero tu esposo está esperando fuera para tener un momento con Brenda antes de llevarla al altar y yo quisiera tener unas palabras en privado con ella.

Mamá entornó los ojos.

—Bueno —musitó con cierta renuencia. Me abrazó por los hombros, dejando que me escondiera en su cuello una vez más, y susurró a mi oído: —. Recuerda que no importa qué, tienes a muchas personas que te aman a tu alrededor.

Iba a preguntarle qué quería decir con eso, pero se separó y me dio una sonrisa fugaz antes de retirarse. La reina Lucinda me dio un intento de sonrisa y se acercó a paso lento hacia mí.

—Ese vestido no es digno de una princesa —dijo con una tranquilidad que, hasta hoy, yo no conocía.

Esta era la primera vez que nos encontrábamos solas, mano a mano.

Le di una mirada blanca, sin sentirme intimidada por ella.

—Bueno, eso es conveniente ya que no soy una princesa.

—Aún —fue su respuesta instantánea, escaneando la prenda con sus ojos helados.

—Aún —repetí, asintiendo una vez con mi cabeza.

Suspiró, la acción conllevando una emoción que yo no llegué a interpretar. Cuando hizo contacto visual conmigo, su mirada se tornó hostil y determinada.

—Seré rápida y breve, Brenda: si no vuelves embarazada de tu luna de miel, muchas personas se verán afectadas. Tu amiga Candace, por ejemplo, sería muy triste si sus padres perdieran esa linda *boutique* en el Upper East Side y no pudieran recuperarla, ¿verdad? Y según escuché, es

considerado abuso que un profesor tenga relaciones sexuales con una estudiante. Él no solo sería echado de su trabajo y quedaría tachado de pedófilo, sino que hasta podría ir preso. Eso sería terrible para Sean. Ah, ¿y qué hay del problema con Edouard? Mmm, Evan sabe que su amigo tiene cierto problema con el alcohol y lo ayudará a abrir un bar donde venderán bebidas alcohólicas de todas maneras. Sería horrible que se filtraran rumores sobre eso y que mi hijo termine sin poder cumplir su sueño de tener un negocio con sus amigos, ¿no?

El horror que experimenté al escuchar sus palabras era indescriptible. Sentía que mi pecho estaba siendo estrujado por un elástico infinita y fuertemente. Llevé mi mano hacia la parte superior de mi busto y froté el espacio en un intento inútil por quitar el dolor. Sentí las lágrimas en la parte de atrás de mi garganta, amenazando con inundar mi rostro.

No quería rendirme a sus amenazas, no solo porque Evan y yo apenas si habíamos compartido un beso y pasar tan rápido a lo físico sería algo apresurado, sino porque no quería ser madre y no quería seguir ninguna otra orden de Lucinda. Pero tampoco podía arriesgarme a que lastimara a gente inocente en el tema. Ellos no tenían la culpa.

No tenía palabras para describir cómo me estaba sintiendo; sin salida, sin opción. Sabía que un bebé, en realidad, no sería algo malo, pero, ¡vamos! Yo solo tenía 18 jodidos años. Al mismo tiempo, no quería que ni Candace, ni Sean, ni Edouard, quien apenas conocía, ni Evan sufrieran las consecuencias de un capricho sin sentido.

¿Por qué la reina quería que yo le diera un nieto? Lynn ya estaba embarazada, podría ser más que feliz con eso. ¿Para qué quería yo le diera un nieto, si me odiaba? No la entendía, no sabía si quería hacerlo, siquiera. Sentía que la rabia dentro de mí iba a consumirme hasta dejarme miserable. Incluso sabiendo que no iba a pensarlo, que la decisión ya estaba tomada, me sentía enferma y usada.

—¿Por qué me odia tanto? —pregunté con la voz quebrada.

Los ojos de Lucinda se suavizaron fugazmente. Su máscara de hielo volvió con rapidez, por lo que dudé de si la incertidumbre en su mirada había sido real.

—Le diré a tu padre que entre.

Se dio la vuelta y salió de la habitación sin mirar atrás.

Cuando mi papá entró, no lo pensé dos veces antes de lanzarme a sus brazos. Él me atajó con sorpresa, pero no comentó nada mientras yo temblaba por resistir las ganas de llorar. No iba a hacerlo, no me lo permití. Solo me dejé consumir por la calidez paternal que hacía años no buscaba ni sentía. No porque él no me lo hubiese brindado, sino porque yo no lo había querido y, algunas veces, hasta lo había negado y evitado.

No sabía qué me pasaba hoy, pero me estaba dando cuenta de muchas cosas. Me sentía emocional y estúpida.

¿Esto es lo que las bodas les provocan a las mujeres?

Me separé con lentitud. Papá tomó mi cara entre sus manos y me inspeccionó con sus ojos marrones tan iguales a los míos. Pasó su pulgar por la esquina de mi ojo, llevándose con él una pequeña lágrima.

—¿Estás bien, Brendie? —preguntó suavemente.

Estampé una sonrisita en mis labios, comenzando con la actuación.

—Sí, es solo que me siento abrumada y emocionada por todo esto.

Él suspiró con pesadez.

—Sabía que esto era una mala idea desde el principio —murmuró para él—. Lamento tanto que tengas que pasar por esto, Brenda. Desearía poder detener esto para que dejes de sufrir. Lo lamento tanto.

Negué con la cabeza entre sus manos, queriendo quitar la culpa que estaba ensombreciendo su rostro. Aunque él sí tenía parte de la culpa, yo no quería que se sintiera mal por mí, cuando mitad de mi ser estaba ansioso por atarse a Evan. Quiero decir, ¿quién no? El tipo estaba bueno.

—Está bien, papá. Yo estoy bien. ¿Estás listo para entregarme? —cuestioné casi en burla, para hacer más liviano el ambiente.

Él me dio una media sonrisa.

—Si no te conociera, diría que crees en la cursilería del matrimonio, Brendie, pero como lo hago, estoy seguro que aunque te escolte hasta el altar nunca te entregaré completamente. No porque piense que tú sigues siendo una niña pequeña, sino porque así eres tú; un espíritu libre.

Mis ojos se volvieron a llenar de lágrimas. Me sorprendía que, incluso apartándolos, mis padres me conocieran tan bien.

Dándonos un último abrazo, salimos del dormitorio donde no volvería a dormir. No me preocupé por las maletas para la luna de miel, pues Nenna y Seleste se habían estado ocupando de eso en los días anteriores. Hasta se tomaron el trabajo de acomodar todo de manera que yo supiera qué ponerme y no mezclar prendas. Eso me molestó un poco; yo no era una estilista, pero tampoco era inútil.

Sin que nadie nos viera, entramos al castillo y caminamos hacia la sala que estaba en la parte trasera, donde las damas de honor y Seleste se encontraban. Ella me entregó el ramo de *tourneillas* y un rápido abrazo, antes de darme las indicaciones: esperar a que la música comenzara a sonar para salir.

Lo que no esperaba era tener tremendos nervios al escuchar los primeros tonos de la marcha nupcial. Mi estómago estaba hecho un nudo de mariposas danzarinas e insoportables. Tomé una respiración honda, impulsando a los malditos bichos a salir de mi barriga, e inserté en mis labios la sonrisa más genuina que pude conseguir.

Candace lideraba la fila y Jackie le seguía. Ambas tenían una pequeña canasta colgando de sus antebrazos, mientras esparcían pétalos de rosas blancas por el camino hacia el altar acción que tomó inicio ni bien estuvimos a la vista de los invitados.

No despegué mi vista del césped hasta que sentí que otra mirada me estaba llamando, provocando que huecos invisibles perforaran mi cráneo. Levanté mi barbilla lentamente y mis ojos se encontraron con Evan, quien llevaba un traje blanco.

Apenas sus ojos verdes estuvieron conectados a mis marrones, los nervios se disiparon como un copo de nieve en la palma de mi mano. Su calidez hizo todo más fácil y rápido, ya que cuando quise darme cuenta, mi papá le estaba entregando mi mano. Entrelazó nuestros dedos y se acercó para dejar un rápido beso en mi mejilla.

—Tu es magnifique, Brenda—susurró antes de separarse y darle una sonrisa cortés al hombre que llevaría a cabo la ceremonia.

Estás preciosa.

Escuchar mi nombre salir de sus labios en francés envió un escalofrío por todo mi cuerpo, uno que reprimí dándole un apretón a su mano. Fui vagamente consciente de la presencia de Edouard y Soufiane a su lado, actuando como padrinos de boda. Mientras el primero sostenía un almohadón rojo con una tiara de diamantes, el segundo tenía un objeto idéntico pero más pequeño, donde estaban las alianzas.

Luego de firmar los papeles que me convertían en la esposa de Evan y princesa de Goldenwood, Soufiane se acercó con las sortijas. El príncipe quitó el de compromiso y lo guardó en su pantalón, antes de deslizar el anillo de oro por mi anular y dejarme repetir la acción después. A continuación, el cura/juez de paz dijo más palabras que no registré y Edouard se puso a nuestro lado. El hombre alzó el objeto brillante y lo miró como si fuera algún tipo de ser supremo. Entretanto, agaché mi cabeza.

—Con esta tiara, sello el sagrado matrimonio de Brenda y Evan frente al Señor.

Sentí su peso sobre mi cabeza un momento después y una gran ola de aplausos y vítores.

Sin votos, sin los «yo acepto», sin «si alguien se opone que hable ahora o calle para siempre». Las bodas de Goldenwood eran peculiares. Suficiente era que me estaba casando aún siendo una

adolescente, no habría necesitado todas las otras patrañas para hacerlo peor. Supuse que todas esas cosas no estaban porque el matrimonio aquí era un paso que se hacía sin dudas.

Todo pasó demasiado rápido para mí luego de que Evan dejara un casto beso en mis labios. Había mucha gente que yo no conocía y tuve que saludar de todas maneras. Hubo muchas fotos, muchos videos, muchos abrazos, mucha comida, mucha música y mucho baile. Por sobre todas las cosas, hubo muchos besos de parte del príncipe, una de las pocas cosas que agradecía de la velada.

Eso y la presencia de mi mejor amiga.

Bailé con mucha gente, incluso con los abuelos de Evan y el rey Richard. El papá de Lynn tomó su lugar en su momento e hizo que cumpliera mi promesa. Para ese entonces, otro tipo de nervios se estaba acrecentando en mi estómago, ya que la muy nombrada noche de bodas se estaba acercando y sabía lo que eso quería decir.

Intenté poner el sentimiento que se apoderaba de mi pecho a un lado y seguir con la fiesta. Hablé con tantas personas que ni siquiera recordaba sus nombres o lo que había conversado. Me sacaron tantas fotos que lo único que veía era un flash perpetuo. Todo estaba transcurriendo de manera borrosa frente a mis ojos.

No sabía cuántas horas habían pasado cuando Seleste me dijo que era hora de irnos, solo me sentí aliviada de poder, finalmente, sentarme y ponerme cómoda.

Otra ronda de abrazos hizo su camino hacia nosotros. Mi mamá y Candace lloraban, mientras los otros sonreían. La reina Lucinda se mantenía a un lado, dando sonrisas que parecían genuinas cuando yo más que nadie sabía que eran falsas. Así había estado todo el tiempo y así me había gustado.

El viaje en limusina hacia el aeropuerto lo aproveché para saber a dónde íbamos y a conversar con Evan sobre lo que habíamos vivido minutos atrás y todo el día. Él parecía feliz, aunque tenía un brillo en sus ojos que mantenía cierta emoción extraña. Yo me sentía igual, alegre pero algo más que no me dejaba estar en regocijo del todo.

París. Allí era a dónde íbamos. Me habría gustado decir que estaba mareada de la felicidad y emoción, pues estaría dos meses enteros en la ciudad del amor y podría visitar la Torre Eiffel todas las veces que quisiera. Todo lo contrario. Podría haberme sentido relajada por estar casada al fin, pero ni cerca. Tenía mucha presión sobre mis hombros y no sabía cómo manejarla.

Debía acostarme con Evan y quedar embarazada.

Era injusto, tan injusto. Yo quería ser madre en algún momento de mi vida, pero no bajo órdenes de una reina cruel, no como si fuera una obligación. Quería tener más edad, haber tenido más conocimiento sobre la vida. Aun me sentía una novata en lo que a ella se refería.

El viaje en jet fue rápido. Me la pasé con los ojos cerrados, mi cabeza sobre el hombro de Evan y su brazo cubriéndome.

Entonces se me ocurrió que quizás su madre también había tenido alguna amenaza preparada para él. Él lucía un tanto resignado, aunque sabía cómo disimular, pero su postura me indicaba que Lucinda no solo me había dejado a mí en una encrucijada, sino que a él también. Y me preguntaba qué le había dicho, a quién había amenazado con lastimar si no me embarazaba.

Llegamos al hotel con tranquilidad. Había algunos paparazzi y gente del lugar, todos con emoción por tener al príncipe y a la recién coronada princesa de la ciudad amiga, allí. Evan y yo sonreímos todo lo que pudimos, todo lo que nuestro cuerpo y ánimo nos permitía.

En la habitación, solo la luz de la ciudad iluminaba. Luego de que los botones dejaran nuestras maletas, el ambiente se puso más pesado. Se sentía la gruesa tensión en el aire. Evan pagó al hombre y dio un par de vueltas por el lugar, mientras yo me mantenía cabizbaja.

Intentando distraerme, observé la gran suite que Seleste había reservado para nosotros. Era muy elegante, muy de la realeza. Había una cama enorme en el medio, la cual tenía el edredón y las frazadas en la punta, lista para ser usada. Había un sector para mirar televisión, como una pequeña sala de estar, un bar en una esquina y un armario de gran tamaño en el lado contrario, el cual tenía una puerta contigua. De donde yo estaba divisé el baño. Ni siquiera quería imaginarme lo lujoso que era.

Giré mi cabeza hacia el frente, encontrándome con la mirada indescifrable del príncipe Evan, ahora mi esposo. Ya se había sacado el moño, los zapatos y las medias —no había sido consciente de que lo había hecho, estaba muy absorta investigando la habitación con la mirada—, y los primeros dos botones de su camisa estaban desabrochados.

—¿Cómo te sientes? —indagó en un murmullo.

—Mis pies duelen —respondí de la misma manera.

Era cierto. Hacía todo un día que tenía las endemoniadas sandalias puestas y estaba segura de que los dedos de mis pies estaban rojos. Los zapatos eran cómodos, afortunadamente, pero me había cansado de estar sobre la plataforma y luego de tantos bailes y estar parada por largos momentos, quería quitarlos de allí.

Evan esbozó una sonrisa ligera y se arrodilló en el suelo. Tomó mis manos y las colocó sobre sus hombros, luego subió mi vestido apenas un poco y me quitó los tacones, dejándolos a un lado.

Le sonreí tenuemente, agradecida, cuando se incorporó.

—¿Quieres que te ayude con el vestido?

Mis mejillas se tiñeron de rojo al instante. Pocas veces eran las que yo me sonrojaba, pero encontraba imposible el no hacerlo cuando él me preguntaba cosas como esa. Quiero decir, ¡quería ayudarme a sacarme el vestido! Demonios, creo que me voy a desmayar.

Sin encontrar palabras, asentí. Si bien deseaba estar en el Bosque Dorado para sentirme valiente acerca de mi atracción hacia Evan, todavía había algo de lo que había sentido ese día que persistía en mi sistema.

Evan me rodeó, colocándose detrás de mí. Bajé mi cabeza, sabiendo que mi cabello molestaría. Cuando sentí su respiración rebotando en mi cuello, se me erizó la piel y mis ojos se cerraron por inercia. Besó castamente el comienzo de mi columna vertebral y después sentí que empezó a deshacer los botones, muy lentamente.

Puso sus manos en mi cuello y las deslizó hacia adentro de la prenda blanca, para poder arrastrarlo por mis brazos, hacia abajo. Mantenía los ojos cerrados mientras permitía que lo hiciera y los bellos de mi piel se paraban a medida que sus dedos pasaban. Un respiro más tarde, el vestido cayó al suelo.

Sus manos quedaron sobre las mías y su espalda cernida sobre mí; acarició hacia arriba hasta que las posó sobre mis hombros y volvió a besar el principio de mi espina dorsal, sin embargo, esta vez, siguió dejando un camino de besos por mi espalda hasta que llegó al límite de la tela de la lencería. Cada uno de ellos enviaba toques de electricidad a través de mis venas y me provocaba calor.

En un latido de corazón, estaba frente a mí. La tiara que había usado durante todo el día fue retirada de mi cabeza de repente y me encontré suspirando de alivio. Ese era un objeto que no quería volver a usar. Luego sentí su dedo índice debajo de mi barbilla, impulsándome a mirar hacia arriba, abrir mis ojos y encontrarme con sus estanques verdes, otra vez indescifrables.

Bajó su rostro hacia el mío, despacio, y dejó un beso tan pesado como una pluma en mi boca. Sus labios eran suaves y gentiles, y su aroma personal me invadía cada vez que lo tenía cerca, por lo que realmente quería saborearlo y dejar que él pueda hacer lo mismo conmigo. Quería besarlo de manera adecuada, pero no todavía.

—Es mi turno —logré susurrar contra su boca y su mar de aliento refrescante, que golpeaba contra mi cara cual olas arrastrándose sobre la orilla.

Evan me miró fijamente y sonrió con algo de diversión y expectación. Sacó su dedo de mi mentón y dejó ambas manos al costado de su cuerpo.

Por alguna razón, no tenía miedo y no me sentía nerviosa, no como pensé que lo haría más temprano. No solo porque cada vez que Sean me había desnudado había sentido como si una gran masa de miedo se acumulara en el centro de mi pecho y un enorme nudo de temor se formara en mi garganta, porque con él nunca había logrado dejarme llevar del todo; sino porque estar con él quería decir algo más. Debía hacerlo sin protección, debía quedar embarazada.

No sé si habían sido los besos en mi espalda o sus manos acariciando mis brazos, pero solo eso me había dado un gran impulso para querer más.

Sin temblar ni dudar, comencé a desabotonar lo que restaba de su camisa blanca, sin siquiera mirarlo a los ojos. Aunque sí podía sentir su mirada fija sobre mí. Cuando terminé, agarré la tela y la moví hacia abajo para que cayera al piso y poder admirar su abdomen esculpido.

Nunca había visto a Evan ejercitarse, pero estaba bastante segura de que lo hacía. No había otra manera en que tuviera semejante físico. No era musculoso, era esbelto y tenía marcadas las partes adecuadas.

Me quitaba el aliento y me sentía estúpida, ya que era la primera vez que lo veía sin camiseta. Dios mío, ¿por qué tenía que ser tan guapo?

Bajé mi mirada hacia el cinturón que recorría sus caderas. ¿Podía hacerlo? Más importante, ¿quería hacerlo? Y mi respuesta interna me sorprendió. Estaba en modo automático, por lo tanto no me costaba tomar este tipo de decisiones, no tanto como cuando estaba en modo manual.

No quería satisfacer a la reina Lucinda, cuando al mismo tiempo esas emociones que había tenido hacia Evan en el Bosque Dorado estaban volviendo, por lo que cada vez se me hacía más difícil pensar en ella. Solamente quería sentir sus manos sobre mi piel, mi piel contra la suya, su boca contra la mía... Todo, todo de él y todo de mí. Y no iba a detenerme justo ahora.

Desaté el cinto gris, luego el botón y la cremallera del pantalón, impulsándolo apenas un poco para que cayera al piso. Escuché a Evan tomar aire agudamente, pero no lo miré. Tenía mis ojos clavados en su pecho, mi mano acercándose despacio para tocar su piel. Apoyé mi palma sobre su pectoral y la moví hacia abajo en un movimiento lento, sintiendo sus músculos tensarse y relajarse a causa de mi tacto.

Me acerqué hasta quedar a milímetros de su cuerpo y posé mis labios sobre su hombro.

Tomándome por sorpresa, Evan abrazó mi cintura pegándose él. Mis brazos volaron alrededor de sus hombros, mientras él acariciaba mi cuello con la punta de su nariz.

Luego se agachó un poco y me levantó del suelo, aún abrazándome. Conmigo todavía entre sus brazos, caminó hacia la cama y tomó asiento. Mis piernas terminaron a cada lado de su cuerpo, quedando sentada a horcajadas. Aflojé mis manos sobre sus hombros, las dirigí hacia su pecho y alejé mi cara hasta que mi nariz quedó a mínimos centímetros de la suya.

Sus manos continuaban encerrando mi cintura sin fuerza, aunque tampoco presentaba intenciones de soltarme. Él se mostraba tan tranquilo como yo lo hacía, aunque ambos sabíamos que no era un momento ni una decisión fácil. Creo que además de tener la presión de la reina Lucinda sobre nosotros, los dos queríamos estar de esta manera.

Al menos así era por mi parte.

—¿Estás segura sobre esto? —susurró muy bajito, apenas audible.

Remojé mis labios. Sí, estaba segura, más que segura. Era ese hecho el que me tenía algo espantada por dentro, no estar a punto de tener sexo con un hombre como Evan con el fin de complacer a su madre. ¿Por qué no estaba asustada? ¿Por qué no tenía miedo? Esas preguntas sin respuesta aparente me tenían algo inquieta.

Sin embargo, al ver la mirada de Evan más oscura de lo normal, puse esos pensamientos a un lado y asentí, completamente de acuerdo con cualquier cosa que se estuviera por venir, lo que sea si él estaba a mi lado.

Sus cejas se alzaron al recibir mi consentimiento y una sonrisa casi tímida afloró en sus labios. Mientras una de sus manos seguía alrededor de mi cintura, la otra ahuecó mi cuello, entretanto su pulgar acariciaba mi mandíbula. La otra me apretó más hacia él, robándome jadear de sorpresa, y siguió recorriendo mi espalda con sus largos dedos.

Sus labios estaban tan cerca de los míos que estaba muriendo de ansiedad. Las ganas que tenía de unir nuestras bocas eran indescriptibles.

La tortura siguió un momento más cuando Evan rozó su boca contra la mía, manteniéndome quieta con su mano en mi quijada, mientras el único sonido que invadía la habitación eran nuestras

respiraciones aceleradas. Quería gemir como reclamo, pero no lo encontraba en mí para hacerlo. De todos modos, lo estaba disfrutando, pues todavía me faltaba conocer su lado sensual y cada vez estaba más cerca de hacerlo. Lo poco que ya había vivido, me había gustado bastante. Todavía lo hacía.

Siguiendo con el tormento, besó la parte superior de mi boca, luego la inferior y otra vez arriba. Me miró y sonrió muy ligeramente, antes de sujetarme más fuerte y chocar sus labios contra los míos, esta vez, sin atormentarme ni separarse.

Dejó que lo besara devuelta, moviendo mis labios contra los suyos. Ni siquiera habían pasado cinco segundos cuando su lengua se entrelazó con la mía y mis sentidos se dispararon. Ya no podía pensar con racionalidad.

Abracé su cuello, acaricié su pecho. Evan bajó su mano muy lentamente por mi brazo, luego la curva de mi cintura, siguió hacia mi cadera y terminando en mi muslo desnudo.

Su lengua seguía acariciando la mía, deteniéndose por momentos para tomar aire y seguir sellando nuestros labios. Una de mis manos estaba detrás de su cabeza, enredando mis dedos en los cabellos de su nuca, mientras mi otro brazo estaba sobre su hombro, mi mano sobre su omóplato, incrustando mis dedos en su piel cada vez que él me apretaba más hacia su cuerpo, o cuando sus mismos dedos apretaban mi pierna.

Me besaba con cierta ternura, pero no con menos desesperación y hambre. El aire que nos rodeaba estaba pintado de lujuria. Sentía que su tacto quemaba en el buen sentido de la palabra. Me sentía acalorada, mas no tenía calor. A pesar del miedo de no saber por qué no tenía miedo, me sentía bien, a gusto con la forma en la que me tocaba.

Conmigo aun a horcadadas, Evan se arrastró hacia atrás como si yo no pesara nada, quedando sentado justo en el medio de la enorme cama. No le di importancia, es más, estaba más cómoda al sentir que cruzaba sus piernas debajo de mí y yo quedaba más alta.

Rompí el beso con un jadeo cuando me sentí saltar y Evan rio entre dientes, su pecho vibrando al hacerlo. Acercó su boca hacia la mía y tomó mi labio inferior entre sus dientes, dando la presión

suficiente como para hacerme derretir y volver a cerrar mis ojos. No pude evitar gemir casi inaudible, sin embargo, él había escuchado y había repercutido en cierta zona sensible de su anatomía, cosa que me prendió aún más.

Soltó mi labio y me besó corta pero apasionadamente, antes de dejar un camino de besos que comenzaba en mi comisura, seguía por mi mejilla, mi mandíbula y allí debajo, justo donde está mi pulso y luego todo mi cuello. Cuando llegó a la curvatura de mi hombro, sacó su mano de mi espalda y corrió el tirante del *babydoll*, siguiendo su rastro por mi clavícula.

Volvió a besarme en la boca y a enredar nuestras lenguas. En un movimiento rápido, se tumbó de espaldas y giró, dejándome atrapada debajo de su cuerpo. Había ubicado todo el peso de sus caderas entre mis piernas. Sentí que apoyaba su codo a mi lado para no aplastarme, pero realmente no me importaba su peso sobre mí, sino todas las sensaciones que me estaba provocando.

Su mano libre viajó desde mi rodilla hasta mi trasero, subiendo la tela de la lencería hasta mi cintura y deslizando su mano por dentro hasta erizarme la piel con su tacto. Sin perder tiempo, acarició mi espalda apretándome aún más a él. Otra vez, dejé escapar un pequeño gemido al sentirlo duro contra mi pelvis.

Rompimos el beso cuando él siguió subiendo la prenda para sacarla de mi cabeza, luego arrojóla al piso y volver a unir su boca a la mía. Estaba realmente agitada, excitada y ansiosa..., llena de expectación.

La mano de Evan vagó por el área de mi pecho, haciendo que me arqueara y deseara que su tacto fuera infinito. Después tomó mis manos entre las suyas y entrelazó nuestros dedos, colocándolas a mis costados. Dejó mi boca y comenzó a besar hacia mi barbilla y bajando por mi cuello de nuevo, salvo que esta vez, no se detuvo en mis hombros.

Besó mis senos y jugó con su lengua, haciéndome jadear y arquearme más, presionar mis dedos contra su mano y recibir un ligero apretón en las mías.

Evan me estaba volviendo loca.

Otra vez, ¿por qué no tenía miedo? ¿Por qué no lo estaba apartando? ¿Por qué me hacía sentir tan bien? ¿Por qué no quería que se detuviera? Jesús, necesitaba dejar de cuestionar tanto cosas que, claramente, no tenían respuesta certera.

Empezó a besar desde mi esternón hacia abajo, por mis costillas, la parte de mi diafragma, mi estómago, mi abdomen. Cuando llegó a mis caderas, abrí mis ojos y me tensé. Estirando un poco sus brazos, me apoyé sobre mis codos y lo miré. Él me miró devuelta y sonrió de lado, muy tenuemente. Sus ojos verdes oscurecieron varios tonos cuando su mirada se desvió de la mía, viajando por mi anatomía y, en lugar de sonrojarme o sentirme cohibida por la falta de ropa, sonreí satisfecha.

Sus ojos volvieron a los míos y, sin romper el contacto visual, comenzó a besar de mi cadera derecha hacia mi izquierda, siempre por el borde de la maldita tanga que Seleste me había obligado a usar —no, fuera todo pensamiento relacionado con mi prima—, enviando hormigueos hacia mi centro.

Me sentía algo primitiva.

Evan soltó mis manos y volvió a subir, chocando sus labios con los míos una vez más, tirándonos sobre las almohadas. Mientras un brazo estaba sujetando su peso, su mano libre volvió a acariciar el costado de mi cadera, pasando su mano por debajo de la tira de la fina prenda. Sabía lo que eso significaba.

Acarició esa zona mientras su lengua jugaba con la mía. Suponía que estaba tomándose su tiempo para no hacerme sentir apurada, porque yo estaba segura que si de él solo se tratara, ya habría roto el pequeño pedazo de ropa interior que sobraba. No solo lo presentía... Lo sentía contra mi entrepierna.

Ya no lo soportaba. Yo también quería hacerlo, quería sentirlo, ¿por qué no se estaba moviendo hacia el siguiente paso? Harta de esperar, moví mis piernas hacia su cadera y lo apreté hacia mí, sonriendo hacia mis adentros cuando lo sentí gruñir contra mi boca.

Corrí mi mano a lo largo de su dura espalda y la metí dentro del elástico de su bóxer, acariciando su suave piel. Evan mordió mi labio inferior y detuvo el beso, apoyando su frente contra la mía con los ojos cerrados. Ambos teníamos la respiración entrecortada.

—Deja de titubear —susurré, acariciando su cuello con gentileza con mi mano libre.

Evan rio un poco en medio de un jadeo.

—¿Tienes frío? —musitó.

Negué con la cabeza y besé la comisura de sus labios. Evan suspiró y me besó castamente. Se movió a un costado y bajó la última prenda que me cubría, sin quitar sus ojos de mi rostro. Le sonreí.

Y estaba tan concentrada en sus facciones, en las emociones que bailaban en sus ojos, que ni siquiera me di cuenta de que él mismo se deshizo de su bóxer, solo lo noté cuando se colocó sobre mí otra vez y sentí la piel de sus costados contra mis piernas.

Me besó lentamente mientras se posicionaba en mi entrada y solo eso me hizo sentir un placer que nunca antes había sentido. Tomó una de mis manos y entrelazó nuestros dedos.

Fue lento y gentil. Y se sintió como nunca antes.

Él escondió su rostro en mi cuello; besaba, gruñía y mordía, y la piel de esa zona se erizaba cada vez que su aliento cálido la acariciaba. Me resultaba imposible no gemir y expresar lo que sentía, el placer, a través de mi voz y mi cuerpo, acariciando su espalda y moviéndome con él.

Había tenido orgasmos antes en mi vida, pero nada se comparaba con esto.

Cuando ambos habíamos llegado a nuestro límite, Evan besó mis párpados cerrados, mis pómulos, mi frente y mis labios, muy suavemente. Se desprendió de mí y se ubicó a mi lado, cubriéndolos con el edredón y las sábanas. Me acurruqué de costado contra las almohadas con mis ojos permaneciendo cerrados y sentí la cálida mano del príncipe acariciando mi costado.

Abrí los ojos y me lo encontré sonriendo, con su cabeza descansando sobre su mano. Le sonreí tímida y soñolientamente.

—¿Estás bien? —Preguntó en voz baja.

—Sí—susurré.

Él continuó sonriendo. Se acostó de lado, al igual que yo, y dejó su mano en donde estaba, hirviendo sobre mi piel. Estaba agradecida de que nada era incómodo por ahora y realmente esperaba que no hubiese silencios torpes luego de esto. No quería que nuestra relación cambiara.

No sé en qué momento me quedé dormida, pero me repetí muchas veces que no habíamos hecho nada que no quisiéramos. Sin darnos cuenta, habíamos complacido a la reina Lucinda. Nos cegamos por lo que sentíamos y queríamos en el momento, y me alegraba no haberme sentido obligada a nada en el acto.

Axelle salió de su habitación en silencio puro, moviéndose con agilidad entre la oscuridad de los pasillos. Bajó las escaleras con un trote mudo, sin siquiera apoyar las plantas de sus pies. Su piel rozaba la alfombra que cubría los escalones.

Cuando estuvo en la planta baja, se aseguró de que nadie estuviese rondando por los pasillos oscuros. Los guardias siempre se encontraban en las afueras, cuidando la zona de cualquier peligro.

Antes de salir por la puerta hacia el jardín, empuñó el relicario dorado y lila que estaba colgado de su cuello, al mismo tiempo que tomaba una respiración honda. Hacía algún tiempo que no visitaba el lugar que la había elegido como su amiga, y tenía miedo de no ser bienvenida.

Exhaló a través de sus labios y, sacando coraje, salió por las puertas de madera que habían sido modernizadas hacía algunos años, y caminó directamente hacia los muros rojos, esos que escondían un mundo casi diferente.

Como siempre, la reja estaba sin cerrar. Eso era algo que ella aún no entendía, incluso luego de tantos años. El candado se podía cambiar, la llave se podía crear. Entonces, ¿por qué el bosque seguía estando abierto para todo el mundo? Aunque nadie se atreviese a entrar por órdenes reales, era estúpido correr el riesgo.

Dejando a un lado esos pensamientos, Axelle pasó de la reja y se dejó poseer por la mágica calidez del Bosque Dorado. Estiró los dedos de sus pies en la arena pálida y suave. Cerró sus ojos y se dejó llevar por las sensaciones que traía su lugar preferido.

Caminó a ciegas hasta que supo que se encontraba frente al centro de energía. Al instante, colocó sus manos sobre la gruesa y áspera corteza, acercó su rostro y besó castamente el espacio que estaba en medio de sus manos.

—Oh, terre de magie dorée! Je suis ici pour voir que tu as à me montre—susurró.

¡Oh, tierra de magia dorada! Estoy aquí para presenciar lo que tienes que mostrarme.

Axelle lucía como un ángel a ojos del Bosque Dorado.

Ella era su ángel. Era quien percibía sus deseos, quien cumplía su voluntad. Le legaba una responsabilidad muy grande, pero honorable. Ella estaba plenamente agradecida y feliz de ocupar su puesto.

Desde ese día en que ella había irrumpido en el bosque por pura curiosidad, todos esos años atrás cuando era apenas una niña, había sido elegida. Su amor, pureza e inocencia provocaron que la magia del sitio llegase a su clímax. Todos los demás que entraban, estaban cumpliendo su trabajo. Axelle, en cambio, adoraba el Bosque Dorado. Era otra parte de su ser.

No importaba cuán lejos ella estuviera, una parte del bosque siempre viajaba con ella colgada en su cuello. Dentro del relicario había una hoja dorada, una hoja lila de las *tourneililas*, apenas una pizca de tierra y un grano de arena. Mezclados, eran una sola piedra.

Al susurrar las palabras, pudo sentir con mayor potencia que antes que Brenda y Evan habían estado allí. El vínculo había sido mostrado con propiedad hasta casi llevarlos a la locura. Sin embargo, habían sido prudentes. No habían cometido ningún pecado dentro del Bosque.

Abrió los ojos, encontrándose con el tronco delante de ella.

Sintió, asimismo, que ella estaba bien. Él también lo estaba. Aunque sabía que era solo cuestión de tiempo antes de que la reina de Goldenwood pusiera sus garras donde no debía. Si bien ya lo había hecho, y no solo con su hijo y nuera, sino también con asuntos del mismo Bosque.

Se sintió indignada e inútil. El Bosque, a través de su vínculo, la reconfortó, mostrándole que todo estaría bien, que ella había accionado de buena manera mientras estaba lejos, y que sería bienvenida aunque el tiempo transcurriera y las hojas se cayeran. Ella era su ángel, ella era su salvación.

Axelle sonrió y volvió a besar la corteza.

—Volveré pronto —murmuró, apoyando su frente sobre la superficie callosa—. No permitiré que Lucinda les haga daño.

Contradiciendo sus propias palabras, pensó que no importaba todo lo que ella hiciera para evitar los ataques de locura contra la joven Morel, ella saldría lastimada de todas maneras.

Axelle no entendía cómo esa mujer era capaz de llegar al punto de poner en la miseria a su propio hijo.

Ella podría evitar lastimaduras físicas, pero ¿qué sucedía si era un corazón lo que se rompía? Tenía muy en claro que si Brenda y Evan no hacían cosas por su propia voluntad, siempre habría mentiras y, fuese tarde o temprano, dolería desmentirlas.

Axelle no podía hacer más que confiar en los instintos ajenos y en los propios. Estar al lado de los jóvenes sería difícil e invasivo, tendría que cuidarlos desde la distancia. No era una persona paciente, pero se centraría en ellos dos para mantener sus impacencias en la raya.

Se separó del árbol y caminó directamente hacia la salida.

A un lado de esta, había un balde blanco arruinando la armonía del ambiente, lleno de *eau-lilas*, el líquido con el que se regaba el Bosque Dorado. Seguramente alguno de los jardineros se lo había olvidado durante la mañana.

Axelle se aprovechó de la situación, se quitó el relicario y lo hundió con rapidez. Sin importar que estuviese mojado, lo volvió a colocar alrededor de su cuello y salió del Bosque Dorado.

Se sentía renovada y aliviada.

También un poco preocupada.

Luego de esa noche, las cosas entre Evan y yo eran extrañas. Nuestra relación era casi como la de cualquier pareja. Nos saludábamos con un beso, caminábamos agarrados de la mano, teníamos relaciones sexuales antes de irnos a dormir... Pero había una tensión y timidez entre nosotros que era inevitable.

Lo más incómodo era el sexo. Al principio ambos parecíamos disfrutar del momento; a medida que pasaba el tiempo y la luna de miel, sin embargo, comenzó a ser diferente porque se sentía como una tarea antes de dormir. Se sentía como lo que era: lo que la reina Lucinda había pedido. Lo que había «ordenado» que hiciéramos.

De todas maneras, no hacíamos comentarios al respecto. Lo hacíamos, disfrutábamos lo que podíamos y luego continuábamos como si nada. Era lindo estar con él, compartir una cama con un hombre como Evan, dormir acompañada y despertar hundidos en un abrazo. Esas cosas hacían todo un poco mejor.

Como mi única vez en París había transcurrido cuando era yo muy pequeña, Evan propuso mostrarme los lugares más hermosos. Comenzamos visitando los más turísticos y luego los que muy poca gente sabía que existían, y eran igual de hermosos.

Él era un buen guía turístico.

Me gustaba no tener que fingir. Nos comportábamos como una pareja, sea fuera o dentro del hotel. Las cosas habían comenzado a cambiar desde nuestra visita al Bosque Dorado y estaba agradecida, de alguna manera, porque todo era diferente de la mejor forma posible.

La pasamos muy bien el primer mes de la luna de miel. Visitamos ese puente en donde las parejas cerraban un candado y tiraban la llave al agua. No quería hacerlo, pero Evan dijo que no perdíamos nada, si ya estábamos atados de por vida. Lo hicimos y tuvimos algunos paparazzi merodeando y capturando el momento.

También conocimos la Torre Eiffel y visitamos el Palacio de Versalles. Ambas fueron mis partes favoritas, es por eso que eran los únicos lugares de los cuales recordaba los nombres.

Sin embargo, comenzando el segundo mes, las cosas empezaron a ponerse un poco tensas cuando desperté con muchas náuseas y devolví la cena de la noche anterior. No me sentí bien en el día, así que decidimos quedarnos en el hotel en lugar de realizar alguna excursión. Ambos pusimos como excusa que la comida me había caído mal.

Por supuesto, esa excusa dejó de ser válida cuando mis náuseas matutinas persistieron durante los días siguientes, y me di cuenta de que tenía un atraso. Y no era cualquiera atraso, era uno de más de un mes. Hacerme la tonta ya no tenía validez.

Solo digamos que la situación era bastante obvia, pero mantuvimos la calma. No salimos mucho en ese tiempo, algunas comidas no me caían tan mal como otras, aunque siempre terminaba vomitando y no podíamos salir a comer sabiendo que los alimentos hacían lo que se les cantaba en mi estómago.

Ambos sabíamos lo que estaba sucediendo, y, sin embargo, no hice referencia alguna sobre el tema y él tampoco.

Fue unos días antes de volver a Goldenwood que Evan decidió que era momento de hablar sobre lo que estaba pasando. Yo estaba acostada en la cama mirando *The Hangover 2*, cuando él se sentó a mi lado y puso el volumen de la televisión en *mute*.

Giré a verlo, indignada.

—¡Oye!

Él me sonrió divertido, pero no hizo ademán de devolver el volumen.

—Necesitamos hablar, Brenda.

—No, no lo hacemos.

Suspiró y me tomó la mano. Borró la sonrisa de su rostro y me miró con algo de tristeza.

—Creo que debemos dejar de hacer como que no está pasando nada, y comprar un *test* de embarazo.

—¿Para qué? —interrumpí, sentándome también—. Ya sabemos el resultado.

Evan acarició el dorso de mi mano con su pulgar, distrayéndome momentáneamente. Mis ojos se desviaron de los suyos hacia nuestras manos, y luego otra vez hacia su mirada.

—No perdemos nada con tener la certeza. Además..., lo mejor sería que fuéramos con un doctor.

No quería hacerme un maldito *test* de embarazo. Tenía 18 años, eso no era algo que una muchacha de mi edad debería estar haciendo. Yo debería haber estado de fiesta, saliendo a clubes y bares con Candace y mis otros amigos, emborrachándome y bailando sin parar, vivir como un murciélago. Pero aquí estaba, sentada en una cama lujosa con un hombre guapísimo a mi lado, que no era nada más ni nada menos que un príncipe... Y mi marido. Y ahora yo era una princesa y lo más seguro era que tuviese algún tipo de monstruo mutante creciendo dentro de mí, todo porque una perra-reina era... Bueno, una arpía.

Desvié mi mirada de la suya inescrutable, sin poder soportar el peso de sus ojos sobre mí. Esto era mucho, era demasiado para mí. Esto no debería estar pasándome. ¿Por qué a mí? Maldición.

—Brenda —musitó, tomando mi barbilla entre sus dedos y moviendo mi cabeza para mirarme a los ojos—. Yo también tengo miedo. No sé si tanto como el que tú tienes, pero definitivamente lo estamos compartiendo.

¿Miedo? ¿Acaso era eso lo que sentía apresando mi pecho?

Por alguna razón, me encontré asintiendo en su dirección. Algo en el pensamiento de tenerlo a mi lado durante todo esto me daba cierta seguridad. Ya no me daba tanto miedo.

Evan pidió a uno de los guardias de seguridad que nos había acompañado, que comprara una prueba de embarazo en alguna farmacia cercana. No quería que si alguien nos viera pensara lo obvio, y no queríamos que la gente supiera la verdad antes que nosotros. Aunque la verdad ya era bastante obvia.

Cuando el guardia volvió y nos entregó lo que había comprado, yo era un manojo de nervios. Él nos dio una sonrisa cómplice y se retiró sin ninguna palabra. Evan intentó sonreírme de la misma manera, pero sus labios temblaron un poco al hacerlo.

Esperé a que mi vejiga estuviera a punto de explotar para ir al baño. No porque disfrutara las ganas de orinar, sino porque no quería hacer la maldita prueba. Leí por lo menos cinco veces las instrucciones de uso. Era una suerte que mi segunda lengua fuera francés, de otra manera tendría que habérselo pedido a Evan y eso habría sido por demás vergonzoso.

—Iré ahora —anuncié cuando las ganas de sentarme en el retrete eran inaguantables.

Evan asintió, esta vez, dándome una sonrisa tranquilizadora.

No le sonreí devuelta; no pude. Cerré la puerta detrás de mí cuando estuve dentro del cuarto de baño. Lo hice lo más rápido que pude, recordando siempre las instrucciones que había leído. El guardia había comprado dos, por si acaso, pero realmente no quería tener que repetir la acción. Coloqué el dispositivo sobre la mesada, al lado del lavamanos, y salí del baño.

Debía esperar al menos tres minutos para saber si la prueba había sido realizada correctamente y luego ver el resultado final.

Me senté junto a Evan sobre la cama, en silencio.

—¿Cuánto hay que esperar?

—Tres minutos.

—¿Solo tres? —preguntó escéptico—. Pensé que eran como diez.

Volteé a mirarlo con una sonrisa divertida.

—¿Alguna vez has leído las instrucciones detrás de una prueba de embarazo?

—No.

—Ahí lo tienes —reí.

Él rio conmigo, negando con la cabeza en desaliento.

El silencio en el que nos quedamos era uno tan cómodo como tenso. Se me hacía una situación tan difícil de manejar. Usualmente no me importaba nada, era más descuidada, pero no me era fácil estar calmada en este momento. Yo ni siquiera era una persona que se pusiese nerviosa fácilmente y así me encontraba, sin embargo, con las palmas de mis manos transpiradas y mi labio inferior siendo masticado continuamente.

—Lo lamento tanto, Brenda —susurró Evan, interrumpiendo mis pensamientos.

Giré a verlo confundida.

—¿Qué lamentas?

Me miró con tristeza y disculpa.

—Todo esto. Sé que no ha sido mi culpa, pero siento que es mi responsabilidad al ser mi madre quien nos haya llevado a esta situación.

Negué con la cabeza rápidamente, tomando sus manos entre las mías.

—No, no. No lo es. Si sería de esa manera, entonces yo también debería sentirme así. Después de todo, ha sido mi madre quien ha comenzado con todo esto.

Evan suspiró y le dio un ligero apretón a mis manos.

—Yo solo... Yo solo odio que esto sea así porque nuestras madres lo quisieron. —Me miró a los ojos, seriamente—. Pero quiero que sepas que... —Volvió a tomar aire—. Me gustas, Brenda. Y repetiré que a pesar de todo lo malo, estoy contento de que seas tú y no alguien más.

Esas eran palabras que había ansiado escuchar, pero que no me había dado cuenta de lo mucho que lo necesitaba hasta que las escuché. Le sonreí, intentando mostrar mi gratitud en mi expresión e hice algo que raramente había hecho antes con algún hombre: besé su mejilla.

—Tú también me gustas —susurré.

Me sonrió con regocijo y ahuecó mi mandíbula con su mano, acariciando mi mejilla con su pulgar. Muy lentamente atrajo mi rostro hacia el suyo, rozando mis labios con su boca. Lo imité, ubiqué mi mano en el lado contrario de su cara y me dejé llevar cuando comenzó a besarme suave y despacio, devorando mis labios con gentileza.

Como si yo fuera una pluma, me tomó por la cintura y me colocó sobre su regazo, provocando que mis piernas quedaran colgando a un costado y mis brazos rodearan su cuello.

Sentía que, por algún motivo, este beso tenía más emociones involucradas que los otros que habíamos compartido. Quizá era el miedo que compartíamos, el tiempo que habíamos puesto entre nosotros para tener un beso así, el destino que siempre terminaba jugando con la vida de las personas en el mundo, o simplemente nuestras mismas ganas besarnos, pero nunca había disfrutado tanto de un beso, independientemente de la situación en la que estábamos.

Sentía que mi estómago estaba dando volteretas rebeldes y tenía la sensación de que iba a explotar en carcajadas de júbilo. No entendía por qué me estaba sintiendo así, tal vez era la cosa que estaba dentro de mí, pero lo que sí sabía era que nunca me había sentido así. Ni siquiera con Sean.

No sé cuánto tiempo estuvimos besándonos. Habían sido más de los tres minutos que debía esperar para ver el resultado final del dispositivo; no me importaba. El objeto no se iba a ir a ningún lado y prefería evitarlo y besar a Evan a hacer lo contrario. De todas maneras, yo tenía muy en claro cuál sería el resultado.

Casi un mes con náuseas matutinas y asco a comidas que tendrían que haberme encantado me dio la respuesta.

Evan detuvo el beso, dejando un pico en mis labios antes de separarse y mirarme con cariño.

—De verdad me gustas, Brenda —farfulló—. No sé si es porque estamos casados o por este tiempo que estuvimos paseando por uno de mis lugares favoritos en el mundo, o incluso por ser como eres, pero no me importa. Por primera vez, no me importa, solo quiero disfrutarlo.

No sabía qué decir. Quería darle una respuesta que fuera correcta, pero yo era demasiado orgullosa y taciturna para hacerlo. Intenté, de veras lo hice, rebusqué hasta el sitio más oscuro y recóndito de mi cabeza para darle una respuesta concisa, aunque no encontré nada.

Opté por sonreír y dar mi respuesta más honesta.

—Yo también.

Sin embargo, parecía que había tardado un poco más de lo esperado en responder, pues su mirada estaba pegada a algo detrás de mí. Sus ojos no demostraban mucho, solo ese tinte más verde que lo hacía más atractivo. Giré hacia donde estaba su mirada y me encontré con la prueba de embarazo, descansando cómodamente en la mesada de mármol.

Suspiré resignada.

—Supongo que ya debería ver qué dice —comenté en voz baja.

Evan volvió a mirarme.

—¿Quieres que yo lo haga?

Sonaba tentador, en realidad.

—No, yo debo hacerlo.

Volví a suspirar antes de salir de la comodidad de sus brazos. Sentía que mis piernas eran de gelatina al poner los pies en el suelo, pero no me dejé caer. Los nervios me atacaron todos de una sola vez, causando que mi estómago girara en un nudo.

Tomé el dispositivo y miré el pequeño panel de control. Tenía una línea rosada fuerte, lo que indicaba que la prueba se había llevado a cabo correctamente. Con manos trémulas, giré el objeto, para tener conocimiento del resultado final.

La respiración se detuvo en mi garganta.

La realización me abofeteó tan fuerte que pude sentir el ardor en mi mejilla.

Dos rayitas rosas. Eran dos rayas. Dos jodidas rayas rosadas.

Volví a la habitación con la vista aún pegada en la prueba. No me había dado cuenta de lo real que esto era hasta que había observado el resultado. Había dado por sentado que estaba embarazada, pero era algo completamente diferente verlo con mis propios ojos. Tenía algo dentro de mí. Me sentí palidecer al pensamiento de un bebé dentro de mí y un gran balde de agua fría vertiéndose sobre mi cabeza.

—¿Y? —preguntó Evan, la ansiedad palpable en su voz.

Levanté la mirada, mis ojos llenándose de lágrimas. Cuando vio mi rostro, el suyo fue una tempestad de emociones. Tristeza, preocupación, simpatía, enojo y una pizca de felicidad.

Tiré la prueba en el cesto que había junto a la pared, antes de volver a mirarlo a los ojos, lo más fijamente posible.

—Je suis enceinte.

Estoy embarazada.

Y rompí en llanto.

Me cubrí la cara con las manos, dejando que mis sollozos rebotaran en mis palmas. Escuché a Evan levantarse y acercarse rápidamente, y luego tuve sus brazos a mi alrededor. Abracé su cintura, enterrando mi rostro en su pecho, mientras él susurraba reconfortantes palabras a mi oído. Una de sus manos me tenía fuerte contra él y la otra acariciaba mi cabello.

No podía dejar de llorar. Quizás las hormonas estaban comenzando a afectarme, provocando un mar de lágrimas desbordar por mis ojos. La camiseta de Evan estaba mojada a causa de mi llanto, pero no parecía importarle y a mí tampoco. La verdad era que estaba muy angustiada como para preocuparme por algo tan insignificante.

—Esto no puede estar pasando —logré articular en un hilo de voz.

—Shhh. —Sentí su respiración contra mi sien—. Todo estará bien.

Y seguí llorando y apretándolo hacia mí. Estaba triste y me sentía desolada, pero algo en tenerlo pegado a mí, brindando su calidez corporal, me daba cierto confort. Me hacía sentir un poco mejor el saber que él estaría a mi lado.

Me molestaba el hecho de que la reina Lucinda sonreiría con satisfacción al volver a Goldenwood. Me molestaba que en medio de su juego enfermo, hubiera una vida inocente.

Y yo tenía solamente 18 años; con suerte tendría 19 al dar a luz, en el caso de que todo saliera bien. Era una adolescente a quien todavía le faltaba vivir la vida. Me sentía muy indefensa y no estaba lista para ser responsable de una nueva vida, cuando apenas tenía responsabilidad sobre la mía.

Como si estuviera leyendo mi mente, Evan murmuró:

—No estarás sola, Brenda. Yo estaré a tu lado.

Asentí contra su pecho, sintiéndome incapaz de hablar.

Terminé sin poder comer en lo que restó del día, pues estaba demasiado conmocionada. Evan intentó animarme con alguna película, aunque nada lo hacía. Apreciaba su intención, realmente lo hacía, pero cada vez que mi mente viajaba sola hacia la prueba de embarazo, mis ojos se volvían a humedecer.

Llamó a una doctora que él conocía y sabía que era de confianza, y pidió una cita lo más pronto posible. Al ser el príncipe Evan quien estaba llamando, consiguió que nos atendieran al día siguiente.

En la noche me atrajo hacia su pecho y me dejó derramar las lágrimas que fueran necesarias.

Terminé llorando hasta quedarme dormida en esa posición y ni siquiera me había dado cuenta de lo cansada que estaba, hasta que me desperté el otro día sintiéndome refrescada.

Mi cabeza estaba escondida en la curva del cuello de Evan y, mientras uno de mis brazos estaba achicharrado debajo de mi cuerpo, el otro abrazaba su cintura. Los de él estaban cubriendo mi

cuerpo y me sentía protegida y cálida ente ellos, las sábanas y el edredón. No tenía ganas de salir del lugar, pero tenía muchas ganas de ir al baño y no creía ser capaz de aguantar mucho más.

Me desaté de sus brazos lo más lento que pude para no despertarlo, ya que había estado despierto hasta tarde por mí. Cuando estuve libre, bajé de la cama y caminé a hurtadillas hacia el armario, tomando ropa interior y la ropa que usaría para ir a ver a la doctora. Con pasos silenciosos, me dirigí hacia el baño.

No era un día frío, ya estábamos en verano, pero mi cuerpo sí lo estaba y mi piel se erizó cuando me deshice del pijama, quedando solo en ropa interior. Cuando volteé para levantar la ropa del piso, entreví mi cuerpo en el espejo grande que estaba en la pared contraria.

No pude evitarlo y me acerqué a él, observando mi reflejo. Mis ojos estaban hinchados, mi piel más pálida que de costumbre y mi cabello era un nido de pájaros. Estaba un poco más largo, mis ondas terminando justo en la mitad de mis senos.

Sin pensarlo, como si mi mente no controlara las acciones de mi cuerpo, giré de costado con los ojos estáticos en mi estómago. Coloqué una mano sobre mi panza, en la zona del ombligo, y me dio un escalofrío cuando sentí lo fría que estaba mi palma. Con mi mirada fija en la parte baja de mi vientre, me di cuenta de que era muy irreal imaginarme con una gran barriga del tamaño de una sandía. O quizás más grande que una sandía.

Toda mi vida había sido muy delgada y de metabolismo rápido, iba a ser extraño, al fin, aumentar algunos kilos. Sacudí mi cabeza; aún me era raro el solo pensamiento de tener una persona creciendo allí dentro.

Como de costumbre, me di una ducha rápida. El agua estaba lo suficientemente caliente para dejar de estar destemplada y entumecida. Me sequé con velocidad, me puse la ropa interior y cubrí mi cuerpo con la bata esponjosa del hotel. Cepillé mi cabello y luego lo sequé con una toalla, recordando vagamente a Fabio. Esa queratina había sido mágica para mi pelo.

No quería prender el secador, pues no quería despertar a Evan, así que opté por dejar que se secara por sí solo mientras volvía a la habitación para buscar mi teléfono celular. Tenía llamadas y

mensajes perdidos, algunos eran de mi madre, otros de Jackie, de Seleste y de Candace, e incluso había alguno de Lynn.

Me preguntaba cómo estaría yendo su embarazo. Me sentía mal por haberme enterado tan tarde de que estaba encinta. Ahora mismo debía estar en la mitad de los seis meses. Ric debía estar extasiado también, tendría un heredero incluso antes de ser rey, y sería obvio que tendría un primogénito, como todos los Bourque.

No leí los mensajes de texto ni devolví las llamadas perdidas. Busqué el nombre de mi mejor amiga y envié un rápido mensaje: «Necesito hablar contigo, llámame cuando puedas».

Cerré la casilla y decidí investigar las noticias de Goldenwood.

La primera encuadraba a la reina Lucinda en una fotografía que la favorecía de forma extraña. No sé si era porque tenía mucho Photoshop o porque tenía una cantidad ridícula de maquillaje, pero se veía linda. Parecía, a simple vista, una mujer atractiva, cosa que no era la mayor parte de las veces.

En la noticia ella hablaba sobre la felicidad que la invadía al tener a sus dos hijos casados con mujeres excepcionales, que ambas bodas fueron los mejores días de su vida, días que solo serían superados en felicidad al conocer a su futuro nieto, Jöel, quien nacería a mitades de octubre.

Así que el hijo de Lynn y Ric se llamaría Jöel. Una parte de mi mente registró que la cosa que tenía dentro de mí tendría un amiguito. Puse el pensamiento a un lado y seguí observando hacia abajo.

Seguía habiendo fotos de la boda de los futuros reyes de Goldenwood, algunas de las cuales ellos habían subido a algunas de sus redes sociales sobre el embarazo, y muchas otras cosas más sobre ellos. Parecía que su relación causaba furor, pues los comentarios debajo eran miles y miles.

En cuanto llegué a la siguiente sección, me di cuenta de que estaba bastante equivocada. Una cantidad ridícula de fotos de Evan y mías decoraban lo que restaba de la página principal, e incluso había un enlace para ver más fotos. Eran demasiadas, de cada paseo que habíamos dado fuera del hotel.

Ni siquiera me detuve a leer lo que las noticias decían. Lo que me llamó la atención fue el número de comentarios. Decir que superaban los de Lynn y Ric habría sido una atenuación.

Iba a dejar el aparato a un lado cuando comenzó a sonar, el nombre de Candace brillando en la pantalla. Deslicé mi dedo hacia la derecha y coloqué el teléfono en mi oreja, mientras corría hacia el baño lo más silencioso que mis pies me permitían.

—¿Candie? —Cerré la puerta detrás de mí.

—¡Bren! Oye, acabo de ver tu mensaje, ¿qué sucede?

Sonreí antes de tomar aire. Su voz me había calmado un poco. Era cursi, pero realmente la extrañaba y sabía que el hecho de estar encinta era, en parte, a causa de ella. Haría lo que fuese por mi amiga.

—Yo... Yo tengo algo que decirte, pero necesito que lo mantengas en secreto.

—Eh, sí, seguro. Dime, sabes que puedes confiar —escuché la sonrisa en su voz.

Con un suspiro, me senté sobre la tapa del retrete.

—Me gustaría decir que no es nada seguro, de verdad me gustaría, pero no es así y me gustaría que estuvieras aquí conmigo en lugar de estar al otro lado del mundo —se me quebró la voz y sentí que se formaba un nudo en mi garganta.

—Bren —pronunció suavemente—, respira. Si me necesitas ahí, sabes que haré lo posible para viajar y estar contigo tan pronto como vuelvas a Goldenwood.

Tomé respiraciones hondas, intentando calmar mis ganas de romper a llorar y hacer a un lado el horrible nudo que tenía.

—Estoy embarazada.

Y la línea telefónica se quedó de silencio. Mordí mis uñas esperando su respuesta, pero conforme pasaban los segundos, mi ansiedad y nerviosismo crecían cada vez más. Demonios, ¿por qué se

estaba tardando tanto? Necesitaba escuchar las típicas palabras reconfortantes que ella sabía brindar.

—¿Candace, estás ahí?

—Dios mío —dijo rápidamente—, ¿estás hablando en serio?

Me removí incómoda.

—Sí —susurré.

—¡Dios mío, dios mío, dios mío! ¡Estás embarazada! —exclamó.

No sé si era porque estaba muy nerviosa, pero no pude identificar la emoción detrás de la exclamación.

—Lo estoy —volví a susurrar.

—¿Seré tía, en serio? —preguntó esperanzada.

Suspiré con alivio. No tenía en claro cuál era la reacción que estaba esperando; sin embargo, se sentía bien saber que ella no estaba decepcionada ni nada parecido. Sonaba feliz y eso me era suficiente.

—Sí... Serás tía y madrina.

—¡Dios mío! —gritó.

Reí, sintiendo que un gran peso había sido retirado de mis hombros.

Candace siguió con sus reacciones exageradas y nombres sagrados, mientras yo reía en respuesta. Había escuchado a su madre preguntar un par de veces por qué estaba gritando tanto, pero mi amiga solo le dijo que estaba feliz y necesitaba expresarse.

Cuando se tranquilizó, la conversación comenzó a tornarse más seria.

—Bren... ¿Cómo te sientes tú con todo esto? —inquirió suavemente.

Ni siquiera tuve que considerar mi respuesta.

—No lo sé. Realmente no sé, ni siquiera sé cómo debería sentirme. Quiero decir, tengo 18 años, casada con un hombre que conocí hace dos meses y medio y estoy constantemente bajo las amenazas de su madre. Me molesta que haya una vida inocente entre el horrible juego de Lucinda, me molesta que ella haya ganado y... —Mi voz se quebró y volví a sentir el nudo en mi garganta—. No lo sé —admití en un hilo de voz, una lágrima escapándose—. Supongo que una parte de mí estaba feliz, pero la otra triste y con mucha impotencia.

—Oh, Brendie... Relájate, ¿de acuerdo? No estás sola en todo esto. Evan es un buen tipo, estoy segura de que estará contigo en todo momento y te ayudará en todo lo que necesites. Desearía poder estar ahí y poder abrazarte. En serio lo hago —expresó con empatía.

Yo deseaba lo mismo.

—Tengo tanto miedo. Y de tantas cosas —lloré.

—Lo sé, cariño, lo sé. Llámame siempre que quieras, porque atenderé sin importar la hora. Como ahora, que son las seis de la mañana —agregó con una pequeña risa contenida.

Reí entre lágrimas y agradecí en el alma tener una amiga como ella.

Terminamos la llamada un rato más tarde. A pesar del llanto, me sentía bien y liberada. Mi cabello ya estaba húmedo, así que me acerqué al espejo y volví a cepillarlo antes de limpiar mis mejillas empapadas.

Opté por no seguir ninguna de las reglas de Seleste para vestirme, pues no me encontraba en el humor para soportar vestidos, tacones y accesorios. Quería estar cómoda.

Elegí calzas negras, una camiseta de tirantes, un holgado y largo suéter de hilo rayado en gris, violeta y verde, e iba a ponerme el único par de Converse que había traído, pero me dio algo de culpa el no hacer caso a mi prima, así que me calcé unos zapatos planos de color negro.

—¡Brenda! —exclamó Evan desde el dormitorio, haciéndome saltar en el lugar.

Caminé a paso rápido hacia el cuarto, para encontrarlo rebuscando entre la ropa del armario. Parecía apurado.

—¿Qué?

—¿Por qué no me despertaste? ¡La cita con la doctora es en media hora!

—Porque no sabía. —Me encogí de hombro, viendo con diversión como corría hacia el baño. Escuché que prendió la ducha y volvió a la habitación, frenando frente a mí. Sonreí con ternura; tenía el cabello apuntando en diferentes direcciones y sus ojos lucían hinchados de tanto dormir—. Todavía hay tiempo.

Suspiró y su mirada alterada se suavizó.

—Tienes razón, es solo que... —Negó con la cabeza—. Estoy nervioso, supongo. Y la doctora me dijo que nos había hecho un lugar solo por ser nosotros, siento que debemos estar allí tiempo antes para demostrarle que perder su tiempo con nosotros valdrá la pena.

—Y va a ser así —aseguré—. Excepto por la parte en la que llegamos tiempo antes, creo que solo podremos llegar muy puntuales.

Sonrió y asintió, antes de besar mi frente y entrar al baño

No hice mucho mientras lo esperaba, solo volví a jugar con el teléfono y a revisar noticias sobre Goldenwood, por si aparecía algo nuevo diferente al reino y sus miembros.

Ni siquiera podía hacerme a la idea de que yo era parte de eso. Formaba parte de la familia real y no había vuelta atrás. En Goldenwood no existían los divorcios, por lo menos no en la realeza. Cuando personas allí anunciaban su compromiso, significaba que prosperarían como pareja por el resto de sus vidas. Según había entendido en los interminables divagues de Seleste, era para demostrar seguridad en el pueblo. De repente, entendía por qué la gente estaba tan feliz con ambas bodas.

Evan no tardó mucho en el baño, quizá unos diez minutos, así que se vistió rápido y avisó a los guardias que saldríamos. El viaje fue tranquilo, aunque lleno de ansiedad y expectación, y

aproveché para mirar por la ventanilla y conocer con la mirada partes de París que nunca antes había visto.

Afortunadamente, entramos al hospital por una puerta que era solo para empleados. Esperamos en una sala apartada para que nadie nos viera allí, mientras los guardias vigilaban la puerta de entrada. Yo no podía dejar de moverme de un lado a otro. Sabía que estaba embarazada, pero esto era otro nivel, totalmente diferente. No sabía lo que la doctora me haría hacer o me diría. Estaba nerviosa.

—Brenda —llamó Evan colocándose frente a mí y tomando mis manos entre las suyas—, cálmate. Todo estará bien. No nos dirá algo que no sepamos.

Tragué con fuerza y asentí, todavía sintiendo los nervios bailando de forma fastidiosa dentro de mí.

El guardia nos avisó que era nuestro turno de entrar, solo unos minutos después. Guiados por una enfermera, caminamos por los pasillos del hospital. Algunas personas nos vieron, pero no hicieron intento de acercarse o comentar algo. La mayoría eran parejas esperando un hijo o algunos con bebés en sus brazos, por lo que supuse que estábamos en el ala de la maternidad.

Una muchacha con una gran barriga conectó sus ojos con los míos y me sonrió con aliento. Le brindé una sonrisa forzada, me sentía incapaz de hacerlo genuinamente.

Dentro del consultorio, una mujer con un uniforme blanco estaba sentada detrás de un escritorio, su vista fija en la computadora frente a ella.

—Docteur Dulieu, Brenda et Evan Bourque sont ici —dijo la enfermera.

Doctora Dulieu, Brenda y Evan están aquí.

Le doctora Dulieu levantó la mirada y sonrió cortésmente.

—Merci, Alessia, je t'appellerai si j'ai besoin de quelque chose. Brenda, Evan, pasen, por favor.

Gracias, Alessia, te llamaré si necesito algo más.

La enfermera se retiró y cerró la puerta en el proceso. Aún sonriendo, la doctora indicó con su mano que nos sentáramos. Supuse que presintió cómo temblaba, ya que Evan tomó mi mano y dio un apretón. Sintíendome aún temblorosa, apreté también y nos acercamos al escritorio.

—Quiero que sepan, antes que nada, que es un placer tenerlos aquí.

Su cabello era color chocolate y estaba sujetado en un moño alto y prolijo. Sus ojos eran celestes, cálidos, enmarcados con oscuras y largas pestañas. Era una mujer muy bonita y su acento era bien francés. Afortunadamente, su inglés seguía siendo bastante bueno y entendible.

—El placer es nuestro, doctora —sonrió Evan—. Estamos muy agradecidos de que nos haya atendido tan rápido.

—No hay problema, *prince*. Y, por favor, llámenme Maïte. Entonces, ¿qué los trae aquí, exactamente?

Evan volvió a apretar mi mano, dándome el turno para hablar. Le eché una mirada de puro susto, una que él me devolvió con una sonrisa alentadora. Volví a ver a la doctora, quien también sonreía de esa manera, instándome a decirle el motivo de nuestra visita.

Tragué con fuerza.

—Nosotros... Yo...

No podía continuar. ¿Por qué estaba tan nerviosa? No era la primera vez que asistía al doctor. Yo nunca me ponía de esta manera, ni siquiera antes de una cita, ¿por qué de repente estaba así? No entendía. Quería decirle a la doctora el propósito de nuestra visita, sin embargo, me sentía incapaz.

La doctora Maïte Dulieu me miró con empatía.

—Veo que esto no es nada fácil para ti, Brenda, pero necesito que lo digas para que comiences a aceptarlo. De otra manera, todo esto nunca llegará a ser algo verdadero para ti.

Sí era verdadero, me molestaba que pensase que para mí no lo era, pero entendía su punto de vista y tenía muy en claro que debía comenzar a aceptar mi condición actual.

Tomé una respiración honda.

—Estoy embarazada —admití—, y no tengo idea de qué hacer.

—Bueno, para eso estoy yo —se colocó un par de anteojos, sonriendo—. ¿Están ciento por ciento seguros?

—Sí... Tengo más de un mes de atraso y siempre he sido muy regular.

—Además —comenzó Evan con cierta inseguridad—, no nos cuidamos.

La doctora asintió, escribiendo en su computadora con una mirada seria, aunque tenía un tinte cálido, ese brillo que te hacía confiar en ella al instante.

Comenzó a hacerme preguntas sobre mi periodo, la regularidad de mi menstruación y los síntomas. Nos informó sobre cómo sería esta primera visita, el reconocimiento físico para comprobar el estado de mi salud, los análisis de sangre y orina, y luego la ecografía trasvaginal para ver al bebé y determinar cuánto tiempo tenía de concebido.

Sonaba agotador, pero me vi obligada a asentir y ponerme de acuerdo con cualquier cosa que la doctora me dijera.

No era de las personas a las que les molestaban las agujas, no les tenía fobia como lo hacía Candace, así que esa parte fue fácil, al igual que orinar en un frasco. Era algo perturbador que ella lo tuviera ahí en su escritorio, pero le daba créditos por actuar como si no estuviera allí interrumpiendo sus pensamientos médicos.

El reconocimiento físico fue el que más me molestó. Tuve que desnudarme de cintura para abajo y taparme con una sábana. Estaba muy incómoda, pero la mano de Evan en la mía, su presencia y apoyo constante hacían que todo fuera mejor.

—Bien, Brenda, no tengas miedo, esto no dolerá —dijo con calma.

Yo estaba tendida boca arriba en una camilla que mantenía mis piernas separadas y no me resultaba para nada cómodo. Ella era una especialista en el tema, pero eso no lo hacía mejor. Cerré mis ojos y tomé respiraciones profundas, intentado ignorar en lo que ella estaba trabajando.

Cuando terminó, me dijo que me envolviera con la manta y caminara hacia la otra camilla que estaba al lado de una pantalla y algunas máquinas. Evan me ayudó, colocando una mano en mi cintura y caminando pegadito a mí.

—Todo está yendo bien, así que no deben preocuparse, ya tengo la fecha aproximada del parto y la duración de la gestación. Ahora haremos un examen abdominal para saber el tamaño del feto.

Me indicó una camilla diferente a la que había estado ocupando. Esta estaba al lado de una pantalla y algunas máquinas. Mientras yo me acostaba, ella prendía aparatos y tocaba botones, y Evan acercaba una silla, colocándola a mi lado.

—Baja la manta y sube tu suéter, Brenda, que solo se vea tu estómago —sonrió.

Soltando la mano de Evan, hice lo que me dijo y coloqué mis manos en los costados. Sentí la mano del príncipe en la mía otra vez y giré a verlo, encontrándome con su sonrisa tranquilizadora. Besó mis nudillos.

—¿Está mal que esté un poco emocionado? —susurró apenas perceptible.

Me resultaba adorable que lo estuviera. Yo misma me sentía algo emocionada. Si bien no me sentía bien del todo con la situación y con el examen previo, estaba a punto de saber más cosas y me daban ciertas emociones que no podía ignorar.

Solamente negué con mi cabeza, sonriendo un poco.

La doctora posó sus manos sobre mi abdomen y palpó suavemente, una ligera sonrisa aflorando en su rostro. Hizo eso un momento más, antes de acomodar mi ropa y volver a subir la manta, y tomar algo que estaba a su lado.

—Esto no dolerá así que relájate —advirtió.

Insertó el aparato dentro y lo movió de apoco, despacio.

—Haremos una ecografía para ver si todo está yendo bien, pero, en realidad, lo más común es hacerla en la semana número doce, donde el feto ya está más desarrollado. Solo tienes siete semanas y media de embarazo, Brenda, así que no se verá mucho —sonrió, e hizo un ademán con su cabeza—. Miren eso.

Nuestras cabezas se voltearon hacia la derecha, donde un punto se veía claramente. Ella colocó su índice en la pantalla, mostrándonos los contornos y explicando las partes que se podían apreciar. En efecto, cuanto más lo veía más me daba cuenta de que tenía la forma de feto. Movié el aparato un poco más y la imagen cambió de perspectiva. La doctora apretó un botón en el dispositivo algunas veces.

Me encontraba hechizada por la imagen que mostraba la pantalla. Cada vez mi embarazo se tornaba más real y yo me volvía más sensible. Sentía mis ojos cristalizándose de solo ver lo que parecía ser una mancha rara.

—¿Ese es...? —Evan dejó la pregunta inconclusa, tragando sonoramente.

Maïte sonrió.

—Sí. Ese es su bebé.

Me aclaré la garganta, intentando recuperar algo de mi cordura.

—¿Cuándo sabremos si es un *él* o una *ella*?

—Será un *él*, Brenda. Los Bourque siempre tenemos primogénitos, no primogénitas.

Puse mis ojos en blanco, un tanto irritada.

—Nunca sabes qué puede pasar. Mi mamá tiene una melliza y mi padre una hermana mayor y yo soy mujer, al igual que Seleste, así que no creo en toda esa tontería de que los Bourque no tienen hijas a la primera.

Él y la doctora rieron, pero no comentaron nada al respecto.

—Escuchémoslo —susurró, mordiendo su labio inferior.

Y de repente, el galope de un caballo resonó en la habitación. La sonrisa en mi cara, esta vez, era inevitable. Evan apretó un poco más mi mano y no me di cuenta de la lágrima que se me había escapado hasta que él pasó sus nudillos libres por mi pómulos, antes de dejar un beso.

Maitte nos miró con una sonrisa concedora antes de apagar todo y liberarme de la incomodidad del aparato. Me tendió mi ropa y se dirigió a su escritorio, dándome un poco de privacidad para volver estar dentro de mis prendas. Mientras Evan sostenía la manta frente a mí, yo volví estar en la comodidad de mi ropa interior, medias y zapatos.

Cuando estuve lista, ambos nos acercamos al escritorio, donde la doctora Dulieu estaba anotando cosas en la computadora, mirando fijamente con su concentración de doctora. Sintiendo que nos sentamos frente a ella, nos dedicó una sonrisa enorme.

—Bueno... Esto ha llegado a su fin. Todo parece estar bien, solo hace falta analizar tu sangre para ver el conteo de hormonas y orina, pero por lo que pude ver todo está en orden. En el caso de encontrar algo malo, los llamaremos para tener una cita y tomar las medidas preventivas para que el bebé nazca sin inconvenientes. La fecha aproximada del parto es el 20 de marzo del año que viene.

—¿Qué? —pregunté incrédula—. Eso es muy cerca de mi cumpleaños.

Ella rio.

—No es seguro, Brenda. Quizá sea antes o después, eso lo decidirá el bebé. Como ya he dicho, solo tienes un poco más de siete semanas, así que falta mucho para que eso pase, tal vez podamos tener una fecha más exacta más adelante. Los veré de nuevo en agosto, ¿de acuerdo?

—Sí, seguro —acordó Evan.

—Te recetaré las vitaminas necesarias para el embarazo, Brenda, nunca olvides tomarlas —comenzó a escribir—. Por cierto, no tendrán que viajar hasta aquí para las próximas citas, yo iré a Goldenwood. Hace poco abrí mi propio consultorio y estaré allí una vez al mes.—Nos tendió un

sobre—. Aquí están las recetas, el próximo turno para que no lo olviden, mi número y las fotos de la ecografía. Tengo más pacientes, así que no puedo conversar mucho más, lamentablemente. Con suerte, la próxima vez tendremos más tiempo —sonrió gentil.

La saludamos devuelta y nos retiramos, no sin antes agradecerle por su atención. Si bien había tenido momentos incómodos, Maïte Dulieu había sido la mejor doctora que me había atendido en mucho tiempo.

Mientras Evan y yo estábamos sentados en la parte de atrás del coche que los guardias conducían, abrí el sobre y saqué las fotos del ultrasonido. Quería volver a ver las imágenes de la mancha.

Cuando el príncipe se dio cuenta de mis intenciones, se acercó más a mí para poder observar él también. Se veía igual a la pantalla del consultorio, pequeño y la forma del feto apenas distinguible, pero allí estaba. Solo un pensamiento se repetía en mi mente mientras veía el momento congelado y acariciaba el papel con mi índice:

Ese es mi bebé.

Volver a Goldenwood era algo de lo que no estaba segura. Por una parte quería quedarme encerrada en la habitación de hotel de París, ignorando lo que sucedía en el resto del mundo. Por otra parte, quería volver para escapar de la tensión que se formó entre Evan y yo luego de la visita al consultorio de Maïte Dulieu.

El aire entre nosotros era extraño, porque si bien él estaba a mi lado en todo momento (incluyendo las náuseas matutinas) y sentía que lo quería más por ese motivo, el hecho de que nuestra relación fuera tan rara causaba cierta tensión que antes no existía. Era como que quería cuidar de su futuro hijo sin arruinar las cosas conmigo.

Lucinda se dio cuenta de mi embarazo antes de que yo pisara la tierra dorada. No, no leía mentes y no, nadie le había dicho nada, pero Evan le dio un par de pistas y ella lo captó enseguida. Solo esperaba que no dijera nada, porque él y yo habíamos decidido que no diríamos ni una palabra hasta no tener por seguro que todo estaba en orden.

Todo fue mejor de lo que esperaba. Lucinda no había dicho nada, hasta actuó como si nada estuviera pasando. No sabía si estar agradecida o preocupada. Lynn tenía una enorme barriga de siete meses, la sonrisa más brillante y los ojos más felices del mundo. Estaba radiante, y Ric no era diferente. Jackie había teñido las puntas de su cabello de color rubio, dándole un estilo diferente al elegante que ella siempre portaba. Selesté estaba más hiperactiva que nunca y no pude evitar mi sorpresa cuando la vi vistiendo jeans.

Estaba todo... Bien. Nadie notaba mis cambios de humor ni mi renuencia a ciertos alimentos. Excepto Evan y Lucinda, claro. Tenía la impresión de que Lynn sospechaba algo, pero ni siquiera pasaba tanto tiempo en el castillo, ya que ella y Ric se habían mudado al castillo de invierno cuando nosotros habíamos partido de luna de miel, donde estarían hasta que fuera la hora de asumir sus posiciones en el reino.

Los días eran divertidos y pasaban con rapidez.

Pero había algo que me faltaba. Candace, quizás; otra conversación con mi mamá que me aliviara u otro abrazo reconfortante de mi papá, aunque no eran esas cosas las que yo realmente quería. Lo que yo deseaba, era que mi relación con Evan volviera a ser como era antes de visitar ese consultorio.

Él era tierno y yo me dejaba llevar por algunos mimos de su parte. Pero cuando del embarazo se trataba, él se cerraba e intentaba tocarme lo menos posible. Me ayudaba, me contenía y la tensión en su cuerpo a mi alrededor me ponía peor de lo que ya estaba.

Las dos veces que visitamos el consultorio de Maïte para las consultas mensuales, él parecía emocionado, apretaba mi mano y sonreía al ver la imagen de la pantalla en cada ecografía. En cuanto salíamos, todo volvía a ponerse tenso.

No me extrañó su comportamiento cuando, unos meses después, llegó el nacimiento de Joël. Todos corrimos hacia el hospital cuando nos avisaron que la futura reina estaba en trabajo de parto hacía ya unas horas.

—¡Estoy tan emocionada! —exclamó Jackie en voz baja, mientras todos estábamos sentados en la sala de espera, la cual era, obviamente, privada—. No puedo creer que al fin conoceremos al pequeño Joël.

Constance, la madre de Lynn, rio a su lado.

—Yo tampoco puedo creerlo. En realidad, no puedo creer que mi hija está por tener un hijo.

Lynn, Seleste y yo reímos, mientras la reina Lucinda permanecía en silencio. Aunque yo pude ver la pequeña sonrisa que estaba por asomarse en sus labios. Era un atisbo, una sombra, pero era algo y eso quería decir que tenía tantas ganas de conocer a su futuro nieto como todas nosotras.

Evan estaba en otra parte, conversando con su padre, el de Lynn y Marco, ya que Ric estaba dentro de la habitación. Según Maïte, quien hacía un mes había abierto su consultorio y conseguido un empleo en el hospital de Goldenwood, aún faltaba para que el bebé llegara, ya que la princesa había entrado al establecimiento con solo dos centímetros de dilatación.

Y ahora solo tenía cuatro.

La emoción de mis acompañantes era mucha para ser solo las dos de la mañana. Yo estaba muerta del sueño y mi sistema quería devolver la cena. Mi descompostura era insoportable.

Decidí salirme en silencio. Caminé con mi celular en la mano hacia el elevador, y dentro marqué el número de la planta baja. Cuando tuve un vaso de agua en mis manos y me encontré sentada en unas de las mesas de la esquina, marqué el número de Candace y la llamé. Tenía la certeza de que ella estaba despierta.

—¿Brenda? ¿No deberías estar durmiendo?

A pesar de su voz baja, sonaba emocionada, como todas las veces que la llamaba. Me volvía un poco el humor cada vez que conversábamos.

—Sí —reí entre dientes—, pero Lynn está a punto de dar a luz. Estamos en el hospital.

—¡Dios mío! Desearía poder estar ahí —gimoteó.

Volví a reír antes de darle un sorbo al agua. Las náuseas seguían molestándome, amenazándome, pero realmente no quería vomitar y arruinar el ambiente de felicidad. Tampoco quería que Evan se pusiera más tenso de lo que ya estaba y todo se volviese incómodo.

—Todos están muy emocionados —comenté tranquilamente.

De su parte recibí silencio. La línea se mantuvo muerta por unos segundos, hasta que Candace suspiró y dejó su emoción de lado. Mentalmente puse mis ojos en blanco; ¿por qué ella me conocía mejor de lo que yo hacía?

—Pero tú no lo estás; todo sigue igual, ¿verdad?

—Sí —susurré, sintiendo el nudo en mi garganta formándose.

—Oh, Bren. ¿Por qué no hablas con él?

—Porque... No lo sé. No lo sé, supongo que tengo miedo de lo que me dirá.

Apoyé mis codos sobre la mesa, mientras pasaba los dedos por mi cabello. La situación me frustraba. Quería que todo volviese a ser como ese día en que ambos habíamos confesado que nos gustábamos. ¿Por qué todo tenía que ser tal difícil? ¡Maldición!

—Debes decirle lo que sientes, Bren. Están casados, tienen sexo, duermen todos los días en la misma cama; comparten todo ahora. Hablen, Brenda. O... ¿Quieres que yo hable con él?

—¡No! —respondí al instante—, ¡no! Tienes razón, pero debo hacerlo yo misma —bostecé—. Lo haré en cuanto estemos en el castillo, ahora estoy muy cansada y me siento como la mierda.

Mi comentario hizo que volviese a reír.

No quise agregar que desde que habíamos vuelto a Goldenwood no habíamos compartido ni un beso de buenas noches, pero ya no quería agobiar a Candace con cada detalle.

—Bueno, yo tengo que ir a dormir. Mañana comienzo a trabajar en esta boutique en la que te he contado, así que debo estar fresca en la mañana. Te quiero Bren, ¡cuídate!

—Suerte, Candie. Yo también te quiero.

Terminé la llamada y bebí el resto del agua que llenaba el vaso en pequeños sorbos. Sabía que si me la tomaba de repente sería para peor. Me quedé sentada allí un rato más, sabiendo que Joël aún no había nacido y nadie me necesitaba al momento.

Sabía que solo era cuestión de días antes de decirles a todos que yo también pasaría por lo mismo que Lynn... Que Evan y yo estábamos esperando un bebé. Pero, ¿acaso me sentía lista para eso? ¿Estaba lista para que él se apartase de mí incluso más? Él sabía que me gustaba, que no podía soportar todo esto por mí misma. Aunque tampoco podía culparlo; él me había informado de su renuencia a este matrimonio desde un principio.

Quizá se había dado cuenta de que, aunque gustase un poco de mí, no quería tenerme a su lado todo el tiempo. Quizá el hecho de que yo estuviese embarazada cambiaba todo.

Pero yo recordaba como si hubiese sido el día anterior, que él estaba emocionado al momento de la ecografía. Él se había mostrado feliz. ¿Serían mis hormonas las culpables de mis pensamientos? Seguro yo me estaba inventando todo.

Esa era una buena posibilidad.

Suspirando, me levanté con el vaso en mano y metí el celular en el bolsillo de mis jeans. De camino hacia afuera de la cafetería, tiré el objeto descartable a la basura, y pensé que realmente quería dormir en este momento.

Quería estar en la comodidad de la cama de Evan y descansar mi mente.

De vuelta, me senté en donde había estado e intenté escuchar algo de lo que estaban hablando las otras, pero realmente me estaba costando mantener mis ojos abiertos. Las náuseas se habían ido levemente y ya no me tenían molesta, así que mi cuerpo me estaba pidiendo una hora, nada más, de descanso y relajación.

—Brenda —Evan apareció frente a mí, frunciendo ligeramente el ceño—. ¿Estás bien? —colocó su mano en mi frente.

—Sí —murmuré—, solo estoy cansada.

Sonrió con ternura, provocando que sus ojos se suavizaran y la arruga en medio de sus cejas desapareciera. Se sentó a mi lado y pasó su brazo por encima de mis hombros, atrayéndome hacia su pecho. Me acurruqué contra él, sintiendo que su calidez era más grande que la del suéter que traía puesto.

Evan apoyó su mejilla sobre mi coronilla y todo su cuerpo se relajó. Sentí una punzada de satisfacción correr por mi cuerpo mientras cerraba los ojos. Me dejé caer en las redes del inconsciente, porque lo necesitaba y si quería conocer a Joël cuando naciera necesitaba tener más energías.

—Brenda —alguien susurró, sacándome de mi sueño—. Despierta.

—No —gimoteé y me moví más cerca de mi fuente de calor.

Esta tembló al compás de una risa y fue allí que recordé que me había quedado dormida sobre Evan. Me moví lentamente y abrí mis ojos, mirando hacia arriba. Él estaba sonriéndome, luciendo más fresco y relajado de lo que lo había visto en los últimos meses.

—Joël ha nacido.

Me senté de un salto, con los ojos bien abiertos, pero lo hice tan rápido que mi vista se llenó de puntos negros y mi cabeza punzó. Llevé mis manos a mis ojos y esperé que todo eso pasara, mientras sentía que Evan frotaba mi espalda de manera reconfortante.

Cuando mi vista volvió a la normalidad, me di cuenta de que éramos los únicos en la sala de espera. Seguramente todos estaban dentro de la habitación, observando al nuevo miembro de la familia real.

—Yo no quiero eso —susurré sin darme cuenta.

—¿Qué? —preguntó Evan.

Giré para mirarlo lentamente, queriendo compartir mis pensamientos con él. Sabía que hablar del tema me jugaría en contra, pero me arriesgué porque tenía la certeza de que, a pesar de todo, él estará de principio a fin.

—Yo no quiero que todo el mundo entre a la habitación luego del parto. Quiero disfrutar del momento, descansar y que todos conozcan al nuevo miembro después, estando fuera del hospital.

Su expresión permaneció inescrutable un momento, sus ojos clavados a los míos. Asintió en silencio y desvió su mirada, antes de sacar su mano de mi espalda y entrelazar los dedos en su regazo, evitando mis ojos.

Aún estando a centímetros, lo sentía tan lejos de mí que dolía.

Sentía que ya no le importaba.

Era como si mi pecho estuviese siendo estrujado por un elástico.

Evité las lágrimas que se asomaban y el gran nudo que se había formado en mi garganta. Me aclaré la garganta y crucé mis brazos, me giré hacia mi derecha para ignorar su expresión indescifrable.

En efecto, Joël era hermoso. Tuve la oportunidad de verlo y presenciar su primera sonrisa mientras Alaric lo tomaba en brazos, pero no conseguí el valor de aceptar cuando Lynn me preguntó si quería sostenerlo. Quería, realmente lo quería, solamente no me sentía preparada.

Mis hormonas estaban revolucionadas y no me sentía bien. Tenía un bebé dentro de mí, uno que no había querido desde un principio y que aún ignoraba, solo me permitía emocionarme y sentirme futura mamá cuando visitábamos a Maïte; Evan ya no parecía el mismo, al menos no cuando hablábamos sobre el embarazo, y la gente que más me importaba estaba lejos de mí.

Me permití sonreír y sentirme enternecida por el nuevo Bourque, el nuevo príncipe, pero no quise sostenerlo. Jackie sacó miles de fotos con su celular y las subió a una red social de fotos. No recuerdo cómo se llamaba, aunque la emoción de la adolescente era palpable, más cuando anunció que había pasado los mil seguidores o algo similar.

Yo no entendía nada de Internet, ni siquiera tenía una página de Facebook, así que me mantenía al margen y asentía cuando ella me hablaba sobre el tema.

Evan y yo volvimos al castillo antes que los demás.

Él intentó entablar una conversación, pero yo solo asentí e hice muecas, dejándole entender que no podía ni pretendía responderle. No me sentía yo; estaba hecha una niña sensible que lloraba por cualquier ocurrencia. Yo no era así, no me creía así. Sabía que no era realmente yo, sino las hormonas hablando por mí.

Horace, nuestro nuevo chofer, nos condujo en silencio, notando la tensión que nos rodeaba. Usualmente nos daba charla y mencionaba cosas triviales que sucedían en la ciudad, las cuales nosotros no nos enterábamos. Hoy, sin embargo, se mantuvo profesional. Callado. Serio.

Evan se fue a no sé dónde por el día, según él era para trabajar a distancia con Edouard y Soufiane. Sabía que eso era mentira, porque podía hacerlo tranquilamente desde su habitación.

Como sea. Almorcé una sopa deliciosa por parte de Nenna, me acosté en el gran sofá que había en el dormitorio y busqué alguna película en los canales. Me quedé con *¿A quién ama Gilbert Grape?*

Dormida, también. Nenna me despertó horas después, el cielo estaba oscuro y las luces de la habitación estaban apagadas, lo único que iluminaba era la televisión, que hacía rato habían dejado de transmitir la película.

Pedí otra sopa, porque mi estómago no tenía ganas de ingerir algo diferente, además de que tenía muy en claro cómo reaccionaría si me alimentaba de otra cosa. Hoy, realmente, no tenía ganas de terminar con mi cabeza dentro del jodido retrete.

No me sorprendió ver que eran las diez de la noche. No era de cenar tarde, pero eso era mejor que nada. Lo que sí me sorprendió, fue darme cuenta de que Evan aún no había llegado al castillo, que seguía afuera «trabajando». Con otro nudo en el fondo de mi garganta, me dispuse a ponerme el pijama y a comer en la comodidad del sofá y las risas de *Friends*.

Luego de comer me dio sed. Supuse que Nenna ya se había acostado, así que me aguanté los quejidos, me calcé las pantuflas y caminé hacia la planta baja. Incluso habiendo dormido tanto, seguía con sueño y no veía la hora de estar acurrucada entre las cómodas almohadas y el suave y cálido edredón.

Aunque si sabía que me encontraría a Lucinda en la cocina, habría tomado agua de la canilla del baño directamente. Ella lucía como en la fiesta de compromiso y nuestra boda; atractiva, cálida y bonita, si bien no perdía la frialdad que poseían sus ojos diariamente.

Tenía puesto un camisón de seda negra largo hasta el piso, pantuflas y una bata de la misma tela y color. Su largo cabello estaba suelto, cayendo en ondas extrañamente brillantes. No recordaba que su pelo fuese tan lindo.

En su mano llevaba una copa de champán y tenía la vista perdida en los ventanales que daban hacia afuera. Cerraba los ojos y suspiraba luego de cada sorbo nuevo.

—¿Reina Lucinda? —pregunté confundida.

Giró tan rápido que casi se le cayó lo que llevaba en la mano. Pareció sorprendida un momento, antes de sonreír como nunca antes lo había hecho. La acción le sentaba de manera rara e iluminaba su rostro de forma extraña.

Se sentía casi espeluznante verla sonreír de ese modo.

—¡Ah, Brenda! ¿Qué haces despierta a esta hora?

—Yo, eh... —titubeé, pasando una mano por mi melena castaña—. Tengo sed.

Hizo una «o» con su boca y asintió, haciendo un ademán hacia el refrigerador. Sintiéndome cohibida por sus ojos sobre mí, lo abrí y me serví jugo de fresa en un vaso. Le regalé una sonrisa insegura y tuve la intención de volar de vuelta al cuarto, cuando escuché su voz.

—Brenda. —Me detuve, pero no volteeé. Estuvo frente a mí en segundos, con copa aún en mano y esa sonrisa bizarra—. Antes de que mi subconsciente me ataque, quiero decirte que estoy muy feliz de que me vayas a dar una nieta. Estoy feliz de que Evan se haya casado con alguien tan increíble como tú. —Palmeó mi hombro—. Esa Isabelle no es tan santa como él te la ha hecho ver, tú eres mucho mejor —rio de manera aguda.

Estaba atónita al escuchar sus palabras. No solo lucía como otra persona, sino que dijo *nieta*. ¿No se suponía que fuera un nene? Quizás solo estaba muy borracha. Además, habló de Isabelle en presente y todo sabíamos que la susodicha había fallecido.

En ese momento aprendí que a Lucinda el alcohol le pegaba fuerte.

Asentí lentamente, sin expresión. Me dio una sonrisita y caminó hacia el lavabo bebiendo el resto del champán.

Sin querer estar ahí ni un segundo más, caminé con gran velocidad hacia el dormitorio, con cuidado de no volcar el jugo. Dentro, me senté en la cama y tomé lentamente, pensando en qué había querido decir Lucinda con ciertas cosas.

«Antes de que mi subconsciente me ataque»; «Esa Isabelle no es tan santa como él te la ha hecho ver». Entendía que Evan debía casarse conmigo y por eso Lucinda no había querido que estuvieran juntos, pero era raro que llegara al punto de menospreciar a la mujer que él había amado. O quizás no era raro en lo absoluto, considerando que me odiaba.

Sentí una flecha atravesar mi pecho con solo pensarlo. Entendía que nuestro matrimonio era completamente forzado y que no nos amábamos, pero todo este tiempo había tenido la sensación de que ambos teníamos ciertos sentimientos el uno por el otro.

Quizás yo estaba equivocada. Evan me había dicho que yo le gustaba; eso no me garantizaba que Isabelle estuviese fuera de su corazón. Por lo menos Sean lo estaba del mío. Él me había tratado de puta, no se merecía estar en mis pensamientos, en mi corazón mucho menos.

Ya no tenía ganas de pensar. No debía.

Dejé el vaso vacío a un lado, caminé hacia el armario, tomé unas bragas y un conjunto de pijama para tomarme una ducha antes de dormir. El agua caliente nunca venía mal. Eso era lo que necesitaba, que mis músculos se relajaran y mi mente dejara de maquinarse.

Cepillé mis dientes cuando salí y caminé directamente hacia la cama. No me molesté en apagar la televisión, ya que no me molestaba el sonido de fondo, me hacía sentir menos sola. Me habría gustado tener la calidez corporal de Evan, cuando al mismo tiempo no lo quería tener cerca.

Me dormí pensando en que, quizá, todo mejoraría con el tiempo.

Sintiendo la cena volver en el sentido contrario por mi esófago, movía el edredón con las sábanas y corrí al baño, dejando que mi estómago devolviera lo que sintiera que fuera necesario. Sabía que ya no debía intentar evitarlo, por lo menos hasta que este mes estuviera por la mitad, las náuseas no iban a detenerse.

Creo que pasaron dos segundos cuando sentí unas manos sujetar mi cabello. Al instante supe que era Evan. No solo por calidez, sino por su aroma único y personal. Y porque dudaba que hubiera alguien más en la habitación. No sabía qué hora era y tampoco tenía idea en qué momento se había

metido en la cama (si es que lo había hecho), pero se sentía bien tenerlo a mi lado. Al mismo tiempo, tenía muy en claro que él luego se rascaría la nuca y haría como si nada hubiera pasado.

Me aparté de él y me puse frente al lavabo para cepillarme los dientes, sintiendo las lágrimas cayendo por mi barbilla y la mirada de Evan haciendo huecos en mi cráneo. Escuché que tiró la cadena, pero no volteé. Ni siquiera me miré al espejo. Escupí, enjuagué mi boca y caminé hacia la habitación sin mirar atrás.

—¿Brenda?

Limpié mi rostro con enojo, intentando controlar mi temperamento. Hacía mucho no me sentía tan lastimada y enojada. Quería explotar, quería gritar. Tenía ganas de pegarle a algo.

Temblaba y las lágrimas caían incontrolables. Malditas hormonas que me convertían en un manojito de sensibilidad. Quizá había sido ver al pequeño Joël lo que apretó el gatillo y me hizo explotar, porque sentía que era imposible fingir que la actitud de Evan no me molestaba. Quiero decir, en seis meses yo sería la que daría a luz, ¿acaso él haría como si el bebé no fuera su hijo, nuestro hijo?

Ahogué un sollozo que quebró mi garganta y me sostuve con la cómoda cuando sentí que mis piernas estaban cediendo a mi peso. Sentí los brazos de Evan a mi alrededor y quise sentir luchar en contra de su agarre, mas lo único que mi cuerpo y mente pudieron hacer fue acercarse más a él, buscando su calidez.

Me apretó contra su pecho, un brazo en mi cintura y una mano acariciando mi cabello. Lloré; lloré de esa manera en la que suenas patética y estúpida, pero ya no tenía control sobre mi cuerpo, estaba exhausta física y mentalmente.

¿Acaso me estaba volviendo loca?

—Mentiste —lloré—. Dijiste que estarías a mi lado, dijiste que no estaría s-sola —tartamudeé, sintiendo mi cuerpo sacudirse por los sollozos—. Mentiste.

Extrañamente, no se tensó, sino que siguió acariciándome y sosteniéndome contra él, dejando que yo mojara su camiseta y dijera todas las incoherencias que quisiera. Cuando logré calmarme, me guió hacia la cama y se sentó conmigo en su regazo.

Tomó mi cara entre sus manos e hice una mueca. Seguramente estaba roja e hinchada, no era la vista más atractiva.

Por su parte, me miraba fijamente y con suavidad. Sus ojos me tranquilizaron.

—No mentí, Brenda.

Mi labio inferior tembló.

—Sí lo hiciste. Cada vez que sucede algo relacionado con el embarazo te cierras y me apartas, como... Como si realmente no te importara. Y está bien si no te importa. —Se me quebró la voz—. Pero por lo menos ten la decencia de tomar en cuenta mis malditas hormonas. Yo... —suspiré—. Duele.

Limpio la lágrima que se resbaló por mi mejilla con su pulgar, y me dio un beso tan pesado como una pluma.

Esbozó una sonrisa casi tímida, casi avergonzada.

—Me importa, Brenda. Me importa, quizá demasiado. Es por eso que me cierro, realmente no sé cómo te sientes tú con todo esto y no quiero poner un peso innecesario sobre tus hombros, ni presionarte con hacer algo que no quieres. —De pronto se sonrojó, sorprendiéndome—. De hecho, estoy emocionado. No tienes idea de la lucha que tengo conmigo mismo cada vez que te tengo así de cerca.

Lo miré con los ojos bien abiertos, sintiéndome enternecida por la vulnerabilidad de sus palabras. Entonces..., ¿era yo la que había malinterpretado todas y cada una de sus acciones?

—¿Lucha contigo mismo? —pregunté en un susurro.

Asintió lentamente, sus mejillas aún encendidas.

—Siento la necesidad de tocarte todo el tiempo, de besarte, de abrazarte, de estar contigo. Sé que... —suspiró—. Sé que te gusto y sé que me gustas, pero no sé en qué posición me coloca. Todavía siento que no te conozco, Brenda, por lo que no sé qué esperar cuando hago algo. Y... Y cada vez me importas más y más. Lamento mucho haber actuado como si no me importara nada de esto, sabía que podía pasar, pero no estaba seguro porque no has dicho nada hasta hoy.

Oh.

¡Oh!

A Evan sí le importaba, él solo tenía miedo de actuar como él deseaba por mí, porque no quería presionarme, porque no quería asustarme. En ese momento, me di cuenta de algo muy importante: si no hubiera sido por nuestras madres, yo nunca hubiese terminado con un hombre tan bueno como Evan. No lo merecía.

—Lo siento —susurré, peleando para no derramar más lágrimas ni lucir como una estúpida frente a este príncipe tan gentil—. Pensé...

—Lo sé —me interrumpió, trazando líneas en mi mejilla con su pulgar—. Yo también lo siento. Hagamos algo —sonrió—, de ahora en adelante, diremos lo que pensamos cuando algo nos está estorbando. ¿Trato?

Sonreí, sintiéndome mejor, de alguna manera.

—Trato.

Se paró conmigo en brazos y besó mi frente antes de bajarme a la cama. Pasó por arriba de mí para acostarse a mi lado sobre su costado, sosteniéndose con su codo. Sonreí hacia él y me permití dejar de lado todas mis preocupaciones sobre su actitud, porque ya sabía a qué se debía todo.

Yo le importaba.

—¿Puedo hacer algo? —preguntó en un mero murmullo.

Asentí sin vacilar, sonriendo muy ligeramente.

Separó mis manos entrelazadas debajo de mi pecho y las colocó a cada lado de mi cuerpo. Ubicó su gran mano sobre mi vientre y mi corazón se disparó. Descubrió mi panza, subiendo la tela de la camiseta y volvió a poner su mano en el mismo lugar.

Apenas si tenía barriga, era un bulto leve, pero era algo y se sentía.

Acarició la zona con sus ojos pegados en mi piel. Como si eso ya no fuera mucho, movió su cuerpo hacia abajo y dejó un beso casto en mi ombligo, causando que mis ojos se cerraran por pura inercia. Sentí que volvió a su posición normal a mi lado, antes de tomar mi mano izquierda y ubicarla sobre mi estómago, cubriéndola con la suya.

Exhalé trémulamente.

—¿Puedes sentirlo? —susurró.

Abrí los ojos, encontrando su cara tan cerca de la mía que podía sentir el gusto mentolado de la pasta dental que antes había usado. Asentí, porque era la verdad. Sentía esa pequeña colina sobre mí.

Su mirada musgo tenía tanta emoción encima, que me sentí tarada por no haberme dado cuenta de cómo él se sentía antes de haber asumido que no le importaba. Sin embargo, sonreí agradecida, porque nunca en mil años tendría a alguien tan increíble como Evan a mi lado, y a él parecían no importarle mis errores.

—Increíble.

Reí y volví a asentir, sintiéndome yo otra vez. Bueno, casi. Quizá algunas maldiciones me harían sentir lo suficientemente Brenda como para volver a estar bien conmigo misma, pero ¿quién no disfrutaría de un momento así? Además, seríamos padres. Yo sería una madre, debía aceptarlo de una vez por todas y no encontraba mejor momento que este para hacerlo.

Pasamos horas conversando, hablando sobre nosotros, conociéndonos. Ya no quería que no me conociera, no quería que sintiera que debía actuar de manera indiferente por miedo a hacer algo que me lastimara. Quería que me conociera por lo que yo realmente era.

Y, ahora, yo conocía más sobre él. Como, por ejemplo, que no tenía color preferido, solamente odiaba cualquier cosa que chillara. Eso solo me hacía entender mejor por qué siempre usaba colores suaves y pasteles para vestirse. Le gustaba cualquier tipo de música, sobre todo John Denver. Su película favorita era *Grease* y la miraba siempre que tenía oportunidad, ya que no tenía mucho tiempo para estar sentado sin hacer nada frente a la televisión.

Evan, respecto a la comida, era como yo. No discriminaba ninguna, le daba la bienvenida a cualquier bocado, sea nuevo o ya conocido. Le gustaba hacer ejercicio en las mañanas y bañarse dos veces al día si tenía la energía suficiente. No quería vivir en el castillo toda su vida, quería tener su propio lugar y su propia familia.

Nos quedamos dormidos hablando sobre el futuro. No sabía por qué de repente él quería hablar sobre eso, pero hice mi mejor esfuerzo por no espantarme y tomarlo con calma, porque, después de todo, mi futuro estaba con él y con el bebé que estaba dentro de mí.

Al día siguiente, decidimos que esperaríamos a que Jöel cumpliera una o dos semanas para dar la noticia de mi embarazo. Evan creía que ya era hora de que la familia lo supiera, pues todos los días ellos se extrañaban un poquito más por mi comportamiento en las comidas, según él. Y yo que había pensado que nadie se había dado cuenta...

Fue así, que una semana después, Ric y Lynn nos invitaron a todos al castillo de invierno para festejar muy privadamente la primer semana del nuevo príncipe. Los Lambert todavía estaban en Goldenwood, disfrutando de su nieto, y yo dudaba que volvieran a Nueva York pronto.

Seleste ya no era una opción para asesorarme con la ropa, así que Nenna era quien me ayudaba en estos casos. Eran de esos en los que no importaba si era una reunión privada o no, debía estar bien vestida por si había fotografías y luego salían a la luz. Me hacía poner los ojos en blanco, pero con su ayuda elegí un pantalón celeste pastel y un suéter color crema que combinaba perfecto con los tacones. Me di por vencida con los zapatos planos, porque sabía que quedaría desubicada si los usaba.

Solo me puse un reloj dorado como accesorio, porque no quería cargar con nada más. Guardé el celular en la parte de atrás del pantalón y permití que Nenna me maquillara, peinando mis pestañas con rímel y pellizcando mis mejillas con rubor para que tuvieran el más ligero color. Mi cabello estaba saludable como nunca antes, así que lo dejé con sus ondas naturales.

Evan estaba guapísimo vistiendo sus pantalones beige, camisa blanca con las mangas subidas hasta los codos y chaleco gris. Su abrigo marrón claro estaba sobre la cama junto a otro que me pertenecía, al lado de dos bufandas blancas. Vaya, tenía todo organizado.

—Estás hermosa —expresó con una sonrisa casi coqueta, lo que me hizo reír.

—Tú no estás tan mal —bromeé, encogiéndome un solo hombro.

Rio y colocó sus manos en mi cintura, atrayéndome hacia él. Olía a jabón y ese poco de colonia que se aplicaba por el cuello. Su olor variaba, pero siempre mantenía su aroma personal.

Apoyé mis manos sobre su pecho en busca de apoyo, sonreí ligeramente al ver sus ojos sinceros. Escuché a Nenna retirarse casi silenciosamente para darnos privacidad, una que creía no era necesaria. No pasaría nada fuera de lo normal.

Rozó su nariz con la mía.

—Quiero besarte, Brenda —musitó.

Mordí mi labio inferior, sintiendo el eco de sus ganas en mi pecho. Me paré sobre las puntas de mis pies y presioné mis labios contra los suyos, cerrando mis ojos al sentir el suave contacto. Evan respondió al instante; abrazó mi figura apretándome a su cuerpo y mis brazos terminaron alrededor de su cuello, mientras su lengua comenzó a enredarse con la mía.

Se separó un momento después mirándome con una ceja enarcada y sin aliento.

—Creo que dije que yo quería besarte.

Reí y me separé de él. Rodeé mi cuello con la bufanda y metí mis brazos por las mangas del abrigo beige, lo prendí y miré a Evan, quien sonreía en mi dirección pero no parecía tener intenciones de abrigarse.

—Vamos, tenemos que irnos.

Exhaló una risa contenida y se abrigó, observándome divertido en todo momento. Levanté las cejas fingiendo fastidio y tomé su mano, dirigiéndonos a la planta baja, donde Horace estaba esperando en la entrada.

El viaje fue más animado que el último que habíamos tenido juntos la semana pasada. Horace pudo notarlo, ya que condujo todo el camino hacia la parte de atrás de la propiedad con una sonrisa pintada en sus labios.

—¿Tus padres? —pregunté distraídamente, mirando por la ventanilla cada parte del castillo.

Era muy grande para ser real.

—Ellos ya están allá con Jackie, Seleste y Marco. Solo faltamos nosotros.

Hice un sonido en respuesta, demasiado cómoda con sus caricias en el dorso de mi mano como para elaborar. No había tenido oportunidad de contarle a Evan sobre mi encuentro con Lucinda en la cocina la semana pasada, tampoco sabía si quería contárselo. Hacerlo implicaría hablar sobre Isabelle y aún no estaba segura de querer tener ese tipo de conversación.

Se lo haría saber cuando mi mente estuviese de acuerdo con mi corazón. Aunque, ¿cuándo sería eso? Yo misma sabía muy bien que eran pocas veces en las que concordaban.

Jackie y Seleste parecían extasiadas de verme. Y yo estaba feliz de verlas a ellas. Los últimos meses en Goldenwood me la había pasado encerrada, en su mayoría. Había asistido a las galas necesarias, pero me había ido antes de poder dejar en evidencia mi estado actual.

Conversamos cosas estúpidas, como las clases de etiqueta de la princesa y las repetidas citas que mi prima había logrado tener con su novio. Parecía que el muchacho se había puesto los pantalones

y había dejado de evitar a Seleste, lo que me hacía sentir aliviada. Lynn era su amiga y tendría que hacer el trabajo de hablar con él, pero estaba muy ocupada comenzando su nueva vida, lo que me dejaba a mí en esa posición y solo había cruzado muy pocas palabras con Marco.

Me había salvado.

Pude cargar a Joël por primera vez y casi me largo a llorar. Era tan pequeño, tan liviano y tan tranquilo. Lloraba cuando se daba cuenta de que no eran los brazos de su madre, pero se calmaba cuando Lynn le cantaba bajito al otro lado. Era una vista fuera de lo común.

Me preguntaba si sería igual de especial verme a mí con un bebé.

La reina Lucinda parecía saber algo que nadie más hacía. De hecho, sonreía con cierta picardía cuando observaba a Evan, lo que me resultaba totalmente bizarro, como cualquiera de sus sonrisas que no fuese fría.

Durante la cena, Lynn llegó tarde por tener que estar amamantando, pero luego estuvimos todos juntos. Las conversaciones rondaban en torno a ellos dos, de cómo era su nueva vida, cómo eran las noches, cómo eran los días.

Terminando el postre, Joël se largó a llorar en su moisés, por lo que la princesa salió corriendo a buscarlo. En el medio, Evan me susurró:

—Deberíamos decirlo ahora, Brenda.

Tomé aire temblorosamente y sentí un sudor frío bajar por mi nuca.

—Bueno —asentí rápidamente—, bueno.

Lynn volvió con su hijo en brazos y todos murieron de ternura. Di una sonrisa forzada, porque ya no me sentía con ganas de sonreír. Mis labios casi dolían por la contrariedad de mis sentimientos con mi cuerpo.

Un momento después, Evan carraspeó sonoramente y se puso de pie, llamando la atención de todos en la mesa.

—A Brenda y a mí nos gustaría contarles algo.

Atisbé a Lucinda, quien estaba sentada de manera tan erguida que mi espalda dolía. Sus ojos estaban muy ligeramente entornados y sus labios algo arrugados. Ya no entendía, ¿estaba feliz o estaba enojada?

Trémula, me levanté y acomodé mi suéter, sintiéndome cohibida. Él tomó mi mano y entrelazó sus dedos con los míos, dándome fuerzas.

Miré alrededor de la mesa; todos nos estaban mirando expectantes. Remojé mis labios y me di cuenta de que yo era quien debía dar la noticia. Yo era quien estaba embarazada. Pero yo no quería hablar, no podía, me sentía incapaz.

Le di una mirada de súplica a Evan. Besó mi frente y sonrió.

—Vamos a ser padres —anunció.

Cerré mis ojos.

Uno, dos, tres.

Y las felicitaciones explotaron. Nos abrazaron al mismo tiempo a los dos. Creo que la única persona que me abrazó a mí sola fue Selesté. Lynn le murmuró a Joël: «Vas a tener un amiguito». Lucinda solo me sonrió con hostilidad y el rey Richard me dio un corto y cortés abrazo.

—Je serai la meilleure tante du monde! —Jackie saltó arriba y abajo en su lugar.

¡Seré la mejor tía del mundo!

Reí e intenté sentirme feliz por el momento, algo en lo que no tuve demasiado éxito. Algo en la manera en que la reina sonreía había enviado escalofríos por el largo de mi columna vertebral.

Jacqueline pidió ver mi barriga que apenas estaba ahí, así que subí mi suéter y dejé mi ombligo al aire.

—Oooh. —Juntó sus manos—. ¿Puedo tomarme una foto?

—Eh —vacilé, queriendo entender a qué se refería—, ¿conmigo?

—No —rio, sacando su celular y luego dándoselo a Seleste—, quiero decir, sí. Con tu barriga. Quiero que el mundo se entere que volveré a ser tía.

No.

Yo no quería que el mundo se enterara de que yo estaba embarazada. ¿Qué pasaba si mis padres lo veían? Me matarían, sería una madre adolescente. Pero luego miré a Evan, quien tenía esa chispa en sus ojos y que me sonreía con seguridad; me di cuenta de algo muy importante: esto era su culpa, ¿qué importaba si lo veían por una red social? Ellos me enviaron a casarme. Ya no debía pensar en lo que ellos pensarían, sino en mí misma.

Así que acepté la foto de Jackie. No era el hecho de que quisiera que todo el mundo lo supiera, porque realmente no lo quería, sino porque quería disfrutar del momento como una persona normal y si normal era ser una princesa y aparecer en las primeras páginas de las noticias, entonces lo haría. Así sería.

Jackie abrazó mi cintura de costado y apoyó un lado de su cabeza arriba de mi cadera. Miré a mi alrededor y sonreí porque todos sonreían. Seleste sacó la foto.

—¡Espera un segundo! —exclamó Jackie—. Evan, ven, ponte del otro lado.

Y lo hizo, porque aunque podía parecer un hombre serio, maduro y jovial al mismo tiempo, también tenía la emoción de una persona en la víspera de la paternidad. Abrazó el otro lado de mi mitad y Seleste sacó otra foto.

Mientras Jackie tomaba su celular y hacía quién sabe qué con esas fotos, Evan me abrazó. Escondí mi cara en su hombro entretanto abrazaba su cintura, absorbiendo todo su calor corporal como si fuera el mío. Me apretó contra él casi sin fuerza y besó mi coronilla.

—Creo que todo estará bien —susurró, después de bajar sus labios hacia mi oreja.

—Sí —murmuré—, creo que lo estará. Por lo menos hasta que Jackie haga pública esa foto.

Su cuerpo vibró con su risa. Levanté mi cabeza y sonreí al escuchar su carcajada. Los demás también lo miraron, porque el sonido era lindo y te hacía sentir feliz.

—No puedo negar eso —comentó.

Besó mis labios castamente.

Aunque, al otro día luego de almorzar en la cama, revisé las noticias de Goldenwood en mi celular: habían fotos recortadas del sitio en donde Jackie subía las fotos. La primera era la de ella con mi panza que apenas estaba ahí y el pie de foto decía lo mismo que ella había exclamado: «*Je serai la meilleure tante du monde!*».

En la otra estaba con Evan y había incluido un pie de foto bastante largo, en donde decía todo lo que lo quería y lo orgullosa que se sentía de ser su hermana, además de toda la emoción por volver a ser tía. El testamento estaba en francés y abajo tenía una traducción en inglés.

La última era de Evan y yo dándonos un beso. Ese besito que al parecer ella había logrado capturar a escondidas, porque yo no me había percatado.

La noticia en general hablaba de la felicidad de toda la familia y de la ciudad por el futuro que teníamos. Supuse que se basaban en los comentarios que las fotos habían recibido. Más abajo, había algo que me sorprendió e hizo que mis dientes rechinaran:

«Hoy nos encontramos con la reina Lucinda, quien se mostraba realmente feliz. No solo porque tiene un nuevo miembro en su familia, el príncipe Joël, sino porque su hijo Evan y la princesa Brenda están esperando un bebé también. Le preguntamos si este era el mismo embarazo que la señora Bourque pareció mostrar en su fiesta de compromiso, y esto fue lo que la reina contestó: "No, no. Esa había sido una falsa alarma. Brenda tiene quince semanas de embarazo, de ser el mismo ahora tendría unas veinte"».

No seguí leyendo. No solo porque el cálculo estaba mal, si ese embarazo hubiese sido real, yo ahora tendría diecisiete semanas de embarazo, no veinte. Lo único que tenía en mi mente era el

hecho de que yo estaba embarazada porque ella había largado la noticia, porque ella me había amenazado con no dejarla mal. ¿Por qué ahora decía esto?

Decir que crecí considerablemente en los últimos meses habría sido una atenuación. No, no me refería a que había madurado o a que mi altura había aumentado. Nada de eso; tenía veintidós libras demás. El bebé estaba apretujado dentro de mí, ya que yo era bastante delgada, por lo que a pesar de tener veintiséis semanas de embarazo, el tamaño de mi barriga era bastante disimulable teniendo la ropa indicada.

Hoy, sin embargo, no pretendía hacerlo. Mirarme al espejo jamás había sido un hábito, no era algo que realmente necesitara. Yo era bastante promedio; ojos café, cabello castaño oscuro, delgada, plana y a veces alta. Con mi metro setenta y cinco yo me creía bastante normal. Pero, por alguna razón, mirarme en estos días era placentero.

Me sentía una diosa, con panza, tobillos hinchados y todo.

Esta noche era la fiesta de año nuevo en el castillo. Pensé que sería una reunión familiar, pero (obviamente) me había olvidado que al momento era una princesa y no estaba en mi hogar. Esto era Goldenwood y las cosas eran completamente diferentes. Para empezar, las familias de la élite asistían a la fiesta que los reyes lanzaban y, al otro día temprano, la familia real armaba una carpa en el parque central (llamado El parque Augustin) para alimentar a las pocas familias pobres que rondaban.

Si bien Goldenwood era un estado bastante rico, tenían algunos niveles de pobreza que eran difíciles de ignorar. Evan lo había estado analizando y yo, por supuesto, quise escuchar todo sobre el tema. Él tendría un mejor puesto una vez que Alaric tomase el rol de rey, sería un duque, y quería estar preparado aunque no tenía idea de cuándo ese día vendría.

Él seguía trabajando durante el día, y si bien aún no sabía en qué, tenía la certeza de que no era algo malo. Hacía unos días me había dicho que era una sorpresa para mí. Algo que los dos seríamos capaces de disfrutar. Eso me bastó para dejar de preocuparme y pasar mis días solitarios en el castillo de otra forma.

Recorriendo cada parte de él.

Por eso sospechaba que los reyes actuales no estarían mucho más tiempo; había escuchado suficientes susurros y murmullos filtrándose por las paredes. Discusiones más que nada, entre Lucinda y Richard. No lo hablaban públicamente, pero discutieron el tema de la noticia sobre mi embarazo en privado un par de veces. Él preguntándole por qué demonios había soltado el rumor de que yo estaba embarazada si cuando lo afirmé anunció que al principio había sido una falsa alarma. Ella cambiaba de tema rápidamente, cada una de las veces que él la cuestionaba.

Ya no sabía qué pensar o qué sospechar sobre lo que andaba en la cabeza de esa mujer. Ni siquiera tenía la certeza de querer saberlo. Por el momento, agradecía el que el rey no se quedara callado.

Cerré mis ojos y dejé que Fulana delineara mis párpados con negro, mientras escuchaba a Fabio discutir con Mengana sobre cuál debería ser el peinado, cuál de todos los vestidos debería usar y, más importante, qué zapatos podrían irme bien sin cortarme la circulación al final de la noche.

Reí en voz baja y Fulana me regañó chasqueando la lengua con los dientes.

Me callé enseguida.

—Este es perfecto, Fabio. Acentuará perfectamente su barriga —discutió Mengana.

—Ese no es el punto, señorita, sino que Brenda se vea perfecta y en armonía.

Fulana suspiró. Abrí mis ojos y los miré divertida. Mengana tenía un vestido rojo y largo en sus manos.

—Marie, Fabio —llamó Fulana—, ¿por qué no le preguntan a la princesa si quiere que se note el bebé en camino o no? Sí, ya sé que todo el mundo lo sabe y sí, ya sé que es todo el punto de elegir un vestido más allá de la armonía, pero su opinión es lo que importa.

Tres pares de ojos se enfocaron en mí.

Mengana (acababa de descubrir que se llamaba Marie) hizo una mueca.

—Aunque odie admitirlo, Astrid tiene razón.

Fabio giró los ojos de manera femenina.

—Estas son de todo menos señoritas. ¿Qué piensa, princesa? —Marie lo codeó. Él volvió a rodar sus ojos—. ¿Qué es lo que quiere, princesa?

Sonreí y me acerqué a ellos a paso tranquilo, acariciando mi barriga a través de la bata se seda blanca en el transcurso. Los vestidos colgando eran todos rojos y tenían detalles en dorado. Los zapatos eran todos dorados. Arqueeé una ceja.

—¿Qué hay con los colores?

—Oh, lo olvidé —rio Marie—. La fiesta es temática, todos los años lo es y siempre se usan los mismos colores.

Asentí y tomé el vestido de sus manos, alzándolo para verlo completo. Era completamente rojo y parecía que la parte de atrás era solo un par de hilos. Haciendo una mueca, lo colgué con los otros y busqué uno que me resultara adecuado. Todos sabían que yo no era la mejor con la moda, pero últimamente me sentía muy protectora de mi barriga, de mi bebé, como si algo malo pudiera pasarle en cualquier momento.

Por esa razón ahora era capaz de encontrar cosas que me favorecieran, incluso estando en este estado. Algo de estar embarazada me daba cierto sentido de la moda. Maternal, pero sentido al fin. Seguramente se iría en cuanto el bebé naciera.

Los vestidos eran todos muy extravagantes, ninguno era lo suficientemente simple. El que Marie había tomado lo era, pero la espalda estaba completamente descubierta y no pretendía mostrar tanta piel. Tampoco quería ser sensual, solo quería ser tan normal como una princesa embarazada podía ser.

Al final encontré uno que de no estar encinta, me habría quedado mal. No por la panza, sino por los senos. Me habían crecido, también, y dolido, obviamente, pero solo en los primeros meses. Un mes

atrás Jackie que había comentado que se me notaba diferente físicamente, pero no por la barriga en crecimiento, sino por mis pechos.

Astrid y Marie dijeron que era una buena elección. Fabio quería algo mejor, aunque se mostró orgulloso de que yo pudiese mostrar algo de interés, al contrario de la última vez que me habían asistido.

Él cortó las puntas de mi cabello, diciendo que no quería volver a sentirse obligado a cortarlo hasta mis hombros por estar feo, cosa que ahora estaba normal. Luego, con la ayuda de Astrid, recogieron mi cabello rodeándolo con una trenza. Un solo mechón quedó en mi cara. Me molestaba, pero Fabio me regañó cuando lo quise correr y me dijo que no lo tocara.

Solo pude poner los ojos en blanco.

Luego, obviamente y porque no podía faltar, ubicaron una tiara dorada en mi cabeza. Tuvieron que proceder a arreglar el peinado, ya que algunos pelillos se habían desacomodado. Desarmando y armando (sí, en ese orden), mi cabello, según Fabio, quedó perfetto.

Cuando estaba por sacarme la bata para ponerme el vestido, Evan entró a la habitación. Estaba vistiendo de esa manera formal/informal que él siempre usaba y estaba portando una sonrisa perezosa en su rostro. Cuando nos vio en el dormitorio, enarcó una ceja.

—¿Estoy interrumpiendo algo?

Le sonreí y me quise acercar a él para saludarlo, pero Marie me tomó por los hombros, deteniéndome y provocando que frunciera el entrecejo. Fabio jadeó exageradamente.

—¿Qué está haciendo aquí, príncipe? —Tomó una pecha enfundada que estaba colgando con los vestidos—. Tome, esto es lo que se tiene que poner. Vaya, shu shu.

Y Evan ya no estaba en el cuarto.

—¿Por qué carajo lo echaste? —espeté—. Ni siquiera pude saludarlo.

Fabio juntó sus manos y miró hacia el cielo como si tratar conmigo fuera lo más difícil del mundo.

—Porque no puede verte hasta que no estés lista.

—Esa regla pasó cuando me casé. —Volví a rodar mis ojos.

Él rio de forma aguda.

—No, esa regla es una de las mías también. Mientras yo sea tu estilista, tu príncipe no te verá hasta que no estés lista. Ahora —aplaudí—, el vestido.

Me deshice de la bata, entré en el largo vestido rojo y pasé mis brazos por los agujeros que eran las mangas. Marie abotonó mi espalda y acomodó las capas de tela que caían hacia mis pies. Debajo del corpiño del vestido había un camino de piedras doradas rodeando la parte superior de mis costillas; hacia abajo era suelto y suave. Denotaba de manera sutil mi barriga, sin dejar de ser algo fácil de notar.

Los zapatos no tenían tacón, sino plataforma, y mi talón quedaba ligeramente hacia arriba. Esta no era fina, sino ancha, para no cansar mis pies. Se veían al pararme, pero Fabio y las chicas dijeron que quedaba perfecto, ya que eran dorados y todo combinaba muy bien.

Nenna entró con mi té diario y no me importó nada el brillo cuando llevé la taza a mis labios. Astrid, en cambio, me fulminó con la mirada y volvió a pintarme en cuando terminé de tomar. Nenna se quedó el resto del tiempo en la habitación.

Me dieron pulseras doradas y las insertaron en mi muñeca sin preguntarme nada. Creo que se dieron cuenta de que no querría usar accesorios si me lo preguntaban. Luego las guardaría en el sobre dorado que me dieron junto con mi celular, que solo lo llevaba para poder llamar a mis padres y a Candace a medianoche.

Astrid, Fabio, Marie y Nenna suspiraron.

—Está hermosa, señorita Brenda —sonrió Nenna.

Antes de poder responder, Evan entró en la habitación, vistiendo un esmoquin rojo, casi bordó. La camisa era blanca, los zapatos negros, menos la pajarita. Podría haber sido cómico, sin embargo, era apuesto y atractivo como siempre.

Fabio y las chicas desaparecieron en silencio. Ellos mismo tenían fiestas de Año Nuevo a las que debían asistir. Disfruté del silencio un momento antes de echarme a reír, porque aunque estaba muy atractivo, no lo podía evitar. Era demasiado.

—¿Por qué te estás riendo? —enarcó una ceja.

—Porque nunca en mi vida he visto a un hombre con una pajarita dorada —Dejó salir una risilla—. Te queda bastante bien, pero sigue siendo algo gracioso.

Besó mi frente, apoyó una mano en mi espalda baja mientras con la otra acariciaba mi vientre. Coloqué la mía sobre la suya y sonreí.

—Entonces creo que hoy reirás mucho, porque ya he visto a muchos con los accesorios más inoportunos en color dorado. Un hombre tiene los zapatos, en serio.

Reí y apreté su mano.

—¿Qué estará pasando por su cabeza?

—No sé —murmuró de repente demasiado cerca—, no me importa.

Me besó castamente y luego pasó la lengua por sus labios. Hizo una mueca como pensando qué decir y sonrió.

—Sabe a fresa.

Le devolví el gesto y tomé el sobre dorado que estaba sobre la cama.

—Es porque es de fresa. Pegajoso, pero de fresa —inhalé hondo y luego desinflé mis pulmones, dejando el aire salir a través de mis labios—. Unámonos a la fiesta antes de que me arrepienta, ¿sí?

Evan rio entre dientes. Tomó mi mano, dejó un beso en el dorso y luego la apoyó en la parte inferior de su codo contrario para escoltarme.

—Sí, vamos.

Esta parte del castillo estaba desierta, como otras partes que no tenían la entrada permitida. Caminamos tranquilamente hacia no-sé-dónde, porque realmente no tenía idea de a dónde estábamos yendo. No era al mismo lugar en que había transcurrido nuestra fiesta de compromiso.

Nenna nos estaba esperando cerca de la puerta, me tendió un abrigo y no dudé en ponérmelo, porque el frío que hacía afuera era terrible. Salimos por una de las puertas de vidrio que daban al costado y recorrimos el camino de hormigón que llevaba a la parte de atrás. Allí entramos a una gran carpa que tenía toda una puesta en escena, autos fuera y gente por todos lados, camarógrafos y fotógrafos, paparazzis y micrófonos, hasta una alfombra roja con bordes dorados que se podían apreciar a distancia. ¿Qué demonios?

Evan rio.

—¿Nunca escuchaste de la alfombra roja?

—Sí, pero en Hollywood.

—Bueno, he aquí la alfombra roja en Goldenwood. Prepárate para ser bombardeada como nunca, Brenda. Puedes tener la certeza de que a estas personas sí puedes responderles sin problemas. — Me sonrió suavemente—. No están buscando chismes ni historias para hacer más conocidas sus páginas web o revistas, sino hacer de esto como si fuéramos estrellas de cine.

¿Eh?

Fruncí el entrecejo.

—Pero..., ¿por qué?

Se encogió de hombros.

—Siempre ha sido así, desde que yo tengo memoria. Todos tenemos oportunidad de ser celebridades aquí. Por lo menos en esta época del año. Deberías ver a todos los niños posar en la alfombra roja —rio—, es como estar en una película para ellos. Vamos, será divertido.

Dimos unos pasos y Nenna tomó mi abrigo y el sobre. Dentro de la carpa, ya no hacía frío. No se me ocurrió cómo demonios mantenían el lugar caliente, pero lo estaban haciendo bien.

Creo que dimos solo dos pasos cuando los flashes comenzaron a ser apuntados hacia nosotros.

Evan acercó sus labios hacia los míos y susurró contra ellos:

—Sonríe para mí.

Lo hice. Era imposible de evitar. Había periodistas documentando el momento, se escuchaban sus voces por cada paso que dábamos, pero según parecía, solo uno de ellos tenía permitido hablar con nosotros, porque los otros no hicieron amague para acercarnos el micrófono.

Cuando llegamos al final, el muchacho dijo algo a la cámara detrás de él y giró hacia nosotros con una gran sonrisa.

—Princesa Brenda y príncipe Evan, buenas noches. —Asintió con la cabeza—. A ambos se los ve muy bien esta noche.

—Gracias —sonrió Evan—, a ti también.

—Bueno, el año pasado estaba entrando de la mano de su hermana, príncipe, ¿qué se siente estar acompañado de tan hermosa mujer?

No lo pude evitar, reí y me metí en el medio.

—Por favor, Jackie debe ser la chica hermosa de todo Goldenwood.

Ellos también rieron.

—Verdad —comentó el muchacho—, pero tú eres su esposa y estás esperando un hijo suyo. Hablando de eso, princesa, ¿usted también piensa que tendrá un niño por ser un Bourque?

Evan suspiró.

—Aquí vamos de nuevo —comentó fingiendo fastidio.

—No, creo que eso es puro cuento. —Ellos volvieron a reír—. Realmente lo es. Apuesto que tendré una niña. ¿Qué piensa usted?

El periodista parecía embelesado por tener mi atención, cosa que me sorprendió.

—Yo creo que todo puede pasar, pero soy muy fiel a las creencias de Goldenwood, princesa. De todas maneras, creo que cualquier resultado los dejará felices. Esta es su primera vez pasando las fiestas en Goldenwood, ¿verdad?

—Sí, esto es todo nuevo para mí. Ser parte de las tradiciones de aquí aún me resulta extraño. Mi madre es goldenwoodense, pero lo único que me enseñó fue francés. De cualquier forma, me encanta este lugar. Tal vez no tanto como Nueva York, pero definitivamente me encanta.

Ahora lucía complacido e intrigado. Evan estaba callado a mi lado, relajado, a gusto.

—Es bueno de escuchar. ¿Sabe italiano también? —preguntó con diversión.

Reí.

—No, no. Muy poco

Él rio también.

—Bueno, debería dejarlos ir a disfrutar de la fiesta, pero le haré una pregunta más para saciar mi curiosidad. ¿Le parece bien? ¿Príncipe?

—Hoy es todo ella. Adelante —sonrió Evan.

—Bien —rio el muchacho entre dientes—. Así que, señora Bourque, ¿qué se siente pasar de ser una persona común y corriente a una princesa?

Suspiré de manera pensativa, porque tantas cosas habían pasado desde que llegué a Goldenwood, que tendría que estar todo un día conversando con él para contar lo que se sentía. Opté por la manera fácil de decirlo.

—Se siente... Abrumador —contesté sinceramente, dejando que la honestidad pintara mi voz—.

Desde el primer minuto, todo fue demasiado para mí. Sin embargo, tener a ciertas personas conmigo hizo todo más fácil. Mi prima Seleste, Jackie, Evan e, incluso, mi amiga Candace que siempre está para mí en la distancia.

—¿En qué punto es abrumador, princesa? —inquirió, y por sus cejas casi juntándose en el medio, supe que quería saberlo y no era una pregunta para divertirnos como lo habían sido antes.

Le di una sonrisa tenue.

—Bueno, no puedo negar que siempre he vivido bien. Mis padres se han asegurado de que nunca me falte nada, pero ¿tienes una idea de lo que es vivir en un castillo y que tengan todo servido para ti en todo momento? Hace unos días, en navidad, recibí una cantidad ridícula de artículos y ropa de bebé de gente que no conozco. Fue muy abrumador, pero estoy tan agradecida. También se siente raro cuando me llaman «princesa» o «señora Bourque». Me gusta que solo sea «Brenda». Considerando todo, soy muy feliz siendo una. Y este sujeto aquí hace que toda la experiencia sea mil veces mejor.

Dejé un beso en la mejilla de Evan y él sonrió.

—Sí, queremos agradecer a toda la gente que ha enviado regalos para el bebé. Fue una agradable sorpresa. Estamos muy agradecidos.

Asentí, y comprendí que no tenía más que decir. Me había asegurado de enviar correos electrónicos de agradecimiento a la gente que había colocado su nombre en las tarjetas. Nenna me ayudó a conseguir las direcciones para poder enviar mis gracias. Realmente fue algo sorprendente recibir tantas cosas de gente que solo nos conoce. Me sentía desbordada de gratitud.

El muchacho nos agradeció por nuestro tiempo y no quise despedirse, diciendo que, quizá, más tarde, volvería a atraparnos dentro de la fiesta. No me resultó incómodo, ya que había sido bastante fácil responder a sus preguntas.

El salón estaba decorado de manera preciosa, elegante y tal vez algo extravagante, pero, de nuevo, todos en el lugar lo estaban. Había vestidos que deberían haber sido usados solo en una verdadera alfombra roja y trajes que debían ser juzgados por la Fashion Police.

Había mesas y mesas por doquier, mozos yendo y viniendo con bandejas en sus manos, gente sacándose fotos en la esquina armada para eso, otros estaban bebiendo, otros bailando silenciosamente en la pista. Había demasiada gente.

Jackie fue la primera persona que se nos acercó. Estaba realmente preciosa con un vestido dorado ajustando su cuerpo en forma de corsé y cayendo desde la cintura hacia abajo como una cascada, tapando sus pies. Tenía el cabello recogido en un simple moño y, claro, la tiara descansando arriba de su cabeza. A diferencia de la mía que era completamente dorada, en la suya predominaban diamantes rojos.

—¡Dios mío, Brenda! —exclamó cuando estuvo frente a nosotros. Tomó mis manos en las suyas—. Estás hermosa.

Sonreí complacida y le guiñé un ojo.

—Tú estás impresionante, Jackie. ¿Quién es tu cita?

Soltó mis manos y se encogió de hombros, sonriendo tímidamente y con cierto ápice de tristeza.

—Edouard y Soufiane. Ellos tampoco tenían pareja.

—Vaya —rio su hermano—, qué bajo han caído. Lèa.

Jacqueline odiaba su segundo nombre, lo había demostrado desde un principio y, por alguna razón, Evan y ella siempre se nombraban así para fastidiarse. Sin embargo, ahora Jackie parecía estar echando humo por las orejas. Pero no era su segundo nombre lo que la había molestado. No, creo

que esta vez había esperado algo diferente al estar tan hermosa y no tener una cita más que los amigos de su hermano.

Así que salí en su defensa como buena cuñada.

—¿Preferirías que traiga de acompañante a un chico indecente, Sidney?

Evan frunció hacia mí.

—No.

—Es lo que pensé —sonreí—. Vayamos a sentarnos que ya comenzaron a dolerme los pies.

Lo impulsé a caminar. Jackie siguió camino hacia otro lado, apretando sus puños.

—¿Por qué me has llamado Sidney, Eloïse?

Reí. Mi segundo nombre me molestaba cuando lo decía mi madre.

—Porque tu hermana está extremadamente hermosa y tú la haces sentir mal al no tener una cita de su edad. Sé que no ha sido tu intención, pero también sé que no le ha gustado para nada tu comentario. No lo del segundo nombre, sino que tus amigos han caído bajo por venir con ella. Fue un comentario idiota, honestamente.

Evan suspiró con pesar y se detuvo en medio del paso.

—¿Debería ir a disculparme?

Sonreí y asentí.

—Sí, ve. Yo iré a sentarme.

Volvió a suspirar. Besó mi frente y desapareció. Reí en voz baja y apoyé una mano sobre mi barriga mientras caminaba a la lista donde estaban los lugares de cada uno. Compartíamos mesa con las mismas personas que en la boda de Lynn y Ric, con la diferencia de que esta vez Edouard y Soufiane estarían con nosotros.

En mi camino hacia la mesa, recorrí el lugar con la mirada y me di cuenta de que la mayor parte de los hombres vestía traje rojo en diferentes tonos, solo algunos se habían atrevido a vestir trajes dorados. Tomé aire; lo habían hecho, esa era razón suficiente para creer que algo andaba mal en sus mentes. O quizá demasiado autoestima, esa también era una razón viable.

—Si yo fuera un hombre, te lo haría totalmente, embarazada y todo —comentó una voz detrás de mí.

Me detuve riendo y volteé para encontrarme con mi prima que, como siempre, estaba lindísima y a su propio estilo. Tenía un corsé dorado, unos pantalones tiro alto rojos que eran tan anchos que parecían patas de elefante, y taco agujas tan altos que daban vértigo. Su cabello combinaba con el corsé, al igual que el brillo alrededor de sus ojos. Sus labios, en cambio, eran rojos carmesí.

Ella era todo un espectáculo.

—Yo te lo haría, exagerada, brillante y todo —repliqué.

Rio y entrelazó su brazo con el mío, al mismo tiempo que retomábamos la marcha.

—Estás hermosa, Brendie.

—Tú también, Sel. A tu manera, pero hermosa de todos modos. ¿Has visto a Jack?

Marco estaba sentado en la mesa, conversando con sus abuelos. De lejos me vio y saludó con su mano. Lo saludé devuelta.

—Sí. —silbó—. Esa niña será tan hermosa cuando sea más grande que los Bourque temblarán y no sabrán que hacer para mantener hombres hormonales dentro de la jaula. Creo que romperá algunos corazones.

Reí y ella se unió. Tenía razón, Jacqueline sería una mujer preciosa, no sé qué harían sus hermanos para detener al mar de hombres que querrán estar con ella. Esperaba que no fuera todo tan así, realmente no me gustaría verla lastimada.

Los abuelos de Evan parecían emocionados de verme, pidieron acariciar mi barriga e incluso la madre del rey Richard dijo que pensaba como yo, y que estaba casi segura de que tendría una niña. Los otros tres hacían hincapié en que sería un niño, como todos los primogénitos en la familia.

Solo reí, porque no podía ponerme a discutir con personas mayores, aunque seguía pensando que todo el tema era una tontería.

Evan y Jackie aparecieron un momento después y parecían haber hecho las paces, ya que él tenía un brazo sobre sus hombros y ella estaba sonriendo de forma brillante. Tomaron asiento y conversamos animadamente hasta que la cena fue servida.

Ahora sí disfrutaba comer. Moría de hambre la mayor parte del tiempo y hoy había sido uno de los días en los que más famélica me sentí, ya que la comida la estábamos ingiriendo horas más tarde de lo normal. Entendía, pues si cenábamos más temprano tendríamos mucho tiempo hasta la medianoche y la fiesta sería un bodrio.

Mucha gente se acercó a saludarnos y darnos buenos deseos, felicitándonos personalmente por el nuevo miembro de la familia. De esto hablaba cuando me sentía abrumada, pero feliz. Era mucho, era demasiado; sin embargo, nadie podía sacar la sonrisa que partía mi cara en dos.

Cuando la parte de la comida hubo terminado y la gente vagaba en diferentes formas por el salón, fue que me di cuenta de lo extraña que lucía la reina Lucinda. Tenía un largo vestido rojo oscuro de mangas largas, sin escote ni por delante ni por detrás. No obstante, marcaba su figura. Se veía atractiva, como en esas pocas ocasiones. Tenía una copa de champán en la mano y daba pequeños sorbos de vez en cuando.

En cierto punto se dio cuenta de que la estaba mirando fijamente y sus fríos ojos azules encontraron los míos. Primero me miró fijo, sin ninguna expresión, y luego sonrió de esa manera bizarra en la que me había sonreído tiempo atrás en la cocina. Después de esa vez, lo único que recibí de su parte fueron movimientos de cabeza en reconocimiento de mi presencia, pero nada más.

Le di una pequeña sonrisa insegura y desvié la mirada hacia Seleste y Marco, que estaban haciendo lo que típicas parejas cursis hacen: hacer ruiditos parecidos a una risa, besarse, frotarse las narices; etcétera.

—Princesa Brenda —llamó Soufiane en tono de broma—, ¿bailaría conmigo?

Fingí una sonrisa de disculpa.

—Mis pies duelen, no me hagas bailar. —Puse ojos de cachorro—. Por favor.

Evan rio a mi lado.

—Brenda, no puedes asistir a una fiesta de año nuevo en Goldenwood y no bailar.

—Exacto. —Soufiane se puso en acuerdo y se levantó, tendiéndome su mano—. Además, prometo que será solo una canción y será lenta, así que apenas si sentirás el dolor.

—¿Cómo sabes que será una canción lenta? —pregunté sin moverme un milímetro.

Puso los ojos en blancos.

—Porque obvio que iré a pedirle una canción del DJ. Vamos.

Suspiré y tomé su mano. Había tenido un par de conversaciones con él y Edouard en los últimos meses y había aprendido algo muy importante del par: siempre se salían con la suya, así que era mejor no negarse porque las cosas podrían terminar siendo desastrosas.

Soufiane pidió su canción y luego me acercó hacia él.

Fue un baile más cómico que otra cosa, ya que me hacía reír por cada palabra que salía de su boca. Era tanta la distracción que me había olvidado del dolor en mis pies y mi mente estaba en cualquier lado.

Cuando la canción estaba acabando, Jackie agarró mi ojos. Estaba saliendo del salón, cabizbaja. Miré a Soufiane sintiendo mis cejas fruncidas.

—¿Tienes alguna idea de lo que le puede estar pasando a Jack?

Ladeó su cabeza.

—Bueno, ha mencionado algo sobre un muchacho, pero luego dijo que le demos importancia y saltó hablando de otra cosa. A veces es muy difícil seguir el paso de Jacqueline.

Solté su mano y golpeé suavemente su mejilla.

—Lo sé. Iré a ver qué le sucede. Mientras tanto, ¿puedes buscar una porción de ese pastel de chocolate que está allí? —Apunté a la mesa llena de comida dulce.

Echó una carcajada y negó con la cabeza en desaliento.

—Tú y tus antojos. A la orden, princesa.

Reí y dejé la pista para seguir el rastro de mi cuñada.

Entre saludando y sonriendo a una cantidad muy grande de personas rojas y doradas, le pedí mi abrigo a Nenna y salí de la carpa, porque la princesa no estaba adentro. La encontré sentada en la fuente que estaba cerca del Bosque Dorado, también cubierta por lo que parecía un montgomery color crema, muy parecido al que yo estaba vistiendo.

Apreté las solapas contra mi barbilla y exhalé, observando la niebla que bailaba frente a mí. No era un buen momento para estar afuera, menos con todo lleno de nieve y la temperatura cayendo a cada minuto. Evité el colchón blanco que estaba descansando sobre el césped y caminé hacia Jackie por el camino de hormigón que no tenía nieve.

Me senté a su lado y me sorprendió ver sus mejillas con algunas lágrimas. Tenía el celular posando en sus manos y algunos mensajes en la pantalla, al igual que gotas. Pasé un brazo por sus hombros y la acerqué hacia mí, animándola a que tomara un poco de cariño familiar.

Éramos familia, después de todo.

Apenas su sien tocó mi hombro, estalló en sollozos silenciosos. Giré sobre mí, la abracé apropiadamente y la acuné en mis brazos, porque tenía la sensación de que era eso lo que

necesitaba. Ella se dejó mecer, aunque no se apoyó del todo en mí, teniendo en cuenta que tenía cierta barriga prominente.

—Lo siento —graznó y se incorporó, limpiando sus mejillas. Intentó sonreírme, pero la miré preocupada—. Estoy bien, en serio.

—No lo estás —comenté con voz monótona. Froté su espalda—. No estás bien y yo soy tan buena reconociendo mentiras como contándolas, así que a mí no me engañas, Jack.

Sus labios flaquearon. Sin embargo, se esmeró en mantener sus comisuras hacia arriba. Suspiró, frotó la pantalla de su celular contra la tela del abrigo, luego la prendió y tecleó lo que para mí debía ser la respuesta más hostil del mundo. Cuando terminó, sonrió con satisfacción y guardó el aparato en el bolsillo del montgomery.

—Me gusta mucho un chico, pero él es un completo idiota. Sabe que me gusta y por eso rechazó mi invitación esta noche. No es eso lo que me molestó —negó con la cabeza, su mirada perdida en sus pensamientos—. Me ha dolido en el alma la forma despectiva en la que me ha tratado, como si yo fuera una piedra que se cruzó en su camino. Oh, ¿ya mencioné que lo hizo frente a sus amigos y mi enemiga jurada? —rio de forma amarga—. Por primera vez en mi vida, fui el hazmerreír.

Le sonreí con cariño cuando sus ojos azules voltearon a verme.

—¿No has escuchado? Los hombres son idiotas.

—¿También dirás que son todos iguales? —enarcó una ceja.

—No —reí y puse una mano sobre mi vientre instintivamente—. No todos los hombres son iguales. ¿Sabes? Sean, mi exnovio, no me creyó una palabra cuando le conté todo el tema del compromiso arreglado por nuestras madres. Ahora no me importa, pero en su momento me puso muy mal que no confiara en mí. Y después tienes a hombres como Edouard, Evan, Soufiane, tu hermano... No puedo decir nada de Marco porque Seleste no ha sido siempre sonrisas cuando de él se trataba.

Rio brevemente.

—Sí, mi primo puede ser un cretino.

—Bueno, ahí lo tienes, Jack. No todos los hombres son iguales. Pregúntale a Seleste qué ha hecho para tener a su novio comiendo de la palma de su mano otra vez y haz lo mismo. O no exactamente lo mismo, pero algo para que se dé cuenta de lo que se está perdiendo por ser un imbécil arrogante.

Jackie rio y dejó una sonrisa genuina en sus labios. Sus ojos ya no estaban tristes.

—Te quiero, Brenda. Lynn y Seleste habrán pasado más tiempo que tú aquí, pero ellas no son como la hermana que nunca tuve para mí, como tú lo eres. —Besó mi mejilla—. Gracias.

Se levantó y se fue, dejándome con las palabras en la boca. Yo también la quería, mi única duda era si podría decírselo. Siempre había tenido problemas para decirle a la gente que quería cómo me sentía. Mis padres y Candace eran un gran ejemplo.

Suspiré y volví a la fiesta, temblando en el transcurso. Adentro, le di la bienvenida al ambiente cálido que acariciaba mis brazos desnudos y le sonreí al aroma dulce que se deslizaba en el aire de manera silenciosa. A gusto (y pensando en el pedazo de pastel que me estaba esperando), volví a sentarme al lado de Evan.

Tan pronto como me senté, él se paró.

—Vamos, pronto serán las doce.

—¿Y...? —Ladeé mi cabeza.

Me tomó por los codos en medio de su risa perezosa y me impulsó a mis pies de manera delicada.

Cuando me tuvo a su altura, besó mi frente.

—Pero quiero comer pastel —gimoteé.

Rio.

—Lo sé, pero todos bailarán pronto, es mejor ir ahora a la pista para tener un buen lugar. Créeme, si no vamos ahora luego tendremos que al lado del DJ y no es algo agradable.

Me dejé conducir hacia el centro de la pista, donde ya había algunas parejas meciéndose al compás de la música. Busqué con mi mirada a Lynn, a quien todavía no había saludado, y la encontré sentada en su mesa con Joël en brazos, dormido pacíficamente. No podía ver toda su vestimenta, pero parecía tener puesto un vestido rojo similar al mío.

Evan abrazó mi cintura, atrayéndome hacia él, y yo abracé su cuello, disfrutando de su olor cuando su frente se apoyó en la mía. Cerré mis ojos y sonreí, dejando que él me guiara en el baile, porque yo apestaba. Aunque, si realmente me fijaba, apenas si nos estábamos moviendo.

—Eres hermosa, Brenda —susurró.

Y como la mayoría de las veces que recibía un elogio de su parte, me sonrojé muy ligeramente.

—No sé cómo responder a eso —murmuré y abrí mis ojos.

Se separó apenas un poco, sonrió con sus labios y con sus ojos.

—No necesitas decir nada. Solo quiero que lo sepas. Estoy seguro que el bebé será tan hermoso como tú lo eres.

Mirándolo a los ojos, recordé el color que habían tomado en nuestra visita al Bosque Dorado y una idea se formó en mi mente. Una imagen, un color, un nombre.

—Si tenemos una niña, que es lo que yo siento que tendré, ya sé qué nombre le pondremos. Pero no puedes decirle a nadie, debe ser una sorpresa.

Asintió, una nueva emoción en sus ojos.

—Lo prometo.

—Bien. Aunque no te lo diré ahora, hay mucha gente que puede escuchar.

Reí ante su mohín y lo besé castamente, provocando que se deshiciera del puchero para sonreír.

Cuando llegaron las doce de la noche, se escuchó una explosión de fuegos artificiales en la parte exterior del castillo. Se podían ver desde adentro, gracias a dios, ya que el salón estaba rodeado de ventanales enormes.

—Feliz Año Nuevo, Brenda —susurró Evan.

—Feliz Año Nuevo —murmuré devuelta.

Me besó lenta y suavemente, acariciando mi mejilla como si mi rostro estuviera hecho de plumas. No me importó que hubiera gente rodeándonos con el ojo encima de nuestras bocas, podía preocuparme por eso más tarde. O jamás. Esa era una buena opción.

Luego me escapé a un rincón, llame a mis padres y a Candace. Las conversaciones duraron tanto tiempo, que cuando terminé la llamada ya eran casi la una de la mañana. Mamá me dijo que vendría de visita antes de lo que pensaba y que estaba ansiosa por verme; papá incluso parecía tener más ganas que ella. Eso me resultaba raro, teniendo en cuenta que yo era su hija y estaba embarazada a los 18.

Como antes no había saludado a Lynn, me acerqué y estuve con ella y el pequeño Joël un rato, quien parecía no querer estar en ningún otro lado que no fuesen los brazos de su madre. Era cómico que a él también le habían puesto un conjunto de bebé rojo.

Pedí sostenerlo, intentando darle un poco de espacio a Lynn. Cuando su pequeño cuerpo tocó mis brazos, pensé que comenzaría a gritar y a echar una rabieta; asombrosamente, no hizo ninguna de las dos. Se quedó acurrucado contra mi pecho, ni siquiera se retorció.

Es más, luego de unos minutos se quedó dormido. Lynn lucía agradecida y aliviada; aprovechó a acostar a su hijo en su carriola. Tapó su cuerpecito con una manta y besó su frente.

—Debe ser que tú también eres una mamá —bromeó—, porque ha sido una guerra hacerlo dormir en el último tiempo. Gracias, Brenda.

Me dio un abrazo y acarició mi barriga.

—De nada. Supongo que debo acostumbrarme, ¿verdad?

Tomó mis hombros y me miró emocionada, sonriendo.

—¡Dios mío! —rió—. Puedo enseñarte todo lo que quieras. Será divertido.

Reí por su entusiasmo y asentí. Me di cuenta de que sería mucho más fácil practicar con Joël antes de dar a luz, porque sino luego no tendría idea de qué hacer. Así que acordamos que iría a visitarla y cuidar del pequeño príncipe en los momentos en que ella debía hacer alguna que otra cosa en el castillo. Como dormir, dijo que dormir es lo que menos podía hacer.

Tenía que prepararme para no tener mis tan adoradas horas de sueño.

Cuando volví, Evan me hizo una seña para que me acercara a él. Lo hice, porque ¿qué mujer en su sano juicio no lo haría? En algún momento mientras no estaba con él se había quitado su saco rojo y desajustado la pajarita dorada, junto con los dos primeros botones de la camisa. Tenía las mangas arremangadas en sus codos.

Tomó mi mano y me llevó a un umbral que conducía a una parte del castillo que yo nunca había visto. Había un sofá y una pared cubierta por una biblioteca a un lado, en otro había una escalera, la cual tenía un ventanal en la parte del descanso.

—Esa escalera lleva a los dormitorios —comentó Evan—. Cuando alguno de nosotros quiere escapar sin ser notado, ya que si salimos por la carpa será notorio y quedaría bastante mal, sube por aquí.

—Es bastante conveniente. —Miré mis pies, que parecían estar por explotar dentro de la tela de los zapatos—. Me siento un malvavisco.

Él rio y, antes de que pudiese notarlo, me tenía en sus brazos, estilo novia. Lo miré con las cejas alzadas mientras abrazaba su cuello y mis pies colgaban de su codo. Me dio un beso en la sien y comenzó a subir las escaleras.

—Muy bien, princesa Brenda, déjeme mostrarle algo más antes de escoltarla hacia sus aposentos, ¿sí? Prometo que valdrá la pena.

Reí entre dientes, asentí y besé su mejilla.

Cuando llegamos al ventanal, me dejó en el piso lentamente y se colocó detrás de mí, abrazó mi vientre y apoyó su barbilla en mi hombro.

Delante de mí estaba el gran jardín del terreno real y, más allá, estaba el castillo de invierno, que debía ser la mitad de este con respecto a tamaño. Seguía siendo un lugar enorme. Había una plancha de nieve sobre el césped y no se podían apreciar las lindas flores que siempre florecían en lugar con su vida. Era raro, aunque seguía siendo una vista muy linda. Me gustaba la nieve. Bueno, solo apreciarla, porque era jodidamente fría y hacía que me quemaran las manos cuando quería tomar un pedazo.

Por más hermosa que la vista fuese, había una sola que cosa que ocupaba mi mente.

Suspiré, giré en los brazos de Evan y lo miré con mi labio inferior levemente salido. Sí, estar embarazada me había hecho ser una total estúpida; me encantaba.

—¿Qué pasa? —preguntó suavemente.

Volví a suspirar.

—Realmente quiero mi pedazo de pastel, ¿sabes? Ella lo está pidiendo.

Río a carcajadas, lo que me hizo sonreír. Creo que pocas cosas hacían reír a Evan de esa manera. Mis antojos podían con él, yo lo sabía. Cuando su risa calmó, asintió y besó mis labios castamente.

—Sí, ya mismo señora. Y todavía no sabes si es una ella.

Me dejó mirando el paisaje blanco con una sonrisa.

Unos segundos después, sentí que alguien bajaba la escalera por el otro lado. Cuando giré a ver, me asombré de ver a la reina luciendo más desastrosa que nunca: su cabello parecía un nido de

pájaros, su vestido rojo estaba arrugado y, considerando su altura, no llevaba zapatos. Su rostro estaba pálido, sus ojos rojos y sus labios quebrados.

Antes de poder preguntar, tomó la tiara y la arrancó de mi cabeza, haciéndome gañir por el dolor repentino en mi cuero cabelludo. Miró el objeto dorado y luego a mí, con disgusto.

—Tú no mereces esto, Morel.

Arrojó la tiara escaleras abajo, provocando que se rompiera en miles de pedazos y que la luz destellara cuando rebotaba en los diamantes. No me gustara usar tiaras, pero realmente no era necesario romper tremendo trabajo.

—¿Qué carajo? —hice un ademán con mis manos.

Su labio superior se curvó hacia arriba, mofándose de mí. Comenzó a acercarse a paso rápido, tanto que ni siquiera pude pensar, solo me alejé hasta que mi espalda tocó la baranda. Quise preguntarle qué le pasaba, quizá de una manera más sutil, cuando su palma encontró mi mejilla: su bofetada me volteó el rostro e hizo eco en la habitación.

—Tú no mereces nada de lo que tienes, Morel. Ni a mi hijo, ni a mi familia, ni siquiera al monstruo que llevas dentro, ese que dices que es un bebé. Eres asquerosa. —espetó, haciéndome arredrar—. No puedo creer que él te haya elegido a ti, cuando mi hijo se merecía a alguien mucho mejor. Isabelle y tú. —Hizo un gesto de repudio y negación con la cabeza, sus labios estaban arrugados como conteniendo mil insultos hasta que soltó una palabra—. Despreciables.

Mi corazón estaba taladrando mi caja torácica con tal fuerza que pensé que se me rompería el pecho. No sabía qué hacer, nunca la había visto tan desquiciada, tan... Tan loca. Sí, era una arpía por todo lo que había hecho y más, pero esto era demasiado.

«Evan, apúrate, por favor» imploraba con mis pensamientos que el príncipe se apareciera.

—¿De qué estás hablando? —pregunté, intentando permanecer calmada—. Hace poco me dijiste que estabas feliz de que yo estuviera casada con Evan, ¿por qué ahora me odias por ella? Además, tú y mi madre han arreglado este matrimonio.

—¿Cómo te atreves? —rugió—. ¡Yo nunca haría algo así! Menos con alguien como tu madre —rio amargamente—. Me tienes harta, Morel. Realmente harta. —Me tomó por los hombros y me movió, así que yo estaba enfrentando el ventanal una vez más. Tomé sus muñecas al perder el equilibrio—. Esto es todo su culpa, su culpa, su culpa, su culpa. Es su culpa, no mía —rio sin humor—. Me voy a deshacer de él también. Pero tú vas primero. *Au revoir!*

¡Adiós!

Se me heló la sangre y un escalofrío corrió por mi espina dorsal, pero antes de poder siquiera pensar en la manera de salir de sus garras, todo comenzó a transcurrir en cámara lenta: Lucinda clavó sus uñas en mis hombros, provocando que mis manos perdieran fuerza en sus muñecas. Un segundo después, ella era pequeña y un dolor agudo en mi espalda me dejó saber que mis huesos habían chocado con los escalones.

Me empujó.

Grité como nunca antes.

Tan rápido como mi mente me lo permitió, cubrí mi barriga y seguí cayendo, rodando, golpeando con todo mi peso precipitándose por la alfombra que tapaba la escalera. Llegué al piso tan rápido que fue como si nada hubiera sucedido, pero mi cabeza dolía y mis ojos estaban cerrados; la inconsciencia me estaba tomando en sus brazos, haciéndome suya.

Un segundo antes de que la oscuridad me acunara y me meciese, escuché lo que últimamente más me gustaba oír, salir de los labios de la persona que me había hecho sonreír como nadie antes, de la manera en que menos me hubiera gustado escucharlo.

—¡Brenda!

Su voz estaba llena de espanto y de dolor.

Mis adentros también lo estaban.

Evan bajó las escaleras sintiéndose a gusto con la renovada actitud de Brenda. Le gustaba que se comportara de esa manera aniñada, aunque sabía que podía irse en cuanto el bebé naciera.

Entró al salón y tomó otra porción del pastel que ella quería, pues el anterior seguro estaría seco y, aunque a ella le diera lo mismo, sabía que lo preferiría suave y esponjoso. Y le encantaba complacerla.

Cuando estaba por salir con el plato de pastel en la mano, se encontró con su padre, quien lucía agotado pero feliz.

—Hola, papá —sonrió—. Feliz año nuevo. Disculpa por no decirlo antes. ¿Dónde está mamá?

Richard rio y colocó una mano sobre el hombro de su hijo.

—No te preocupes, entiendo porqué te tardaste. Ella se fue a dormir —hizo una mueca—, estaba pasada de copas. ¿Dónde está Brenda?

Ignoró el actual estado de su madre, ya que no le parecía raro. Ella siempre se salía antes por estar borracha. Era una suerte que solo pasara en este tipo de fiestas y no siempre. El alcohol no le caía bien a la reina.

—Ella está en las escaleras esperándome —rodó sus ojos fingiendo fastidio—. Ya sabes, las mujeres embarazadas y sus antojos.

Al nombrar el embarazo, los ojos de su padre se iluminaron.

—Oh, sí. Dos nietos seguidos. —Negó con la cabeza—. Creo que no podría haber pedido por un mejor regalo de año nuevo. Creo que desde que llegó a Goldenwood, nunca la había visto tan feliz. Ella me recuerda a su madre.

Y porque Evan conocía a su padre, tenía la certeza de que no tendría otra oportunidad para conversar sobre el tema. Richard era el tipo de persona que se enfocaba en el presente y en el

futuro, no en el pasado. De hecho, ni siquiera le gustaba hablar de él, tal vez ahora alguna que otra copa de champán lo habría animado.

—¿En qué sentido?

Apoyó el plato en una mesa cercana y se cruzó de brazos, apropiando una pose de interés que su padre conocía. Aun reconociendo la posición que él mismo usaba, siguió hablando.

—Bueno, ambas tienen el temperamento más corto que he conocido, aunque también son las personas más sensibles, o, al menos, Brenda lo parece. —Se encogió de hombros—. Son especiales. No la pierdas, hijo. No cometas ese error.

Su padre ni siquiera se veía triste por haber hecho ese comentario, pero Evan no lo pudo evitar y se animó a preguntar, sintiéndose un intruso.

—¿Acaso te arrepientes de no haber seguido tu relación con ella?

Richard comenzó a negar moviendo repetidamente la cabeza, observando a su hijo como si hubiera perdido la razón, pero justo en ese momento, un grito agudo lleno de horror llamó la atención de todo el salón. Había sido, incluso, más alto que la música que los rodeaba.

Evan palideció.

—Brenda —susurró. Salió disparado por el umbral; espanto y dolor llenó su cuerpo cuando vio a su esposa caer por las escaleras—. ¡Brenda! —gritó.

Corrió y se agachó junto a ella, exclamando a la gente que se estaba acercando que alguien llamara una ambulancia urgentemente, aunque no estaba seguro de si las palabras estaban saliendo de manera correcta, ya que su voz le sonaba ajena, distante, sus oídos se sentían tapados.

Tomó el cuerpo inconsciente de Brenda y la acurrucó contra su cuerpo. Sacó su mano de su cabello, sintiendo que algo húmedo mojaba su piel. Sangre. Estaba sangrando. Dio más órdenes, sin realmente importarle si sonaba autoritario. Solo quería que Brenda fuera trasladada al hospital de inmediato.

Miró hacia las escaleras. Nadie. No había ni siquiera un alma allí arriba. ¿Había tropezado y caído?
¿Qué sucedió?

Le resultó una infinidad de tiempo hasta que los paramédicos entraron con una camilla en manos. Hicieron preguntas de manera apresurada, las cuales Evan no sabía cómo responder, se sentía perdido al ver el cuerpo de la persona que últimamente lo hacía más feliz que nadie de esa manera.

Luego el paramédico dijo algo que le heló la sangre.

—Su pulso es débil y no puedo sentir el del bebé ahora mismo. Vamos. Ahora —ladró.

El bebé. ¿Cómo estaba el bebé? Evan no sabía qué hacer, aunque sí sabía lo que estaba sintiendo. Las punzadas de angustia que lo estaban atravesando eran filosas.

Subieron a Brenda a la camilla, colocaron una máscara de aire en su boca y nariz, taparon su cuerpo con una manta y salieron hacia la carpa. Evan ni siquiera tomó su saco o abrigo, solo los siguió hasta quedar sentado en la parte de atrás de la ambulancia, tomando la mano de la princesa.

Sonrió por un segundo. Era extraño pensar en Brenda como una princesa. Pero lo era, una única y magnífica en su especie. Acarició el dorso de su mano fría mientras cerraban las puertas y se ponían en marcha.

Uno de los paramédicos sacó la manta de su cuerpo al mismo tiempo que el otro subía el vestido hasta sus pechos, dejando a la vista la prominente barriga de seis meses. Taparon sus piernas con la manta. El paramédico se colocó el estetoscopio en las orejas, mientras que el otro extremo lo arrastraba por diferentes sectores de la piel de Brenda.

Levantó la mirada con sus rostro teñido de preocupación.

—Apenas si puedo sentirlo —Se paró y se acercó a la parte de adelante. Golpeó la ventanilla—.
¡Apúrate, acelera!

Cuando el muchacho se volvió a sentar y la sirena de la ambulancia comenzó a sonar en las afueras, Evan comenzó con su cuestionario.

—¿A qué se refiere?

Lo miró con disculpa y lástima.

—El bebé. Su presión está cayendo, debemos llegar y sacarlo antes de que sea demasiado tarde.

—¿Qué? —Lo fulminó con la mirada—, ¿sacarlo? Pero solo tiene veintiséis semanas.

—Lo sé, príncipe, pero si quiere que viva, entonces debemos sacarlo o, de otro modo, no tendrá hijo alguno. Lo lamento. ¿Tiene alguna idea de lo que puede haber pasado?

No tener hijo alguno. La idea de ser padre lo había emocionado desde el primer momento en que vio el ultrasonido, pero en cada que veía el vientre creciente de Brenda la idea le emocionaba mucho más. Ya quería tener al bebé con él, fuera un niño o una niña, eso realmente no le importaba. Solo quería mecerlo en sus brazos.

La idea de perderlo antes de siguiera verlo, lo enfermaba. Lo llenaba de dolor.

—No, no tengo idea.

Llevó la mano de Brenda a su boca, esperando poder transmitirle sus pensamientos, sus ganas de que ella y el bebé estuvieran bien. Que no se diera por vencida, que luchara, que no se dejara ir. Era muy pronto para perder algo que había durado tan poco. Todavía le quedaba tiempo por disfrutar de ella y del bebé en camino.

Cuando llegaron al hospital, sacaron la camilla y pasaron a Brenda a una cama de hospital.

Comenzaron a transportarla por los pasillos, mientras la poca gente que estaba allí miraba con ojos curiosos. Evan no soltó su mano ni en un segundo, pero cuando llegaron a unas puertas dobles, un doctor que estaba allí lo miró con simpatía.

—Lo siento, príncipe, pero no puede entrar aquí.

Se llevaron a Brenda. Se la llevaron. Los ojos de Evan se llenaron de lágrimas, de furia, de dolor, de angustia.

—¿Qué? —preguntó en un hilo de voz, su garganta se sentía rasposa—. ¿Por qué?

—Es la sala de operaciones. —Palmeó su hombro—. Le avisaré cuando todo termine.

El hombre desapareció.

Evan se quedó paralizado fuera de la sala, observando las puertas como si Brenda y su hijo fueran a salir en cualquier momento.

Una enfermera apareció y le pidió que la acompañara. Ni siquiera pudo negarse, dejó que la mujer lo tomara del codo y lo llevara a una sala de espera que estaba completamente vacía. La mujer lo sentó en una de las sillas y luego se fue, no sin antes decirle que todo estaría bien y que le avisarían en cuanto su mujer saliera de la operación.

Por la mente del príncipe pasaban todo tipo de situaciones e imágenes de un futuro sin ninguno de ellos. Sin Brenda, sin su hijo. Al principio le había costado acostumbrarse a ser esposo de alguien tan diferente a él, acostumbrarse a ella que era una constante lucha; aunque no podía decir que no la disfrutara. Ella lo hacía sentir de una manera que nunca antes había sentido. Ya se había hecho a la idea de lo que sería su futuro.

«Su pulso es débil. El pulso del bebé está cayendo».

¿Qué haría si ninguno de los dos salía de esto?

No sabía cuánto tiempo había pasado hasta que su familia apareció al final del pasillo. Su hermana ya no tenía la tiara colorada en su cabeza, y el moño que antes recogía su cabello estaba desarmado. Cuando los ojos de Jacqueline se encontraron con los de Evan, ella dejó salir un sollozo y corrió hacia él, levantando su vestido y dejando a la vista sus pies desnudos.

El príncipe se levantó un momento antes de que ella llegara a destino y lo chocara con un abrazo. Se abrazó a su fina cintura y perdió todo el control que tenía sobre sí mismo; rompió en sollozos y lágrimas mojaron el hombro desnudo de su hermana. Unos segundos después, sintió los brazos de alguien más viniendo desde atrás de ella. Levantó la mirada solo un poco, lo suficiente para ver la cara de preocupación de su hermano.

Volvió a esconderse.

No se atrevió a quitar el rostro del hombro de Jackie, no quería salir de ese escondite. No deseaba ver las expresiones de los demás. Jacqueline susurró palabras que intentaban ser reconfortantes a su oído, aunque lo encontraba difícil, ya que ella también estaba llorando. Alaric murmuró algunas palabras. Evan estaba agradecido por su presencia.

Unos segundos después, la voz de Seleste inundó el silencio del corredor.

—¿Qué ha pasado? ¿Dónde está Brenda?

—¿Dónde estabas media hora atrás, Seleste? —cuestionó Lynn,

Sonaba como ella, aunque su voz también era llorosa.

—Estábamos de camino a los dormitorios cuando vimos la ambulancia irse —explicó Marco.

—¿Alguien puede decirme qué demonios ha pasado? —preguntó Seleste una vez más, desesperación tiñendo su voz.

Evan se desprendió de sus hermanos y la miró a los ojos. La rubia abrió los suyos a la par cuando vio el rostro lagrimoso del príncipe. Palideció enseguida.

—No sé qué ha pasado realmente —logró decir en un murmullo—, pero la vi cayendo por las escaleras. Los paramédicos dijeron que ambos, ella y el bebé, están débiles. Están en la sala haciendo una cesárea de emergencia.

Su voz quebró al final de la oración.

—¿Qué? —susurró, sus ojos se cristalizaron—. No. Mi tía me va a matar. Esto no puede estar pasando.

Llevó sus manos hacia su cabeza. Marco frotó su espalda solidariamente para darle fuerzas.

—¿De qué estás hablando, Seleste? —incurió Lynn, frunciendo el entrecejo—. Tu prima está en una cirugía de emergencia, ¿y tú te estás preocupando por lo que dirá su madre? —negó con la cabeza con decepción.

La rubia negó con la cabeza vigorosamente.

—Tú no entiendes, Lynn, los padres de Brenda están llegando a Goldenwood en este momento para sorprender a su hija, ¿cómo piensas que reaccionarán cuando se enteren que ella está internada en el hospital? Pasaron Año Nuevo en París para poder hablar con Brenda y luego sorprenderla aquí.

—¿Qué? —preguntó Evan, confundido—. ¿Los padres de Brenda están llegando? ¿Qué estás esperando, entonces? Llámalos y diles que vengan aquí. Ellos deben saber lo que ha pasado. Ellos deben estar aquí.

Seleste lucía insegura bajo la mirada de todos, quienes parecían estar en total acuerdo con las palabras del príncipe. Ella negó con la cabeza.

—No puedo.

El rey Richard suspiró.

—Yo llamaré a los Thomas y de paso llamaré al castillo para hacerle saber a Lucinda que estamos todos aquí. También le informaré de lo que ha pasado.—miró a Evan y le dio una pequeña sonrisa—. Todo estará bien, hijo.

Evan solo pudo asentir. Volvió a sentarse e ignoró el llanto de Seleste unos asientos más allá. No podía pensar en ella en ese momento. Su hermana tomó su mano y le dio un apretón, dejándole saber que estaba ahí con él, que no se iría a ningún lado. Ric apoyó su mano en su hombro, dándole a entender exactamente lo mismo.

Lynn, sentada en la fila frente a ellos con Joël dormido en su pecho, los miró y se paró. Caminó hacia ellos y besó a Evan en la frente.

—Brenda es fuerte y su bebé no es diferente. Estoy segura de que ambos estarán bien. Ten fe, Evan, ¿bueno? —susurró.

—Gracias, Lynn.

Ella le sonrió y tomó asiento a un lado de su esposo.

El tiempo parecía transcurrir a paso de caracol. Evan no tenía idea de cuánto tiempo había pasado cuando su padre y los padres de Brenda aparecieron en la sala de espera. El señor Thomas parecía desolado, mientras la señora Thomas tenía los ojos rojos e hinchados, pero su rostro lucía furioso y determinado.

Su padre tenía razón, ella se parecía mucho a Brenda, incluso siendo rubia con ojos celestes, había algo en su expresión que le recordaba a ella.

Ni siquiera saludó a los presentes. Se sentó en una silla apartada y le hizo señas a los otros dos para que la dejaran sola. Tomó su cabello dorado en sus manos y lo recogió en un moño. Luego tomó objetos de su bolso y retocó su maquillaje.

Evan quiso reír. Por lo menos en ese aspecto, eran completamente diferentes.

Su padre, al contrario, se acercó a él e intentó darle una sonrisa.

—Sé que ella estará bien. Le tengo fe a mi hija luchadora. No tengo dudas de que mi nieto es exactamente igual.

—Sí —susurró Jacqueline a su izquierda—, yo también le tengo fe. A ambos.

Evan se levantó y caminó fuera del lugar, buscando silencio. No entendía cómo todos podían estar tan seguros, tan tranquilos de algo en que nadie tenía poder ni certeza. ¿Cómo podían tener tanta fe? Sí, Brenda era una luchadora, pero no tenía control sobre su cuerpo estando inconsciente. ¿Cómo haría para luchar contra sí misma?

Se detuvo frente a una ventana del corredor y apoyó su frente contra el cristal, dejando que más lágrimas desbordaran sus ojos. Una mano en su hombro lo asustó. Giró en un salto para encontrarse con la madre de Brenda.

Ellie, había escuchado que la habían llamado un par de veces en su boda.

—No quise espantarte, lo siento —sonrió suavemente—. ¿Estás bien?

—No realmente —murmuró y limpió su rostro.

Ella lo miró con ojos tristes, pero seguros.

—Sé lo que ha pasado, lo que has visto, mejor dicho. Richard me dijo. Solo quiero que sepas, Evan, que Brenda no es torpe. No hay manera en que ella se haya tropezado.

Él exhaló con fuerza y peinó su cabello hacia atrás.

—¿Me está diciendo que cree que alguien la empujó?

—No sé —susurró—. Espero que no haya sido de esa manera, sino alguien estaría en serios problemas por haberse metido con mi hija —tomó aire y movió su cabeza, como si se estuviera diciendo a sí misma que debía mantener la calma—. Tú sabes cosas que Brenda no, ¿estoy en lo cierto?

No entendía el repentino cambio de tema, pero si esta mujer era como Brenda, entonces no le convenía desviar la conversación. Ella seguiría hasta conseguir la respuesta que quería.

—Sí. Creo que ella no está lista para saber algunas cosas.

Ellie asintió.

—Yo pienso lo mismo —miró en dirección de la sala de espera y luego volvió al príncipe—. Dime, ¿acaso Brenda tomó el té que Nenna siempre le da, esta noche antes de la fiesta?

—Sí. No pasa una noche sin que lo tome.

—Bien —suspiró y, por alguna razón, parecía aliviada—. Volvamos, quiero estar ahí cuando me digan que mi hija está bien.

Ellie comenzó a caminar, pero Evan se quedó clavado en el lugar.

—¿Cómo puede estar tan segura?

La mujer de cabellos dorados giró en el lugar y le dio una sonrisa llena de confianza.

—Es mi hija. Yo sé que ella está bien. Sabrás de qué hablo cuando tu hijo nazca; hay lazos que son inexplicables, príncipe Evan.

Y se fue, dejándolo con la palabra en la boca. Aunque, al momento, creía que no había palabras para decir, ya que la madre de Brenda había dado en el clavo. Ahora, por algún motivo, estaba más tranquilo. Ahora, sentía fe.

Volvió al corredor y se volvió a sentar en medio de sus hermanos. Intentó pensar en cualquier cosa, excepto en un futuro sin Brenda y su hijo. Los momentos que podrían tener juntos, las risas, las lágrimas, las noches sin dormir. Él quería pasar por todo eso. No quería perderse ni un segundo.

Como todo el tiempo en el hospital, parecieron horas hasta que el doctor de antes apareció en la sala con el barbijo enganchado en sus orejas, pero arrugado debajo de su barbilla. Estaba quitándose los guantes cuando entró en la sala.

Evan y Ellie se acercaron primero, ávidos por saber qué estaba pasando. El hombre sonrió cordialmente y quitó el barbijo de su rostro.

—¿Cómo están? —preguntó ella.

Él pareció tomar paciencia del aire y continuó sonriendo.

—No sé cómo decirles esto. Es la primera vez que presencio algo así. Ni toda la experiencia médica del mundo podría tener una explicación a lo que ha pasado.

—¡Vamos, hombre! —exclamó Jacqueline a un lado de Evan—. Díganos qué pasó.

El doctor suspiró.

—Bueno, la princesa estaba muy débil cuando entró, una herida importante en su cabeza y moretones formándose en su piel por la caída, su pulso era apenas perceptible. Lo que nos preocupaba era la caída del pulso del bebé, ya que debíamos hacer una cesárea de urgencia y eso podría afectar directamente a la princesa. Teníamos todo preparado en un santiamén, pero cuando tuvimos la intención de cortar, el pulso del bebé y el de la princesa volvieron a la normalidad.

El doctor negó con la cabeza, luciendo desconcertado.

—La doctora Dulieu estaba allí. Realizó un ultrasonido y vio que todo estaba bien. El corazón del bebé estaba latiendo fuerte y saludable, al igual que el de la princesa. Revisamos todo y... Y ellos están bien —hizo contacto visual con todos en la habitación rápidamente—. Ha sido un milagro. Cocimos la herida en la cabeza de la señora Bourque e hicimos una resonancia; todo está en orden, no hay huesos rotos. No sé cómo ha sido posible, pero ambos están bien. Dulieu aún está examinando al bebé, por si acaso, pero todo parece estar excelente. —Palmeó el hombro del príncipe—. Sonría, príncipe, todo estará bien.

Evan dejó salir una risa en una exhalación y se dejó abrazar por quien fuere que lo estaba haciendo. Oía como Jackie. Le devolvió el abrazo y dejó que las lágrimas de felicidad fluyeran libremente.

—Ils sont bien, Evan —susurró su hermana—. Ils sont bien.

Están bien.

—Lo sé —lloró.

Jaqueline se separó de él y lo tomó por las mejillas, sonriendo a través de sus propias lágrimas. Detrás de ella apareció la mamá de Brenda, con una expresión más o menos igual. Llanto y sonrisas, aunque la de ella era diferente. Ella había tenido la certeza de que su hija estaba bien.

—Te lo dije, príncipe.

Jackie lo soltó y se hizo a un lado. Ellie le dio un abrazo corto, pero cálido.

—Gracias, señora Thomas.

Ella le dio una sonrisa más grande, mostrando sus dientes. La mujer estaba brillando de felicidad. Rio entre dientes.

—Dejemos las formalidades, somos familia. Llámame Axelle.

Me desperté de repente.

Mi cabeza dolía como una perra. Punzaba. Sentía a mi corazón latir en la frente. Mi cuerpo se sentía de piedra, miles de libras más de las que pesaba normalmente. Tenía un cansancio enorme cosquilleando cada fibra de mi ser, como si no hubiera dormido en semanas.

También estaba tremendamente incómoda.

Fuera de eso me sentía bien. Mi memoria se sentía como un papel cortado con tijeras repetidas veces. Recordaba la fiesta de Año Nuevo, pero luego eran como retazos olvidados y caídos al suelo; nada claro. La luz de la habitación en la que estaba no me dejaba pensar con claridad, era demasiado fuerte, brillante y blanca, aún detrás de mis párpados.

Me moví hacia mi derecha y dejé mi cabeza en una posición diferente, encontrando la comodidad al fin. Dejé salir un suspiro contento e intenté volver a dormir. Aunque, en ese momento, me di cuenta de algo que me desconcertó de inmediato: el bebé. Se estaba moviendo como loco.

Eso era lo que me había despertado. Estaba acostumbrada a sus movimientos ligeros o nulos, no tanto remolino en mi placenta. Vaya, ¿qué demonios le estaba pasando para estar bailando tanto? Era tan extraño sentirla así.

De pronto se quedó quieta. Y tan pronto como se quedó así, me pateó las costillas. Hice una mueca y un sonido de dolor, expresando en voz alta cómo me hizo sentir su pie en ese lugar de mi cuerpo. También me di cuenta de las inmensas ganas de ir al baño que tenía. Dios, necesitaba salir de esta cama, necesitaba seguir durmiendo.

Mierda, ¿acaso me había drogado la noche anterior y por eso no recordaba nada?

—¿Brenda? ¿Estás despierta?

Era la voz de Evan. No solo sonaba como si recién se hubiera levantado, sino también con cierta esperanza tiñendo su hablar, al igual que desesperación y alegría. No entendía nada de lo que

estaba pasando. Además, ¿por qué demonios teníamos la luz de la habitación prendida? Nunca la dejábamos así cuando nos íbamos a dormir.

Abrí los ojos con un esfuerzo sobrehumano y cuando se ajustaron a la luz, me di cuenta de que algo no estaba bien. Evan estaba despeinado y aún tenía puesto lo de la noche anterior. Mientras mis ojos vagaban por el lugar, también vi que no estábamos en el dormitorio del castillo, sino en una habitación de hospital.

Las memorias fueron penetradas en mi mente como una aguja en la piel. Jadeé, recordando la manera en que la reina Lucinda me había tratado, en la que me había hablado. En la que me había intentado matar. A mí, a su nieto.

Escuché un pitido insoportable sonar en mis oídos sin detenerse. Miré hacia todos lados, asegurándome de que ella no estuviera aquí, no cerca de mí. No quería verla, no quería ni siquiera saber que estaba cerca sin ser controlada. No quería vivir en el mismo lugar en el que ella estaba.

—Brenda, Brenda, tranquilízate. —Sentí sus manos tomar mis hombros. Lo miré a los ojos, consiguiendo entonar cierta paz interior en sus estanques verde musgo—. Relájate, no hay nadie más aquí; solo yo. Solo yo —susurró.

Mi respiración era irregular y pesada. Luego de un momento observándolo, me di cuenta de que el pitido odioso era mi corazón sonando en una máquina. Mi mano izquierda tenía una venda azul rodeándola y un aparato apretando mi índice.

—Estoy bien —susurré sin aliento—. Lo prometo, estoy bien. Estoy bien.

Tomó mi rostro entre sus manos y limpió las lágrimas que se me habían escapado.

—Estás bien. Ella está bien —besó mi frente—. Ambas están bien.

En mitad de una sonrisa, se me escapó un sollozo al escuchar sus palabras. Tomé sus muñecas y lloré contra él, sintiendo un tornado de emociones girando dentro de mí. Alivio, porque todo estaba bien; felicidad, porque finalmente él había aceptado mis intuiciones; miedo, porque ella aún estaba

dando vueltas; tristeza y decepción, de que a alguien tan bueno como Evan le hubiese tocado una madre tan despiadada e insana como Lucinda.

—Ella está bien —susurré con la voz quebrada—, ella está bien.

Todavía me sentía mareada, seguramente por los medicamentos que me habían inducido al entrar al hospital. Cerré los ojos, porque sentí que la cama en la que estaba se movía un poco. Tomé respiraciones profundas en medio de mi llanto y volví a separar mis párpados cuando me sentí bien.

Maldición, aún tenía ganas de hacer pis.

Evan seguía sonriendo. Sus ojos estaban cristalizados, pero no emanaban tristeza. Se veía feliz.

—Al fin lo aceptaste —grazné.

Negó con la cabeza, su sonrisa ensanchándose, si eso era posible. Sus ojos se iluminaron.

—No realmente. Lo dije porque es una niña. —Me separé un poco y lo miré con los ojos abiertos. Algo de tristeza ensombreció su mirada, pero no perdió el brillo mientras se sentaba en la cama. Soltó mi rostro y tomó mi mano desnuda—. Cuando se dieron cuenta de que no necesitaban hacer una cesárea de emergencia, tu presión y la del bebé estaban bien, Maïte se ocupó de afirmarlo. Hizo una ecografía y vio el sexo —sonrió—. *Nous aurons une petite fille.*

Tendremos una niña.

Curvé mis labios de forma tranquila.

—Lo sabía.

—Me dirás el nombre que tienes planeado ahora, ¿verdad?

—No. Quizá después.

Rio en voz baja.

Un médico vino cuando Evan lo llamó; me revisó tranquila y gentilmente. Parecía sorprendido de que todo siguiera bien, cosa que me asombraba a mí también. Quiero decir, estaba feliz, pero había caído por las escaleras y solo me había hecho un esguince en la muñeca izquierda. Todo era muy extraño.

Sin embargo, no dije nada, porque no sabía qué decir.

Me dejó ir al baño con ayuda de Evan, pero al volver a la cama no me dejó desconectarme de la máquina que tomaba mis latidos. Todavía lucía miedoso de que algo pudiera pasarme.

Cuando se fue nos quedamos en silencio. De repente, y porque era verdad, murmuré con un puchero:

—Todavía tengo ganas de comer ese trozo de pastel de chocolate.

Evan estalló en carcajadas justo cuando la puerta se abrió y una mujer de cabellos dorados entraba en la habitación. Sus ojos azules se clavaron en mí y se prendieron al ver que estaba despierta. Le di una pequeña sonrisa, sorprendida pero feliz de verla en Goldenwood.

—Hola, mamá —murmuré.

Sonrió y entró cerrando la puerta detrás de sí. Sin dudarlo, se acercó y se sentó al otro lado de la cama. No lucía preocupada, desesperada ni triste como Evan lo había hecho, sino feliz y decidida.

Besó mi frente cuando estuvo en frente.

—Hola, Eloïse.

Revoleé los ojos.

—¿Hace falta? Estoy en una cama de hospital, ¿y tú me llamas así?

Ella rio y me envolvió en sus brazos. Olía a perfume costoso, como siempre lo hacía. Yo de seguro tenía el olor asqueroso que cargaban los hospitales. Apoyé mi cabeza en su hombro y cerré mis ojos, dejándome llevar por la sensación de tener a mi mamá conmigo.

Nunca había sido la hija normal que buscaba a su madre en los momentos más difíciles o los más emocionantes, pero ahora sentía que la necesitaba. Y como mi cuerpo era una revolución hormonal por el embarazo, mis ojos se llenaron de lágrimas detrás de mis párpados y comencé a llorar silenciosamente.

Me apretó un poco más contra ella y sentí a Evan acariciar mi mano y mi espalda.

No sabía por qué me sentía por demás sensible, quizás eran las palabras de Lucinda resonando mi mente y haciéndome sentir miserable, las hormonas o haberme levantado en un hospital sin realmente recordar lo sucedido. Todas las opciones podían ser correctas.

Era un desastre.

—Hay algo que debo decirte, cariño. No sé si es un buen momento o si te gustará, pero necesito hacerlo antes de que sea demasiado tarde.

Me separé y me sobé los mocos, mirándola confundida.

—¿Qué es? —pregunté con voz nasal.

Le dio una rápida mirada a Evan y me tomó por el rostro.

Tragó con fuerza.

—Hay cosas de Goldenwood que desconoces... Porque yo quise que así fuera. Sí sabes que las hojas del Bosque Dorado tienen propiedades curativas, ¿verdad? —asentí, todavía sin entender el punto de esta conversación. Recién me levantaba, maldición—. Bien. También sabes que mezcladas con líquidos, dependiendo de cuáles, funcionan de diferentes maneras. Sé que lo sabes.

—Espera. —Me enderecé un tanto, pues no tenía mucha fuerza, y la miré a los ojos. Tomé sus muñecas y saqué sus manos de mi rostro—. ¿Cómo sabes que lo sé?

Me miró determinada.

—Eso te lo diré después. El tema aquí es que... —inhaló—. Tú y tu bebé están sanos y salvos gracias al Bosque Dorado, a sus hojas. En el té que tomas todas las noches, ¿no ves algo fuera de

lo normal? —No me dejó responder, continuó hablando—. Es porque hay una hoja dorada en cada té que tomas. Te ha mantenido a salvo todos estos meses.

Parpadeé. Miré a Evan.

—Tú lo sabías, ¿verdad?

Sus ojos se llenaron de una sosegada disculpa silenciosa mientras acariciaba el antebrazo de mi mano vendada.

—No desde siempre. Al principio había sido Nenna quien te daba el té, así que no estaba seguro. Me di cuenta de que el té contenía una hoja dorada la primera vez que me tocó a mí llevarlo, en los primeros meses de tu embarazo. No dije nada, porque tenía miedo de que no quisieras seguir tomándolo.

Tragué sonoramente.

—¿Por qué Nenna me estaba dando té con hojas del bosque? —susurré.

Mamá miró a Evan, ignorándome.

—¿Podrías dejarnos a solas un momento, Evan?

Él suspiró y no lucía con ganas de irse. Sin embargo, y porque mi mamá podía convertirse en una fiera en cualquier momento y él parecía darse cuenta, asintió apenas perceptible. Besó mi frente y salió de la habitación.

Cuando estuvimos solas, sus ojos azules se clavaron en mis marrones.

—Antes que nada, debes saber otra cosa, la razón de por qué Nenna está en el castillo.

A pesar de sentir más confusión a mi alrededor y dentro de mí, mantuve la compostura, dispuesta a entender todo el misterio que gravitaba en la habitación.

—Soy toda oídos.

Un halo de tristeza cruzó la mirada de mamá.

—Cuando éramos adolescentes, Lucinda era una de mis mejores amigas. Hacíamos todo juntas con ella y Adelle, éramos inseparables. Todo había sido genial, hasta que Richard y yo comenzamos a salir. Él era como un hermano, en realidad, y de un momento para otro, decía que yo le gustaba... Así que comenzamos a salir, porque mi papá era el duque y yo sabía que él quería que estuviéramos juntos. Pero había un enorme problema: Lucinda estaba perdidamente enamorada de él... Y yo lo sabía.

—Espera —interrumpí, sintiéndome traicionada—. ¿Lucinda era tu amiga? ¿Qué demonios? ¿Y saliste con el rey?

—Sí, Brenda, ¿acaso repetirás todo lo que te diré? —preguntó molesta.

—Bueno, esto es muy raro para mí. Odio a Lucinda con toda mi alma y ahora me entero de que tú eras su amiga y que saliste con el padre de Evan. Creo que esto es mucho, quizá deberíamos hablar después y...

—No, Brenda —zanjó, y su ceño se frunció—. Escucharás la historia completa para comprender todo lo que tengo que decirte. —Antes de seguir su cara se relajó y me miró con suma preocupación. Colocó un mechón rubio detrás de su oreja—. Bebé... ¿Cómo caíste de las escaleras?

Palidecí y desvié mi mirada. ¿Por qué de repente cambiaba de tema? Prefería escuchar la historia de su amistad con Lucinda que relatar los hechos de la noche anterior. No quería evocar lo que había sucedido, solo me haría perder la cabeza.

Escuché a mi corazón acelerar solo un poco en la máquina.

Antes de que mi mamá pudiera darse cuenta de lo que eso implicaba, escupí:

—Resbalé.

Su gruñido apenas audible me hizo volver a verla. Me estaba mirando molesta, otra vez. Su mano estaba sobre su pecho, en un puño.

—Mientes —acusó—. No hay forma en la que hayas resbalado y no eres torpe. Y sé que estás mintiendo, así que simplemente dime la verdad para que podamos continuar con esta conversación, Eloïse.

Me miraba de tal forma que me moví incómoda en el lugar, sin mover mis ojos de sus suyos. Si lo hacía querría decir que me estaba intimidando y aunque lo estaba haciendo, no quería darle el placer de tener la certeza. Prefería que no supiera del todo lo que yo estaba pensando, si bien la mayor parte de las veces su instinto de madre se lo hacía saber, de todas maneras.

Sentí que alguien tomaba mi lengua y la estiraba fuera de mi boca; que alguien agarraba mis pensamientos y los movía hacia adelante.

—Lucinda me empujó —susurré, sintiéndome obligada.

Parpadeó.

Soltó su pecho.

Sus ojos se llenaron de lágrimas.

—Lo sabía —musitó, negando la cabeza—. Lo sabía. Cuéntame cómo sucedió.

Temblando y sintiéndome más blanca que nunca, le relaté los sucesos de la noche anterior, intentando no perder ningún detalle. Conocía a mi madre, sabía cómo funcionaba su mente; si dejaba algo afuera, comenzaría con preguntas que quizá no tendrían respuestas.

Cuando terminé sentí que volvería a llorar. Tapé mis ojos con mi mano libre, no queriendo ver la cara de mi mamá en esos momentos. No deseaba ver su expresión.

—Lucinda es una adicta, Brenda —murmuró. Saqué mi mano y la miré sobresaltada. Ella lucía triste—. ¿Nunca viste cambios de ánimo en ella? ¿Como si fuera bipolar? ¿O que un momento se ve avejentada y al otro más joven?

De pronto, recordé esas veces en las que lucía increíblemente feliz, en las que sonreía de forma fea. Cuando me tiró por las escaleras había estado furiosa, nunca la había visto así de enojada.

Solamente fría y hostil, pero nunca así. Y con respecto a su apariencia... Recordaba haber presenciado varias veces verla lucir como una mujer de su edad, cuando usualmente parecía más avejentada.

Asentí sin decir nada. Sentía un nudo enorme apesando mi garganta.

—Ha estado tomando alcohol con hojas doradas desde hace mucho tiempo —comentó con tristeza—. Lo peor es que todo fue mi culpa. Fue por mí que comenzó a tomarlas.

—¿Por qué dices que fue por ti?

¿Sabría Evan sobre esto? Él me había dicho algo sobre las hojas y el alcohol la primera vez que entramos al Bosque y todo comenzó a cambiar entre nosotros. Recordaba cómo me había horrorizado saber de eso, saber que el Bosque sí tenía algo malo, algo peligroso.

—Porque fue cuando te traje la primera vez. Luego de irme con tu padre a los Estados Unidos, estuve tres años sin venir a Goldenwood. Tú tenías esa edad, Jackie tenía solo uno. Sé que no recuerdas nada de esa vez, pero para mí es como si hubiera sido ayer. Pensé que el rencor que Lucinda me tenía por haber salido con Richard había pasado —negó la cabeza—. Qué equivocada estaba.

Me mojé los labios, sintiendo que se estaban resecaando de solo respirar.

—¿Comenzó a tomar solo porque te vio?

—No. Creo que al principio una parte de ella se dio cuenta de que todo estaba en el pasado, pues ambas teníamos nuestras familias. Pero, entonces, Richard te sostuvo un rato y creo que eso la hizo enojar. Se dio cuenta de lo que podría haber sido si él y yo no hubiéramos terminado nuestra relación. Ella tenía mucho acceso al Bosque, más que nadie, y sabía de las hojas gracias a mí. Las tomas y te tranquilizan, el efecto dura un rato. Un par de veces no hacen nada, pero a la larga te destruyen. Por eso mandé a Nenna a trabajar al palacio, porque sabía que el odio dentro de ella persistía. Nenna en realidad era una de las mucamas de la casa de mi padre.

Me quedé en silencio, absorbiendo sus palabras. Ahora entendía. No todo, porque no estaba sentada en un rincón de la mente de la reina, pero sí sabía por qué me odiaba y por qué se comportaba como lo hacía. Se sentía bien saber esa parte de la historia, saber sus razones. También me daba miedo saber de lo que era capaz mientras tuviera acceso al Bosque Dorado y una copa de alcohol en la mano.

Otra parte de mí estaba enojada por no haber sabido esto mucho antes.

Pensando en la historia, una duda saltó en mi mente.

—Mamá. —Me miró—. ¿Cómo es que sabes tanto del Bosque Dorado?

Ahora sus ojos mostraban cierto miedo. Pero sabía que no era por el conocimiento, sino porque no quería decírmelo. Temía mi reacción. Una parte de mí lo entendía, la otra solo deseaba que terminara con los secretos y las mentiras. Todavía ni siquiera le reclamaba por haberme comprometido con un príncipe sin mi consentimiento.

Suspiró, viéndose rendida.

—Cumpló la voluntad del Bosque Dorado. Percibo sus deseos y los cumplo. Es por eso que tengo este collar. —Sacó un relicario de su blusa y lo abrió, mostrando una piedra dorada con tintes lilas. Brillaba a la luz—. Cuando yo era pequeña entré de curiosa y usé una de sus hojas. Me han elegido. Es por eso que sé que estuviste ahí y sé cuándo mientes. Tienes el efecto de las hojas en tu sistema y yo estoy conectada a él.

Parpadeé.

—Estás bromeando —mascullé monótonamente.

Abrió los ojos sorprendida. Negó con la cabeza, sus rizos dorados bailando con el movimiento, y tragó sonoramente.

—No. He sido parte del Bosque desde ese día.

Quebré el contacto visual entre nosotras, enojada. Sabía que había cosas que todavía no me quería decir, tenía la certeza por la forma en que me miraba. Era claro que tenía miedo de cómo podría reaccionar; ella me conocía mejor que nadie. Seguía asustada y traicionada por el tema de Lucinda, pero eso estaba opacado por lo fastidiada que me encontraba al momento.

—Siempre pensé que las únicas cosas que heredé de ti son partes de tu personalidad y tus labios.

—La miré, mostrándole lo enojada que me sentía—. Ahora sé que hay algo más que saqué de ti: la gran habilidad de mentir.

Exhaló fuertemente.

—Brenda...

—La diferencia —espeté interrumpiendo—, es que yo no le miento a las personas que me importan. Tú me has mentido toda mi vida en muchas ocasiones; en muchas cosas. Ni siquiera te mereces mi atención luego de haberme comprometido con alguien que no conocía y ¿ahora me dices que sabes cómo me siento, lo que hago o si miento porque estás conectada con un jodido bosque de hojas doradas?

Sus ojos azules se humedecieron. Tomó el relicario y lo sostuvo en el vientre de su puño.

—Debes entender que mentí por tu propio bien, no por maldad.

—¿Por mi propio bien? —bramé—. Me enviaste a un lugar que no conocía, me dejaste en manos de una mujer drogadicta y cruel, sabiendo lo que podría suceder. Estoy embarazada porque me tiene amenazada, tuve relaciones sexuales con un hombre que apenas conocía y ahora viviré con miedo por el resto de mi vida porque estoy atada a ellos. ¿Acaso no entiendes la gravedad de lo que tus mentiras han provocado?

No estaba gritando, pero sí estaba hablando fuerte. Esperaba que nadie hubiera escuchado, especialmente Evan, porque no quería que pensara que no lo quería, que no lo apreciaba. Estaba feliz con la vida que había llevado hasta el momento con él, todo estaba saliendo relativamente bien,

pero nada de eso había sido por mi cuenta. Yo no había elegido nada de lo que me había pasado. Incluso cómo me sentía por él era casi la culpa del Bosque Dorado.

Porque a mí no me engañaban. Desde que habíamos estado en ese lugar había una atracción innegable entre nosotros y percibía que tenía que ver con lo que mi madre todavía no me decía.

Por primera vez, estaba presenciando lágrimas en el rostro de Axelle Thomas. Me eran ajenas, pues ella era una mujer fuerte aunque no menos dulce. No dejé que eso me quebrara. No, por supuesto que no. Estaba harta de ser manipulada.

—Eloïse... Brenda. Yo... Yo lo lamento tanto, no sabía que te sentías así. No lo había visto de ese modo. —Su voz se quebró—. Realmente, lo siento.

Negué con la cabeza y volteé hacia mi izquierda, ignorando cómo su mirada estaba haciendo huecos en el otro lado de mi cráneo. Ya no quería verla, no quería tenerla en la misma habitación que yo estaba.

—Vete —murmuré.

Jadeó indignada.

—¿Elo... Brenda? —tartamudeó.

Coloqué mi mano sana sobre mi barriga, sintiendo cómo la bebé se movía ligeramente. Quizá sentía cómo me sentía yo, o el aire tenso en la habitación, pero me gustaba la sensación de su consuelo dentro de mí. Eran caricias al alma.

—Vete, madre. No quiero verte ahora.

Creí haberla escuchado sollozar antes del rechinado de la silla. Seguí mirando hacia cualquier punto hasta que ella salió de la habitación.

Saqué la parte de la sábana que cubría mi panza y, con un poco de incomodidad y dolor, me subí el traje de hospital hasta dejar mi vientre al aire.

Acaricé la curvatura y me di cuenta de que, en realidad, seis meses de embarazo sí se me notaban y bastante. Quizá había crecido de la noche a la mañana, pero realmente era grande. Mi ombligo estaba comenzando a salirse y había una línea ligera desde este hacia abajo. Maïte dijo que era normal y que por eso no me preocupara; sin embargo, era extraño ver mi cuerpo cambiando, verme a mí cambiando.

Mirándome, mi enojo de disipó. Sonreí de manera tenue y comencé a hablarle en voz baja, siguiendo el consejo que la doctora Dulieu me había dado. La bebé ya podía escuchar y yo quería que se acostumbrara a mi voz, pero no estando enojada con mi madre, sino tranquila, de la manera en la que le hablaría cuando naciera.

Dos toques en la puerta de dieron un respingo. Miré hacia adelante, sospechosa, aunque al mismo tiempo sabía que mamá no se atrevería a entrar luego de haberla echado. Me acomodé contra las almohadas, sintiendo que mi espalda comenzaba a doler por estar tan tensa.

—Adelante.

Mi papá asomó la cabeza, sonriendo. Cerró la puerta detrás de sí y se acercó hacia mí con paso seguro. Besó mi frente y acarició rápidamente mi panza.

—Toma. —Me tendió su celular—. Candace quiere hablar contigo, está preocupada. Te dejaré para que puedas hablar. Volveré en un momento, ¿sí?

Le sonreí y asentí, deseando tener su compañía un rato más. Agarré el aparato y esperé a que se fuera para ponérmelo en la oreja.

—¿Candie?

—¡Dios mío, Brenda! Me diste un susto de muerte.

Parecía que, literalmente, podía respirar de nuevo. Incluso se escuchaban las respiraciones exageradas que estaba dando. Reí en voz baja.

—Yo también me asusté, pero ahora estoy bien. Estamos bien.

No le dije que sabía que sería una niña. Todos tenían la certeza de que sería un niño por el historial de los Bourque, pero yo había estado segura desde el primer momento de que no lo sería. Acaricié mi vientre inconscientemente.

—No sabes lo feliz que me hace escucharte. De verdad que no tienes una idea. Selestee me llamó hace unas horas contándome lo que había pasado y yo sabía que tus padres estarían allí, porque me dijeron que irían de sorpresa por unos días. Era obvio que no tendrías tu teléfono, por eso llamé a Evan.

Suspiré, todas las emociones anteriores completamente olvidadas.

—Estoy feliz de que hayas llamado, Candace. Es raro decirlo, pero... Te extraño. ¿Volverás a visitarme pronto?

—Oh, Brendie. Por supuesto, intentaré ir unos días antes de que nazca el bebé. Quiero ir antes, pero no sé si será posible con el trabajo y mamá no quiere que esté fuera tanto tiempo.

Me mordí el labio, sintiendo que volvería a llorar. De verdad las malditas hormonas me tenían cansada. Tenía ganas de lloriquear todo el jodido tiempo. Sacudí mi cabeza junto con la desilusión y estampé una sonrisa en mi rostro.

—Está bien. Solo espero que llegues para cuando dé a luz.

—Obviamente, estaré allí. ¡Oh, oh, oh! ¡No te has enterado de la última!

Fruncí el ceño, asombrada por lo rápido que cambió de tema. Reí en voz baja, divertida por la forma en la que se había expresado.

—¿De qué debo enterarme?

—La otra noche fuimos al bar de siempre y ¿adivina quién estaba sentado en la barra, tomando y luciendo como si el mundo se estuviera acabando? ¡Sean!

Pensé que escuchar su nombre otra vez me haría sentir mal o triste, pero... Nada. No sentí nada, fue como si hubiera escuchado el nombre de un conocido. Fue raro darme cuenta de que ya no lo amaba.

—¿En serio? Qué raro —comenté con sarcasmo.

Sean amaba emborracharse. Aunque no era de los borrachos que se ponían tristes.

—Sí, pero eso no es lo interesante. Le pregunté qué estaba haciendo por allí y me dijo que ese había sido el peor y el mejor día de su vida. Cuando quise saber por qué, respondió que se acaba de enterar que tiene un hijo de tres años.

Parpadeé. Tres veces seguidas.

Y me atraganté con mi propia saliva.

Me senté y me coloqué un poco más erguida.

—¿Qué?!

—¡Lo sé! —exclamó de la misma manera—. Fue lo más raro que he escuchado en mi vida. Quiero decir, ya tenía un hijo cuando comenzó a salir contigo... Es muy espeluznante. Pero, obviamente siempre hay un pero, también me dijo que quería que te dijera que lo siente, que lamenta haberte dicho todas esas cosas. Y que intentaría venir a verte para hacerlo personalmente.

Mi mandíbula estaba tan abierta que casi me llega hasta el ombligo. Sí, hasta ahí abajo.

Completamente boquiabierta. No podía creerlo. ¿Sean tenía un hijo? ¿Cómo era que se enteraba recién ahora, luego de tres años? No entendía nada, me sentía perdida. Quería llamarlo y saber más sobre el asunto, pero no me incumbía. Él y sus cosas ya no eran parte de mis problemas.

Y quería disculparse cara a cara conmigo. ¿Se habría dado cuenta de que me había tratado de forma injusta? ¿Remordimiento? ¿O solo quería sacarse ese peso de encima? Tenía muchas preguntas que estaba segura nunca serían respondidas, por lo menos no por él. Porque aunque quisiera venir a Goldenwood para disculparse, no podía hacer tales inquisiciones.

Candace comenzó a preguntar si yo aún estaba aquí, justo cuando mi papá volvió a entrar a la habitación. Obligué a mi rostro volver a la normalidad y forcé una sonrisa.

—Debo irme, Candie. Llámame, ¿sí?

—Desde luego, amiga mía. ¡Cúidate!

Terminé la llamada y le tendí el teléfono a mi papá, quien había tomado asiento en la cama, a mi lado. Lo agarró y lo guardó, pero se me quedó mirando luego, con una pequeña sonrisa.

—¿Cómo te encuentras, Brendie?

Usualmente, le habría dado una respuesta sarcástica de cómo no veía que estaba postrada en una cama de hospital, pero sabía que no se estaba refiriendo a eso. Él quería saber cómo me sentía.

No estaba segura de si él sabía lo que mi mamá me había contado, por eso me incliné a decirle cómo me sentía, honestamente, sin dar a luz lo que realmente me pasaba.

—Confundida. Enojada. Y triste algunas veces, pero le echo la culpa a las hormonas.

Papá rio.

—Por supuesto. ¿Sabes? Cuando vimos en la televisión que estabas embarazada, enloquecí. No podía creerlo, mi Brenda con un bebé. Luego tu madre me recordó que estás casada. —Me miró avergonzado y con culpa.

Sonreí y miré mi barriga.

—Yo también enloquecí, papá. No quería estar embarazada, soy muy joven. Pero entonces los meses comenzaron a transcurrir y me di cuenta que no es tan malo. Menos con la gente que me rodea.

Sin contar a Lucinda, por supuesto, pero eso no se lo iba a decir. Quería demostrarle que podía comportarme de manera más madura. En otra ocasión habría estado quejándome de todas las cosas malas por las que había pasado, sobre todo que la mujer que tendría que cuidarme con mayor dedicación me había lanzado por las escaleras; sin embargo, no quería que él se preocupara. Podía

dejar que mi madre se ahogara en un mar arrepentimiento, porque había sido su idea. Mi papá, simplemente, no se lo merecía.

Se quedó un rato más conversando conmigo, acariciando mi vientre y diciéndome lo hermoso o hermosa que el bebé sería. Él también pensaba que no sería un varón como todos comentaban y creían.

Luego Lynn entró con Jackie y Joël. Pregunté en dónde estaba Seleste, pues me resultaba raro que ella no hubiera sido la primera en entrar, pero ellas me contestaron que no se sentía bien y volvió al castillo. Me sentí decepcionada. Sin embargo, ignoré el sentimiento y sostuve mi sobrino de la mejor manera posible.

Me terminaron dando el alta unas horas después, ya que me examinaron un par de veces más y todo estaba bien. Por supuesto, si había dorado en mi venas, ¿cómo no? Ahora sabía por qué mis vómitos en los primeros meses cesaban luego de una taza de té, por qué nunca me había sentido mal hasta el día de hoy, cuando la mayoría de las mujeres embarazadas tienen algún dolor.

Sacando mi espalda, yo siempre me sentí bien.

Evan me ayudó a salir del hospital transportándome en una silla de ruedas. En secreto me dio la fotografía que Maïte había tomado donde se comprobaba que era una niña. Se la devolví para que la guardara bien en el camino al castillo.

Cuando llegué minutos más tarde me sentía un manojo de nervios. Me dejé llevar en la silla, en silencio. Afuera estaba muy fresco, el césped estaba cubierto de nieve y yo sentía la brisa besar mi rostro antes de seguir por su camino. Todavía tenía puesto un simple camisón, el saco del rey Richard caía sobre mis hombros y mis piernas estaban envueltas en una manta.

Había paparazzis esperando en la entrada principal, por lo que el rey los evadió y rodeó el castillo, estacionándose en la parte de atrás. Ya, dentro, Evan ni siquiera lo dudó antes de cargarme en brazos y caminar hacia la entrada. Por un momento no entendí por qué no subió por las escaleras de atrás, para cortar camino, pero luego entendí que probablemente él no quería pasar por donde yo había rodado.

Yo tampoco.

Subió las escaleras principales conmigo a cuestas, aunque no parecía estar haciendo mucho esfuerzo. Escondí mi rostro en su cuello y dormité enseguida. Cuando llegamos a la habitación, me sentó sobre la cama y me quitó el saco de su padre y la manta.

—No —negué con la cabeza—. Quiero quitarme el camisón también.

Hice el amague de levantarme; él me detuvo. Desapareció por el armario, pero volvió en un santiamén. Traía una de sus camisetas. Con sumo cuidado, me ayudó a salir del camisón de hospital. Ni siquiera me molestó estar desnuda frente a él, a pesar de haber pasado tiempo desde nuestro último encuentro íntimo. Él, por su parte, ni siquiera miró mi cuerpo, sino que pasó la camiseta rápidamente por mi cabeza.

Corrió el edredón y me metió dentro de él, luego apretó la tela contra mi cuerpo para que no pasara aire frío. Cerré los ojos y temblé un momento, antes de sentir que sus brazos me envolvían por fuera de la frazada.

—Abrázame por dentro —susurré.

Se rio en un suspiro, y un parpadeo después estaba acariciando mi cuerpo con el suyo. Sintiéndome cálida en todo sentido de la palabra, me quedé dormida.

Cuando volví a abrir los ojos sentí que un camión me había pasado por encima. Quizá era porque tenía los músculos tensos por la caída o porque dormí en la misma posición toda la noche, pero el dolor era mucho menos que el de antes. Y no tenía ganas de despertarme.

Sin embargo, Evan estaba acostado a mi lado, mirándome como si yo fuera un joya que recién acababa de encontrar. Le sonreí de manera soñolienta, pero volví a cerrar los ojos.

—Oh, vamos, Bren. Has dormido todo el día.

—Puedo dormir un poco más.

—Lo sé —rio.

Ya no tenía frío. El edredón y las sábanas tapaban mis piernas y parte de mi barriga. Evan acarició mi vientre por encima de la camiseta, provocándome incluso más ganas de seguir durmiendo. Justo cuando mi inconsciencia estaba por encerrarme, alguien golpeó la puerta de la manera más fuerte y fastidiosa.

—Cristo —siseé, y enterré mi cara en el medio de las dos almohadas.

Sin pedir permiso, el intruso entró.

—Oigan, ¿qué están haciendo?

Era Jackie. Sonaba feliz y vivaz; eso nunca antes me había molestado tanto como lo estaba haciendo ahora. Por eso mismo me quedé estática y la ignoré, porque me sentía irritada y cansada, y no tenía ganas de nada más que de dormir. No quería hablar con nadie más que con Evan, porque él no me presionaría con el tema del accidente, mientras que cualquier otra persona querría saber qué era lo que había pasado.

No quería que nadie lo supiera. Antes no le había tenido miedo a Lucinda, pero ahora mi temor era demasiado. No quería ni cruzarla, no quería saber qué pasaría si le contaba a alguien que ella me había tirado por las escaleras.

—Shh, Jacqueline. Brenda está durmiendo —murmuró Evan.

—¿Todavía? —Sonó decepcionada y sorprendida—. Quería estar un rato con ella, conversar.

Bueno, supongo que tendré que esperar hasta mañana, ¿no?

Evan se movió un poco en la cama, pero no dejó de acariciar mi estómago.

—No. Es mejor que esperes a que ella te busque.

Jackie suspiró resignada.

—Si tú dices.

Ahora sonaba enojada.

Dejó la habitación, pero apenas haciendo ruido alguno. Eso me asombró, ya que esperaba que diera un portazo. Suspiré y sonreí un poco, aún sin abrir mis ojos.

—Gracias.

—Brenda, ¿qué te parece si mañana nos vamos a París?

Ahora sí los abrí.

—¿Qué?

Me miraba serio, aunque relajado.

—Sí. Estos días serán insoportables aquí, ¿por qué no nos vamos uno o dos días para estar tranquilos? Más que nada por el bebé, realmente no quiero que la gente yendo y viniendo, haciéndote preguntas y demás, te estrese.

Solo la idea me ponía tensa y me estresaba, y mi mente todavía estaba nublada, así que no lo dudé ni un segundo cuando le respondí.

—Sí. —Cerré mis ojos—. Esa es una buena idea.

La bebé comenzó a moverse, así que subí la camiseta perezosamente; tomé la muñeca de Evan y ubiqué su mano por donde se sentía el movimiento. Él comenzó a susurrar cosas y acariciar la zona. Mientras dormitaba sentí un beso en el ombligo.

Al otro día me despertó en la madrugada, antes que nadie. Pude bañarme sola, pero todavía me sentía débil para todo lo demás, por lo que Evan estuvo ahí conmigo en todo momento. Me puse unos pantalones de chándal que todavía me entraban, ajustados en las piernas, abrigados y acolchonados. Arriba una camiseta manga larga y un suéter grande y grueso. Me calcé unas botas beige que Seleste me había regalado que en realidad parecían pantuflas. Evan estaba semiformal, como siempre, pero tan relajado y sonriendo que ni siquiera me importó cómo estaba vestido.

Nenna nos ayudó a armar un bolso liviano con poca ropa para cada uno y nos deseó suerte. Me dijo que un día para descansar me vendría muy bien. No le dije nada sobre las hojas y el té, pero ella

parecía saber que yo ya me había enterado, porque su sonrisa al hablar no era tan segura. Di lo mejor de mí para demostrarle que no estaba enojada con ella.

Según parecía, Evan había arreglado el vuelo ayer en la tarde y lo confirmó cuando yo le di la afirmativa. Horace nos condujo hacia el aeropuerto y nos ayudó con el bolso. El viaje en el jet no fue largo y yo me la pasé durmiendo, así que antes de poder siquiera pensarlo estábamos descendiendo por las escaleras.

Decidimos dejar el bolso en el hotel en el que Evan había hecho reserva, comer algo y luego partir. Mientras estábamos sentados ingiriendo algo de comer, el celular de Evan sonó.

—¿Quién es? —pregunté con la boca llena.

Él me miró divertido.

—Mi papá. ¿Te molesta si contesto?

Lo miré como si hubiera perdido la cabeza.

—Por supuesto que no.

Mientras él conversaba con el rey, mis defensas se bajaron y me puse a pensar cómo sería mi vida una vez que regresara al castillo. ¿Qué haría? No podía pasarme los días enteros encerrada en el dormitorio para no cruzarme a Lucinda. Sería ridículo y la gente comenzaría a cuestionar mis acciones. Más pensaba, más me daba cuenta de que mi vida no sería nada fácil dentro de ese castillo.

Para nada. Pero iba a intentarlo, no solo por mí, sino por Evan y por mi bebé. Ya no tenía excusas, tenía que pensar en alguien más todo el tiempo, tenía que poner los sentimientos de ellos delante de los míos. Tendría que superar mi miedo y evitar a la reina todas las veces posibles sin que luciera sospechoso.

—Oye, ¿estás bien?

Parpadeé. Evan había terminado de hablar por teléfono y me estaba mirando preocupado. Dejé la comida de lado y me levanté con lentitud.

—Sí, sí. Estoy bien.

Caminé hacia el ventanal que daba hacia todo París y me dejaba ver a lo lejos la Torre Eiffel. Crucé mis brazos y deseé que estuviéramos en esta hermosa ciudad por diferentes circunstancias.

Sentí las grandes manos de Evan en mis hombros, rozándolos suavemente.

—Todo estará bien, Brenda. Te ayudaré a dejar atrás lo que pasó en Año Nuevo y no permitiré que pase otra vez, porque no estarás fuera de mi ojo hasta que todo se solucione.

Ahí me di cuenta de que él sabía que yo no había tropezado o resbalado, pero tampoco tenía la certeza de que alguien me había empujado y no quería presionarme para que le contara lo que sucedió. Aunque también podría pensar que yo no lo recordaba.

Volteé y le di una sonrisa pequeña e insegura. Y, sin dudarle o pensarlo, me acerqué a él y rodeé su cintura con mis brazos. Él me devolvió el abrazo de inmediato, pero creo que tuvo un segundo en el que lo detuvo la sorpresa.

Luego de eso decidimos salir del hotel a dar unas vueltas por la ciudad, recorriendo pequeños lugares a los que no habíamos ido meses atrás en nuestra luna de miel. Me sentía aliviada de haber recordado llevar mi teléfono, pues me agarraron ganas de sacar fotos y no tenía una cámara real, así que andaba con el aparato en las manos continuamente.

Evan se reía de mí y yo me reía de él. Era imposible no pasarla bien si no estábamos pensando en las cosas malas que habían pasado. Aunque eran difíciles de ignorar, logramos dejarlas atrás y ser felices por un rato.

Pasamos por un mercado y mencioné que tenía muchas ganas de comprar dulces, por lo que Evan me miró con ternura y entramos. Sabiendo exactamente lo que quería, caminó directo hacia el sector de pasteles, donde elegí uno de chocolate. No sería igual a la de la fiesta, pero era algo.

Estábamos pasando por una de las góndolas cuando él se detuvo de repente. No entendía qué lo había hecho detenerse, pues no había nadie excepto una empleada que estaba colocando productos en los estantes.

Pero, luego, Evan apretó mi mano y me obligué a mirarlo. Estaba pálido como el papel y parecía haber visto un fantasma.

—Isabelle —murmuró.

La empleada levantó la mirada y la latas que tenía en sus manos cayeron al piso.

Mi corazón dio una voltereta en mi caja torácica y después casi se detiene.

Isabelle estaba viva.

Estaba presenciando uno de esos momentos en los que no tenía la más mínima idea de qué decir. Comencé a sentirme nerviosa, demasiado, a decir verdad. Mis palmas empezaron a sudar frío, mi cuerpo temblaba y mi boca estaba seca.

Isabelle era... Hermosa. Su cuerpo era voluptuoso, su cabello rubio claro y lacio, haciéndola lucir como ángel; e incluso a la distancia podía ver que sus ojos eran tan azules que parecían turquesas.

Yo no tenía oportunidad a su lado. Ahora entendía por qué Evan estaba locamente enamorado de ella. Era una mujer digna de apreciar; ni siquiera el uniforme la hacía lucir mal, al contrario, le favorecía en cada curva de su cuerpo.

Pero, así como me puse a pensar en que la mujer era bellísima, me cayó la ficha de que estaba viva. Evan me había contado meses atrás que había muerto en un accidente automovilístico. Entonces, ¿qué demonios estaba haciendo parada frente a nosotros, vestida como en un día normal y no, al menos, luciendo como un fantasma?

Ah, mierda. ¿Dónde estaba mi sensibilidad de embarazo cuando la necesitaba?

Isabelle miró a Evan asustada.

—¿Evan? *Tu ne devrais pas être ici.* —Miró hacia el otro lado del pasillo y luego se acercó a nosotros rápidamente—. *Tu as à partir.*

No deberías estar aquí. Tienes que irte.

Evan, en cambio, parecía que no la estaba escuchando. En absoluto. Su mano estaba apretando tan fuerte la mía que temí que la rompería. Debí haber hecho algún sonido, ya que aflojó su agarre de inmediato. Sin embargo, no volteó a verme, siguió observando a Isabelle como si fuera la única persona en este mundo.

Ignoré la punzada de angustia que atravesó mi pecho y desvié la mirada, sintiendo que estaba siendo una intrusa en su reencuentro. Aún no entendía por qué rayos la tipa estaba parada frente a

nosotros, pero me guardaría mis dudas para cuando ellos dos hubieran terminado de verse como si el resto del mundo no importara.

—¿Estás viva? —susurró, encantado.

Los ojos de Isabelle se rasaron y tragó con fuerza. Asintió lentamente. Dios mío, ¿en serio? Si yo me habría hecho pasar por muerta estaría reaccionando de una manera totalmente diferente. Más aún si tenía a un hombre como Evan frente a mí y, de paso, había sido mi prometido.

Ya me daba cuenta de lo diferentes que éramos Isabelle y yo.

—Sí, pero tú no deberías estar aquí, Evan —murmuró.

Su acento era muy marcado, el inglés apenas perceptible. Seguro habría aprendido hacía solo unos años. Apostaba que él le había enseñado cuando se conocieron.

El príncipe siguió callado, vislumbrando a la mujer que amaba y creía muerta. Soltó mi mano y ahuecó su mejilla, sonriendo ligeramente. Ella seguía mirándolo asustada, pero al mismo tiempo ilusionada y con mucho amor en los ojos.

Ya no podía estar allí. No podía ver lo que estaba sucediendo frente a mis ojos. No entendía por qué mi pecho se estaba comprimiendo o por qué de pronto quería llorar. ¿Hormonas? Quizá. O algo más. Pero no iba a analizarlo allí, frente a ellos dos, siendo testigo de cuánto Evan todavía amaba a otra persona.

Retrocedí lentamente, intentando no chocarme con las góndolas, y luego me metí en el corredor paralelo. Supe que no me habían visto, así que caminé a paso rápido hasta llegar afuera del mercado. Comenzó a dolerme la panza, así que me senté en el piso, contra la pared del lugar.

Tomé respiraciones hondas para calmarme. Exhalaba y expulsaba aire. No necesitaba este tipo de estrés luego de haber sido arrojada por unas escaleras. Realmente, no quería tener que pensar en las cosas malas de mi vida, se suponía que habíamos venido aquí para despejar nuestras mentes.

Bueno, por lo menos uno de nosotros lo estaba logrando.

Me abracé a mí misma para abrigarme de la brisa invernal de París, y también porque quería cierto consuelo; al momento, solo yo podía brindarlo. La bebé se movía ligeramente, bailecitos casi imperceptibles que me hacían sentir mejor. Al menos no estaba sola por completo. Ella todavía me quería más que a nadie.

—¿Brenda?

Miré hacia arriba, sobresaltada, para encontrarme con el rostro preocupado de Evan. Desvié la mirada al instante, sin ganas de verlo a los ojos. De alguna manera, me sentía traicionada. Pensé que lo que teníamos era especial, pero luego de ver el intercambio de miradas con Isabelle, me di cuenta de que en realidad no teníamos nada.

Solo un matrimonio y un bebé de por medio.

Exacto... Nada.

—Vayamos al hotel, ¿sí?

Asentí sin mirarlo y comencé a luchar con mi cuerpo para poder levantarme del piso. Más rápido de lo que canta un gallo, manos fuertes me tomaron por mis bíceps y me subieron hasta que mis piernas estaban estiradas. Tampoco lo miré.

El viaje fue horrorosamente tenso y silencioso. El tiempo en el elevador también fue un asco, y cuando llegamos a la habitación... Ni hablar.

De pronto, me sentí acalorada. Me quité el abrigo, la bufanda y el suéter, quedando solo con la camiseta gris de mangas largas, que de vez en cuando se levantaba y dejaba a la vista la parte baja de mi abdomen.

—Brenda, di algo, por favor.

Esta vez sí lo miré, porque su voz delataba cómo se sentía. Sus ojos estaban caídos, aunque con cierta iluminación que me hacía morir de envidia. Me solté el pelo y comencé a peinarlo en una coleta nuevamente, intentando parecer indiferente.

—No tengo nada para decir —mascullé.

Agarré el borde de la camiseta y la estiré hacia abajo. Evitando la mirada de Evan, me acerqué al abrigo y saqué mi celular. Me senté en uno de los sillones y comencé a vagar por los mensajes sin leer, ignorándolo por completo.

—Estoy seguro que tu mente está trabajando a mil por hora. —Sentí que se acercó y se arrodilló frente a mí—. Dime cómo te sientes; necesito saberlo. Además. —Tomó mi mentón y obligó a mis ojos a posarse en los suyos. Sonrió—. Que Isabelle haya aparecido no cambia nada. Tú sigues siendo mi esposa y la madre de mi hija. Y —carraspeó, tornándose más serio—, necesito saber por qué fingió su muerte.

Y mi fachada indiferente cayó como un pedazo de tela al suelo. Apreté el aparato en mis manos y mordí mis labios, pues sentí que estaban comenzando a temblar.

—¿No volverás con ella? Sé que la amas.

Suspiró, y movió su pulgar por mi piel.

—No, no volveré con ella. Y no estoy seguro de si la amo.

Lo miré sorprendida, pues una parte de mí estaba segura de que el amor de Evan hacia Isabelle sería tan fuerte como desde el principio. Otra solo tenía la esperanza de que no me dejara en el olvido de un día para otro. Además, yo también quería saber por qué demonios había fingido su muerte si podría haber tenido a tremendo hombre al lado.

Bueno, quizá no, teniendo en cuenta que Lucinda y mi madre ya habían planeado todo, pero creo que en su lugar lo habría intentado. Después de todo, se amaban. ¿O no?

No sabía qué decir, así que no dije nada. Observé mis manos retorciendo el celular como si fuera lo más interesante del mundo. No lo era, pero no tenía idea de qué hacer, cómo reaccionar a lo que estaba diciendo. Me sentía un tanto aliviada, aunque... ¿Cuánto me quedaba para volver a caer?

Alguien tocó la puerta de la habitación. Evan se levantó y la abrió. No me tendría que haber sorprendido, pero Isabelle entró y lanzó sus brazos alrededor del cuello del príncipe. No podía ver su cara, pero creo que se sorprendió; no por tanto tiempo. Le devolvió el abrazo casi de inmediato.

Giré mi cabeza hacia mi izquierda, sintiéndome incómoda y sin esperanza una vez más.

Afortunadamente, justo en ese momento mi celular sonó con un mensaje nuevo. Usualmente no los leía, pero esta vez la distracción venía como anillo al dedo.

Era de Jackie y leía:

«¿Cómo es eso de que tú y Evan se fueron a París sin avisar? ¡Mi mamá está como loca! Mi papá no sabe qué hacer para calmarla. Bren, vengan en cuanto puedan. Por favor»

Fruncí el ceño. ¿Por qué Lucinda estaría loca justamente porque yo no estaba allí? La mujer me había querido matar, ¿y ahora le importaba?

No.

Mis ojos se abrieron tanto que temí que se saldrían de mi cráneo. Miré a Isabelle otra vez. Ahora estaban separados, pero si no fuera porque Evan la estaba tomando por los bíceps, ella estaría sobre él, pues lucía lista para atacar sus labios. Ahí me di cuenta. Lucinda estaba detrás de la «muerte» de Isabelle.

—No puedo creer que estés aquí, frente a mí —dijo ella, mirándolo fijamente.

Él parecía sentirse de la misma manera; sin embargo, por la manera en la que miraba el suelo de vez en vez, se notaba que estaba un poco incómodo.

Isabelle quiso lanzarse una vez más, pero él la detuvo. No soporté más la situación y decidí que era momento de hablar. No iba a soportar algo que no debería. No habría problema si Evan quería tener una aventura a escondidas del público, pero no permitiría que fuese frente a mí. Todavía me quedaba un poco de dignidad.

—Evan.

Él pareció volver a la tierra cuando escuchó mi voz. Me miró con miedo y soltó a Isabelle como si el tacto lo estuviera quemando. Carraspeó, colocó una mano en su espalda y la guió hacia donde yo estaba sentada. Se colocó en el sillón que estaba en diagonal y que era de una sola persona. Evan, en cambio, tomó asiento a mi lado.

—Isabelle, esta es mi esposa. La princesa Brenda.

Sorprendentemente, el que me hubiera llamado «princesa» no me molestó.

La francesa me miró con los ojos entornados.

—De Nueva York, ¿verdad? —Asentí ligeramente. Hizo un sonido de indignación con su garganta—. *Il s'est marié avec une extranéité complète.*

Se casó con una completa extranjera.

Por el rabillo del ojo vi a Evan hacer una mueca.

Sonreí de lado y me acomodé un poco más sobre el sillón. No me gustaba sentirme más que nadie, pero la gente de París, usualmente, era muy respetuosa con la realeza del estado vecino. Ella, sin embargo, me había hablado en francés pensando que yo, siendo una chica de afuera, no entendería.

Pero yo entendía. Y demasiado bien; así que jugué la misma carta que había jugado con Lucinda meses atrás.

—*Non tant. Ma mère est goldenwoodenne.*

Ni tanto. Mi mamá es goldenwoodense.

La emoción de superioridad se cayó de su rostro y, por un momento, lució avergonzada. Eso, no obstante, fue ocultado rápidamente por una sonrisa dulce.

Isabelle ya no me caía bien.

—Me alegro que sepa hablar en francés y que tenga una buena descendencia, *princesse*. —Sus ojos viajaron rápidamente a mi vientre. Sintiéndome cohibida, volví a bajar el borde de la camiseta—. Vaya, con que la familia se agranda cada vez más.

Me miraba con humor, como si estar embarazada fuera algo para reír. Se estaba metiendo dentro de mi piel y Evan estaba a centímetros de mí, pero yo lo sentía a miles de metros de distancia. Era como si, en realidad, estuviera sentado justo al lado de su ex. Con un esfuerzo impresionante, me enderecé y me senté en el borde del sillón.

—Ya puedes dejar la mierda de lado y decimos cómo es que has vuelto de la muerte —farfullé, y, entonces, estampé una cara de inocencia—. ¿O es que en realidad nunca moriste?

Isabelle lució ofendida. Buscó la mirada de Evan, pero parecía que él quería saber lo mismo que yo y no pensaba salir en su ayuda. Esto, por supuesto, lo estaba adivinando por la expresión de decepción de la francesa, porque me negaba a mirar al príncipe.

Tragó y, mostrándose nerviosa, intercambiaba su mirada entre la mía y la de él.

—Bueno, la cosa es que luego de que Evan me propusiera matrimonio y yo aceptara, Lucinda se acercó a mi apartamento un día. Me dijo que no me quería cerca de ti, que tú merecías a alguien mejor y que... Bueno, que tú ya estabas comprometido con alguien más. Con alguien merecedor de tu título. —Sus ojos se clavaron en mí, pero luego bajó la mirada a sus manos. Lo sabía; Lucinda estaba en todo—. No sabía qué hacer. Todo era tan emocionante... Me iba a casar con alguien que realmente quería y estaba por cumplirle el sueño a mi familia. Pero, entonces, ella llegó y lo arruinó todo.

Apretó sus manos formando un par de puños. Sus mejillas se enrojecieron de forma tenue, conteniendo una especie de furia estancada en su alma desde hacía meses.

»Pero... Pero —tragó con fuerza—. Me ofreció dinero. —Levantó la mirada, sin lucir ni un poco avergonzada—. Me dijo que me daría lo que fuera suficiente si me alejaba de ti, Evan. Dijo que me daría un hogar para estar con mi familia, que viviríamos bien porque nos daría trabajo. Y que si no te dejaba no dejaría que ellos salieran del pueblo en el que vivían. Y... Lo lamento tanto, pero ellos

siempre estarán primeros en mi vida. —Metió un mechón de cabello detrás de su oreja, otra vez desviando la mirada—. Fue entonces que me obligó a fingir ese accidente, les pagó a los doctores para decirte que no podías ver mi cuerpo, que no querías reconocerlo por lo deformado que había quedado mi rostro. Si hubieras insistido, te habrías dado cuenta de que en realidad no había ningún cuerpo.

Conmocionada, giré a ver a Evan. Tenía los dedos entrelazados y sus nudillos estaban blancos, pues estaba apretando con fuerza. Su rostro no mostraba nada, solo se notaba que su mandíbula estaba trabajando.

En parte, entendía sus razones, pues mi familia también venía primero, y Candace era parte de mi familia. Era por ella que yo estaba embarazada, por la clara amenaza de la reina en contra de ella. Pero Isabelle en cierto punto, sentía que lo suyo había sido más cruel.

Había dejado a Evan por dinero.

Por alguna razón, el hecho no me sorprendía para nada.

—¿Por qué no me lo dijiste, Isabelle? —inquirió él entre dientes.

Ella lucía perdida, como si ya supiera que cualquier cosa que dijera no recompensaría por la mentira. Abrió y cerró su boca como un pez, hasta que decidió que era mejor ir por la verdad.

—No quería problemas, Evan, ella es tu madre.

—¡Con más razón! —bramó y, al fin, la miró a los ojos.

Nunca lo había visto de esa manera, tan enojado. Las venas de su cuello sobresalían, al igual que las de sus antebrazos... Estaba apretando tanto su boca que parecía que los huesos de su mandíbula se romperían. Su reacción me hacía temer por lo que yo no le estaba diciendo sobre su madre.

—Debes entender, Evan. Yo tenía miedo por mi familia, por mí... Por ti. Y por más que me hubiera encantado casarme y pasar el resto de mi vida contigo, mi familia viene primero y lo que la reina me estaba ofreciendo era una oportunidad única.

La miré indignada. El príncipe estaba comenzando a respirar con pesadez y no parecía estar en condiciones de seguir con la conversación, o por lo menos responder a lo que la muchacha estaba diciendo.

Así que decidí hablar.

—Sé que no tengo derecho a decir nada, pero tú estabas por casarte con él. Si le hubieras dicho lo que la reina te dijo se hubieran ahorrado el dolor de estar separados.

Isabelle me miró como si yo hubiera perdido la cabeza.

—¿Acaso te estás escuchando? Si yo me casaba con Evan, el desastre que hubiera provocado habría sido monumental, sin mencionar que ahora no estaría contigo a punto de empezar una familia.

Yo tampoco podría creer que estuviera dando excusas, pero cuando amas alguien todo lo demás no te importa, haces lo que sea para poder estar con esa persona. Ella, en cambio, había hecho lo contrario. Además, con trabajo y dedicación, podría haber sacado a su familia del pueblo de todas maneras, porque Lucinda no tiene tanto poder como para prohibirle la salida o entrada a alguien. Era reina de Goldenwood, no de Francia.

Negué con la cabeza para mí misma al darme cuenta de que yo había hecho algo bastante similar al hacerle caso a la reina. No me había amenazado con dinero ni me había prohibido la entrada o salida alguien al país, pero dijo que los padres de Candace perderían su *boutique*.

De pronto me sentí exhausta. Este no era mi problema para lidiar con él, ni siquiera me tendría que haber metido en un principio. Suspiré rendida y me levanté. Evan estuvo a mi lado en una fracción de segundo. Me miró preocupado.

Su enojo parecía haberse disipado por completo.

—¿Estás bien?

Asentí, coloqué una mano en mi barriga y otra en mi espalda.

—Sí, solo necesito recostarme. Tomaré una siesta.

Antes de poder moverme, me tomó por los hombros y buscó mi mirada. La verdad era que me costaba mantenerla sabiendo que Isabelle estaba detrás de mí, observando todo, y que quizá Evan sí la seguía amando. Él no era de mentiras, pero se le notaba en los ojos.

—Todavía tienes el pastel de chocolate, si quieres —sonrió levemente.

Sonreí por su intento de hacerme sentir mejor. Me parecía que él se daba cuenta de que no me sentía cómoda aquí, y quizás pensaba que estaba huyendo. Tal vez así era.

Ahuequé su mejilla con mi mano y él se apoyó en ella, mirándome con tristeza. Negué ligeramente, sin perder la sonrisa, y me retiré hacia la habitación. No cerré la puerta del todo, pues todavía necesitaba ver lo que iba a ocurrir entre ellos.

En el caso de que algo pasara, necesitaba verlo, pues Evan no me diría nada luego. De eso estaba segura. Tenía la certeza de que le importaba y no le gustaba lastimarme. Así que me quedé apoyada contra el umbral, espiando a través de la puerta entrecerrada.

Mi cuerpo gritaba que me acostara, pero lo ignoré.

Al parecer, a Evan tampoco le agradaba la situación, menos ahora que sabía por qué Isabelle había pretendido estar muerta. Todo por dinero.

Ella se ubicó frente a él con una pequeña sonrisa. Evan parecía estar evitando su mirada a propósito, pues aunque ella lo tocaba y decía cosas; él no levantaba la mirada. No podía escuchar lo que decían desde aquí; desafortunadamente no estaba tan cerca y las paredes de la habitación me prohibían escuchar el exterior.

Isabelle lo tomó por la quijada y le dijo algo, mostrándose feliz. Él la miró de repente, y, al contrario de ella, frunció el ceño. Incluso con esa reacción, la francesa parecía no perder la animosidad y el

brillo que emanaba de ella como olas. Como si fuera posible, tras algunas palabras de su ex, el rostro arrugado de Evan se pronunció aún más.

Quería saber qué le estaba diciendo para que él reaccionara así. Pero, de repente, se acercó a él con intenciones de besarlo. No necesitaba ser adivina, sus labios estaban directamente apuntando a los suyos. Además, el movimiento era tan rápido, que quizá ni el mismo Evan podría ser capaz de evitarlo.

Pero pudo hacerlo. Se alejó de ella y la miró con disculpa, aunque determinado. Isabelle, en cambio, parecía desolada, con sus manos aún en el aire. Las dejó caer laxas a sus costados y no lució avergonzada por haber querido besarlo.

Evan comenzó a decir algo; sin embargo, sentí que era suficiente. Terminé de cerrar la puerta en silencio y me acosté en la enorme cama en posición fetal. Todavía queriendo a otra persona, él seguía siendo fiel. Estaba casado conmigo, aunque yo sabía que su corazón no lo estaba completamente.

Él aún amaba a Isabelle. La había rechazado por respeto.

Jugueteé con el celular en mi mano, considerando si llamar a Candace o no. Nunca le había contado nada sobre Evan y su exprometida, y este no era el momento más oportuno, pues ellos me podrían escuchar fácilmente. Jackie, en cambio, sí sabía.

Decidí responder su mensaje:

«Tu mamá está como loca porque Isabelle está viva. Parece que la mantuvo oculta durante nuestra luna de miel. No se preocupen, mañana estaremos allí».

No esperé a que me respondiera. Dejé el aparato en la mesa de noche y me acomodé sobre los múltiples almohadones. Ignoré la aprensión en mi pecho, porque no tenía ganas de llorar. También ignoré a Lucinda dando vueltas por mi cabeza, su mirada desquiciada al zarandearme y tirarme por las escaleras.

Apreté los ojos con fuerza. No, no iba a pensar en ella. No debía, me hacía mal, y no me gustaba pensar en que alguien tenía esa arma contra mí. Me hacía sentir débil, incluso más que cuando lloraba a solas o frente a alguien.

En lugar de todo lo malo que me rodeaba, pensé en mi bebé; en mi hija, en el futuro que nos deparaba. No incluí la posibilidad de que Evan no estuviera en él, ni siquiera me atreví a pensarlo. Solo me imaginé sosteniéndola, enseñándole a caminar, dándole de comer, arrullándola.

Me dormí con una sonrisa.

Cuando me desperté más tarde, tenía una sensación rara en mi pecho. Aun no había abierto los ojos, pero sabía que Evan estaba conmigo y que tenía sus brazos a mi alrededor; mi cabeza estaba en la curvatura de su cuello y una de mis piernas arriba de una de las suyas. Él dormía. Su respiración era uniforme.

Concentrándome en sus respiraciones pausadas, me di cuenta de que había soñado con él. En el sueño él estaba con Isabelle, abrazándola y acariciando su rostro. No sé si yo estaba embarazada o no, pero sí estaba triste. Haciendo algo que en la vida real no haría, le pedí a Evan que no me dejara. Le supliqué, incluso. Él me miró, soltó a Isabelle y corrió hacia mí. Me envolvió en un abrazo cálido y eterno. Me dijo, en francés, que jamás me dejaría.

Abrí mis ojos y suspiré. Ojalá la vida fuera tan fácil.

Podía pretender indiferencia frente a ellos dos, decir que no me molestaba si volvían a estar juntos a pesar de la gran mentira y la codicia, sin embargo... No. No quería. No me gustaba admitirlo, pero con Evan era feliz. Él me hacía feliz, me hacía sentir querida.

No quería que me dejara.

Lo apreté una vez, frotando mi nariz contra su cuello, y luego me levanté, pues mi vejiga estaba a punto de explotar. Cuando volví al dormitorio, Evan estaba despierto, acostado sobre el respaldo de la cama. Lucía más atractivo que nunca. Su cabello estaba apuntando en diferentes direcciones y tenía una camiseta blanca en lugar de la camisa de vestir. Así me gustaba más.

A pesar de tener hambre, me acosté a su lado, imitando su posición. La bebé dio una pequeña patada, tan ligera que apenas si la sentí. Acaricié la zona, ya importándome poco y nada si la camiseta se levantaba. Aunque tenía algo de frío. Suspiré, e iba a levantarme a buscar mi suéter, cuando sentí su mano en mi brazo.

—¿Estás bien?

Le dediqué una sonrisa rápida.

—Tengo frío.

Se acercó al bolso y sacó el primer suéter que encontró, que era uno de lana verde oscura. Y era de él. Se volvió a acostar a mi lado, lo arrugó y me hizo un ademán. Poniendo los ojos en blanco, divertida, acerqué mi cabeza para que él pasara el cuello. Cuando lo hizo, comencé a pasar mis brazos y Evan terminó por acomodar el resto de la lana sobre mi torso.

Me quedaba enorme, pero era cómodo, olía a él y el frío ya se estaba evaporando. Me abracé y lo miré, esperando que dijera algo. Yo no sabía qué decir.

—Siento mucho lo que pasó hoy, Brenda. Se suponía que vinimos aquí para descansar y... —exhaló en un bufido.

—Fue lindo. —Me encogí de hombros y desvié la mirada hacia mi barriga—. Por lo menos hasta que apareció Isabelle —musité.

Pensé que lo negaría, que me diría que no fuera mala; pero hizo todo lo contrario.

—Sí, lo sé.

Le di una mirada rápida y corroboré que él también estaba mirando hacia abajo. Retorcía sus largos dedos y mordía el interior de sus mejillas.

Curiosa, me animé a preguntar:

—¿Hablaron mucho luego de que me fui?

Levantó la mirada y sus ojos se encontraron con los míos. Me tendió su mano, y sin pensarlo, la tomé. Comenzó a trazar diferentes patrones en mi dorso, haciendo que sintiera un hormigueo en mi piel. Sin embargo, no quitó sus ojos de los míos.

—No, no tanto. Ella... No sé, no es la misma persona de la que me había enamorado. O quizá solo estaba muy cegado como para darme cuenta que no es tan humilde como parece —negó la cabeza con desilusión—. Me dijo que ahora que yo sabía que ella estaba viva, podía dejar atrás Goldenwood y mudarme aquí con ella, que podríamos casarnos y olvidarnos de todas las personas que no nos apoyan. Pero... No la entiendo. Yo estoy casado contigo y tú estás embarazada, ¿acaso no le importa?

Estaba decepcionado con él mismo, se le notaba en el rostro. Se estaba dando cuenta de que, al final, Isabelle no era la persona que él creía. O por lo menos ya no lo parecía. Le di un apretón a su mano, dándole apoyo.

Tragó con fuerza y me miró asustado.

—Me dijo que me sigue amando. Brenda —rió con amargura—, casi me saca por la puerta, diciéndome que debíamos aprovechar que estabas dormida para escaparnos. También intentó besarme. Siento que no la conozco. Y lo que hizo mi madre... No puedo creer que haya llegado a tal punto; es como si eso la hubiese cambiado. De alguna manera me siento culpable.

No dejé que mi sorpresa se mostrara tan evidente. Tuve que regañarme por antes pensar que no me diría nada. Ahí me di cuenta de que Evan era la persona más sincera en este mundo. Y también me sentí algo culpable por no contarle que fue su madre misma quien me había empujado por las escaleras.

Sintiendo que debía hacer algo más que solo sostener su mano, lo solté y me subí a sus piernas, sentándome a horcajadas. No me pude acercar mucho, ya que tenía la barriga de por medio, pero lo hice lo más que pude y tomé su rostro.

Lucía sorprendido y triste.

—No es tu culpa, Evan. Si Isabelle cambió o tú solo la veías diferente, no es tu culpa. Lo que importa es que aún tienes los pies sobre la tierra, entiendes lo que está mal y lo que está bien, no te dejaste llevar por su locura a pesar de quererla. Y no lo digo por ser yo quien esté en este lugar, sino porque sé que habrías hecho lo mismo de haber estado soltero —negué mi cabeza—. No te creo capaz de estar con una mujer a la que le importa más el dinero que el amor.

Asintió ligeramente, abrazándome.

—Lo sé. De todas formas, siento que debo excusarla por haber puesto a su familia primero.

—No —acaricié sus pómulos—. Ella puso el dinero primero, no a su familia.

Abrió la boca, comenzando a excusarla una vez más, pero debió haber visto mi cara, pues apretó los labios y asintió. Suspiró y escondió la cabeza en mi hombro, escapándose de mis manos. Lo abracé devuelta, porque sabía que necesitaba el confort. Acaricié su cabello despeinado, sintiéndolo suave incluso todo alborotado. También pasé los dedos por su cuello esbelto.

—Lo lamento si te hice sentir mal —susurró contra el suéter.

No detuve mis manos, porque supe que se daría cuenta de que, en efecto, no me había sentido bien con la aparición de su ex. Pero, al mismo tiempo, supe que no hacía falta esconder cómo me sentía.

—No, está bien. Entiendo.

Levantó la cabeza y me miró serio; curioso. Dejó una de sus manos en mi espalda y subió la otra hacia mi quijada. Con su pulgar, acarició mi comisura.

—¿Qué pasó en año nuevo, Brenda?

Me separé un poco, con los ojos abiertos. Mi cuerpo se tensó, cada fibra de mi ser se congeló, se puso en alerta. A pesar de recordar su reacción al saber que su exprometida no le había contado la maldad de su madre, no podía decirle que Lucinda lo había hecho. Quería, pero era su mamá y yo no quería lastimarlo. Sería cruel.

—Resbalé —mentí tranquilamente, encogiéndome un hombro para lucir despreocupada.

Evan entornó los ojos.

—No te creo. Mi papá te lo preguntará mañana, quiere sellar el tema, y todos saben que no tropezaste. Tu mamá dejó muy claro que no eres torpe y que no hay manera en la que hayas caído sola. Si alguien te empujó, debes decirlo.

Me sentí nauseabunda. ¿Y ahora por qué todos le hacían caso a lo que decía mamá? No me importaba, yo seguiría diciendo que tropecé. No quería problemas con nadie, menos con gente del reino. No sabía qué pasaría si delataba a Lucinda, pero tampoco me quería enterar.

Carraspeé e intenté ser más enfática.

—Resbalé; no vi el escalón y caí.

Él seguía sin creerme. Tomó mi rostro y lo acercó hacia el suyo, chocando nuestras frentes y rozando las narices.

—No sé a quién estás protegiendo, Brenda, pero sé que no resbalaste o tropezaste. Debes decir la verdad para que podamos ayudarte. No quiero que vivas con miedo.

Tragué el nudo que se estaba formando en mi garganta. Abracé su cuello y cerré mis ojos, intentando relajarme una vez más. Mi espalda se estaba quejando por lo duros que estaban mis músculos. La bebé volvió a dar una patada mínima que me hizo sonreír y olvidarme de todo lo malo.

—Me gustaría saber por qué estás sonriendo —murmuró.

Mi sonrisa se ensanchó.

—Está pateando... Suavemente.

Evan rio en voz baja y metió sus manos debajo de mi ropa para acariciar mi piel, buscando el lugar en donde mejor se sentiría. Cambiaba constantemente, así que no le sería tan fácil encontrarla. Se estaba por dar por vencido cuando su cuerpo rozó justo en donde él estaba.

—¿Brenda? —preguntó mientras acariciaba mi panza.

—¿Mmm?

Ya me estaba sintiendo adormilada otra vez. Pero tenía hambre. Antes de volver a dormir, quería comer algo. Si era pastel de chocolate, mejor.

Sin embargo, tuve que dejar de pensar en los alimentos y en el sueño, pues mi mente se tornó blanca cuando sentí los labios de Evan sobre los míos. Me besó, saboreándome con una enloquecedora lentitud. No tardé en devolvérselo, importándome poco y nada si tenía mal aliento por la siesta.

Ni siquiera sabía cuánto había dormido.

Todavía me acariciaba, pero una de sus manos dejó la zona central para viajar a mi espalda y llevar sus yemas de arriba a abajo por mi espina dorsal. Acarició mi lengua con la suya, y sentía que el interior de mi estómago explotaría. Y esta vez no tenía nada que ver con el ser que llevaba dentro.

¿Serían las malditas mariposas de las que todos hablaban?

Porque no se sentían como mariposas. Se sentía como un zoológico. Lo reconocía, no era la primera vez que me sentía así. Y recordaba cuándo: el día que me hice la prueba de embarazo, el momento en que me dijo que le gustaba y me besó de la misma manera; conmigo sentada en su regazo.

Se separó de mí igual de lento y me miró directamente a los ojos. Le di una mirada de sorpresa, ya que no era siempre que recibía ese tipo de besos. No porque alguno no quisiera, sino porque la situación nunca lo ameritaba.

Volvió a tomarme por la quijada.

—*Jamais je ne te quitterai.*

Jamás te dejaré.

Me asombré una vez más, pues acababa de repetir exactamente lo que había escuchado en mi sueño. Porque lo había soñado, ¿verdad? No podía ser que no pudiera distinguir los sueños de la realidad.

¿Acaso me estaba volviendo loca?

—¿Cómo...? ¿Acaso...? —balbuceé—. ¿Qué carajo?

Evan rio con ternura y volvió a besar mis labios borrando cualquier arruga en ellos, volviéndolos ligeros, frágiles, deseosos...

—Cuando Isabelle se fue... Bueno, cuando le pedí que se fuera, me acosté contigo y me pediste que no te dejara mientras dormías. Te lo dije entonces y te lo digo ahora. Brenda, jamás te dejaré.

Internamente festejé el hecho de que él hubiera «echado» a Isabelle.

Mi corazón se hinchó, mis ojos se rasaron. Me sentí una niña enamorada por primera vez, escuchando la declaración de su amor platónico. Yo no era una niña, no sabía si lo que sentía en mi interior se definía como «estar enamorada» y Evan no era mi amor platónico, pero todo se sentía tan genial que ni siquiera me importó.

Sonreí y lo volví a besar.

Al otro día decidimos volver a Goldenwood en la mañana, poco después de habernos despertado. Le había contado sobre el mensaje de Jacqueline, pero en lugar de preocuparse, Evan lució realmente molesto. Por suerte, no dirigió sus emociones hacia mí.

Mientras me acomodaba en el jet de la realeza, me preguntaba si Evan tendría ganas de despedirse de Isabelle. Quiero decir, pensó que estaba muerta y en realidad no lo estaba, y ahora sabía su lugar preciso de trabajo. Quizá tenía ganas de darle un adiós antes de volver a la realidad.

Sin embargo, viéndolo sonreír mientras esperábamos que el piloto tuviera todo listo, acariciando mi mano y mirando al exterior de forma relajada, supe que no importaba. Él no mostraba signos de querer quedarse en París, por lo menos no para volver a verla. Ahí me di cuenta, también, de que

cualquier cambio que Isabelle hubiera tenido había afectado directamente la opinión personal que Evan tenía sobre ella.

No me sentía avergonzada de sentirme aliviada.

Cuando aterrizamos yo seguía pensando en Isabelle y en Lucinda, atando cabos. De pronto, entendía por qué en su estado de felicidad bizarra o locura desquiciada, la reina decía que yo era mejor que la francesa o que ni siquiera ella merecía a su hijo. Claro, obviamente sabía que estaba viva, pero se ve que en su alto estado de drogadicción no sabía cerrar la boca sobre las cosas importantes.

Apenas entramos al castillo fuimos interceptados por el rey Richard, quien lucía más serio que nunca. Pareció aliviado al vernos bien, pero el sentimiento duró solo un momento antes de hacer un ademán con la cabeza.

—Me alegra que estén aquí y que estén bien, pero tenemos asuntos que resolver. Vamos a mi despacho.

Pensé que se refería a la habitación en donde estaba su escritorio, pero resultó ser que ese lugar tenía algún tipo de sala de estar a la izquierda. Y no estaba vacía. Todos los miembros de la familia Bourque estaban allí. Selesté y Marco, también, y ¿cómo no? Mis padres.

Ignoré deliberadamente los ojos hostiles de Lucinda mientras el rey nos conducía al sofá doble que quedaba libre. Tomamos asiento y, al instante, mi papá me estaba tendiendo una taza de té. Le di un sorbo porque me estaba muriendo de frío. Aunque me quemó en todo su recorrido por mi garganta, disfruté cómo avivó mi cuerpo.

—Bien —Richard se sentó sobre la mesa de té, frente a mí—. Brenda, quiero que me digas lo que pasó tres noches atrás.

Evan colocó su mano en mi muslo, dándole un apretón. No necesitaba mirarlo para saber que él quería que yo dijera la verdad. Tomé un poco más de té, sin mirar a nadie en la sala a propósito. Cuando lo dejé a la mitad, miré al rey y sonreí con un gesto de disculpa.

—Resbalé. La suela de los tacones no se pegaba muy bien a la alfombra y sin querer me salté un escalón cuando empecé a bajar.

El rey entornó los ojos y se apoyó con los codos en las rodillas.

—Por alguna razón, no te creo.

Intentando disimular, terminé el té de un solo trago. Necesitaba dejar la taza de lado. Me estaba incomodando y, además, sentía que la tiraría al piso en cualquier momento de los nervios que tenía. Temía mirar a Lucinda y saber que me estaba amenazando con la mirada. Al estar vacía, se le di al rey y él la apoyó sobre la mesa.

—Ya le dije, me resbalé. Mi centro de gravedad no es el mismo de siempre. —Apunté a mi barriga.

Richard se enderezó y le echó una mirada rápida a mi madre. Ella, luciendo seria, se acercó y se colocó a su lado, sin sentarse. Se cruzó de brazos.

—Brenda, diles lo que en verdad pasó.

La miré con los ojos abiertos.

¡Traidora!

—Eso es lo que pasó —dije a través de mis dientes apretados.

—Eloïse —espetó—, di la verdad. Ahora.

Y, otra vez, sentí que alguien estaba agarrando mi lengua y la estaba empujando hacia afuera, al igual que mis pensamientos. Sentía que estaban clavando sus garras en mi cráneo, desesperados por salir.

Ahí me di cuenta. Miré la taza y luego a mi mamá con reproche. ¡Maldición! Ella lo había hecho la vez pasada y lo estaba repitiendo. Por eso me dieron el jodido té, para que ella pudiera sacarme la verdad, ya que desde el accidente que no consumía nada relacionado con las hojas.

¡Mierda!, ¡mierda!, ¡mierda! Mi enojo hacia mi madre era tan grande como todo el castillo.

Me mordí la lengua lo más fuerte que pude, pero ni siquiera ese dolor podía contener las ganas de decir la verdad que mi cuerpo y mente tenían. No llegaba a ser un dilema, pues ahora mismo, no tenía otra opción que escupir la verdad.

—Lucinda me empujó.

Hubo un jadeo general.

Mamá me miró con una sonrisa triste y llena de disculpa. Saqué mis ojos de los de ella y por inercia cayeron en los de la reina, quien me estaba mirando con los ojos tan abiertos que ocupaban la mitad de su rostro.

—¿Por qué estás mintiendo, Brenda? —increpó, escandalizada.

Ya había dicho la verdad. Todas las consecuencias y escenarios que se me habían venido a la mente cuando había pensado en hacerlo, ya no tenían validez. Así que, ¿por qué seguía sentada sintiéndome como un cachorrito perdido?

Me levanté lentamente. Richard también lo hizo y se corrió al lado contrario de donde estaba mi madre. Miré a Lucinda sin ninguna expresión.

—No estoy mintiendo. De hecho, ahora puedo relatar la escena como si hubiera sucedido unos segundos atrás. Está fresco en mi memoria. —Mis ojos se humedecieron—. Ni siquiera te importó que yo estuviera embarazada —murmuré, mi voz quebrándose.

Sentí que alguien me abrazaba. Era Evan. Lucía tan destruido que sentí que mi corazón se rompía. Toda la determinación que había sentido solo un minuto atrás, se disipó por completo. Caí en sus brazos y me largué a llorar, sintiendo que él también se sacudía un poco.

—No fue tu culpa —le susurré.

Se separó de mí y acarició mis mejillas. Sus ojos estaban rojos de rabia, de impotencia, de decepción, de dolor. Giró solo un poco para ver a Lucinda y decir por lo bajo:

—Me da vergüenza que tú seas mi madre.

La reina palideció y juré ver una lágrima deslizarse por su mejilla. Al fin, otra emoción que no fuera hostilidad y odio. Aunque, claro, hacia sus hijos nunca había dirigido nada más que amor. Me preguntaba cómo habría sido Lucinda antes de sucumbir a las hojas.

—No puedo creer hasta dónde ha llegado tu locura —masculló el rey Richard.

Estaba enviando dagas hacia su esposa, mirándola como si no la reconociera, como si ella no fuera la mujer a la que amaba. Evan me condujo hacia la puerta cuando vio que Lynn con Joël en brazos, junto con Marco y Seleste, se estaban yendo.

Jackie, Ric y mis padres se quedaron.

Aunque, cuando llegamos al umbral, me detuve y giré a ver a los reyes. Lucinda ahora estaba de pie, observando a su esposo con miedo y con enojo. Él se acercó a ella y comenzó a exclamar:

—¿Qué carajo, Lucinda? Primero inventas que Brenda está embarazada cuando no lo está, cuando te enteras de que realmente está por tener un hijo para poder encubrir tus mentiras y no dejarte mal, lo desmientes y dices que era una falsa alarma; y para terminar ¡la tiras por la escaleras a sabiendas de lo que podría ocurrir! —La tomó por los hombros—. Ya no puedo lidiar con esto, Luce. Lo siento, pero esta vez ya no me queda otra.

El hecho de que el rey sufría por ver a sus esposa de esa manera me hacía sentir como la mala de la película. Él realmente la amaba, se le veía en la mirada dolida al decir esas palabras; e incluso tenía un apodo para ella. «Luce». No entendí a que se refería con la última oración y tampoco pude quedarme para averiguarlo, ya que Evan me sacó de la habitación y me metió en el dormitorio. Se agarró la cabeza y caminó por el cuarto, luciendo vulnerable.

Me sequé el rostro y me puse frente a él.

—¿Evan?

Su mirada aguada encontró la mía. Se veía tan devastado que hasta a mí me dolía.

—¿Era por eso que no querías decirme lo que en verdad sucedió?

Asentí, sintiendo que mi garganta rompería el sollozos una vez más. Pero, en ese momento, él lucía peor que yo. Tomé su cabeza y dejé que se escondiera en mi cuello. Me tomó en sus brazos y lloró. Era raro verlo llorar. No era algo que le quitaba la masculinidad, sino que me hacía ver que hasta los más fuertes podían quebrarse.

Más tarde nos metimos en nuestros pijamas y luego bajo el cálido edredón. Evan pidió que le contara con detalle lo que pasó esa noche y yo, sin poder evitarlo, lo hice. Ahora que todo se sabía, no podía contenerme. Yo sabía que él necesitaba saber la verdad.

Cuando acabé, le pregunté, curiosa, a qué se había referido su padre al decirle eso a Lucinda. Él me dijo que no tenía idea, pero que su madre tenía problemas con el alcohol y las hojas doradas, y que necesitaba repararlo. No le dije que eso yo ya lo sabía.

A mitad de la noche, unos gritos nos despertaron. Me incorporé de golpe y miré a mi alrededor, pero nada estaba pasando aquí dentro. Evan abrió los ojos como platos, en mi misma posición.

—Es mi mamá —susurró, aterrorizado.

Más gritos y ruidos de muebles, pisadas, órdenes. Incluso escuché a mi mamá y al rey decir un par de cosas, pero no entendía nada. También había voces ajenas, quizás del equipo del castillo. Los chillidos me estaban asustando, al punto de sentirme mal por lo que fuese que le estaba sucediendo a la reina. Porque si Evan podía distinguirlo, entonces era ella. Lo que más me dolía era darme cuenta de que no eran solo gritos: eran un llanto descontrolado.

Todo cesó de repente y el silencio reinó una vez más.

Aun en los brazos de Evan, no pude viajar a la inconsciencia ni una sola vez. Estaba inquieta, ansiosa. Quería saber qué había pasado.

En la mañana, cuando fui a desayunar, me encontré con mi mamá en la cocina. No tuve que preguntarle, ella sabía lo que yo quería saber. Me miró con tristeza, e incluso estando enojada con ella no pude apartarme cuando tomó mi rostro.

—Lucinda fue llevada a un hospital psiquiátrico. No la veremos por un buen tiempo.

Quería sentirme victoriosa, quería estar feliz. No lo estaba. Saber que la mujer había sufrido la noche anterior no me hacía sentir bien. Sí, había querido hacer mi vida imposible, había querido que yo sufriera y llegado al punto también de deshacerse de mí, pero... La verdad, no sabía qué excusa argüir. Solamente no me sentía de maravillas.

Alivio. Sí, estaba aliviada.

Pero ¿feliz? Todavía no. Podría ser una perra cuando lo quería, pero no le deseaba el mal a nadie. Probablemente, si no hubiese escuchado los gritos de la reina, no me estaría sonriendo así de mal; de culpable.

¿Acaso era muy estúpida por sentirme así?

Eché mi cabeza hacia atrás, suspirando de alivio al sentir el agua caliente masajeando mis músculos. Hacía mucho no tomaba un baño tan largo, tan deliciosamente relajante. La espuma alrededor de mi piel me hacía sentir en paz. Acaricié mi barriga, sintiendo que alguien me las devolvía del otro lado. Sonreí. Me sentía enorme, pero sabía que tampoco era la gran cosa. Maïte ya me había dicho tiempo atrás que no tendría la panza más grande del mundo, y eso como que me alegró, pues no quería parecer una sandía andante.

Habían pasado dos meses de la partida de Lucinda. Lo sé, increíble, yo tampoco podía creer que el tiempo transcurriera como si de un suspiro se tratase. El castillo era extraño sin su presencia, y al principio me sentía culpable de ver a Jackie tan triste. Ella realmente amaba a su madre, con sus errores y todo. Pero conforme el tiempo pasó, ella pudo ir a visitarla, lo que provocó que volviera a ser la misma chica burbujeante de siempre. Eso hizo que mi culpa dejara de ser tan prominente dentro de mi pecho, y dio paso a la felicidad sin sentir que algo pesado colgaba de mis hombros.

Salí de la bañera con algo de dificultad y me envolví en una bata blanca y esponjosa. Era febrero, lo que quería decir que el frío se estaba yendo para darle paso a la primavera. Era algo que quería volver a ver, las flores y el aire tibio en Goldenwood. No había llegado a disfrutarlo en sus momento, por lo que Jackie me aseguró que me llevaría de parque en parque para que yo y el bebé los conociéramos.

Me puse un pantalón negro, una camiseta que en serio me quedaba en la mitad de la barriga (Seleste se había ofrecido ir de compras por mí y tomar algunas camisetas que me entraran, pero yo me rehusaba a tener más ropa de la que ya poseía), y un suéter celeste holgado. Se me dificultó ponerme las medias, y ya para cuando quise calzarme las botas beige mi espalda me estaba suplicando enderezarse.

Me senté, apoyándome hacia atrás en mis manos y respiré profundamente llenando de aire cada centímetro de mis pulmones. Si era sincera me gustaba estar embarazada, más en este tiempo que todo era paz y tranquilidad, pero odiaba cansarme tan rápido. Hacía unos días había salido con

Evan a dar una vuelta por los terrenos, aprovechando que la nieve se estaba derritiendo, pero apenas hice unos metros cuando ya sentía que mis piernas se partirían en dos.

Me ponía de malhumor, pero nada superaba la felicidad y el amor que sobrepasaba mi alma. Se sentía raro. Ridículo, si lo pensaba siniestramente; me gustaba y demasiado. Quiero decir, yo no quería ser madre al principio de todo esto, estaba contrariada a darle el gusto a Lucinda; sin embargo, terminé haciéndolo por algo más allá de lo que quería. Evan y esa atracción innegable que había nacido de repente, sin aviso.

Y amar tanto alguien sin ni siquiera conocerlo era algo que me sorprendía de tal manera... De tan solo pensar que en un mes tendría a la criatura en brazos, me llenaba de temor, de dudas, de ansiedad.

¿Qué haría al verla? ¿Sería una buena madre? Era solo una adolescente. Físicamente sentía que mi piel se rasgaría en cualquier momento, que sangraría hasta que pudiera sanar por voluntad propia. Mentalmente estaba tan preparada que no podía esperar más a que la bebé naciera, poder sorprender a todos, poder llamarla por su nombre.

Tocarla. Tenerla. Besarla.

Yo quería todo y nada al mismo tiempo.

Nenna entró al dormitorio mientras mi mirada se perdía en algún punto de la pared frente a mí. Tenía una bandeja en su mano, galletas y una taza de té. Le sonreí y me paré, decidiendo que era mejor si me sentaba en el sillón.

Cuando colocó las cosas frente a mí, le agradecí y procedí a atacar mi desayuno.

—El príncipe Evan ha llamado, señorita. Dice que tiene una sorpresa que darle hoy en la noche y que esté lista para las ocho.

Le sonreí mientras masticaba la masa dulce con chispas de chocolate. Le di un trago al té y me propuse responderle, pero no pude. El sabor cada vez me resultaba más fuerte, más poderoso, más rico. Evan decía que era porque estaba a poco tiempo de dar a luz; yo no estaba tan segura. Al

principio me había dado cierto rencor seguir tomándolo, sabiendo que mi mamá podía controlarme, pero mis padres habían regresado a Nueva York dos días después de que se llevaran a Lucinda y, además, yo quería que la bebé siguiera saludable.

Y Evan me había rogado para que siguiera tomándolo.

—Gracias, Nenna. Estaré lista luego de desayunar, si logro meter mis pies en esas malditas botas.

Ella rio, y cuando terminé de engullir el desayuno me ayudó a calzarme.

Até mi cabello en un rodete, me abrigué y salí con la intención de caminar hacia el castillo de invierno para visitar a Lynn, Ric y Joël, pero me encontré con que estaba nevando. Hilarante. Me comí las ganas de caminar, incluso sabiendo que luego estaría cansada y no querría saber nada, y me acerqué a la entrada.

Un chofer que estaba allí se ofreció, así que le di una sonrisa y acepté gustosa, sabiendo que a la larga era mejor si no caminaba esa distancia.

Al llegar, Lynn me recibió con los brazos abiertos. Ric no se encontraba, pero no me preocupé en preguntar en dónde estaba, pues como Evan, ambos tenían tareas que cumplir, unas que yo aún no entendía. Cosas de ser príncipes, suponía.

Joël ya tenía cuatro meses y era un bebé inquieto, por decirlo de alguna manera. Lynn y Ric habían luchado los primeros tres meses, ya que parecía que los cólicos no querían dejar al nuevo miembro de la familia. Cuando alguien los ayudaba, ellos dormían.

Yo había sido parte de la ayuda en el último tiempo; aunque ahora Joël raramente tenía cólicos, quería estar todo el tiempo en brazos o que alguien estuviera al tanto de él, hablándole, mimándolo o aunque sea observándolo.

Ahora que yo estaba de ocho meses, Lynn no quería dejarme sola con él, pero ya no me importaba, porque había aprovechado el tiempo para aprender cómo cambiar un pañal, cómo calentar leche y, sobre todo, cómo sostenerlo. Me había repetido incontables veces que debía tener extremo cuidado con la cabeza.

Haber podido cuidar de él me hacía sentir un poco más segura, aunque mi miedo no se encontraba en cómo cuidarla, sino qué tipo de madre sería. ¿La criaría como mis padres a mí? ¿Como los de Evan a él? Esas eran las preguntas que me perseguían.

Almorcé con ellos dos y decidí quedarme lo que restaba de la tarde. Le envié un mensaje a Evan, haciéndole saber por dónde debía recogerme, ya que realmente no tenía ganas de moverme de ahí. Cuando terminamos de comer y Joël estaba durmiéndose en los brazos de su madre, decidimos poner una película.

Aunque el título y argumento de la película se me olvidaron cuando Lynn mencionó a la reina.

—Fui a visitar a Lucinda ayer —murmuró con su mirada perdida en los párpados cerrados de su hijo.

Tragué con fuerza y retorcí mis dedos, queriendo saber y al mismo tiempo no queriendo tener ni idea de lo que habían hablado. Me sentía tremendamente culpable por lo que le estaba pasando a Lucinda, pero se lo merecía. También me sentía aliviada de poder caminar por donde quisiera sin tener que andar mirando por encima de mi hombro. Sin miedo.

Miré hacia abajo e intenté transformar mi rostro, dejándolo nulo de alguna expresión. No me gustaba que los demás pudieran ver cómo me sentía con la situación. No me gustaba que mis sentimientos se reflejaran, que estuvieran en exhibición para todos. Nunca.

Pero, volviendo al tema de la maternidad, cada vez se me hacía más difícil. No me quedaba mucho tiempo, sentía miedo y muchas otras cosas juntas. Me sentía bastante idiota; sin embargo, entendía e intentaba abrazar cada uno de las emociones.

Eso no quería decir que me gustara que me vieran así.

—Bren... No tienes idea de lo diferente que está. Luce y se comporta como otra persona. No es falsa como cuando se hacía la linda conmigo —murmuró sorprendiéndome—, sino genuina. Creo que nunca la vi sonreír de esa forma tan... Tan placentera. Le sienta tan raro.

Sentí sus ojos en mí, así que no pude evitar mirarla devuelta. Lynn me sonreía. Sus ojos no tenían reprimenda, no me juzgaban, solo se contoneaban con felicidad.

—Tengo la certeza de que tendremos la posibilidad de conocerla como ella realmente es, como ella era antes de comenzar con esas hojas. Quizá pueda disculparse por lo que hizo. —Se mordió el labio, asomando un halo de inseguridad—. Me dijo que la culpa la estaba consumiendo. Preguntó sobre ti y el bebé.

Sin poder evitarlo, demasiado intrigada, la miré curiosa.

Ignoré deliberadamente todo lo demás.

—¿Qué preguntó? —susurré.

Volvió a darme una mínima sonrisa. Miró a Joël y besó su frente.

—Quería saber cómo estabas tú, cómo te estaba llevando el embarazo, si ya has pensado un nombre para él. ¿Has pensado uno?

Sentí que mi cara se partía en dos por la sonrisa que le estaba dando. Por supuesto que había pensando un nombre, pero no se lo diría a nadie, porque ninguno sabía que en realidad tendría una niña y no quería arruinar la sorpresa.

Evan tampoco lo sabía. Por lo menos no aún.

Lynn jadeó exageradamente.

—¡Dímelo!

—Nop —dije poniendo énfasis en la «p»—. Nadie lo sabe.

—¿Ni siquiera Evan?

—Nadie.

Expulsó aire de sus pulmones, fingiendo estar molesta. A pesar de lo que llevó a la conversación, reí y abracé mi barriga. Me dejé llevar, porque tenía que aprender a hablar o escuchar de Lucinda sin sentir que mis interiores se retorcían.

Jackie llegó un rato más tarde y parecía que no podía controlar los labios por la sonrisa que quería salir de allí, así como también quería que la sangre se saliera de sus mejillas. Lynn y yo no hicimos ningún comentario, pero entendimos que se trataba del chico que le gustaba. Parecía que las cosas estaban saliendo perfectas para nuestra querida Jack.

Seleste vino más tarde y las cuatro cenamos con el pequeño Joël cuando llegó la hora. O Alaric estaba con Evan y por eso aún no había llegado a su hogar, o sabía que estábamos teniendo un momento de chicas y no quiso interrumpir. De igual forma me parecía bien.

Pero extrañaba a Candace. Hablábamos todos los días y ni siquiera eso me resultaba suficiente. Quería y necesitaba a mi mejor amiga conmigo, dándome las palabras de aliento que ella sola sabía brindar, o solamente su compañía. Quería poder escuchar su voz en vivo y no a través del teléfono.

La última vez me había contado que conoció al hijo de Sean y a la madre. Al parecer, ellos habían tenido una relación seria de bastantes años. Según la versión que Candie había recibido, Rachel, la ex y actual novia de Sean, no quería que Sean se enterara de que tenía un hijo porque se lo quitaría.

Parecía que ahora estaban retomando las riendas de su relación, pues mi amiga había obtenido información de contrabando (reí mucho cuando me lo dijo en esas palabras exactas), que confirmaba que estaban viviendo juntos. Yo solo me alegraba por Sean. Tenía ganas de verlo para poder tener la conclusión que necesitábamos. Sabía que algún día lo lograría, pero también tenía la certeza de que no sería pronto.

Evan me buscó por el castillo de invierno a las ocho en punto, tal y como Nenna me había dicho. No entró a saludar, solo le hizo saber al mayordomo que me buscara. Saludé y me abrigué rápidamente, ansiosa.

Cada vez lo veía menos y cuando le pregunté en qué estaba trabajando que lo mantenía tanto tiempo lejos, me decía que lo sabría en su momento. Yo solo podía maldecir o decir algo grosero, lo que solo hacía que él se llenara de humor.

Pero no me importaba. Si era honesta, las mariposas que hacían erupción en mi estómago cuando lo sentía cerca ya no me molestaban, pues era como si me tomaran de las manos y me impulsaran hacia las nubes.

Era algo completamente nuevo.

Y me encantaba.

Ni siquiera me sentía cohibida, no me importaba nada. Apenas lo vi a un lado de su auto, me acerqué a él y abracé su cuello. Colocó sus manos en mi espalda baja y llevó sus labios a los míos, dejando un beso que no llegaba a ser ni largo ni corto. Lo justo y necesario para dejarme con ganas de más.

Me sonrió divertido.

—Aquí estás. Vamos, tengo una sorpresa para ti.

Di un saltito.

—¿Qué es? ¡Dime!

Evan fingió fastidio con un resoplido.

—¿De nuevo con eso? ¿No aprendiste de la última vez? Si te tengo una sorpresa, es porque realmente te sorprenderá. No te lo voy a decir.

Lo recordaba: cuando invitó a Candace. Esa había sido la mejor sorpresa del mundo. Recordaba como si fuera ayer que casi saltaba en la cama para que me dijera cuál era la sorpresa. Me gustaban, pero la intriga me ponía como loca. Era casi como sentir adrenalina, y esa era la razón por la que me agradaban tanto.

Sin pensarlo mucho más, rodeé el auto y me subí agarrándome de todos lados.

Mientras Evan conducía conversamos de manera tranquila sobre lo que había hecho en el día con las muchachas. Era obvio que no me diría a dónde estábamos yendo ni lo que él había hecho, lo que yo sospechaba estaban relacionados, así que nos enfocamos en mis acciones.

Aunque, en cierto punto, dejé de prestarle atención a lo que estaba comentando, pues estábamos saliendo de la ciudad al lado opuesto del centro, siguiendo por la ruta del territorio real. A los costados de la calle de adoquines, la nieve sobre el césped y los árboles se estaba derritiendo.

Cada tantos metros había un farol, lo que hacía que el camino nunca dejara de estar iluminado. Te metía en un ambiente armonioso y lleno de paz. Todo era hermoso, ordenado y limpio. Después de todo, era de la familia real. En cierto punto, el camino se dividía en varios otros, como el Río Nilo y su desembocadura en forma de delta. Evan dobló en la primera calle que estaba a la izquierda y siguió por allí, sonriendo. ¿A dónde demonios estábamos yendo?

Condujo unos minutos más, hasta que llegamos a una gran reja negra. Detuvo el coche frente a estas y volteó hacia mí con una sonrisa. Metió su mano dentro del abrigo y sacó un pedazo de tela negra.

—No puedes estar hablando en serio —mascullé.

—Oh, estoy hablando muy en serio.

Negué con la cabeza vigorosamente. No me resultaba atractivo el hecho de tener mis ojos cubiertos. Quería que siguiéramos, que me diera la sorpresa y terminar con esto. Me estaba empezando a poner nerviosa.

—Vamos, Brenda. ¿Confías en mí?

Ah, la carta de la confianza. Suspiré con resignación y dejé que me cegara con una sonrisa triunfante.

Sentí que volvíamos a movernos en forma recta y después doblábamos hacia la izquierda solo un poco. Luego nos detuvimos. Escuché a Evan salir del auto y cerrar la puerta detrás de él. Lo sentí hablar en voz baja con alguien, sin llegar a entender las palabras que salían de su boca. Un momento después, sentí que el aire fresco me abrazaba cuando la puerta de mi lado se abrió. Él me tomó por los brazos y me ayudó a salir.

Percibí el auto moviéndose sin nosotros, por lo que afirmé que alguien más lo había tomado y que era la persona con la que el príncipe había hablado. Aún tomándome por los brazos, me hizo retroceder unos pasos. Cuando nos detuvimos, Evan colocó sus manos en mi cuello, dejando que sus pulgares acariciaran mis pómulos. Su aliento acarició mi rostro un segundo, antes de que sus labios se apoyasen sobre los míos, apenas rozándolos.

—Llegamos.

Remojé mis labios, queriendo que me besara de manera apropiada.

—¿Puedo quitarme la tela?

—Todavía no —susurró.

Todavía permanecía cerca de mí. Esperé un segundo, quizá algunos más, y tomé sus manos, sacándolas de mi cara. Cuando lo solté podía sentir su confusión. Sonreí ligeramente y di un paso, sintiendo que la punta de mis pies alcanzaban los suyos. Moví mi cabeza y aprecié la manera en que mi frente chocó con su barbilla. Con mis manos comencé a buscar su rostro. Pasé mis palmas por su cabello primero, luego bajé a su frente, su nariz, sus cejas, sus párpados, que de pronto estaban cerrados; sus pómulos, mejillas y, por último, sus labios. Los acaricé con mis yemas, sintiendo su respiración contra mis dedos al entreabrir su boca.

Lo tomé por su fuerte mandíbula, como él me agarraba a mí, y bajé su cabeza hacia la mía, pues yo no tenía la fuerza ni ganas de colocarme de puntillas. Un suspiro antes de besarlo, rocé mis labios sobre los suyos, saboreando su suavidad.

Y lo besé. Me dejé llevar en un mar de emociones que no conocía, pero que adoraba y guardaba en lo más profundo de mi ser. Bailaban dentro de mí, me acariciaban, me decían que estaba bien sentir lo que sentía, temblar como lo hacía, querer lo que él me brindaba.

Desear más.

Sus brazos estaban en mi espalda y en mi cuello, sus manos bailaban por mi cuerpo. Me sentía cálida, segura, como si nada malo pudiera suceder en ese momento. No cuando nuestros alientos

se mezclaban y su lengua me apresaba. La punta fría de su nariz rozaba mi mejilla al ladear su cabeza y profundizar, sus dientes acariciaban mis labios al tomar un respiro. No podíamos estar más cerca porque tenía una panza prominente, pero que de no estar embarazada tampoco habría sido suficiente.

Quería amoldarme a su cuerpo y el suyo al mío. Sentía que mi sangre estaba a punto de explotar, de salpicar lo que sentía por todo mi alrededor en diferentes tonalidades. Su aroma, su calidez, su esencia; todo él me estaba invadiendo de una manera placentera.

Ahí me di cuenta.

Estaba enamorada de Evan Sidney Bourque.

El solo pensarlo hizo que mis rodillas se tambalearan debajo de mí, y de mi garganta hicieron erupción risas descontroladas, de júbilo y realización. Me separé riéndome, sintiendo que lágrimas de emoción desbordaban mis ojos y mojaban la fina tela negra. Apoyé mi frente contra la de él, respirando entre mis cortas carcajadas.

Evan rio en voz baja.

—Me encanta tu risa —murmuró.

Reí un poco más, sintiendo cosquillas en mi estómago y caricias interiores. Aparté una de mis manos de su rostro y la apoyé en mi barriga. Estaba feliz. Dejé que mi boca siguiera curvada, demostrando, de alguna manera, cómo me sentía.

—Te quitaré la tela, pero deja los ojos cerrados hasta que te lo diga.

Asentí. Cuando mis ojos estuvieron libres, sentí sus pulgares acariciar mis lágrimas y sus labios besar mis párpados. Me besó una vez más antes de inhalar, sonando nervioso. Me tomó por los hombros y me giró hacia la derecha. Se quedó detrás de mí.

—Ya. Abre los ojos.

Lo hice, y lo que encontré frente a mí no era lo que esperaba. Mi mandíbula cayó al suelo cuando mis ojos vagaron por lo que parecía otra versión del castillo en el que vivían Lynn y Ric. Esta mansión era más chica y el color era más claro, beige, pero seguía teniendo cierta similitud. Tenía grandes ventanales y tejados rojos. Tenía escaleras dobles.

Sentí el aliento de Evan en mi oreja.

—Bienvenida a casa, Brenda.

—¿Qué? —pregunté apenas audible.

—Esta es la sorpresa —explicó. Suspiró y se colocó frente a mí—. Esta mansión era de mis bisabuelos, la construyeron cuando mi abuelo había asumido y su hermano estaba habitando el otro castillo. Cuando fue el turno de mi padre mis abuelos vinieron aquí. Antes de morir ambos armaron un testamento. Me dejaron esta casa. Mi abuela me dijo que quería que formara mi familia aquí, lejos del lío que puede llegar a esa ese castillo —sonrió—. Eso es exactamente lo que pretendo hacer. Y todo lo que es mío, es tuyo.

Los ojos se me cristalizaron y volví a sentirme idiota por el tema de emocionarme por lo más mínimo. Pero... Pero esto no era mínimo. Lo que Evan me estaba diciendo me había paralizado, porque solo hacía que los sentimientos que me había dado cuenta que tenía golpearan con más fuerza.

—¿Viviremos aquí? —susurré incrédula, ansiosa.

Besó mi frente.

—Sí.

Dejé salir el aire que no sabía que estaba reteniendo. Miré otra vez a la gran mansión que estaba frente a mí. No estaba iluminada adentro, pero incluso así lucía exageradamente hermosa. En un instante me encantó y ya quería poder entrar, conocerla por dentro.

Sentí algo frío en mi mano izquierda. Cuando me fijé, me di cuenta de que Evan había deslizado una llave dorada en mi palma. Le lancé una sonrisa, lo tomé de la mano y subí por las escaleras del lado derecho. Dentro de la cerradura, la giré dos veces e hizo *click*.

Evan cerró la puerta detrás de nosotros, nos deshizo de nuestros abrigos y se dispuso a prender las luces. Volví a quedarme sin palabras y con la boca abierta. Frente a mí había una gran sala de piso de madera. A la derecha, una escalera en media luna y se podía apreciar el piso de arriba a través de la baranda. Había un largo sofá blanco a la derecha, una mesa de té y otros dos sillones singulares que iban a juego con algunos cojines. Más atrás, había tres grandes arcadas.

A mi izquierda, justo antes del principio de las escaleras, había un comedor. Algunos retratos colgaban de las paredes, donde pude reconocer mi rostro y el de Evan. Nosotros nunca nos habíamos sacado fotos, por lo que supuse que eso era acto de los paparazzis y Jackie.

A mi izquierda, parecía ser un despacho. Se veía un escritorio de caoba.

—Entra. No es lo que tú crees.

Hice lo que me dijo y sonreí al ver que, en efecto, no era lo que yo creía. Frente al escritorio había unos sillones y, en un pequeño piso de arriba, una biblioteca. Una escalera en espiral llevaba hacia los estantes; la zona estaba resguardada por una baranda. Se veía otro umbral detrás, pero no lo que había del otro lado.

Las otras arcadas llevaban a la cocina, la sala familiar y otra sala, que lucía algo así como un salón de juegos pero para gente grande. Había una mesa de pool, televisión pantalla plana, sillones, un bar. Vaya.

—Ven conmigo —murmuró Evan en mi oído, tomando mi mano.

Volvimos a la biblioteca y lo seguí por las escaleras caracol, pasando de la arcada. Hacia la derecha había un pasillo y, al fondo, grandes y blancas puertas dobles. Evan me sonrió e hizo un ademán. Vacilante, me acerqué a las puertas y las abrí lentamente. Dentro había una pequeña sala de estar. Todo estaba combinado con celeste y coral pastel, y blanco. Bajo la mesa de té había una gran

alfombra blanca y peluda. También había un hogar con todos los utensilios a un lado, la televisión justo arriba.

Detrás de todos los muebles había un gran umbral que estaba cubierto por cortinas blancas. Sabía que Evan estaba detrás de mí, mirando y esperando por cada movimiento. Me acerqué a ellas, corrí una y me metí en la otra parte.

Era el dormitorio.

La gran cama cubierta de blanco estaba contra una pared de cuero con botones, una mesa de noche a cada lado y, a un lado de ellas, cortas escaleras. Los detalles eran iguales a la sala contigua. Frente a la cama había un gran ventanal, el cual tenía las cortinas a un lado. Este daba a un balcón.

Pero lo que me detuvo en mis talones fue el moisés rosa que estaba en una esquina. Caminé hacia él como si se tratara de un transe, pues ni siquiera era consciente de que lo estaba haciendo hasta que acaricié la tela. Esta caía hasta el suelo y tenía un pequeño techo cubriendo la punta.

Era hermoso.

Sentí el pecho duro de Evan contra mi espalda y sus manos en mi barriga. Besó mi cabello.

—Porque dormiré con nosotros hasta que no entre más ahí, ¿verdad? —susurró.

Un nudo atoró las palabras en mi garganta. Este día estaba destinado para dejarme sin energías sentimentales. Ni siquiera me importaba, porque realmente me gustaba todo lo que estaba sintiendo.

Giré sobre mí y metí mis brazos por el torso de Evan, abrazándolo. Sentí que me cubría con los suyos y frotaba mi coronilla con su nariz. No lloré, no me lo permití, pero la emoción que sentía necesitaba salir de mi cuerpo de alguna manera. Aspiré su olor y calidez, y me dejé caer en él.

—Ven —susurró lo que pareció una hermosa eternidad después—. Terminemos de recorrer.

Las escaleras al lado de la cama dirigían una al baño y otra al gran armario.

Todo era realmente hermoso.

Había varias habitaciones libres; Evan me contó que las que estaban en la planta baja pertenecían a Nenna y a Horace, quienes estarían aquí durante los días de semana e irían a sus hogares los fines de la misma.

Teníamos una sala de cine. Corrijo: una maldita y genial sala de cine. Planeaba pasarme todo el día aquí mientras Evan trabajaba y yo estaba embarazada, porque estaba segura de que no podría pasar todo el día aquí cuando la bebé naciera.

Cuando estábamos saliendo de la habitación un bostezo interrumpió lo que estaba por decir. Evan rio entre dientes y pasó su brazo por mi hombros.

—Alguien tiene sueño. Déjame mostrarte algo más antes de irnos a dormir.

Asentí y sonreí, sintiendo las lágrimas en los bordes de mis ojos. Pasé mi pulgar por ellas mientras él nos conducía a una de las puertas. Antes de abrirla, me tomó por la nuca y dejó un beso casto en mis labios.

Y cuando la abrió, no pude controlar ni la emoción ni las lágrimas.

La cuna, los muebles, los peluches. Todo era puramente blanco. Había una cortina cubriendo la extremidad de la cuna, un sillón al lado, una rara araña de cristal redonda colgando del techo, un sofá, estantes, adornos. Había un pequeño armario que estaba abierto, mostrando pequeñas prendas de ropa colgadas e, incluso, algunas perchas vacías, esperando por ser ocupadas.

Canastos llenos de más artículos de bebé, más ropa, más cosas preciosas.

A un lado estaba el cambiador.

Recorrí todo, pasando un dedo por cada superficie, sintiendo olor a bebé sin siquiera tener uno aún. Todo era suave, todo era precioso, todo hacía que más lágrimas se arrastraran por mis mejillas. Mi nariz estaba tapada, por lo que debía respirar por la boca, sintiendo cada tanto el gusto salado caer en mis labios.

Pero la sonrisa no me la quitaba nadie.

—Brenda —llamó Evan detrás de mí. Giré lentamente, encontrándolo cerca—. ¿Estás bien?

Tomó mi rostro y limpió mis lágrimas, tomando confort en la sonrisa que le estaba regalando. Al mirar en sus ojos aprecié las gemas verdes jade que tanto comencé a adorar desde ese día en el Bosque Dorado. Decidí que era momento de sacarlo de su miseria.

—Gemma.

Levantó las cejas.

—¿Qué?

—Cuando entramos ese día en el Bosque Dorado, tus ojos lucían como dos gemas. A eso me refería en la fiesta de año nuevo. Gemma Bourque.

—Gemma Bourque —repitió, sonriendo—. Es perfecto.

Me abrazó, y mientras más lágrimas caían por mi rostro por al fin haber compartido mi gran secreto, mejor me sentía. Puse la imagen en mi mente, cargándola y llamándola por su nombre, escuchándola ser nombrada por lo demás, por algún amigo, por algún novio.

Gemma.

Evan se separó y me sonrió ligeramente.

—¿Te gustó mi sorpresa? —susurró. Asentí—. Estoy contento, todo este tiempo me la pasé con un arquitecto diseñando todo para que quedara como sabía que te gustaría. Como sabía que te gustaría pasar el resto de tu vida.

Aspiré los mocos que estaban por aflorar de mi nariz.

—Me encanta —murmuré con voz nasal.

Acercó su boca a la mía, pero justo antes de que se tocaran, se detuvo.

—Bésame, Brenda —susurró.

Le di una sonrisa tenue, apoyé mis manos en sus mejillas y lo besé. Degusté de él y de mis lágrimas, de la felicidad y del amor que de mi alma se estaba escapando. Me abracé a su cuello y continué acariciando sus labios con los míos, lenta y entrecortadamente, pues el aire era incapaz de entrar por mis fosas nasales. Mientras una de sus manos estaba en mi nuca, la otra se metió por debajo de mi camiseta y suéter, dejando un rastro cálido en mi piel.

Mi estómago volvió a explotar.

Me separé apenas un centímetro, abrí mis ojos al mismo tiempo que él y sonreí. Decidida, confiada, deleitada, dejé un murmullo en sus labios:

—Te amo.

Evan exhaló con fuerza en una sonrisa.

—Te amo, Brenda. *Je t'aime*. —Dejó repetidos besos en mi boca, haciéndome reír—. *Je t'aime. Je t'aime. Je t'aime.*

Lo amaba. Realmente lo hacía, y me sentía estúpida por no haberme dado cuenta antes. Pero, por supuesto, una parte de mí me gritaba que no era una idiota, sino que mi mente había estado demasiado tensa con otras cosas. Como Lucinda. Apenas pude relajarme y dejarme llevar con otras cosas, me pude dar cuenta de mis sentimientos hacia Evan.

O por lo menos creía que así era.

Cuando me acosté sobre la nueva cama, acolchada y protegida con almohadas a mi alrededor y él acariciando mi brazo y mi barriga, supe que estaríamos bien. Lucinda no estaba cerca, y si la volvía a ver tenía la esperanza de que fuera diferente. Me dormí con una sonrisa, sintiéndome plena mientras Evan recorría mi piel con sus yemas y respiraba sobre mi hombro.

Al otro día cuando me desperté, Evan seguía durmiendo a mi lado. Decidí quedarme en pijama, pues nadie nos vería y no tenía ganas de prepararme. Como última opción, me cubriría con la bata de seda que estaba colgando en la entrada del baño.

Me debió haber sentido desperezarme, ya que gruñó y se acurrucó más profundamente en mi hombro. Reí y metí mis dedos debajo de su camiseta, sintiendo su suave piel. Eso pareció despertarlo.

Ninguno de los dos parecía tener ganas de vestirse apropiadamente esa mañana. Bajamos a desayunar un poco después de lavarnos los dientes. Evan lucía sospechoso. Sonreía más de lo normal, se mordía los labios intentando no sonreír.

Y no tenía nada que ver con la confesión de la noche anterior.

Estaba mirándolo, curiosa, mientras caminábamos de lado a lado, hasta que llegamos a la cocina. Me dio un beso sonoro y se quedó detrás de mí. Bueno, ¿qué carajo?

Pero cuando entré en la brillante cocina supe qué estaba pasando. Candace estaba sentada en la isla de la cocina, comiendo una banana. Cuando me vio, soltó la fruta y saltó a mi encuentro.

—¡Brenda! —chilló—. ¡La otra sorpresa ha llegado!

Lanzó sus brazos a mi alrededor y murmuró cuánto me había extrañado. La abracé devuelta y, detrás de su hombro, vi a Evan sonriendo. Le sonreí y dije con mis labios «te amo», a lo que él respondió con un guiño.

Por primera vez desde que había llegado a Goldenwood sentía que las cosas estaban saliendo de forma perfecta. Por primera vez desde que había llegado a Goldenwood, me sentía plenamente feliz.

El día había comenzado como cualquier otro. Hacía algunas semanas que Evan y yo habíamos invitado a los demás para inaugurar nuestro hogar, y desde ese día siempre teníamos visitas. Incluso conocimos al novio de Jackie, Joseph.

El día anterior habíamos festejado el cumpleaños de la princesa. Al principio pensé que querría una fiesta para darle la bienvenida a sus 17, pero ella prefirió pasar el día en familia. No faltaron sus amigas y Joseph, pero no apareció nadie ajeno a su pequeño círculo de amistad. Se la veía más que feliz.

Hoy todos vinieron en la tarde para cenar, incluidos mi abuelo Abel y la tía Adelle. En el último mes había tenido mucho contacto con ellos. Él, especialmente, se disculpó muchas veces aclamando que de saber el estado de la reina, me habría hospedado en su casa. Después de todo, él todavía era el duque de Goldenwood y yo su nieta.

Edouard y Soufiane también. Todos estaban aquí.

Mañana sería mi cumpleaños, por lo que se estaba discutiendo qué tipo de reunión se podría hacer. Sin consultarme, claro.

Yo solo podía estar feliz y plena de saber que todos estarían conmigo. Me habría gustado invitar a algunos de mis amigos de Nueva York, pero decidí que así era mejor. Estaba definiendo etapas y ellos formaban parte de otra vida. Siempre los apreciaría y de seguro haría un viaje para visitarlos; pero ya nada era lo mismo.

Mis padres también estarían aquí, llegarían en la madrugada. Estaba algo renuente de ver a mi madre de nuevo, insegura de cómo reaccionaría al verla, de qué haría ella al verme. Las cosas no habían quedado bien entre nosotras. Ella no se disculpó y tampoco hizo ademán de conversar sobre ello en el poco tiempo que estuvo aquí.

No sabía cómo tomar sus acciones.

Mi bienestar total, sin embargo, fue interrumpido justo después de la cena, cuando comencé a tener dolores en la panza que me incomodaban bastante. Al principio pensé que era la digestión, así que me dirigí al baño, asegurándome que no era nada malo, solo ganas de ir.

Pero salí preocupada, ya que nada había ocurrido. Volví a la sala familiar acariciándome la barriga, intentando apaciguar el dolor; eso solo llamó la atención de las personas que estaban en la habitación. Realmente no quería preocuparlos por algo de lo que no estaba segura, así que estampé una sonrisa falsa en mis labios y volví a tomar asiento a un lado de Evan.

Los dolores persistieron lo que restó de la noche. Los últimos que se quedaron fueron el rey y Jackie. Joseph se había retirado hacía un rato. Candace decidió quedarse en el castillo por la noche, ya que Jacqueline la había invitado y mañana vendrían mis padres, por lo que no nos vendría mal tener una noche tranquila entre nosotros dos.

Mientras Evan los despedía en la puerta, yo me escapé escaleras arriba hacia el dormitorio. Me di una ducha caliente y me sentí aliviada cuando el agua y el vapor relajaron mis músculos. Me metí en una camiseta de Evan y unos shorts de pijama, y me senté en el sillón del otro sector con la televisión prendida.

No le estaba prestando mucha atención, solo esperaba que los dolores que estaba teniendo se fueran tan rápido como habían llegado. Aún me quedaban seis días para la fecha de parto, así que eso no me tenía mal. Pero, ¿qué pasaba si algo mal estaba con la bebé? Ya había tenido algunas contracciones, pero Maïte me dijo que era normal.

Un momento más tarde, cuando Nenna vino con el té, me encontró con una mueca de dolor. Se apresuró a colocar la bandeja sobre la mesa y a sentarse a mi lado.

—Señorita Brenda, ¿se encuentra bien?

Tomé una respiración honda y asentí.

—Sí, solo estoy incómoda —reí entre dientes—. No es tan fácil acomodarse con este tamaño.

Me miró poco convencida, pero no hizo ningún comentario. Tomé el té tranquilamente, esperando que hiciera el efecto que estaba esperando. Se suponía que curaba heridas y pude comprobar que era bastante cierto cuando Lucinda me tiró por las escaleras y la bebé salió ilesa.

Los dolores disiparon solo un poco, lo suficiente para poder apoyarme sobre los almohadones sin hacer caras. Nenna seguía sentada a mi lado, mirándome como si fuera a quebrarme en cualquier momento. Le sonreí, esperando tranquilizarla; pero justo cuando ella me estaba devolviendo el gesto, sentí que un dolor agudo contrajo mis músculos interiores y apuntó a mi espalda baja, haciéndome jadear por el dolor que me estaba proporcionando.

—¡Brenda! —exclamó Nenna, saltando en su lugar— ¿Estás bien?

Negué con la cabeza, agarrando mi barriga.

—Jodido dios, no. Esto duele —mascullé.

—¿Quiere que llame al príncipe Evan? —preguntó desesperada.

—¡No! No, no —gimoteé—. No quiero preocuparlo. Son contracciones, pero el bebé todavía tiene algunos días, estoy segura que se irá pronto.

De pronto el dolor se detuvo y sentí que podía volver a respirar con normalidad, aunque entrecortado. Aun tenía esa rara sensación en mi vientre que me quedaba luego de una contracción, pero nunca las había sentido tan fuertes. Esperaba que no fuera lo que estaba pensando. No estaba lista.

Me levanté del sillón con dificultad, haciendo señas a Nenna en cuanto vi que pretendía seguirme. Apreciaba su ayuda, pero necesitaba hacer cosas por mí misma. Sin embargo, apenas hice algunos pasos cuando sentí algo mojando mis piernas y Gemma queriendo escaparse.

Apreté mis muslos con fuerza y levanté la camiseta de Evan, viendo cómo el líquido transparente con una línea roja caía mojando los shorts, como si me estuviera haciendo pis encima.

—Nenna, creo que he roto bolsa —advertí, mi voz temblando de pánico.

Estuvo frente a mí en un milisegundo. Observó la escena de arriba a abajo, y cuando sus ojos se pegaron a los míos, había un brillo que me paralizó.

Oh, no.

—En efecto, señorita Brenda. Descuide, vamos a tomarnos las cosas con calma, ¿sí? —preguntó cuando vio mi cara de espanto. Me tomó por los hombros y me guió hacia el sillón—. Quédese aquí mientras yo aviso y preparo todo.

Sentada, apretando cada parte de mi cuerpo, me sentí completamente desesperada.

—Llama a Evan —supliqué, sintiendo que mis ojos se cristalizaban y un nudo se formaba en mi garganta.

Me sonrió para tranquilizarme y se acercó al intercomunicador. Cada miembro de la casa tenía un aparato con un número correspondiente, el cual se programaba en cada habitación y activaba automáticamente una comunicación. Me costó tiempo entenderlo cuando Evan me lo explicó.

Nenna apretó el número de Horace.

—¡Prepara el auto, Brenda ha roto bolsa!

—¡Enseguida, Nenna! —respondió el chofer.

Luego apretó la combinación de Evan. En vez de hablar directamente, hizo sonar el aparato. Ella era demasiado respetuosa como para hablarle a él como le hablaba a Horace.

—¿Sí?

—Príncipe, la señorita Brenda ha roto bolsa. Ya estamos preparando todo para ir al hospital.

Evan no respondió, lo que me puso histérica. Mis piernas comenzaban a doler por la fuerza que estaba haciendo y el resto de mi cuerpo a temblar de miedo. Me tapé la cara con las manos y lloré contra mis palmas, sollozando en voz baja. Sentí que Nenna metía mis pies en las botas pantuflas y colocaba un suéter sobre mis hombros. Un momento más tarde sentí brazos a mi alrededor y su aroma invadiéndome. Cuando levanté la cabeza encontré los ojos verdes y la sonrisa de Evan.

—¿Por qué estás llorando? —susurró.

—Porque tengo miedo. Todavía me quedan seis días, no estoy lista —lloré.

Evan rio entre dientes y besó mi sien.

—Yo también tengo miedo, Brenda, pero estoy seguro de que se irá en cuanto la tengamos en nuestros brazos. Y de estar lista, creo que nunca lo estarás a menos que la conozcas. Así que, ¿por qué no vamos al hospital y vemos qué nos dice la doctora Dulieu? La llamaré en el camino.

Asentí al mismo tiempo que sentía el dolor en mi barriga. Apreté el antebrazo de Evan, cerré mis ojos con fuerza por instinto y gemí.

—¿Está teniendo contracciones? —preguntó.

—Sí —respondió Nenna—. Hay que llevarla al hospital.

Evan me levantó en brazos con todo el cuidado que pudo y yo pasé los míos por su cuello. Crucé mis piernas mientras él bajaba por las escaleras y abrí mis ojos cuando el dolor disminuyó. Detrás de nosotros, Nenna venía con dos bolsos en las manos.

Al salir, él bajó lentamente las escaleras y nos acercó al auto. Horace abrió la puerta y Evan me sentó dentro. Un segundo después, todos estaban en sus asientos, él a mi lado, Horace del lado del conductor y Nenna de copiloto. En el viaje Evan llamó a Maïte y le avisó que estábamos yendo. Al parecer ella estaba de guardia, así que comenzó a poner todo en orden allí. No era un viaje corto, por lo que en esos minutos tuve una contracción más, maldiciendo.

Al llegar, una enfermera con una silla de ruedas nos estaba esperando en el ala de maternidad.

Evan no me dejó ni siquiera salir el coche, me tomó de nuevo en brazos y me ubicó allí. Tampoco dejó que la muchacha me transportara, tomó las manijas y me subió por la rampa.

Dentro nos dijeron a qué habitación dirigirnos y Nenna se quedó detrás para llenar un formulario con mis datos. En el cuarto las enfermeras me ayudaron a quitarme la camiseta de Evan y meterme en una bata de hospital. Luego me acostaron en la cama, apoyando mi cabeza en unas almohadas y

tapando la mitad de mi cuerpo con una manta. Mi índice izquierdo fue apretado por la pequeña máquina que controlaba los latidos de mi corazón, y envolvieron mi brazo en un manguito de presión.

También me conectaron a otra máquina que nos ayudaba a contar mejor los minutos que transcurrían entre una contracción y la otra, y cuánto duraban. Mientras pasaba por una de ellas, Evan se sentó a mi lado y tomó mi mano.

Maïte entró a la habitación portando una sonrisa.

—Y el día esperado ha llegado. ¿Cada cuánto tiempo ahora?

—La última tuvo diez minutos de diferencia.

—Bien. Brenda ¿querrás la epidural?

Exhalé con fuerza, al mismo tiempo que la contracción terminaba. No sabía si quería la inyección, había hablado con la doctora sobre los efectos; que había que esperar a cierto punto, que quizá no sentiría nada o quizá algo.

—Todavía no lo sé —susurré.

—La tendremos preparada por las dudas, ¿sí?

Asentí y cerré mis ojos, ya sintiéndome agotada. Sentí los labios de Evan en el dorso de mi mano, dejando caricias que me calmaban. Aún no estaba preparada, esto era mucho para mí y estaba segura de que las contracciones ni siquiera estaban siendo demasiado fuertes.

Maïte me dijo que tenía cinco de dilatación y que todavía había una capa de membrana sosteniendo al bebé; me la rompería en el momento en que mis dilataciones aumentasen, y que luego de eso las cosas serían bastante más rápidas.

Cuando llegué a seis la doctora tomó un pequeño gancho y... Plop. Agua por todos lados. Por mis pies, mis piernas, el piso y la sensación de que pariría ahí mismo. Maïte rio por mi rostro y pidió a las

parteras que ayudaran a limpiar un poco. Solo un momento después, una contracción realmente fuerte me atacó.

No pude evitar gritar y retorcerme. No se comparaba con las que había sentido antes. Eran olas de dolor interminables. Intentaba no respirar, quedarme muy quieta o simplemente desaparecer, pero nada era suficiente. Incluso sentí una rara sensación de paz entre todo ese dolor, pero entonces las contracciones se tornaron más largas, más fuertes y más cerca unas de otras. La partera me chequeó y anunció:

—Siete centímetros dilatada.

Y el mundo pareció mucho más oscuro luego de esas palabras. Dos contracciones una después de la otra me destruyeron completamente. Las lágrimas comenzaron a correr sin permiso, mi garganta comenzó a quebrarse y sentí que terminaría desmayándome por el dolor.

Giré hacia Evan, a quien veía empañado, y murmuré:

—No creo que pueda hacer esto —lloré.

Él besó mi frente perlada por el sudor y pegó su nariz a mi sien.

—Sí, puedes. Confío en ti y eres una de las personas más fuertes que conozco. Yo estaré aquí, a tu lado.

Volví a cerrar mis ojos y asentí. Él pidió la inyección por mí, y, cuando me la colocaron, sentí algo frío y luego un alivio casi instantáneo. Decían que podría tardar bastante tiempo en hacer efecto, pero entre que mis piernas se sentían como gelatina y mi útero estaba entumecido, para mí era otro mundo.

Maïte nos avisó que todos estaban afuera, incluyendo mis padres. Evan me miró, esperando que tomara una decisión, pero yo no quería a nadie y él lo sabía. Ni durante ni después. Así que tragué con fuerza y lo sopesé.

—Haz que entre Candace y nadie más.

Y cuando ella entró parecía que hacía mil años que no la veía, aunque había pasado todo el mes con ella. Me abrazó rápidamente y se colocó a mi otro lado. Aún tenía puesta su pijama, aunque con un suéter cubriendo su torso.

—¿Cómo te sientes, Brendie?

Sonreí de forma perezosa.

—Un poco mejor. Pero realmente quiero que nazca ahora mismo.

Candie rio y tomó mi mano libre.

Conversar con ella y Evan me distrajo durante las próximas dos horas. No sabía cuántas horas de parto llevaba, pero para mí ya había pasado todo un día. Me sentía exhausta, me estaba costando mantener los ojos abiertos.

De pronto sentí algo abriéndose entre mis piernas, una gran necesidad de pujar. Le dije lo que sentía a la partera y se agachó para fijarse mi dilatación. Al incorporarse me sonrió.

—Ya estás en diez. Llamaré a la doctora Dulieu.

Las cosas comenzaron a pasar más rápido: acomodaron la cama y enderezaron la parte en la que estaba acostada para que me fuera más cómodo, según la partera. Evan y Candace seguían tomando mis manos, pero también ayudaban a mantener mis piernas abiertas.

Por la ventana se veía el cielo oscuro de la noche cuando Maïte entró lista y sonriente, y me dijo que podía pujar; me sentía más lista que nunca. Aunque nadie me advirtió que estaría una hora entera pujando e intentando que Gemma llegara al mundo. De todas formas, disfruté con lágrimas y llanto, con la gente que se acercaba a animarme. Cada vez había más enfermeros y empleados del hospital, y pensar que todos estaban aquí porque querían conocerla. A ella. A mi hija.

El cielo estaba naranja y fucsia cuando la presión y el dolor en mi cuerpo cesaron. Una toalla blanca fue colocada en mi pecho y, un segundo más tarde, mi bebé. Cubierta de una sustancia blanca, con los ojos cerrados y llantos saliendo de su boca, lucía completamente hermosa.

No podía contenerme. Tocaba su cabecita y cada parte de su cuerpo, sin importarme los fluidos. Me sentía tan llena de amor y felicidad que sobrepasaba mi alma. Sentía que era el tan llamado amor a primera vista, que ahora ella era todo para mí. Era mucho más de lo que yo había esperado.

Miré hacia arriba rápidamente para encontrarme a Evan mirándola embobado con una sonrisa y lágrimas amenazando con salir de sus ojos. Entonces volteé a ver a mi amiga, quien estaba más o menos igual que yo. Lloraba con una sonrisa permanente en su rostro.

—Debemos cortar la conexión —anunció Maïte, sosteniendo un utensilio que era similar a unas tijeras. Miró a Evan con complicidad—. ¿Quieres cortar el cordón, papá?

Él asintió con vigorosidad y se acercó a ella. Cuando lo hizo y las parteras juntaron el resto del cordón en su ombligo, sentí una bofetada de puro júbilo. Eso era lo último que la unía a mí; ahora ella era real. Ahora ella era parte de este mundo.

Ahuequé la parte de atrás de su pequeña cabeza y acaricié su mejilla, sonriendo entre mis lágrimas. Había heredado mis labios. Eso era lo único que podía captar al momento.

Escuché a Maïte reír suavemente, pero no pude mover mi mirada.

—Ahora la limpiaremos rápidamente, la pesaremos y la traeremos devuelta, ¿sí?

Asentí sin querer soltarla realmente. Ella la tomó en sus manos y se alejó. Entretanto, la doctora y las parteras hacían su trabajo, yo limpié mis manos en la manta.

Evan se acercó a mí y besó mi frente. Cerré mis ojos al contacto.

Me sentía en las nubes.

—*Elle est parfaite* —susurró contra mi piel.

Es perfecta.

Asentí, encontrándome incapaz de articular palabra. Sentí sus manos tomar mi rostro y sus pulgares acariciar mis pómulos, quitando el rastro que las lágrimas habían dejado. Era algo inútil, pues

seguiría llorando, pero al mismo tiempo era de las acciones más tiernas que él siempre tenía conmigo.

Porque nunca había llorado tanto como lloraba desde que lo había conocido.

Abrí mis ojos y los conecté con los de él, demostrándole con una sola mirada cómo me estaba sintiendo. Me di cuenta de que para él era exactamente igual; además de estar enamorados mutuamente lo estábamos de alguien más.

—¿Por qué no me dijiste que sería una niña? —preguntó Candace, haciendo que volteara a verla. Ella misma estaba limpiando sus lágrimas—. Todo este tiempo pensé que sería un niño, dado el historial de los Bourque.

Reí entre dientes.

—Porque queríamos que fuera una sorpresa. —Me encogí de hombros.

—Bueno, lo fue —rio—. Aún no puedo creerlo.

Le sonreí devuelta, sintiéndome *bien*. Estaba muy cansada, pero demasiado feliz. Después de tantos meses llevando una barriga para todos lados, al fin estaba conmigo. Con nosotros. Todo el miedo que había sentido horas atrás ahora me sonaba estúpido. Sentía que todo estaba en su lugar. Tenía por seguro que nada sería fácil, pero tenía ganas de pasar por eso.

Una de las parteras volvió con la Gemma llorando en brazos.

Me ordenó, gentilmente, que abriera un poco la bata, para poder tener contacto de piel a piel. Cuando la ubicó sobre mí, sentí que mi mundo estaba realmente completo. La mujer dejó una manta rosa y suave sobre el pequeño cuerpo.

Sus lloriqueos disminuyeron cuando mi calidez comenzó a cubrirla. Pero yo no podía dejar de sonreír y llorar. Era un remolino de emociones. Besé su frente con cuidado. Evan tocó su manito y ella, de forma inesperada, envolvió su índice con dedos delicados, negándose a dejarlo ir.

—Es tan pequeña —musitó Evan con felicidad.

—Es hermosa —susurré sin aún poder creer toda la felicidad que me irradiaba.

Con su mano libre volvió a limpiar mis lágrimas, quienes se rehusaban a dejar de caer. Presionó sus labios contra los míos, dejándolos allí. Cuando se separó, me sonrió y tenía los ojos cristalizados. Brillaban como nunca antes.

—*Je t'aime* —musitó contra mi boca.

Lo besé una vez más, necesítándolo contra mí. Me sonrió y luego transportó su hermosa mirada a nuestra hija. Acaricié su suave mejilla. Su nariz era pequeñísima y sus labios tenían la forma de un corazón. No sabía de qué color serían sus ojos, pero esperaba que fueran como los de Evan.

Él bajó la cabeza y besó su mano. Su acción parecía hacer que ella lo sostuviera con más fuerza, provocando que riera entre dientes.

—Es adorable —acunó Maïte, colocándose al lado de Evan—. ¿Quieres amamantarla ahora, Brenda? ¿O prefieres que la chequeen primero? Todo depende de ti, tú eres la mamá. Lo que elijas está bien, ella luce tan saludable como puede ser.

—No lo sé —dije en un hilo de voz, levantando la mirada—. ¿Usted qué haría?

Me sonrió con cariño.

—Bueno, ya están teniendo contacto de piel a piel. Quizá ahora sería un buen momento para amamantarla, antes de que la chequeemos.

Asentí, entendiendo.

—Me parece bien.

—¿Quieres que te indique cómo se hace o prefieres que llame a tu madre?

Oh. ¿Estaría mal decir que me puse a pensar? Realmente no sabía lo que quería. Sí, ella era mi mamá, pero había hecho cosas que todavía no me hacían sentir bien y probablemente nunca lo harían. Sabía que ella habría querido estar en el momento del parto y seguramente estaba

decepcionada porque elegí a Candace en lugar de ella, ¿pero qué esperaba? No la perdonaría tan fácilmente.

—Bren —llamó mi amiga. Cuando la miré, me sonreía con tristeza—. Sé que tu mamá no es tu persona favorita en este momento, pero ella está desesperada por verte a ti y a tu bebé. No puedes tener resentimiento para siempre.

Maldita sea, ¿por qué ella siempre debía tener la razón?

Puse los ojos en blanco y asentí con la cabeza.

—Está bien —mascullé—. Llamen a mi mamá.

La doctora Dulieu rio y colocó un gorrito blanco sobre la cabeza de Gemma.

—Bien. Volveré pronto. Si terminas antes de que vuelva, no dudes en apretar el botón. Estaré aquí enseguida —explicó—. Las parteras te ayudarán con la placenta.

—Muchas gracias, Maïte —agradecí honesta.

Ella sonrió de la misma manera amable y cordial de siempre.

—No es ningún problema —dijo antes de retirarse.

—Yo me iré también —anunció Candie—. Es tiempo de que los deje tener un momento a solas y no quiero molestar cuando venga Axelle. —Besó mi mejilla y acarició con gentileza la cabeza de Gemma—. Hiciste un gran trabajo, amiga mía.

Cuando ella se fue, Evan y yo nos quedamos como estábamos. Su dedo seguía entre los de su hija, y parecía que la sonrisa no abandonaría su rostro en ningún momento.

—Princesa —una enfermera llamó, parada al final de la cama—. Necesito que dé un solo puje, así expulsa la placenta y puede situarte de manera más cómoda.

Gracias a Dios, salió inmediatamente. Después de que me limpiaron de arriba a abajo, fui capaz de acomodar mis piernas en una posición normal y cómoda, y me acosté mejor sobre las almohadas.

Cuando las enfermeras nos dejaron, entró mi mamá. Su cabello estaba suelto y ondulado como siempre. Sus ojos azules pasaron de estar llenos de preocupación a estar prendidos como árbol de Navidad. Una vez adentro de la habitación llevó sus manos hacia su boca mientras se acercaba.

—Dios mío, Brenda —dijo en un hilo de voz, mientras sus ojos se llenaban de lágrimas. Rio en voz baja—. Parece que has recibido el mejor regalo de cumpleaños del mundo entero.

Ni siquiera me había percatado de que ya era mi cumpleaños.

No entendía si aún persistían las hormonas de mujer embarazada, pero por alguna razón me dieron ganas de llorar. Quizá la había extrañado, después de todo era mi mamá, o quizá era solo porque tenía razón; Gemma había sido el mejor regalo de cumpleaños.

Me encogí de hombros, manteniendo las lágrimas en su lugar.

—Ya. —Limpió sus ojos—. Te diré cómo se amamanta, así pueden realizar el chequeo. —Se acercó a mí, donde antes estaba Candace, y corrió la tela de la bata, dejando mi seno al aire—. Coloca tu pezón sobre sus labios, debajo de su nariz, y deja que se prenda.

Hice lo que me dijo. Inesperadamente, Gemma abrió sus ojos, soltó el dedo de Evan y movió su cabeza muy lentamente, tomando mi pezón entre sus labios y comenzando a succionar. Era una sensación extraña, pero me encontraba sonriendo. Y sus ojos eran azules, como la mayoría de los recién nacidos.

Tan rápido como los había abierto, los volvió a cerrar.

Mientras ubicaba su manito sobre mi pecho, no pude evitar las lágrimas que se deslizaban por mis mejillas. Era todo tan increíble. Me sentía parte de otro mundo, de otra dimensión. Y ella era tan hermosa, tan perfecta. Acaricié su piel con mi mano libre.

—Acabo de percatarme de la manta rosa... —Mi mamá comentó—. ¿Eso significa que...?

Escuché a Evan reír entre dientes.

—Es una niña. No un niño, como todos esperaban.

Mamá jadeó con sorpresa.

—¿Cuándo se enteraron?

—La última vez que estuvimos en el hospital —respondió Evan, sin aclarar el cuándo—. Maïte hizo una ecografía de emergencia y vio el sexo. Además, lo confirmamos en todas las que hizo después.

—Oh. Felicitaciones, chicos. Estoy tan feliz por ustedes. ¿Cuál es su nombre?

Tuve que levantar la mirada al fin, pues sentí que Evan me estaba mirando directamente a mí. Le tomé como que me estaba dando a mí el permiso de hacerlo, así que sonreí y giré hacia mi mamá.

—No queríamos ponerle un segundo nombre, pues ambos lo tenemos; pero después nos dimos cuenta de que romperíamos algo así como una tradición entre ambas familias —expliqué—. Desde esa idea, pensamos en que lo mejor sería darle un nombre que no le brinde suicidio social, como tú y papá y los padres de Evan han hecho.

Ella chasqueó la lengua.

—Sus segundos nombres son divinos.

—Por favor, mamá. —Puse los ojos en blanco—. Eloïse y Sidney, ¿en serio?

—Son adorables para mí. —Se encogió de hombros, sonriendo a la bebé.

Suspiré, mirándola también. Besé su frente y luego acaricié su piel con mis labios. Cuando me separé seguí observándola, prediciendo que mis ojos se aguaban nuevamente, mientras tomaba sus facciones en mi mente.

—Gemma Emeline Bourque —musité.

Dejó salir un suspiro contento y dejó un beso en mi coronilla.

—Hermosos nombres para una niña hermosa. Los dejaré solos, ya tendré tiempo de conocer a la pequeña Gemma.

Asentí y le regalé una pequeña sonrisa. Ya me estaba maldiciendo por no ser indiferente con ella, cuando era lo que yo sentía que se merecía. Pero ya habría tiempo para discutir ese tipo de cosas; ahora estaba muy feliz para pensar en eso.

Cuando ella se retiró, Evan tomó asiento en la silla a un lado de la cama y se colocó lo más cerca que pudo. Gemma seguía alimentándose, así que ambos teníamos la vista pegada en la pequeña hermosura. Me sentía realmente enamorada. No podía dejar de sonreír. La emoción que apesaba mi pecho era demasiada.

Evan debió haber escuchado que aspiré los mocos, pues tomó mi barbilla y volteó mi rostro hacia el suyo. Me miró con preocupación.

—¿Hay algo que está mal? —preguntó con suavidad.

—No, no —reí entre el llanto—. Solamente estoy muy feliz. Siempre he sido la chica dura, la que nunca llora y tiene el temperamento más corto que pueda existir. Y... Y nunca he sido exactamente como suena. Porque con Candace nunca he sido así, nunca me he enojado con ella. Y cuando los conocía a ustedes, a Jackie y a ti, era como tenerla aquí. Ustedes me recuerdan a ella, porque me hacen sentir... Brenda. Si te encuentras a alguna persona que haya ido a la escuela conmigo y dices que Brenda Thomas es una princesa y que ahora está llorando por su bebé recién nacida... Nadie te creerá.

Los ojos de Evan se cristalizaron.

»Y eso me gusta —confesé—, porque me han conocido como soy, no como parecía que era. Tú, y ahora Gemma, me hacen una mejor persona. Ella me conocerá como realmente soy y eso no quiere decir una princesa, aunque espero poder valerme del título —agregué con una risa, provocando una en él también—. Estoy muy feliz, porque a pesar de las cosas malas que hemos pasado, aquí estamos. Bien. Y ella está aquí. —Apunté a Gemma con mi cabeza—. Te amo, Evan.

Desde que lo había conocido, una sola vez lo había visto llorar, y no había sido el mejor de nuestros días. Ahora, en cambio, un par de lágrimas caían de sus ojos mezclándose con una sonrisa. Puso su gran mano sobre un costado de mi rostro, atrayendo mi boca a la suya. Me besó lenta y

suavemente, quitando todos los nervios que la reciente maternidad había formado, y provocando que un zoológico hiciera erupción dentro de mi estómago. Reflejaba la misma felicidad que yo sentía.

Me sentía completa.

—Te amo —confesó cuando se separó, dejando otro pico en mis labios.

Mirando hacia abajo, nos dimos cuenta de que Gemma se había quedado dormida. Su mano seguía suspendida en mi pecho, su boca ligeramente abierta, sus ojos cerrados y su respiración era calma, apacible.

Muy despacio y con cuidado, terminé de envolver su cuerpo en la manta. Miré a Evan, haciéndole un claro ademán. Sonrió y asintió, luciendo emocionado. Se levantó, bajó su cuerpo y se cernió sobre nosotras. Ahuecó la parte de atrás de la cabeza con una mano y tomó la parte baja de su cuerpo con la otra.

Se sentó sosteniéndola cerca de sus rostro. Sus ojos seguían cristalizados, y esta vez no tardaron nada en comenzar a gotear. Estaba cerca, así que corrí al rescate y limpié sus mejillas con gentileza. Al terminar, acomodé la bata de hospital.

Evan atrajo la cabeza de Gemma hacia su boca y besó su frente, su nariz y sus mejillas. Mis ojos picaron en lágrimas de emoción, pero no lloré. Ya no lloraría, debía poder verla y verlos juntos sin lagrimear.

Luego de un momento la acomodó en sus brazos.

—Es tan pequeña —susurró fascinado. Pasó un momento en silencio antes de que ladeara su cabeza, frunciendo el entrecejo muy ligeramente—. Se parece mucho a ti, Brenda —murmuró sorprendiéndome. Alcé la cejas y él subió la mirada, sonriéndome—. Tendremos que tener cuidado. Si será tan hermosa como tú, entonces tendrá a más de uno a sus pies.

Reí ante sus palabras, observando detenidamente cómo él la apreciaba. Era algo hermoso de ver. Las emociones que corrían por sus rostros eran infinitas; todas buenas.

Unos minutos más tarde, Maïte volvió a la habitación para chequear a Gemma. Evan decidió que iría con ella, así que me besó y dejó el cuarto con nuestra hija en brazos.

En la soledad de la habitación, me acomodé un poco más en las almohadas y cerré los ojos. Ni siquiera sabía qué hora era, pero estaba bastante segura de que nos estábamos acercando a las siete y media de la mañana. Ni siquiera quería ponerme a pensar en cuántas horas de trabajo de parto había tenido.

No me di cuenta de que estaba dormida hasta que sentí que alguien me sacaba del inconsciente con un beso en la frente. Me moví un poco y seguí con mi sueño, sintiendo que era el mejor que había tenido en bastante tiempo. Sin embargo, antes de siquiera sumergirme de nuevo, unos labios se posaron en los míos.

A regañadientes, abrí mis ojos y me encontré con el rostro de Evan muy cerca del mío, sonriéndome en la habitación iluminada. Le sonreí soñolientamente y me di cuenta de que ya no tenía en mis brazos las cosas que me habían puesto al ingresar al hospital. El colchón estaba horizontal otra vez.

—Feliz cumpleaños. Te amo —susurró.

—Te amo —dije con mis labios, pero no con mi voz. Miré hacia mi alrededor y me di cuenta de que afuera estaba anocheciendo—. ¿Dormí todo el día? —pregunté estúpidamente y, sin esperar una respuesta, volví a cuestionar:—. ¿Dónde está Gemma?

Evan rio en voz baja y se sentó a un lado de mis muslos. Apuntó hacia mi izquierda.

—Ahí mismo.

Sí, allí estaba, durmiendo. Ahora estaba vestida de blanco, más limpia que antes y hermosamente tranquila. De solo ver su pecho subir y bajar me llené de paz. Sus manos estaban cubiertas por medias blancas para que no se rasguñara y un gorro blanco aun cubría su cabeza.

—Es tan hermosa —susurré.

Acerqué el moisés de hospital a la cama y asomé mi rostro hacia ella, ávida por tenerla en mis brazos una vez más. En cambio, sonreí y me contuve, porque sabía que tenía meses enteros para poder disfrutar de su cuerpo contra el mío.

Evan me informó que podríamos irnos a casa en un par de horas, pues ya me habían revisado y estaba mejorando bastante rápido. Claro, ¿cómo no? Y Gemma estaba saludable también, por lo que no hacía falta que nos quedáramos más tiempo aquí.

También me dijo que alimenté a Gemma en algún momento del día, me despertó y me la dio, yo amamanté y todo, pero no lo recordaba y me odiaba por ello. Seguramente estaba demasiado dormida cuando lo hice ya que, en serio, ni siquiera lo sentía como un sueño.

En el hospital me dieron algo de comer, al igual que consejos para cuidar a Gemma y para una mejor recuperación. Las enfermeras parecían enamoradas del nuevo miembro de la familia y lucían embelesadas de poder ayudar. Nenna me ayudó a meterme en mi ropa cuando el momento llegó. Mi barriga ya no estaba, era como si se hubiera encogido en todas las horas que me las pasé durmiendo. Efectos del té dorado, supuse, al igual que la rápida recuperación. Al final tomar el té sí tenía sus grandes ventajas, pues apenas me sentía adolorida. Mi piel estaba algo flácida, pero era entendible.

Me resultó extraño ponerme una camiseta que no me quedara en la mitad del ombligo, extrañaba y disfrutaba la sensación. No me sentía la persona más limpia del mundo luego de haber traído un ser al mundo y transpirado como monstruo, pero tampoco me sentía sucia. Seguía repitiéndolo en mi mente al compás de mi sonrisa, una y otra vez: me sentía bien.

Me acerqué a Gemma, la tomé por la cabeza y cola, y la acerqué a mi pecho, sintiéndome renovada y una nueva persona. Ella seguía durmiendo plácidamente, haciéndome reír en silencio. Me estaba sintiendo agradecida de que fuera tan tranquila. Quizá tendría más noches de sueño en una semana de las que había conseguido Lynn en estos últimos meses.

Nenna me ayudó a cubrirla con la manta color crema que nosotros habíamos traído en el bolso y también a deslizar mi brazo por debajo de ella. ¿Ya había dicho que no podía dejar de sonreír?

Porque sentía que mis mejillas estaban entumecidas y no me importaba, podía hacerlo por mil años más.

El viaje a casa fue placentero y silencioso. Agarré la sonrisa de Horace y sus felicitaciones por el espejo retrovisor, y Evan no dejaba de mirar a mi hombro, en donde Gemma descansaba su cabeza. Su olor divino llenaba mi nariz con cada respiración; no dejaría de olerla. El suyo y el de Evan eran los olores más lindos de este mundo.

Al llegar a casa, no había autos estacionados afuera como yo lo esperaba. Estaba casi segura de que mis padres estaban dentro, pero nada me lo confirmaba, pues de seguro algún auto del reino los habría dejado aquí y luego se habría ido.

Aseguré a Gemma en la manta y esperé a que Evan abriera la puerta. Sentí su brazo por mi espalda baja mientras caminábamos hacia la entrada. Le lancé una sonrisa y él me devolvió el gesto enseguida. Creo que era clara la felicidad que ambos sentíamos.

Mis padres, quienes estaban sentados en los sillones del vestíbulo, saltaron de sus asientos cuando vieron que estábamos entrando. Nenna desapareció por las escaleras y Horace se quedó sobre la puerta. Candace no estaba en ningún lado, por lo que supuse que se había ido, otra vez, con Jackie.

La casa estaba cálida, así que quité la manta de encima de Gemma y, antes de siquiera poder dársela a alguien, mamá ya estaba tomándola de mis manos. Acaricié la espalda suave del buzo que tenía puesto y moví su cuerpo hasta que estuvo acostada sobre mi brazos. Dejó salir un par de quejidos.

—Vaya —suspiró mi papá—. Hace meses estoy tratando de convencerme de que serías madre, pero ahora que lo estoy viendo es algo bastante impresionante. Pareces otra persona, Brendie. Feliz cumpleaños.

Levanté la mirada para darle una sonrisa en agradecimiento. No sabía qué decirle, así que encogí uno de mis hombros, intentando parecer más indiferente de lo que realmente me sentía.

—Gracias —susurré.

Gemma aun estaba dormida, así que aproveché el momento y le sonreí a mis padres.

—¿Les gustaría sostenerla?

Mamá dio aplausos despacitos, sin hacer ruido.

—¡Oh, sí! Por favor —exhaló con la voz quebrada.

Reí en voz baja y esperé a que estuviera lo suficientemente cerca. Cuando se la entregué en sus brazos, la bebé se retorció ligeramente, pero continuó durmiendo en cuanto mamá la acomodó.

Papá se acercó a mí y me rodeó con sus brazos. Él sabía que yo no era muy fanática de las demostraciones de cariño, pero hacía tiempo que había dejado esa faceta atrás y ahora era una persona con demasiada emoción encima. Cuando sentí que estaba siendo vacilante, enterré mi rostro en su hombro y abracé su torso con fuerza. Él me apretó contra su cuerpo, y podía imaginarlo cerrando los ojos fuertemente.

—Te quiero, Brendie. Felicidades.

Sentí que me iba a largar a llorar.

—Gracias, papá. Yo también te quiero —admití.

Cuando se separó, me dio una sonrisa llena de orgullo y saludó a Evan rápidamente. Luego se colocó detrás de mamá y pasó un brazo por su hombro, sonriendo.

—Mira, Erwan —lloró en voz baja—. Es nuestra nieta.

—Estoy mirando, Axelle —susurró—. Es hermosa. Pequeña Gemma.

Sentí los brazos de Evan abrazándome de atrás. Me apoyé contra su pecho y cerré los ojos, aún con algo de cansancio. No tenía hambre porque había comido en el hospital, así que ahora tenía muchas ganas de alimentar a Gemma y dormir en los brazos de Evan. No me importaba si tenía que despertarme cada tantas horas a amamantar, con tal de tener algunas horas de sueño.

Fue una imagen emocionante ver a mi papá con los ojos llorosos al cargar a la bebé. De alguien había heredado mi dureza y era exactamente él. Verlo de esa manera me hacía saber que no estaba mal demostrar cómo me estaba sintiendo. Si no les molestaba a los demás, ¿por qué debía molestarme a mí?

Un momento después, dándose cuenta de nuestro cansancio, mamá y papá nos enviaron a dormir. Los saludé rápidamente y subí a la habitación, con Gemma en brazos de Evan, detrás de mí.

—¿Piensas que tengo tiempo de darme una ducha? —pregunté cuando entramos al dormitorio.

Evan asintió, mientras se sentaba en la cama. Me sonrió e hizo un ademán hacia el baño. Besé sus labios antes de tomar la ropa y entrar a la ducha. Cuando salí, usando una musculosa —para que me fuera fácil amamantar— y pantalones, él tenía puestos sus pantalones de pijama, pero nada más. No solía dormir sin camiseta, pero si comenzaba a hacerlo no me quejaba.

Caminaba por la habitación mientras Gemma lloriqueaba en sus brazos. Evan me vio en cuanto bajé por las escaleras, así que me metí en la cama, acomodando las almohadas contra el respaldo, y le hice un ademán para que se me unieran. Él la colocó en mis brazos y se dispuso a apagar las luces y cerrar las cortinas, mientras yo descubría mi seno y acallaba a la bebé.

Ahí me di cuenta, también, de que Evan le había quitado algo de ropa y que solo andaba con trajecito de una pieza, una camiseta, medias y el gorrito. Acaricié toda piel que veía mientras ella estaba prendida a mí. Cuando las luces se fueron y solo se quedaron iluminando las lámparas de noche, sentí que el lugar era mágico.

Nuestro lugar.

Sentí un sonido, y cuando giré, vi que Evan nos estaba sacando una foto con su celular. Lo miré fingiendo recriminación y reí, sabiendo que no podía enojarme por algo que nadie más que él vería. Me ayudó a moverme un poco para que él pudiera acomodarse detrás de mí. Me apoyé contra su pecho y dejé que sus brazos nos envolvieran. Estaba cómoda, feliz y llena de otras emociones a las que no lograba ponerle nombre.

Al otro día me sentía renovada. Me había despertado cada tres horas para alimentar a Gemma, pero fuera de eso, había dormido perfecto, pues ella ni siquiera se levantaba llorando. No podía explicar el alivio que me invadía. Dejé que Evan siguiera durmiendo en la cama y Gemma en el moisés; me puse un suéter de los que usaba embarazada y bajé a desayunar algo. Ahora sí me estaba sintiendo famélica.

Sentada en la cocina estaba mi mamá y Nenna servía el desayuno frente a ella. Saludé a ambas y tomé asiento frente a mi progenitora, sonriendo ligeramente. Comencé a atacar la comida que estaba frente mí en cuanto hubo suficiente.

—¿Cómo fue la primera noche? —preguntó mamá.

Sorbí un poco de leche antes de responder.

—Fue asombrosa. Gemma ni siquiera lloró, lo que es genial. Si no fuera porque yo la levanté para que comiera, ella habría seguido durmiendo y quizá ahí habría llorado del hambre.

Ella rio mientras masticaba.

—Es un bebé bastante tranquilo. Tienes mucha suerte para ser primeriza.

Me encogí de hombros, sonriendo.

—Supongo.

—No sabes la cara que pusieron todos cuando les dije que era una nena —soltó una risilla—. Fue épico.

Sonreí divertida.

—Lo imaginé. Por eso no quisimos decirlo antes de que naciera. Gemma es la excepción a la regla.

—Tú sabes por qué, ¿verdad?

Dejé la comida de lado y me limpié con un trapo. Fruncí el entrecejo, confundida.

—No, no tengo idea. Solo tuve el presentimiento desde que tuve la primera visita a la doctora Dulieu.

Mamá me sonrió con disculpa.

—Bueno, si bien todos ven a la masculinidad de los Bourque como algo bueno, en realidad es una maldición causada por la muerte de Darcia Morel y Augustin Bourque. El hecho de que las familias se hubieran amigado hizo posible que ambas pudieran engendrar mujeres; de otra forma, habrían sido todos hombres.

La miré boquiabierta. Ya ni siquiera tenía hambre o ganas de ingerir los alimentos deliciosos que estaban frente a mí.

—¿Me estás diciendo que hemos roto algo así como una maldición, solo por ser Morel y Bourque?

—No —respondió con ojos y voz suaves—. La maldición no ha funcionado en ustedes, porque tú y Evan son como ellos: almas gemelas. Alaric Bourque ha tenido un primogénito y Jacqueline también lo tendrá. Siempre será así para los demás Bourque. Gemma, en cambio, podrá tener una primogénita, como tú. Como has dicho, son la excepción a la regla.

Bueno, ¿qué carajo?

Comencé a balbucear cosas sin sentido, intentando formular una pregunta que no sonara completamente estúpida; pero ¿qué cosa no sonaría así? Esto era absurdo.

—Pero, ¿por qué? —logré articular.

Ella suspiró, claramente irritada por el hecho de que no estaba entendiendo. Después de todo, era mi madre. De alguien había heredado el corto temperamento.

—Siempre alguien de mi familia se ha enamorado de un Bourque. Pero, por alguna razón, nunca han terminado juntos. Si yo no hubiera terminado mi noviazgo con Richard años atrás, entonces nos habríamos casado y tenido un varón, no una niña. Sí, él es un Bourque y yo una Morel; sin embargo, nuestro destino no era estar juntos, obviamente. El Bosque Dorado no nos eligió a nosotros. Estoy segura de que alguna mujer de nuestros antepasados estuvo destinada a un Bourque, pero no siguió a su corazón. De otra manera, no habría maldición, supongo. —Se encogió de hombros—. No lo sé. Tú y Evan siempre han estado destinados a estar juntos.

Negué con la cabeza repetidas veces, negándome a creer lo que estaba escuchando. El tiempo aquí me había mostrado que lo que decía mi madre usualmente era cierto y que cosas que yo no creía posibles podían pasar; pero esto era demasiado. ¿Almas gemelas? ¡Por favor!

—Tú me enviaste aquí —espeté—. De otra manera, no estaría en este lugar. Estás hablando pura mierda.

—No, Brenda. —Sus ojos tomaron un brillo peculiar. Se inclinó hacia la mesa—. Tú has estado comprometida con Evan incluso antes de tu nacimiento. Los Bourque y Morel siempre han tenido una buena relación desde la fundación de Goldenwood, pero nunca nada los mantenía unidos realmente, a excepción de los papeles de propiedad. Los padres de Richard y los míos decidieron comprometerlos en cuanto supieron que tú serías una niña, para unir ambas familias de una buena vez. La única condición que yo tenía era enviarte a Goldenwood a tus 18. Por eso dejé mi ciudad natal, porque siempre había querido conocer Nueva York y sabía que pasarías el resto de tu vida aquí. Si no hubiera sido porque yo tenía certeza de que tú y Evan eran almas gemelas, nunca habría dejado que algo de esto pasara. Pero el Bosque Dorado nunca miente.

Ya no estaba tranquila y todas las ganas que había tenido de perdonar a mi madre se estaban evaporando como azúcar en mi lengua. Se me estaba haciendo difícil controlar mi estúpido temperamento y tenía muchas ganas de aventar por los aires todos los objetos que tenía cerca. Este se suponía que iba a ser uno de los días más felices de mi vida.

—¿Acaso Evan sabe algo de esto? —mascullé.

Mamá me miró sorprendida, como si hacer esa pregunta fuera lo más indebido luego de todo lo que me había dicho. Pues, ¡qué pena! Ahora mismo, solo quería sacar una cosa de mi mente.

—Sí, lo hablamos en Año Nuevo. Pero no te enojas con él, yo le pedí que no te dijera nada de todo esto. Quería ser yo quien te lo dijera.

Pasé mis manos por mi rostro. Me sentía genuinamente frustrada.

—¿Te das cuenta de lo que me estás diciendo, madre? Nuestras familias nos usaron para unirse. Entiendo los motivos, yo solo... No entiendo por qué no me lo dijeron antes de dejar que Lucinda me manipulara para quedarme embarazada. No me malinterpretes, amo a Gemma incluso con menos de un día de conocerla, pero tengo 19 jodidos años y pasé por más cosas de las que una chica de mi edad debería pasar. Un poco de información no me habría venido mal.

Me levanté, decidida a dejar la cocina y despejar mi mente. Debía hablar con Evan antes de que comenzara a llegar gente para conocer a Gemma.

—No, Brenda, no estás entendiendo.

—Estoy entendiendo perfectamente —bramé—. Solo déjame tranquila un momento.

Giré y salí de allí, sabiendo que no podría mirarla a la cara por el resto del día. Iba a subir a la habitación cuando vi que Nenna estaba recibiendo gente en la entrada. Eran el rey, Jackie y Candace, con Seleste y Marco. No pude subir a vestirme como quería en ese momento, ya que fui apresada por mis amigas, pero realmente quería escaparme de ese lugar.

Quería seguir sintiéndome feliz, cuando lo que abundaba en mi pecho era una gran decepción. Yo creía haber entendido bien y no me gustó para nada lo que había escuchado. ¿Evan y yo nos amábamos por un estúpido bosque que tenía efectos mágicos? ¿Acaso algo de todo lo que nos había pasado era real?

Solo Gemma, fue mi respuesta instantánea y mental. Lo que sentía por ella no había sido obligado o un contrato por conveniencia entre familias, ni siquiera la elección de algo que formaba parte de la naturaleza y no se suponía que afectara mi vida. Ella era una hermosa consecuencia de la que nunca me arrepentiría.

Pero después de dejar caer todas mis barreras, mostrar mis facetas y romper la coraza que me mantenía firme, él sabía todo lo que estaba pasando. ¿Acaso él también había usado lo que sentíamos para satisfacer un deseo superior?

Evan, ¿acaso mi amor por ti es verdadero?

Ni siquiera pude vestirme para cuando los demás llegaron. Recibí felicitaciones, abrazos y besos, y realmente me estaba costando ser lo buena mentirosa que siempre había sido. No quería tener que fingir la sonrisa en mi rostro. Lo único que quería hacer era huir hacia el dormitorio para poder hablar con Evan y sacarme el tema de encima.

Ya no tenía las amenazas de Lucinda encima de mí y sabía la verdadera razón de mi matrimonio. Si era necesario, podía escapar. De ser necesario, lo haría. Cargaría a Gemma en mis brazos y dejaría todo atrás con tal de empezar en donde la gente me fuera completamente sincera.

Pero por más que intenté tener un momento a solas con Evan para poder lanzarle preguntas sin parar, fue algo imposible. Apenas había tenido tiempo de ponerme pantalones más cómodos; ni siquiera pude alimentar a Gemma en privado.

Ayer había sido mi cumpleaños, por lo que hoy parecía que todos planeaban pasar el día rodeándonos. Me habría gustado la idea y habría estado disfrutando de toda la linda compañía. Hoy, solo quería dejar de sonreír (dejar de fingir) y sacarme todas las dudas que tenía vagando en mi mente.

Él sabía que yo no andaba de ánimos. Candace supo que algo no estaba bien conmigo en cuanto me saludó. Mi mamá tenía muy en claro que hoy no era mi día, y todo gracias a ella. Estaba tan nublada por las preguntas, que ni siquiera me importaba si ella se estaba sintiendo culpable o no.

Después de todo, aún cargaba con la discusión que habíamos tenido el día del accidente. Yo todavía no lo encontraba en mí para perdonarla. Necesitaba más tiempo para poder pensar en frío y dejar que las cosas fluyeran sin mi temperamento metiéndose en el medio.

Mientras todos estaban reunidos en la otra habitación, yo tomé la carriola con Gemma durmiendo dentro y me escapé a la cocina, donde Nenna estaba lavando los platos que se habían usado al mediodía.

Cuando entré y nuestras miradas se cruzaron, ella también supo que algo no estaba bien conmigo.

—Señorita Brenda, ¿se encuentra bien?

Dejé la carriola a un lado y me apoyé con mis codos sobre la isla. Ella se secó las manos con un trapo y se colocó frente a mí, observándome con preocupación. Me froté el rostro con las manos y suspiré.

—Solo estoy cansada —contesté; pero cuando la miré a los ojos, fijamente esta vez, me di cuenta de que ella era una de las pocas personas en las que sí podía confiar y nada malo pasaría. Quiero decir, confiaba en Evan, en Candace, en Jackie, era solo que ahora mismo no quería confiar en ellos—. Bueno, no. Nenna, ¿has escuchado la conversación que tuvimos con mi madre esta mañana?

Sonrió ligeramente.

—No. Sé cuándo no soy necesaria ni querida en una habitación.

Gruñí, provocando su risa.

—Sería bueno que te quedaras cuando tengo discusiones con mi madre, así, cuando necesite hablarlo contigo, tú ya sabes todo.

Nenna me miró estupefacta, casi escandalizada. Retorció sus manos en el trapo y me miró nerviosa, casi entusiasmada.

—¿Por qué querría eso, princesa?

Puse los ojos en blanco, sonriendo.

—Primero, ya sabes que prefiero que solo me llames por mi nombre. Y, segundo, porque para mí no eres solo una mucama, sino una confidente. —Me encogí de hombros—. Tú sabes cosas de mí, quizá más de las que deberías. Y... Y sé que debería odiar el hecho de que eres algo así como la espía de mi mamá, pero es todo lo contrario.

Estiré mi brazo y tomé su mano en la mía. Era una acción rara, considerando que nosotras siempre teníamos el contacto mínimo. Ella era muy dulce, yo muy cerrada. De todas formas, le di un apretón un poco torpe y sonreí, intentando superar esa torpeza.

—A pesar de que fue mi mamá quien te dijo que me dieras el té, estuvieron en ti las ganas de hacerlo. No me importa si te pagó o no, solo me importa que lo hiciste. Al principio te lo pedía yo, pero luego tú lo hacías sin que yo dijera una palabra. Nenna —murmuré—, esa noche... —Tragué con fuerza—. La noche en la que Lucinda me tiró por las escaleras, si no fuera porque me diste ese té, yo habría tenido más de un hueso quebrado y Gemma no estaría aquí.

Ambas le echamos una mirada rápida a su pequeño rostro angelical sumido en un profundo sueño. Al voltear y mirar a esta muchacha de color, los ojos se me llenaron de lágrimas.

—Nenna, tú salvaste nuestras vidas.

La voz se me quebró al ver que ella también estaba al borde del llanto. En ese momento, solo tenía ganas de hacer una cosa, así que rodeé la isla y le di un abrazo. Sentí que sus lágrimas mojaban mi hombro y su cuerpo temblaba, pero realmente no me importaba. La apreciaba demasiado; ella era más que una mucama para mí.

Al separarnos y vernos a la cara, nos largamos a reír. Cuando ya no había rastro de nuestras lágrimas, le di una sonrisita.

—Ahora, ¿podría tener un poco de ese té? Y... Y realmente me gustaría ver cómo lo preparas. Sé que tú y Evan guardan hojas doradas en algún lugar de aquí y no quiero saber dónde, solo quiero ver cómo lo preparas.

Nenna aplaudió una sola vez y salió disparada por una de las puertas que daban al patio trasero. Mientras esperaba que ella volviera, me acerqué a Gemma y acaricié su rostro. Nunca me dejaría de sorprender lo suave que era su piel. Me resultaba incluso mejor que el terciopelo y la seda. Y ella olía de una manera tan única. Amaba cada pequeño detalle de su rostro, su cuerpo. De ella.

Cuando Nenna volvió, traía una pequeña caja redonda y de cristal en sus manos, donde algo dorado brillaba dentro. Una hoja, supe. Pero no era solo eso, sino que también traía una pequeña botella de agua con tinte lila. Y ahí también me di cuenta de que nunca había pensado que el tinte violeta se debía al líquido de las *tourneillas*. A veces olvidaba que ellas formaban parte fundamental de la vida del bosque.

Bajo mis ojos atentos y con una sonrisa en su rostro, ella se dispuso a preparar el té. Vertió el agua fantástica dentro de una tetera y prendió el fuego de una de las hornillas. Luego sacó una taza, azúcar y un saquito de té común y corriente.

Cuando el agua estuvo solo unos minutos calentándose, ella ya la estaba sacando. Volcó el agua dentro de la taza y luego me miró con una sonrisa pícaro.

—Abre la caja. Vamos, puedes hacerlo tú.

Enarqué una ceja.

—¿Hacer qué?

Revoleó los ojos, imitándome. Reí en voz baja.

—Abre la caja y sabrás.

De pronto, me sentía nerviosa. Deslicé la caja hacia mí y quité la tapa.

Y me adentré en una especie de trance consciente, algo parecido a lo que me había sucedido cuando entré con Evan al Bosque Dorado. Como si alguien más estuviera controlando mi cuerpo, tomé la hoja entre mis dedos y la solté sobre la taza.

El agua, que apenas tenía un ligero tinte lila y rojizo, destelló en dorado como si de purpurina se tratase. Apenas unos segundos después, los brillos formaron parte de líquido, siendo solo una sombra.

—Vaya —susurré—. Impresionante.

Nenna rio apenas.

—Lo sé. Ahora, bébalo, así se siente mejor. La dejaré sola.

No le discutí, porque sabía que lo necesitaba.

Bebí el té, cargué a Gemma, le hablé. Pero, sobre todo, pensé. Pensé y pensé en el hecho de que realmente necesitaba aclarar las cosas con Evan. Quería saber si él me amaba, quería saber si él no había peleado en contra de este matrimonio desde un principio porque quería unir a las familias. Quería saber si de verdad me amaba o era solo un efecto del maldito bosque.

Me costaba pensar en el Bosque como algo malo, pues todo en mi cuerpo me gritaba que era algo bueno. Demasiado, a decir verdad. Sin embargo, mi enojo hacia su naturaleza era inevitable. Yo quería que mis sentimientos fueran reales, no algo producto de un extraño destino escrito por alguien que no existía.

Porque no había una persona escribiendo un libro llamado *Destino*. Eran árboles decidiendo sobre cosas que no tenían sentido.

Aún con Gemma contra mi pecho, tragué con fuerza y me escabullí hacia las escaleras, escuchando las risas en la habitación del bar. Subí lo más rápido que pude hacia mi habitación y acosté a la bebé en su moisés.

Me quedé parada, observándola hasta que se quedó quieta y dejó de hacer morisquetas.

Sintiéndome mentalmente agotada, me acosté en posición fetal sobre el edredón. Sentía que mis neuronas estaban haciendo cortocircuito, pues no dejaba de ir de atrás hacia adelante, desde el pasado hasta este presente, repasando todos los detalles desde el principio como si se tratara de una película que rebobinaba y adelantaba.

Incluso así, no podía descifrar nada de lo que quería saber.

La única solución era hablar con Evan.

Cerré mis ojos, y creo que me quedé dormida por un minuto cuando otra cosa se me ocurrió. Lo mejor que podía hacer era hablar con él; pero... Pero, ¿qué pasaba si hablaba con alguien más? Quizá todo estaba en mi cabeza y mi madre tenía razón.

Quizá yo no había entendido.

El pensamiento no estuvo en mi mente por mucho tiempo, pues como si lo hubiera llamado con la mente, Evan apareció de cuclillas frente mí. Me sonrió con preocupación.

—Brenda —susurró—. ¿Qué pasa?

Y las palabras se me fueron a la mierda. Todo el día pensando y pensando, planeando lo que quería decir, para quedarme muda al tenerlo aquí. Mi cara era una máscara blanca. No era capaz de poner una expresión que cuadrara con mis sentimientos.

Pero no me duró mucho.

El miedo de perder todo lo que tenía comenzó a arrastrarse por mis brazos. Era como si mi pecho estuviera siendo apretujado por un elástico. Dolía. Toda la información que mi madre me había soltado en la mañana había hecho eco en mi cabeza durante todo el día y ahora ya se estaba metiendo dentro de mi piel.

Ahora era demasiado.

Porque dentro de mí, yo albergaba una esperanza. Era solo una pequeña luz, un destello, entre toda la oscuridad que yo estaba sintiendo. Yo quería que todo fuera mentira, que mi mamá estuviera tan loca como Lucinda y sus palabras fueran, en realidad, delirios suyos.

Pero, ¿cuántas oportunidades tenía? Mi mamá nunca en su vida me había mentado u ocultado cosas como ahora. Dentro de mí, sabía que en realidad ella estaba cuerda y yo era quien debía aceptar la locura que estaba viviendo.

Y todo lo que tenía era muy hermoso para perderlo. Sentí que no me había durado nada.

Impotente, decidí romper el silencio.

—Lo que pasa que me gustaría saber por qué nunca me dijiste que nuestro matrimonio era un acto de unión entre nuestras familias. También me gustaría saber por qué no me dijiste que rompimos una maldición.

Su sorpresa era obvia. Estaba pintada en cada facción de su rostro. Se puso de pie y caminó hacia el ventanal, con ambas manos tapando su rostro. Yo también me paré y me coloqué detrás de él.

—Lo que siento por ti es solo porque el Bosque quiso, ¿o porque realmente es algo que nació de mí? Por estar cerca de ti, por conocerte cada vez más, por quedar embarazada. ¿Y qué hay de lo que tú sientes por mí? ¿Acaso es real, Evan?

Giró, mirándome asombrado. Me crucé de brazos y esperé mis respuestas. Volví a cubrirme por la coraza que siempre me había protegido, no dejé nada a la vista, por lo menos nada que pudiera mostrar cómo me estaba sintiendo en realidad.

Él no necesitaba saberlo.

Por lo menos no hasta que me dijera la verdad.

—¿De qué estás hablando, Brenda? ¿Crees que lo que siento por ti es falso? —preguntó, incrédulo.

—¡No lo sé! —grité. Exploté—. Ya no sé qué creer de todo lo que sé. ¿Tú sabías que estuvimos comprometidos desde que tu abuelo y el mío supieron que yo sería una niña? Porque yo me enteré hoy y no sé qué pensar, menos cuando mi madre me confirma que tú lo sabías.

Evan miró hacia el moisés, algo inquieto, y luego volvió su rostro hacia mí. Estaba muy pálido...

—No es así, Brenda —murmuró, gesticulando con sus manos—. Yo me enteré de eso hace solo unos meses.

—Bien. ¿Qué hay del Bosque Dorado y de eso que somos «almas gemelas»? —Formé las comillas con mis dedos—. ¿Te quedaste conmigo porque sabías que así terminaríamos? ¿Qué hay de

Isabelle? Ya ni siquiera sé si de verdad la amaste o todo fue una *performance* porque sabías que nunca terminarías con nadie más.

Ahora me miraba como si la persona que estaba frente a él no fuera la misma con la que se casó y tuvo una hija. Como si no fuera su cacareada «alma gemela». Ah, esas palabras estaban comenzando a fastidiarme.

Respiró dilatadamente, como si hubiera querido aspirar todo el oxígeno de la habitación

—¿Podrías escucharme un momento?

—¡No! —grité nuevamente. Estaba tan enojada y me sentía tan lastimada de forma irracional, que las lágrimas se deslizaban libres por mis mejillas. Escuché a Gemma llorar de repente y quise correr a envolverla en mis brazos, pero no podía moverme del lugar. Me sentía clavada al suelo—. No puedo escucharte porque no quiero saber si lo que siento por ti es porque a un par de árboles se les ocurrió y no porque de verdad lo hago. No quiero saber que mis sentimientos son una mentira. No quiero saber que todo esto, incluida mi hija, es a causa de un acuerdo entre dos estúpidas familias. ¡No quiero! —lloré.

Y caí de rodillas al suelo, escondiendo mi rostro entre mis manos y dándome cuenta de que había perdido cualquier pensamiento racional. Estaba haciendo el ridículo y lo sabía. Lo que sentía estaba dicho y no había manera de quitarlo.

Lo que me hizo sollozar con más fuerza. Éramos dos llantos completamente diferentes.

Sentí la mano de Evan sobre mi hombro, al mismo tiempo que alguien más se hacía presente en la habitación.

—¿Qué está pasando? —espetó mi mamá.

No me atreví a moverme; continué llorando lastimosamente.

—Nada. Axelle, ¿podrías tomar a Gemma?

No. Me zafé de su brazo, esquivando ambas miradas inquisidoras, y me acerqué al moisés. Sabía que no debía tenerla tan cerca al estar tan histérica, pero lo necesitaba. Y dejaría que la culpa cayera sobre mí si ella luego se alteraba. Solo quería tenerla contra mí.

Al apoyarla contra mi pecho, su llanto calmó a medias. Acaricié su cabello y besé su cabeza.

—*Excusez-moi*—susurré—. *Excusez-moi. Excusez-moi. Excusez-moi.*

Lo siento.

Repetí infinitas veces.

Ella ya no lloraba tanto cuando mi mamá la quitó de mis brazos. Pero yo sí. Y seguí haciéndolo cuando sentí sus fuertes brazos rodeando cada parte de mi torso, apretándome contra su pecho y dándome un consuelo que yo no merecía.

—Evan... —dije y en verdad me sentía patética, como un deplorable personaje en medio de una terrible mala imitación dramática de una tragedia shakesperiana.

—Shhh, no digas nada. Ya habrá tiempo para hablar.

Y me odié, porque él ni siquiera sonaba enojado. ¿Por qué no lo estaba? Debería estar gritándome por la manera en la que reaccioné, por haber hecho que Gemma comenzara a llorar, por sacarla de su paz, por hacer que mi madre tuviera que intervenir.

Abracé su torso, regresando el abrazo con la misma fuerza. Pasó un momento antes de que nos dirigiera hacia la cama, dejando que yo siguiera mi llanto sobre él. Una de sus manos tocaba mi brazo, mientras la otra acariciaba mi cabello.

Su pulgar rozó mi sien suavemente cuando dejé de sollozar.

—Esta era la razón por la que no quería que Axelle te dijera todo. No quería que te lo dijera ella, porque sabía que no lo haría de la manera correcta, que tú entenderías lo contrario —murmuró.

Su voz suave y baja acariciaba mi alma, me apaciguaba saber que él no se encontraba enojado. Al mismo tiempo me desconcertaba, ya que yo habría estado furiosa si los papeles estarían intercambiados.

—Lo siento —susurré.

—No, Brenda —dijo en el mismo tono, dejando un beso en mi coronilla—. No esperaba menos. El miedo y la impotencia se apoderaron de ti, y es completamente entendible. Te enviaron aquí con una mentira, seguida de más y más mentiras. En realidad, sería raro si no hubieras explotado. ¿Puedes decirme cómo te sentías?

Tomé una respiración temblorosa, sabiendo que, al decir las siguientes palabras, volvería a llorar. No me era fácil expresar lo que sentía y él lo sabía. Empuñé su camiseta y cerré mis ojos.

—Todo lo que hice fue porque alguien me obligó, Evan. Vine aquí, me casé contigo, no discutí con Lucinda cuando tuve la oportunidad porque sabía que se me vendría un lío encima. Incluso el nacimiento de Gemma fue por su amenaza. En parte, estoy feliz, porque cuando tú y yo estuvimos juntos terminó siendo porque ambos queríamos. Ese día no me sentí obligada en lo absoluto, aunque sabía que la reina había conseguido lo que quería.

»Pero entonces comencé a sentir cosas por ti y en eso nadie me había forzado. Llegué a pensar que era suerte estar obligada a contraer matrimonio con alguien que no conoces y tener sentimientos hacia esa persona. Pero entonces mi madre me dijo que todo esto era por una unión entre los Bourque y los Morel, que yo te quiero porque el Bosque Dorado nos eligió. Que tú lo sabías todo.

Se me quebró la voz, así que hice una pequeña pausa. Aproveché para moverme de la posición cómoda y cálida en la que estaba, para acostarme a un lado de Evan. Él giró su cuerpo para que estuviéramos frente a frente y tomó mis manos entre las suyas, mirándome con atención.

Tragué con fuerza.

—Pensé que la única cosa que sentía que era de verdad también era una mentira. Mi mamá dejó que nuestros abuelos arreglaran el matrimonio, porque ella sabía que nosotros éramos los, ¿cómo

decirlo?, éramos los «Elegidos» del Bosque Dorado, que él mismo se lo dijo. No sé cómo funciona eso y quizá tampoco quiera saberlo, es solo que... No me gustó pensar que te amo o que tú me amas solo porque a algunos árboles se les ocurrió y no porque lo sentimos de verdad.

Sonrió ligeramente. Liberó una de sus manos y ahuecó mi mandíbula, acariciando mi piel con su pulgar.

—Brenda..., creo que te amaba incluso antes de saber que tú y yo somos quienes el Bosque Dorado eligió para romper esa maldición. Si no mal recuerdo fue en nuestra fiesta de compromiso, cuando dormiste a mi lado. Esa noche apenas pegué un ojo, pues tu presencia a mi lado me inquietaba de una manera tan maravillosa. Cada parte de mi cuerpo estaba consciente del tuyo a solo centímetros de mí.

Parpadeé las lágrimas y la conmoción.

—¿Cómo te enteraste lo del Bosque?

—Cuando entramos y sentí esa atracción fuertísima hacia ti. Te dije que leí sobre el Bosque Dorado y las leyendas de las almas gemelas. Ahí supe que nosotros éramos esos dos. Y supe, también, que tendríamos una niña y no un varón. Pero siempre me gustó cómo te ponías cuando te llevaba la contraria —sonrió divertido—. En cuanto a la unión de las familias... Lo supe hace poco, mientras discutía con mi padre sobre mi madre. Mencionó eso y me dejó perplejo, pero no te dije nada porque ya tenías demasiadas cosas en la cabeza. Deja de pensar en todo lo que crees que puede lastimarte. Te amo, Brenda. Y no porque un árbol lo decidió —rio entre dientes—, sino porque *lo siento*.

El dolor en mi pecho desapareció al oír sus palabras.

Entonces, toda la culpa y vergüenza tomaron su lugar. Me puse un momento dentro de la cabeza de Evan y miré mi rostro mientras se tornaba rojo por la locura. Cerré los ojos, porque no me gustaba lo que él podría haber visto.

—Exageré, ¿verdad? Lamento tanto no haberte dejado hablar. Podríamos haber evitado todo esto.

Sentí sus labios posarse sobre mi frente.

—Necesitabas sacar esas cosas de tu interior, Brenda. No lo lamentes, porque debía suceder. No te castigues por algo que es correcto.

Abrí los ojos de golpe.

—¿Correcto? —pregunté con incredulidad—. Hice llorar a Gemma. Eso no es correcto.

Y así como pensé en ella, sentí la urgencia de tenerla en mis brazos, besarla, tocarla, olerla; pedirle perdón un millón de veces más. Evan debió haber leído mi mente o algo parecido, ya que negó con la cabeza, una pequeña sonrisa aflorando en sus labios, y me atrajo a su pecho.

Su mano acarició la longitud de mi espina dorsal.

—Tranquilízate, Brenda. Duerme un poco y luego la tendrás todo lo que quieras.

Fue como si sus palabras estuvieran pintadas de somníferos, pues apenas salieron de su boca mis ojos cayeron y mi mente fue abrazada por el inconsciente.

Desperté cuando sentí el olor peculiar golpear mis fosas nasales. Primero abrí los ojos, confundida, mirando hacia mi alrededor. Todavía había algo de luz en el exterior, pero las luces de la habitación estaban apagadas.

Sentí el pequeño cuerpo de Gemma a mi lado. Giré a verla y sonreí al instante al ver que sus ojos estaban abiertos y los movía por el techo. Pasé mis mano por su cuerpo y besé su frente, aspirando su exquisito aroma.

—Hola, tú —murmuré—. Te extrañé. Ven aquí.

Sostuve la parte de atrás de su cabeza con una mano y su parte de abajo con la otra, atrayéndola a mi pecho. Ahí me di cuenta de que ella tenía hambre, y que probablemente Evan la había dejado aquí para que me despertara. Reí en voz baja al ver cómo su cabeza se movía por el suéter. Me sentía algo destemplada, pero no quería que chupara la lana. Me quité solo parte derecha de la prenda y me acomodé para amamantar.

Sonreí.

Recuerdo que Lynn había sufrido bastante todo el proceso de amamantar. Las auréolas de sus pezones estaban demasiado lastimadas. Cuando Joël se prendía, lo único que podías apreciar era la cara de dolor de la princesa, hasta que el tiempo pasaba y todo volvía a la normalidad.

A mí no me estaba pasando nada de eso, pero entendía que era gracias al té y las hojas doradas. Nada de dolor. Y me puse a pensar en que si alguna vez volvía a quedar embarazada, no tomaría el té. De alguna manera, sentía que había hecho trampa al beberlo.

En el futuro dejaría que todo transcurriera como cualquier mujer. Para ese entonces, deseaba no tener que tomarlo para protegerme a mí misma o a alguien más. Para ese entonces, estaba segura de que no sería necesario.

El día había empezado mal, por lo menos para mí, y en el transcurso no puedo decir que mejoró. Hasta que Evan y yo no aclaráramos las cosas, para mí el mundo estaba por venirse abajo. En cambio, terminó mejor de lo que esperaba. Bajé con Gemma en brazos y terminé de festejar mi cumpleaños con todas las personas que me importaban.

Unas semanas después, Candace y mis padres ya se habían ido, y las cosas parecían haber vuelto a la normalidad. Pude conversar con mi madre y tener el cruce que deberíamos haber tenido tiempo atrás. Ambas nos disculpamos por lo que nos correspondía. Aunque yo presentía que había algo que aún no me estaba diciendo.

Y ella sabía, pues me dijo que había cosas que aún no me correspondía saber, cosas que con el tiempo, incluso, podría descubrir por mí misma. Esta vez entendí que no era algo que estuviera en mis manos, ya que existían cosas del Bosque Dorado que no me incumbían para nada. Mi mamá, en cambio, era consciente de todo.

Mi amiga sabía que algo raro andaba pasando. Al verme feliz y plena los días siguientes a mi cumpleaños, quería entender qué demonios había provocado mi humor tan fuera de onda la mitad de ese mismo día.

Con permiso de mi mamá y Evan, le conté todo.

Sería difícil explicar las diferentes reacciones que había tenido, aunque todas hubieran sido entendibles. Ella ni siquiera estaba escéptica a mis palabras, pero no podía creer la maldad de Lucinda, las mentiras que me habían traído a Goldenwood y demás.

Al saber todo, no quería saber nada de volver a Nueva York. Le dijo a Jackie que quería quedarse y conseguir trabajo en el castillo, para poder saldar su deuda. Le aclaré una y mil veces que lo que yo había hecho por ella no era una deuda. Ella era mi hermana del corazón, nunca habría dejado que alguien como la reina le hubiera hecho algo así.

Pero insistió.

Además, me contó algo que me dejó bastante sorprendida.

Ambas estábamos sentadas en la sala familiar, con la televisión prendida y viendo cómo Gemma observaba a su alrededor. Aún no podía ver a más allá de medio metro, pero igual vagaba sus ojos por donde podía.

—Debes ir, Candace. ¿Qué me dices de la nueva *boutique* de tu madre? ¿No estabas ayudándola? Ya te dije que no debes pagar nada, lo hecho, hecho está y no lo hice porque quería algo a cambio.

Ella negó con la cabeza y se cruzó de brazos.

—No. No entiendes lo culpable que me siento. No es justo y yo quiero que estemos a mano. No quiero tener esta gran deuda contigo por el resto de nuestras vidas.

Suspiré irritada por tener una amiga tan testaruda. Ella no iba a entender ni a aceptar que no era una deuda. Al dejarme vencer por la amenaza de Lucinda, ahora tenía lo más hermoso de mi vida. Y yo nunca había esperado algo a cambio.

—Candace... Argh, no me hagas repetir lo mismo una y otra vez.

—Bueno, mira. —Me miró rendida—. Hay otra razón por la que quiero quedarme, en realidad. Quería decírtelo hace mucho, pero sentía que no era correcto. —Negó con la cabeza, insegura—. No lo sé.

Me recosté sobre el sillón y la miré con interés.

—¿Qué cosa?

—En tu boda conocí a los amigos de Evan, ¿recuerdas? A Edouard y Soufiane. Y, bueno, sabes que me quedé algunos días, pues Jackie me invitó. Dijo que no soportaría a Seleste por sí sola y que yo era tan buena onda como tú o algo así —rio.

Asentí y escuché la historia con curiosidad.

Fue así que me enteré de que Candace y Soufiane andaban... «En algo» desde mi boda. Se habían mantenido en contacto cuando ella volvió a Nueva York y este mes pasado que estuvo aquí se veían en cada momento que podían. Ahora parecía que él mismo le estaba pidiendo que no se fuera, que se quedara con él. Que la quería.

Por eso al final no pude discutir. Ella no quería quedarse en mi casa para siempre, por lo que habló con el rey Richard para tener algún puesto que la ayudara a ganar plata y sostenerse. Yo le dije que no hacía falta, que podía quedarse conmigo cómodamente.

Pero todos conocíamos a Candace. Ella no quería saber nada con mi propuesta.

Ahora mismo estaba en Nueva York. Fue a conversar con sus padres sobre lo que estaba planeando con su vida. Creo que también quería asegurarse de que podría volver si las cosas con Soufiane no salían como ella esperaba que lo hicieran.

Yo podía insistir mucho sobre la «deuda» y su estadía, pero al saber que quería hacerlo porque estaba enamorándose, simplemente no pude decir nada. Yo quería que ella fuera lo más feliz posible.

Evan festejó su cumpleaños antes de que ella se fuera y, por primera vez, pude ver el evidente cariño que Candace y Soufiane se tenían. En realidad no podía creer que no me hubiera dado cuenta antes.

Hoy Evan estaba trabajando en el castillo, Nenna andaba de una punta de la casa a la otra y Jackie estaba en la escuela. Por eso mismo, mi compañía del día había sido Seleste, quien recién se iba.

Su ausencia luego del accidente me había dejado alto extrañada y confusa, pero no me acerqué a preguntarle antes porque parecía que su relación con Marco iba demasiado bien como para arruinar su momento.

Pasamos la mañana y el mediodía sentadas en el patio de atrás, pues el día estaba lindo y despejado, y Gemma adoraba estar al aire libre. Por eso, un rato después de la partida de mi prima, decidí cubrir su cabecita con una gorra que venía con visera y recorrí el jardín con mi bebé en brazos, mostrándole cada detalle que era irrelevante, pero maravilloso a sus ojos.

Estaba mostrándole la hoja de una planta, cuando escuché que Nenna estaba llamándome desde el umbral.

—Señorita, tiene visitas.

Fruncí el ceño mientras ella se acercaba, preguntándome quién podría estar visitándome. Todas las personas que conocía estaban ocupadas y sería algo incómodo que alguien más se tomara el atrevimiento de venir hasta aquí solo para verme.

Teniendo en cuenta que ese «alguien» no me conocía.

—¿Quién, Nenna? —pregunté cuando estuvo cerca.

Ella misma lucía confundida.

—No tengo idea —masculló—, dijo que era una amiga suya y del príncipe Evan. —Giró ligeramente—. Mira, ahí está. No sé quién sea, pero las dejaré para que hablen.

No distinguía quién era a lo lejos, pero al Nenna cruzar el umbral y la visita acercarse, vi perfectamente. Cabello rubio platinado, ojos turquesa, cuerpo voluptuoso. Al igual que la última vez, Isabelle lucía como un ángel caído directamente del cielo.

¿Qué demonios estaba haciendo ella aquí?

Isabelle, por más hermosa que era, ella no era algo que yo quisiera que los ojos de mi hija admiraran. Por lo que le di vuelta a Gemma sobre mis brazos para que su rostro quedara mirando hacia el mío. Hizo un sonido, pero luego solo se quedó apoyada sobre mí.

No, gracias.

Cuando la ex de Evan estuvo a algunos pasos de mí, sonrió ligeramente.

—Hola..., princesa Brenda —saludó con sarcasmo, imprimiendo un particular, exhaustivo y chocante acento a la palabra *princesa*.

Bien. Entonces parecía que no quería que esta fuera una conversación civilizada.

—¿Qué haces aquí, Isabelle?

Se encogió de hombros, paseando su mirada por todos lados excepto en nosotras dos. El jardín trasero era algo hermoso, un espacio que recién ahora que empezaban los días lindos podíamos disfrutar. Había una gran piscina, un conjunto de mesas y sillas, muchas flores y arbustos. Un lindo lugar verde.

Pero Isabelle no me caía bien y ni siquiera podía disfrutar de donde estaba parada.

—Quería ver qué tipo de hogar puede llegar a darle Evan a su esposa. Estoy segura que si yo lo fuera esto sería mil veces más hermoso.

Apreté mi mandíbula con fuerza y ahuequé la cabeza de Gemma por puro instinto. No sé qué quería ganar provocándome de esa manera, pero debía recordarme que no debía caer en su juego. Ni siquiera sabía si ella estaba jugando y no tenía ganas de averiguarlo.

Solo quería que se fuera.

—Esa es una buena forma de pensar —respondí—. Una lástima que Evan no sea tu esposo y nunca lo vaya a ser. Creo que debes dejar de soñar con cosas que no puedes tener.

Y me miró a los ojos, al fin. Se notaba que no estaba feliz con mi comentario, pero estaba luchando contra ella misma para no demostrarlo. Sonrió de forma cínica.

—Yo creo que no deberías estar tan confiada. Sé que Evan me sigue amando, es solo que la última vez, cuando ustedes me visitaron en París, no pudo escapar conmigo porque le dabas lástima. Estoy bastante segura de que no tiene ganas de hacerse cargo de un bebé que de seguro se la pasa lloriqueando.

Enarqué las cejas y reí en voz alta, sorprendiéndola.

—Bueno, hay algunas cosas que quiero aclarar. Primero, no te estábamos visitando a ti. Ya quisieras, no eres tan importante. Segundo, no me importa si le doy lástima o no, pues al fin y al cabo es conmigo con quien está casado y duerme todas las noches. Para concluir, tú no tienes idea del gran padre que es Evan y de lo mucho que ama a Gemma, así que ya no lo creo, te digo, y sé que es lo mejor, que cierres la boca de una maldita vez.

Torció los labios en señal de desaprobación y se cruzó de brazos; su mirada vagaba nuevamente por el jardín. Ya no me estaba riendo y nada de lo que me dijera me daría gracia, pero es que esta mujer estaba tan o más psicótica que la misma Lucinda.

—Deberías volver por donde viniste, Isabelle —agregué.

—¿Quién te crees que eres para decirme lo que tengo que hacer? —espetó—. Yo no soy de aquí, así que para mí no eres ninguna princesa —bufó—. Princesa, ¿crees que lo eres? Tú no mereces ese título.

—¡Pero lo soy! —exclamé, acercándome aún más a ella—. Soy una princesa y estás en Goldenwood, en mi casa. Así que sí puedo decirte qué hacer mientras estés aquí. Vete y no regreses, porque no responderé por mí misma.

Desde que me había enterado de la boda arreglada entre Evan y yo, me había negado a usar ese título. Ni siquiera dejaba que Nenna me llamara así, y cuando alguien más me lo decía, pedía que me llamaran solo por mi nombre.

Ahora mismo no me molestaba. Frente a ella no me fastidiaba decir que era una princesa, admitir que el título era legítimo. Quizá era eso lo que necesitaba, alguien que quisiera bajarme de mi lugar para que yo me sintiera cómoda. Era bastante estúpido si lo pensaba con la cabeza fría, pero parecía que era verdad.

Solo necesitaba que ella, una persona que podría estar en mi lugar, disfrutando de la vida y el amor que yo tenía, se burlara del título que había obtenido sin realmente quererlo al casarme con Evan.

Sonreí, orgullosa de mí misma porque al fin acepté lo que era.

—Yo soy una princesa.

Isabelle asomó una risa.

—Tú no eres nada para mí. Si es necesario, esperaré a Evan para hacerlo entrar en razón. Él necesita ver que no llegas al nivel que necesita.

Levantó tu barbilla.

La miré con incredulidad.

—¿Y crees que tú sí lo eres? No quiero ser cruel, pero lo abandonaste por dinero.

No se inmutó. Es más, me miró como si no me hubiera escuchado en lo absoluto.

—Deja de decir tonterías. Yo solo vine aquí para decirte que Evan merece estar con alguien que lo ame y que él pueda amar, y estoy ciento por ciento segura de que yo soy esa persona. Contigo todo fue arreglado. Conmigo, en cambio... Fue por elección.

Y allí fue como si todo lo que había pasado un día después de mi cumpleaños volviera a golpear a mi puerta. Pero yo sabía, tenía la certeza, de que nosotros nos amábamos porque así lo sentíamos. Él me lo había dicho y yo lo había entendido.

Nosotros también nos habíamos elegido.

—Tú no tienes idea de cómo es nuestra relación, Isabelle. Nunca lo sabrás, porque ya no eres parte de nuestras vidas y nunca más lo serás...

—¡Por supuesto que lo soy! —bramó interrumpiéndome—. Yo fui la prometida de Evan mucho antes de que tú lo fueras por ese estúpido arreglo. Yo siempre tendré ventaja sobre ti, Brenda.

Las palabras de mi madre resonaron en mi mente; pero esta vez no me molestaron, no me asustaron. Entendí que ya no me importaba el arreglo entre familias. Ahora captaba el sentido de cada cosa, de cada frase salida de su boca.

Evan y yo debíamos estar juntos.

Y yo no podía estar más feliz por ese hecho.

—Él y yo estamos comprometidos incluso antes desde que yo naciera, Isabelle —comenté en voz baja—. Así que, me parece, que tú no tienes ventaja alguna. Debes entender que, a pesar de ese arreglo, Evan y yo estamos casados, tenemos un hogar, una hija; una familia. Pero eso no es lo más importante. Sobre todas las cosas, nos amamos.

Sus ojos turquesas se llenaron de lágrimas; no pude sentir lástima. Ella había venido aquí con el claro propósito de lastimarme, de hacerme dudar de lo que él y yo teníamos. Si habría aparecido el primer día de vida de Gemma, entonces le hubiera creído.

Pero, ¿ahora? Con las palabras de Evan haciendo un eco hermoso en mis oídos, reafirmandome su amor, era imposible. Sus palabras eran una especie de decreto, de ley saliendo de sus labios.

Abrió la boca para hablar, pero justo antes de que emitiera algún sonido, escuché la voz que más me gustaba oír.

—¡Hola, familia! ¿Cómo...? —Se detuvo al hacer unos pasos y ver nuestra compañía—. ¿Isabelle? ¿Qué rayos estás haciendo aquí?

Se acercó a zancadas hasta quedar en el medio de nosotras. Por un momento, solo una fracción de segundo, pensé que la tomaría por el rostro como la última vez; que la vería con ese amor interminable. Pero él solo estaba frunciendo en su dirección.

Lucía casi fastidiado.

Admito que me costó mucho no sonreír.

—Oh, Evan. —Frotó sus ojos—. Te estaba esperando. ¿Podemos hablar?

Él estaba negando con la cabeza incluso antes de que ella terminara la oración. Me di cuenta de que ellos sí necesitaban hablar, pero no hacía falta que yo presenciara nada de eso. Gemma se había dormido en mis brazos, por lo que la acomodé de forma horizontal y besé su frente.

—Los dejaré hablar —murmuré y sonreí hacia Evan.

Él giró y le dio la espalda a Isabelle. Observó cada rincón de mi cara con preocupación, hasta que se dio cuenta de que no había razón. Trazó mi rostro con la yema de sus dedos y me miró con adoración. Asintió ligeramente y besó mis labios de manera casta.

Sentí la mirada de la francesa sobre mi bebé al pasar por su lado, pero ni siquiera levanté la mirada. Ella, realmente, ya no me importaba.

Acosté a Gemma en su cuna, en su habitación, y prendí la radio antes de salir. Nos habíamos dado cuenta, luego de su primera semana de vida, de que ella se levantaba muy pocas veces durante la noche y siempre lloraba en voz baja cuando tenía hambre. Además, era poco probable que algo le pasara. Teníamos su salud asegurada gracias a las hojas del Bosque Dorado.

Evan no estuvo mucho tiempo conversando con su ex, cosa que yo agradecí bastante. No necesitaba que ella sacara a flote su manipulación y lo convenciera de dejarme. Aunque esa posibilidad la creía poco probable.

Me encontró un momento después quitándome la blusa que llevaba puesta dentro del armario. No era que lo necesitara, sino que tenía ganas de ponerme algo más cómodo. No tuve tiempo de

sentirme cohibida cuando sus ojos viajaron por mi torso desnudo, ya que al instante su cuerpo chocó con el mío en un abrazo. Encerró mi cintura y escondió su rostro en mi cuello. Lo sentí suspirar.

—¿Está todo bien?

Se quedó en silencio, lo que me alertó por un momento. Iba a repetir mi pregunta, cuando se separó de mí lo suficiente para mirar en mis ojos. Continuó sin decir nada, observando mis facciones con detalle. Una mano subió a mi quijada y su frente cayó sobre la mía, provocando que mis ojos se cerraran.

—Te amo tanto, tanto, tanto.

Exhalé con una sonrisa y, acercándolo con mi mano en su cuello, lo besé. Masajeando mis labios sobre los suyos, le demostré que yo me sentía exactamente igual. Su respuesta fue casi inmediata: la mano que aún estaba en mi cintura cerró la distancia entre nuestros cuerpos, su palma cálida sobre mi piel, y los dedos de la otra se colaron por mi nuca.

No sé por qué me sentía tan confiada conmigo misma, quizá porque tenía la sensación de que nos habíamos deshecho de Isabelle de una vez por todas o porque tenía esta necesidad dentro de mí desde que Gemma había nacido, pero acaricié con lentitud su lengua con la mía. Evan gruñó e hizo algo que me sorprendió, algo que nunca pensé que haría.

Bajó su mano hacia mi trasero y me acercó aún más a él, si eso era posible; me gustaba, pues él nunca era nada más que respetuoso y tierno. Entendí, entonces, que no era la única que deseaba estar con él de esa manera otra vez. Y esta vez no sería igual; esta vez era porque nosotros lo queríamos.

Se me escapó un gemido bajito cuando sentí que él me deseaba tanto como yo a él. Enredé mi mano en su cabello sedoso y continué besándolo con todo el amor que albergaba en mi corazón, con toda la pasión que deberíamos haber compartido en aquellas otras ocasiones, pero que no nos permitimos por tener las amenazas de Lucinda sobre nuestros hombros.

—¿Dónde está Gemma? —preguntó a milímetros de mi boca.

—Durmiendo —susurré.

Miró mis ojos un momento, antes de levantar su índice y salir de la habitación. Me sentía fría sin su tacto, pero creí entender qué quería hacer. Salí del armario y volví al dormitorio, donde la luz se colaba brillante por las cortinas. Me mordí el labio, sintiéndome estúpida, y me acerqué a cerrarlas completamente. Aún entraba algo de luz, aunque no tanto como antes.

Me di cuenta de que Evan volvió cuando escuché el sonido de la llave en la puerta. Giré para sonreír, pero sus labios ya estaban de nuevo en los míos y mi cuerpo envuelto en sus brazos. Mi lugar favorito en el mundo.

Tardé un segundo en ser consciente de que él seguía con la camisa puesta, por lo que comencé a desabotonarla con paciencia y desespero al mismo tiempo, mientras su lengua y la mía estaban inmersos en un baile lento y pasional. Cuanto ya no quedaban botones pasé mi yemas por su pectorales y abdominales, admirando la suavidad de su piel y cómo sus músculos se contraían con mis caricias. Luego, despacio, pasé mis manos con sus hombros para que la prenda cayera.

Evan sonrió en medio del beso y mis manos volvieron a la posición inicial. Una de las suyas se coló entre mi piel y el prendedor del sostén, acariciando mi espalda. Comenzó a caminar, impulsándome hacia donde estaba la cama. Cuando la parte de atrás de mis rodillas tocó el borde me empujó ligeramente, haciendo que cayera de espaldas al colchón.

Me dio una sonrisa que prometía muchas cosas, pero que lo que más denotaba era amor. Puro y sensacional. Lo llamé con mi índice, sonriendo con picardía, y él negó con la cabeza antes de quitarse los zapatos y las medias. Me dio una mirada rápida antes de quitarse los pantalones y el calzoncillo de un tirón.

Se me cayó la sonrisa al suelo, pero no conseguí sonrojarme. Realmente lo quería, lo deseaba, añoraba esa conexión que tuvimos aquella única vez. En ese momento no tenía idea de lo que sentía, no conocía lo que era capaz de albergar dentro de mí; ahora, sin embargo, era amor y lo sabía muy bien. Así que le di una pequeña sonrisa y subí más sobre la cama, apoyando mi cabeza sobre las almohadas.

Evan se acercó a mí y repitió las acciones que había hecho sobre sí mismo. Me quitó el sostén, arrojándolo al suelo. Pensé que volvería sobre mí en un instante, si es que se sentía tan desesperada como yo por unirnos en uno solo. No obstante, besó los dedos de mis pies, el empeine, el tobillo y cada centímetro por mi piernas, cadera, vientre y pecho. Iba a morir de placer.

Repartió besos por mi senos, provocando que me retorciera y el aire se escapara de mis pulmones sin pedir permiso. Subió por mis clavículas hasta mi cuello y besó repetidamente mi quijada, entretanto su mano acariciaba mi espacio sensible. Mi respiración se volvió agitada y la de él era pesada en mi oído. Agarré su antebrazo con fuerza y un gemido se me escapó.

Quitó su mano antes de que pudiera llegar al éxtasis, pero su boca estaba en la mía enseguida. Se lo devolví con el mismo fervor, en ocasiones rozando sus labios con mis dientes. Ubicó su mano en uno de mis muslos y fue arrastrándola hacia arriba, al mismo tiempo que abría mi pierna.

Soltó mi boca y se estiró para tomar algo de su mesa noche, y supe que era un condón al escuchar el sonido del papel. Cuando lo sentí contra mí cerré los ojos y suspiré. Con los dedos acarició desde mi hombro hacia la mano que permanecía lánguida a mi lado y entrelazó nuestros dedos. Su libre quedó entre mi hombro y el edredón, sosteniéndose a sí mismo.

—Mírame —murmuró de manera suave.

Parpadeé y lo miré fijamente, observando sus piletas verdes. Había tantas palabras que sus ojos no decían, pero que eran obvias con solo una mirada. Ahuequé su quijada y le di una sonrisa tenue, la cual devolvió.

Se deslizó lentamente dentro de mí y, por más que sentí algo de dolor y mi cuerpo me gritaba por cerrar los ojos echar mi cabeza hacia atrás, dejé mis ojos enfocados en él. Todo en él. Él lo era todo. Su mano apretó la mía, y gemimos al mismo tiempo cuando dio una segunda embestida.

Hicimos el amor mirándonos, susurrándonos lo que sentíamos, volcando nuestros corazones. Repitió que me amaba hasta que sus palabras se convirtieron en sonidos de placer, e imité sus palabras con el mismo sentimiento hasta que mi garganta estaba seca.

Antes de que ambos llegáramos a nuestro límite, junté la fuerza que tenía en el momento y nos giré, provocando que yo quedara a horcajadas sobre él. Me miró sorprendido un momento, y luego pasó la yema de sus dedos por el medio de mis senos y hacia mi cabeza, rozando su pulgar sobre mi hueso. Acarició mis muslos y luego las colocó frente a mí, abriendo sus dedos.

Los entrelacé con los míos e intenté moverme. Nunca había hecho algo así. No tenía idea de lo que estaba haciendo, solo sabía que lo quería, y después de tener la certeza de que Evan estaba conmigo porque quería y no porque tenía la certeza de que de todas maneras terminaríamos juntos, no deseaba nada más que darle todo lo que poseía. Le desnudaría mi alma.

Estaba incómoda, así que moví nuestras manos hacia los costados de su cabeza y bajé mi cabeza hasta que mis labios estaban rozando los suyos. Una mano suya se escapó, dejando que mi palma me sostuviera, y acarició mi espalda hasta llegar a mi cadera. Me ayudó a marcar el ritmo y el movimiento. Solté un gemido.

¡Ah, maldita sea! ¿Quién sabía que esto se sentiría tan bien?

—Eres hermosa —susurró.

Besé sus labios.

Cuando capté cómo moverme sin su ayuda, me tomó por la quijada y llevó mi boca a la suya, besándome profunda y lentamente entre gemidos, míos y suyos. Ambos estábamos cerca de deshacernos; su mano volvió a mi trasero y el compás de sus besos aumentó. Sentí que pasó un segundo cuando nuestros cuerpos se contrajeron y luego liberaron con jadeos conjuntos.

Me dejé caer sobre el pecho de Evan, exhausta y satisfecha; feliz. Su pecho subía y bajaba con rapidez, y las yemas de sus dedos recorrían mi espina dorsal, dándome escalofríos. Besó mi coronilla antes de moverse debajo de mí. De un momento a otro estaba debajo del edredón y las sábanas.

Abrí los ojos y me encontré con su sonrisa cerniéndose sobre mí. Se la devolví lánguida y dejé salir una risita cuando besó mis labios castamente. Desapareció hacia al baño y volvió en un santiamén

aún desnudo, metiéndose en la cama conmigo. Se arrastró hacia mí, apoyó su cabeza sobre mi pecho y me abrazó con ambos brazos. Tendría que haber estado incómoda por el que pasaba por debajo de mi espalda, pero encontraba la posición extrañamente reconfortante.

Dejé una de mis manos en su hombro y la otra en su cabello, acariciándolo.

—Te amo, Brenda —murmuró, su aliento cálido acariciando mi piel.

Sentí mi cara partirse en una sonrisa.

—Te amo, Evan.

Y en ese instante, me di cuenta de que solo nos quedaba un paso para ser completamente felices, para poder sonreír con los demás y frente a los demás sin cargo de consciencia. Para vivir con la certeza de que todos estábamos bien.

Para perdonar.

Había podido hablar con mi madre y aclarar algunas cosas. Sabía que me quedaban cosas por saber, pero que llegarían a su debido tiempo. Esta vez, ella me dijo que no se metería en la relación que Evan y yo estábamos llevando. Esta vez era el turno de mi querido esposo de decirme lo que se necesitaba decir.

Y yo lo esperaría paciente.

Solo quedaba algo realmente importante, algo que aún no me dejaba en paz.

Debía visitar a Lucinda.

Estaba sentada frente al tocador, dejando que Seleste acomodara mi cabello ondulado. Hasta había permitido que empolvora mis pómulos, que pintara mis labios y mis ojos. Me habría gustado vestirme por mí misma, pero hoy mi confianza y sentido de la moda estaban arrastrándose por el suelo, así que ella tuvo que elegir la ropa y ayudarme a ponérmela.

Era una camisa blanca con mangas a tres cuartos, junto con shorts celestes que tenían una tela detrás que jugaba como falda. Era raro. Ni siquiera pude quejarme cuando me tendió un par de zapatos negros de tacón. No podía poner mis energías en mi apariencia. Las necesitaba para otra cosa.

—Estás lista, Brenda —murmuró—. Gemma está con Evan esperándote abajo.

Tomé una respiración honda y me levanté, sintiendo que mis piernas se tambaleaban. Miré a mi prima dejando que el miedo que sentía se mostrara en mi rostro, en cada mínima facción. Y ella lo comprendió, pues me introdujo en un abrazo lleno de familiaridad y calidez. Dejé que me condujera por las escaleras y hacia donde mi alma gemela y mi hija se encontraban. Él no se mostraba nervioso, pero lo entendía. Ya había ido a visitar a su madre.

Era por él que estaba aceptando ir, porque él me había dado su palabra: la reina Lucinda ya no era un peligro para ninguno de nosotros. De igual manera, llamé a mi mamá la noche anterior para comunicarle del acontecimiento, y me dijo que si Evan la había visto bien, entonces no tenía nada por qué temer; pero advirtió, eso sí, que actuara con precaución. Según mamá, Lucinda podría reaccionar diferente al verme a mí.

Y eso era lo que me daba miedo.

Se suponía que el «proceso de curación» estaba dando resultados increíbles, pero no quería llegar con la confianza por las nubes para ser atacada en el momento en el que me viera. Y, lo que me aterraba por demás, era que iríamos con Gemma. Ya hacía cuatro meses que Lucinda estaba allí adentro. Según toda persona que le había visitado —todos menos mi mamá y yo—, sus días ahí ya

estaban contados. Jackie me dijo, unos días atrás, que cuando su madre saliera del hospital no volvería al castillo. No entendía a dónde podrían enviarla, pero no me sentía en lugar de preguntar.

—¡Oh, Gem!, ¡mira quién está aquí! —cantó Evan cuando aparecí en el vestíbulo—. Sí, es tu mamá. ¿Acaso no está bella?

Reí, intentando enmascarar mis nervios, y froté las manos para deshacerme del sudor.

Él, como siempre, se veía guapísimo con sus pantalones beige y camisa celeste. Me estaba enviando una sonrisa tranquila, intentando que su ánimo traspasara el mío y me contagiara algo de seguridad. Me acerqué a ellos y procuré absorber un poco de su humor al picar sus labios.

—Relájate. Todo estará bien —susurró muy cerca de mi boca.

Asentí sin decir nada y tomé a Gemma, quien estaba despierta. A pesar de tener un mes de vida, era demasiado pequeña. Bueno, si me lo ponía a pensar, para mí siempre sería pequeña. Ahora estaba cubierta por un vestidito un poco más claro que la camisa de su padre, y la ropa interior para que el pañal estuviera sujeto y no tuviera frío.

Sus ojos se posicionaron en mi rostro en cuanto la tuve en brazos. Tracé su mejilla con mi índice y suspiré, sabiendo que nada de lo que hiciera retrasaría la visita a Lucinda. Levanté la mirada y le hice un ademán a Evan, dando la afirmativa para ponernos en marcha. Él me regaló una sonrisa y abrió la puerta.

—Suerte, Brendie —dijo Selesté detrás de mí.

Giré y le sonreí, intentando agradecerle por todo solo con esa acción. Ella me devolvió el gesto y negó con la cabeza, haciendo que sus ondas doradas bailaran alrededor de su rostro. Volví a tomar una respiración profunda y seguí a Evan hacia el auto. Esta vez, Horace nos llevaría. Usualmente era Evan quien conducía hacia todos lados, pero quizá ahora se había dado cuenta de que lo necesitaba a mi lado y no en el volante.

Apenas pasamos las grandes rejas comencé a mover mis piernas de forma descontrolada. Sentí su fuerte brazo rodeándome y atrayéndome hacia su pecho. Lo miré con disculpa. A él y mi bebé, pues

estaba tan inquieta que seguro hasta ella se estaba poniendo nerviosa. Me apoyé contra él y me relajé. Puse mi mente a un lado y dejé que vagara por cualquier cosa que no fuera en el futuro que estaba pisando.

Me sirvió hasta que llegamos hasta el centro en donde Lucinda estaba internada. Pensé que seguía en el hospital psiquiátrico, pero al parecer su mejoría era tanta que ya ni siquiera hacía falta que estuviera allí. Aunque siempre la habían mantenido en habitaciones privadas, este centro era mucho más personal y la atención que le daban a sus pacientes era más específica. Todo esto según Evan, claro, al ver mi cara de confusión.

—Vamos. Mi papá está esperándonos adentro.

Acomodé a Gemma contra mi pecho y la sentí acurrucarse, adormitada. Por suerte, no había ningún fotógrafo en este sector de la ciudad, pues, aunque estaba en una zona céntrica, su ubicación era algo intrincada. Por dentro el lugar era blanco puro y diferentes colores pasteles establecían una atmósfera tranquila. Había plantas en las esquinas y cuadros por las paredes, los cuales tenían fotografías de lo que, al parecer, eran doctores y pacientes.

—¡Príncipe Evan! —exclamó la recepcionista, sonrojándose. Luego, sus ojos se posaron en mí—. Oh, vino con la princesa —expresó con desilusión—, y su hija. Oh. ¿Supongo que vienen a visitar a la reina?

Evan estaba intentando no reírse, pero yo no pude disimular una carcajada. La situación era lo que necesitaba antes de ver a mi suegra. No pude ignorar lo hilarante que me pareció la escena y me reí. Él me lanzó una mirada rápida y se volvió a la muchacha.

—Sí. Iremos ahora.

No esperó a que ella respondiera, sino que pasó su brazo por mis hombros y me impulsó a caminar hacia un pasillo que estaba hacia la derecha. Ambos reímos un momento antes de caer en un silencio súbito. El repiqueteo de mis tacones resonaba en el corredor, haciendo que fuera lo único que se escuchaba. Afortunadamente, nos detuvimos antes de que lo pensaba, frente a una puerta que tenía el número 20.

—¿Estás lista?

No, por supuesto que no lo estaba. Pero necesitaba hacerlo, necesitaba creer en lo que todos me decían y hacer todo lo posible para que desapareciera ese miedo hacia ella que anidaba dentro de mí. Porque ahora éramos parte de la misma familia y no quería vivir aterrada cada vez que me cruzara con ella en los pasillos, veredas y calles de Goldenwood. Yo no había tenido la suerte de conocer un lado lindo de la persona que ella era, mas los demás sí. Creo que hasta Seleste pudo ver una cara que yo no conocía.

Esas veces que la había visto drogada, para mí no contaban. Yo entendía que su actitud siempre se había debido al enojo, la envidia, la tristeza y la traición mal canalizados por culpa del alcohol mezclado con hojas doradas. Pero ella, incluso así, se había comportado como quien realmente era al tratarse de sus hijos y de las personas que ella apreciaba. Y a mí nunca me había apreciado por ser hija de Axelle Thomas.

Al escucharla esa noche gritar y llorar de forma tan desesperada, tan quebrada, tan dolida, supe que lo que yo sentía hacia ella no sería lo mismo. Sus chillidos aún hacían eco en mi oídos. Era casi como si yo pudiera sentir su dolor. Y ya no quería hacerlo. Deseaba con todas mis ganas que las cosas fueran normales, poder vivir sin sentir esos nervios frente a su presencia, incluso hacia su nombre.

Por esa razón asentí en silencio antes del encuentro, para mí misma, para darme ánimos. No fingí ni una sonrisa ni mucho menos seguridad; solo puse en orden mis pensamientos y mis ganas de vivir con paz y tranquilidad. No me sería fácil dejar atrás todas las cosas que habían sucedido entre nosotras, pero sí intentaría comenzar una nueva Era desde el hoy y no desde el ayer.

Cuando Evan abrió la puerta, me llevé una gran sorpresa al encontrarme con una mujer preciosa, enfundada en un largo vestido blanco, el cual no tenía mangas y solo le ajustaba la cintura. Su cabello estaba suelto, castaño claro y ondulado. Tenía la cara completamente limpia, sin maquillaje, lo que hacía que sus ojos azules resaltaran y parecieran cristalinos. Me recordaban a los de mi madre

Me percaté de que era la primera vez que le veía los brazos a Lucinda, la primera vez que la veía sin maquillaje y usando un color que no fuera oscuro. Estaba parada a un lado del rey, quien la estaba mirando con un destello de orgullo en sus ojos, acariciando su antebrazos. Jackie estaba sentada en la cama pegada a la pared, observándolos con una sonrisa que no le cabía en la boca. No sabía que ella estaría aquí.

—Hola, familia —saludó Evan.

Mis ojos estaban abstraídos mirando cada detalle de la reina, por lo que cuando ella volteó hacia nosotros, su mirada terminó en mí. Al instante, su mirada se cristalizó y se llevó las manos a la boca. Yo no podía reaccionar, así que solo me quedé parada en el umbral, observándola y abrazando a Gemma contra mi pecho. Los pies estaban comenzando a dolerme al igual que la espalda. Tenía una urgencia: sentarme, pero no hice ningún gesto para moverme hacia una silla o la cama en la que estaba Jackie. Deseaba permanecer de pie. Se trataba de un momento sublime. Un momento que trazaría un antes y un después en mi vida, en la vida de la reina, en Goldenwood.

—Hola, chicos —respondió el rey Richard—. ¿Cómo están? Aquí Luce nos contaba que ya terminaron con su tratamiento de piel y que en menos de un mes podrá salir del centro... Con una enfermera de compañía, por supuesto.

—Eso es asombroso, mamá —dijo Evan, quien realmente sonaba feliz. Sentía que quería acercarse a ella y darle un abrazo, pero a pesar de eso, se mantenía a mi lado, sosteniéndome—. Trajimos a Gemma para que la conozcas al fin.

Lucinda quitó las manos de su boca y las apoyó en su pecho, observando a su nieta con un nuevo resplandor en sus ojos. Asintió y luego me miró a mí. Me sonrió. Con labios curvados y arrugas ligeras formándose en su rostro, sin mostrar los dientes, sin exagerar. Un gesto genuino. Nada comparado a la bizarreada de la vez anterior.

—Veo. Aún no le he visto el rostro pero ya sé que es hermosa. Hola, Brenda.

No respondí. Parpadeé. Yo no conocía a esta persona.

Jackie carraspeó.

—Vamos a la cafetería, papá. Tengo hambre.

Saltó de la cama y se acercó al rey. Él le sonrió y la abrazó con paterna efusividad.

Tuve que adentrarme más en la habitación para que ellos pudieran salir, y me sentí confinada en una jaula cuando escuché que la puerta se cerraba. Tragué saliva con fuerza y me tensé todavía más.

—Ven, sentémonos —dijo Evan, y me acercó un sofá que estaba cerca de la cama.

Él se sentó a mi lado y Lucinda tomó asiento en diagonal a nosotros. La sonrisa que estaba en su rostro parecía no querer borrarse, más bien parecía que deseaba cincelarla en sus facciones como si se tratara de una estatua en tributo a la alegría. Ya toda esta situación me estaba dando escalofríos. Deseaba que fuera porque la hacía lucir fea, pero era todo lo contrario. Se veía tan distinta, era como tener, ya lo dije, a una persona completamente diferente frente a mí.

Las palabras de Lynn resonaron en mis oídos.

—Ambos se ven muy bien —comentó la reina—. Estoy muy feliz de que estén aquí.

—Gracias, mamá. Nosotros estamos felices de estar aquí.

Seguro que lo estábamos.

Lucinda peinó su cabello con las manos de manera relajada y luego miró a su hijo, sonriendo ligeramente.

—No quiero ser grosera, Evan, pero, ¿podrías dejarme a solas con Brenda?

No.

—Por supuesto. —Frotó mi brazo, en un inútil intento por relajar mi cuerpo. Acercó sus labios a mi oído y susurró:—. Estaré justo detrás de la puerta. Estoy seguro que no pasará nada, pero si me necesitas aquí, solo debes llamarme.

Realmente no quería quedarme sola con Lucinda; pero estaba plenamente convencida de que era algo que debía hacer. Algo me decía que me diría cosas que no quería que su hijo escuchara, cosas que solo me incumbían a mí. Y quizás a mi madre. Después de todo, las cosas que habían pasado eran por ser su hija.

Cuando Evan salió, no sin antes dejar un beso en mis labios, sentí que mi corazón se saldría del pecho.

Lucinda, en cambio, se mostraba relajada, pero en sus ojos bailaba un ápice de tristeza.

—No tengas miedo, Brenda, no te haré daño. Solo quiero explicarte algunas cosas. Más de algunas que de otras, quizás.

Tomando coraje, carraspeé, y traté de que cada sílaba sonara firme:

—¿Por qué no quieres que Evan esté presente?

—Porque no quiero volver ver la decepción en sus ojos. ¿Sabes? Hacía años que no veía a ese muchacho llorar. La primera vez que vino a visitarme me rompió el corazón ver cómo yo se lo había roto a él. Sé que no merezco la lástima ni mucho menos la consideración de nadie, pero no quiero ver a mi hijo de esa forma de nuevo. Nunca jamás. Sé que tú le dirás lo que aquí se diga y no tengo problema con eso. Solo no quiero que lo presencie.

Asentí, comprendiendo, o tratando de comprender. Me quedé callada, porque no sabía de qué manera empezar la conversación o si yo debía decir algo siquiera. Después de todo, era ella quien había pedido estar a solas para hablar. Que hablara, pues, porque yo estaba sin palabras.

Suspiró y lució insegura, pero sus ojos nunca se apartaron de mi rostro.

—Debo hablar con tu madre. Sé que debería haber hecho eso antes de hacerlo contigo, pero aún no reúno el valor para poder llamarla y decirle que venga. Brenda, yo ni siquiera recuerdo cuándo comenzó mi adicción a las hojas doradas. Sé que fue hace muchos años, cuando Jackie era un bebé, pero no tengo ninguna fecha, ninguna situación. Nada. Y me odio por ello, porque sí tengo por seguro que tiene que ver con Axelle.

Le dije que sí moviendo apenas mi cabeza, dándole a entender que yo sí sabía cuándo había comenzado. Lucinda se vio avergonzada al verme, pero eso no impidió que continuara hablando, confesando, desnudando su alma. Pasó una mano por un costado de su cara y continuó:

—Cuando yo tomaba la sensación era genial. Era como si una parte feliz de mí saliera a flote y se apoderara de mi cuerpo, de mis pensamientos, de *mí*. Tú me viste una vez. ¿Acaso no era demasiado exagerada? ¿Demasiado sincera? Era como si estuviera ebria. Pero esto es una droga. Y como cualquier tipo, deja secuelas. Con el pasar de los años mi piel comenzó a cambiar, como si estuviera envejeciendo antes de tiempo. No me gusta hablar de los momentos en los que el efecto de las hojas se iba, pues ahora siento mucha vergüenza. Sin embargo, así como cuando recién las tomaba un lado feliz se asomaba, el efecto después hacía que la cara de la furia saliera de su escondite y se apoderara de mí. No era yo. No exactamente. Y era consciente de las cosas que hacía, pero no podía, no era capaz de detenerme a mí misma.

»Afortunadamente, las hojas doradas, a pesar de tener este lado malo para las personas que no saben controlarse, tienen un gran lado bueno. Ellas fueron quienes me ayudaron a mejorar mi piel y a estar mejor de salud. Antes era como si mi cuerpo fuera el de una mujer de 70 años, cuando yo apenas tengo 47. Axelle tuvo que llamar y guiar a los médicos, pues nadie antes había lidiado con un caso así. Yo... Yo quiero que entiendas las cosas que hice mientras estaba en ese estado. No lo hice porque tenía ganas. Lo hice porque... Ah, esto es tan difícil.

Me sentía demasiado intrigada por lo demás que tenía que decirme, pero todo el pedazo de información que me había dado, me estaba sirviendo para entender, de una manera u otra, cómo funcionaba su ser al estar atado viciosamente a esas hojas. Y tenía muchas dudas que estaban aflorando en mi cabeza y necesitaba purgar mi alma de ellas antes de olvidarme.

—¿Cómo hicieron para curarte?

Ella lució aliviada por mi pregunta. Me sonrió ligeramente.

—Fue una especie de diálisis. Mi sangre estaba demasiado contaminada y Richard no quiso que me dejaran días y días en abstinencia hasta que los restos de las hojas desaparecieran. Cuando ya no

había rastros de ellas en mi sangre, esperaron cuatro días en los que me hicieron diferentes tipos de análisis, y yo apenas si tenía energía para comer; luego comenzaron a darme té con hojas doradas. Al principio me caía mal, ya que a pesar de curar y prevenir, lo que lo hace especial es lo mismo que a mí me llevó a la ruina. Cuando pude beber sin vomitar, tampoco hizo efecto de inmediato. Estuve bebiendo té un mes entero hasta que se me fueron las ganas de... Bueno, de tomar alcohol.

—¿Todavía tomas el té? —pregunté curiosa.

—Sí. Pero solo uno antes de irme a dormir. Incluso tomando no sé cuántos por día, porque realmente lo único que hacía era ingerir té dorado, mi piel no mejoraba. Por lo menos no a la velocidad que todos esperaban. Por eso llamaron a Axelle de nuevo, quien les dijo que debía darme baños de inmersión con hojas en el agua caliente y usar una buena crema dermatológica. Y, sorprendentemente, sirvió. Ayer fue el último día del tratamiento. El tiempo que me queda aquí es de control.

Demasiado rápido. Yo había pensado que les llevaría, por lo menos, un año. No sabía si sentirme aliviada o irritada por el hecho, pero no mostré ninguna de esas emociones en mi rostro. Asentí tranquilamente y arrullé a Gemma en mis brazos, quien se estaba estirando. Lucinda miró rápidamente su cuerpo, mas no hizo comentario alguno.

—Creo que mi mamá ha sido demasiado buena al ayudarte. Debes hablar con ella.

—Lo sé. Lo haré en cuanto aclare las cosas contigo, Brenda.

—¿Qué cosas?

Me apoyé contra el respaldo, ya que mi espalda y mis brazos se estaban entumeciendo. Ya no me sentía tan tensa, ya que parecía que Lucinda no era la misma persona que me había dicho «irrespetuosa» el día en que me conoció. Además, no había visto instintos asesinos en su mirada ni nada parecido. Estaba bastante más tranquila.

—Quiero que entiendas todo. Para empezar, yo siempre supe que Axelle tenía la capacidad de establecer cierta comunicación con el Bosque Dorado. Ella me lo había dicho cuando éramos

amigas. Un día, en el que estaba demasiado pasada de alcohol, entré al Bosque y me atreví a tocar el árbol con el tronco más grueso. Ahí pude ver y sentir todo, y solo porque yo tenía demasiadas hojas encima.

—No entiendo. ¿Qué viste? ¿Qué sentiste?

Tragó con fuerza.

—Vi que tú tendrías la primera primogénita de los Bourque en muchísimos años. Vi que tú y Evan se amarían de manera incondicional. Pero también vi que él se enamoraría de Isabelle antes. También vi que tú tendrías novio. Por eso le pagué a esa... A Isabelle, perdón, para que fingiera su muerte, y también le pagué a los médicos para que me ayudaran. Incluso en ese estado, me di cuenta de que ella no amaba a mi Evan. Quiero decir, yo estaba loca y la amenacé con no dejar que su familia entrara a París, pero ¿acaso no se dio cuenta de que yo no puedo hacer eso? Demonios, soy la reina de Goldenwood, no del mundo.

»Tú también, Brenda, caíste cuando te dije que dejaría a tu amiga y a tu exnovio sin nada, y que arruinaría al amigo de Evan. ¿Cómo haría yo algo así? Mi poder como soberana llega solo hasta cierto punto. Pero luego me di cuenta. Cuando volví al Bosque y volví a ver y a sentir, supe que tú aceptaste y caíste en mi amenaza porque también eras cautiva de las hojas doradas. Tú estabas bebiendo el té y aunque yo no soy tu madre, el nivel de hojas en mi sangre era mayor que el tuyo. Sé que no debió ser fácil para ti dejarte... embarazada, pero tampoco pusiste resistencia. Supongo que una parte de ti lo quería, otra sucumbió por las hojas y la restante no quería saber nada y solo tenía miedo de que en serio pudiera hacerle algo a tu amiga.

—No —interrumpí—. Tú no tienes idea de lo mal que la pasé en la boda por estar pensando en tu amenaza. No sabía qué carajo hacer. Además, tú sí podrías dejar a alguien sin trabajo en cualquier parte del mundo con el poder que tienes aquí. Eres una reina.

Negó con la cabeza ligeramente.

—No, en realidad no. No negaré que me he hecho de muchos contactos con el paso de los años, pero si quiero arruinar a alguien, debe ser alguien de aquí. Podría intentar comunicarme con alguien

de los Estados Unidos, pero tampoco puedo impedir que una persona común y corriente consiga empleo. No quiero discutir esto, porque no fue tu culpa, sino la mía. Abusé del poder de las hojas sin ni siquiera saberlo. Lo que quiero que entiendas es que yo sabía que tú tendrías un bebé con mi hijo, pero estaba escéptica al hecho de que fuera una niña. Por eso largué la noticia de que estabas embarazada, porque no quería ni podía esperar para comprobarlo.

La miré horrorizada. ¿Todo por un maldito capricho?

—Lo sé, no hace falta que digas nada. Ese mismo motivo fue el que me llevó a enloquecer en año nuevo. Había escuchado que tú y Evan hablaban sobre el sexo del bebé, y tú hacías hincapié en que sería una niña. Esa noche volví a entrar al Bosque Dorado y volví a ver esas cosas. Estaba feliz, por lo que le pedí a una de las sirvientas que agregara hojas a mis copas de champán. Entonces, cuando Richard me envió a dormir por estar ebria, me invadió todo el odio hacia Axelle, hacia mi padre, hacia sus padres, hacia mis suegros. Y entonces, hacia ti, solo por ser la hija de la mujer que yo creía mi enemiga. No era el hecho de que tuvieras una primogénita lo que me transformó, sino el hecho de que fueras tú. Por eso hice lo que hice.

»Tengo muy en claro que nada de lo que estoy diciendo tiene mucho sentido y excusa, solo necesito que entiendas qué estaba pasando por mi mente de drogadicta cuando hice todas esas cosas. Muy dentro de mí, sabía que todo estaba terriblemente mal, pero ni siquiera podía luchar para poder detenerme. —Su voz se quebró—. No tienes idea de lo mal que me siento, Brenda. No tienes idea de lo mucho que lo lamento.

Yo también sentía que, de estar hablando, mi voz estaría completamente aguda por aguantarme el llanto. No me sentía bien ni aliviada por saber lo que había pasado por la mente de Lucinda, pero sí tenía en mi alma algún tipo de sensación liberadora. Todo este tiempo había pensado que ella me odiaba. Ahora resultaba que, en realidad, odiaba a mi madre y me había amenazado para comprobar un hecho. En esos ojos que le pertenecían pero que por mucho tiempo no habían sido suyos, ella me había visto como un objeto.

No sabía qué otra cosa sentir. Froté mis ojos con las yemas de mis dedos y aspiré por la nariz, temblorosa. ¿Acaso debía decirle que nada de esto me hacía sentir mejor? ¿Que ya quería irme a casa y olvidar que todo esto había pasado? No, no podía. Si quería que nuestras vidas continuaran en armonía, debía seguir aquí.

—No sé qué decirte —murmuré.

—No tienes que decir nada. —Finalmente lloró—. Solo necesitas saber que no te odio y que nunca te odié. Lo que sentía estaba mal apuntado, pues ni siquiera tendría que haber odiado a tu madre porque lo que había sucedido en nuestra adolescencia. Me dejé llevar y de la peor manera. Nunca me perdonaré todo el mal que te he causado a ti, a tu madre y a mi hijo. Nunca.

Lágrimas caían como cascadas por sus mejillas, pero ella no estaba haciendo intento alguno de limpiarlas. Necesitaba decir las palabras mágicas, liberarme del peso que abundaba en mis hombros desde hacía tiempo. Tomando aire, moví a Gemma para que estuviera acostada sobre mis piernas, dándole oportunidad a la reina para que apreciara su rostro. Al hacerlo, lloró con más fuerza.

Entendí que ella no era la misma persona que me había arrojado por las escaleras. No era la misma que le había pagado a Isabelle para que Evan pudiera casarse conmigo. Simplemente, su alma y cuerpo estaban liberados de la persona que, ahora veía, ella había despreciado ser. Que yo había odiado. De la que Evan estaba decepcionado. La Lucinda que conocí al llegar a Goldenwood se había ido, posiblemente para siempre.

Pero el perdón no era fácil de dar para alguien como yo.

—No puedo perdonarte hoy —murmuré—, pero quiero perdonarte mañana. O pasado mañana. O el día después de ese.

Ella rio y secó sus lágrimas, viéndose más tranquila y relajada. Admitió que ella ya no era igual. Después de escuchar esto me permití sonreír ligeramente. Nos quedamos sumidas en un raro silencio para nuestra naturaleza conversadora; un silencio restaurador, liviano, calmado. Un silencio cómodo. Creo que necesitábamos reacomodar nuestros pensamientos y las ideas que teníamos la

una de la otra y la otra de la una. Yo no me sentía la misma persona que había llegado a Goldenwood casi un año atrás, y ella, definitivamente, era otra.

Sentí que el aire que respiraba era más liviano. Ya no me pesaba, no me costaba continuar sabiendo que debía superar uno de mis más grandes miedos. Todavía no le había brindado el «perdón», pero realmente quería hacerlo. Deseaba que las cosas fueran absolutamente buenas de una vez por todas.

Con ese pensamiento clavado en mi mente, dije:

—¿Quieres cargarla? —Hice un ademán hacia Gemma, quien ahora estaba despierta.

Lucinda se mostró realmente sorprendida, feliz. Asintió emocionada, limpiando su rostro una vez más. Me levanté y me acerqué a ella, pasándola a sus brazos de manera suave. La reina la sostenía con un solo brazo, mientras que, con el otro, acariciaba sus pequeñas manos, su rostro, su cabeza. La bebé la miraba tranquila, casi como si la reconociera. No podría describir cómo me sentí cuando Lucinda acarició su pómulos con la yema de su índice y Gemma largó una sonrisa sin dientes.

Pero era algo bueno.

Cuando salí de la habitación con Gemma en brazos, un rato más tarde, era como si las cosas malas nunca hubieran sucedido. Jamás podría ignorar lo que había pasado ni fingir su inexistencia, pero sí podía seguir adelante. Eso era exactamente lo que haría. Dejaría todas las cosas malas detrás de mí.

Evan, Jackie y el rey Richard lucían sorprendidos cuando aparecí con una pequeña sonrisa. Jack me dio un beso en la mejilla y pasó de mí hacia la habitación.

—¿Estás bien? —preguntó Evan.

Asentí sin decir nada, sabiendo que las palabras no eran necesarias.

—Tengo que darles una noticia —comentó el rey, atrayendo mi atención. Él sonreía—. En realidad quería esperar un poco más, pero creo que es mejor que ustedes se enteren ahora.

Evan se colocó a mi lado y pasó su brazo por mi espalda.

—¿Qué es, papá?

Richard suspiró.

—Luce no quiere volver a vivir en el castillo. Me dijo que está segura de que no volverá a acercarse al Bosque Dorado, pero no quiere correr ningún riesgo. Por eso he decidido que cederé mi puesto a Alaric. Ya es tiempo de que me haga un lado y él comience a reinar. Sé que aún es temprano, es solo que yo necesito estar al lado de la mujer que amo en este momento. He ignorado el problema por mucho tiempo y es hora de que le dé la atención que se merece. Iremos a la casa en la vivíamos cuando éramos jóvenes.

Su hijo lo miró sorprendido; sin embargo, yo no podía estar más de acuerdo. Le sonreí al rey.

—Creo que es lo mejor que puede hacer ahora.

Evan carraspeó, sonriendo para sí.

—Estoy de acuerdo con Brenda. Mamá y tú necesitan tenerse el uno al otro.

El rey estaba complacido por nuestras palabras, se notaba, ya que su sonrisa se había ensanchado. Nunca lo había visto tan feliz.

—No dejaré el reino por completo; ayudaré a Ric en todo lo que pueda. Pero debo brindarle a mi esposa el tiempo que no pude darle durante estos años. No me arrepiento de nada, excepto de no haberla detenido cuando supe que las cosas iban mal. Tendría que haber sido más insistente.

—No es tu culpa, papá.

—Lo sé.

Esa noche, el rey Richard se quedó con Lucinda en el centro. Según Jackie, no se quedaría ahí a dormir, pero sí quería estar con su esposa hasta que ella cayera dormida. Nunca antes me había fijado en el amor que él le tenía a ella, y no me agradaba no haberme dado cuenta de lo mucho que

ese hombre cuidaba de la reina. Quizá jamás había querido notarlo, considerando que en ese momento no la quería mucho.

Jacqueline nos pidió que nos quedáramos a cenar con ella en el castillo, pues no quería hacerlo sola y Alaric y Lynn estaban ocupados. Parecía que estaban en una cena con unos amigos... O algo así. Antes de empezar a comer, Seleste y Marco se nos unieron. Al terminar, nos dieron la noticia de que se iban a casar.

Jack y yo nos miramos, y al mismo tiempo susurramos: *al fin*.

Ese hombre se había tardado demasiado.

Al menos ahora podíamos decir que la estaba haciendo realmente feliz. Marco no era un príncipe, pero era el sobrino de la reina Lucinda y tenía un buen puesto trabajando para la corona. Estaba segura de que podría darle a Seleste la boda de princesa que ella siempre había querido. Estaba muy feliz por ella.

Jacqueline estaba queriendo convencernos de ver una película con ella, cuando mi celular comenzó a sonar. Gemma estaba en brazos de Seleste, así que me disculpé y salí al jardín para hablar. Era Candace.

—Hola, Candie —saludé—. ¿Ya sabes cuándo vendrás?

Ella rio.

—Sí. Estaré allí en dos semanas. Soufiane me dijo que ya hizo lugar para mí en su apartamento. ¿No crees que es demasiado rápido? Ni siquiera hemos tenido muchas citas.

Y me preguntaba justo a mí. Claro, yo era el gurú del amor.

—Mmm... Bueno, en realidad no creo que sea apresurado, ustedes hace casi un año que vienen conociéndose. Haz lo que te parezca mejor. Sabes que las puertas de mi casa están abiertas para ti. Mi casa es tu casa y todo eso.

Volvió a reír.

—Tienes razón. Lo pensaré, pero creo que sí quiero irme con él. Como sea, no te llamé para hablar contigo sobre mi relación, sino porque tengo a alguien aquí a mi lado que quiere decirte algo. Solo no me mates, ¿sí?

Fruncí el entrecejo, aunque ella no era capaz de verme.

—¿Quién?

—Te quierooo.

Hubo ruidos extraños del otro lado de la línea. Saqué el aparato de mi oreja y miré la pantalla, corroborando que la llamada no se había cortado. Volví a poner el teléfono en mi oído.

—¿Candace?

Se escuchaba una respiración pesada del otro lado.

—No. Soy yo, Sean.

Ah. Me quedé en silencio, sin saber qué decir. No esperaba volver a hablar con él, ni siquiera por teléfono. Al menos tenía la remota esperanza de que algún día volvería a Nueva York y hablar cara a cara con él, no por este medio. No así. Había sido un día de vulnerabilidad extrema para mí, no estaba segura de si volver a hablar con él provocaría que terminara llorando en mi cama. Ya no lo amaba, ni siquiera sabía si lo que había sentido hacia él era amor, pero su presencia en mi vida había sido importante. Al igual que la forma en la que me lastimó.

—Eh, creo que es mejor si vuelvo con mi familia.

—¡No! Brenda, espera un momento. No quiero retenerte ni nada por el estilo, solo quiero que sepas que lo lamento. Lamento haberte tratado como la mierda sin saber por lo que estabas pasando.

Lamento no haberte escuchado, no haberte creído. Candace me aclaró cómo habían sido las cosas y me sentí un imbécil. Realmente lo siento, Bren. Solo quería que supieras eso y que no diré nada de todo lo que sé. Tú te mereces ser feliz. Adiós.

—Espera un momento —imploré—, no cortes. Me conoces, sabes que no puedes dejarme con la palabra en la boca. Mira, Sean, yo... No me agarraste en mi mejor momento. Hoy fue un día extraño para mí, pero quiero decirte que te perdono por la forma en que me trataste ese día. Aún te aprecio mucho y agradezco que no digas nada de lo que sabes. Me gustaría decirte que también deseo que seas feliz, pues sé que ahora tienes alguien muy importante en tu vida.

Esperé. Al principio tenía miedo de que no me respondiera o que habría terminado la llamada y yo no me había dado cuenta, pero finalmente escuché que suspiraba.

—Candace no sabe mantener la boca cerrada —masculló—. Sí, lo tengo. No pensé que alguien podría llegar a ser tan importante para mí en tan poco tiempo, pero creo que es la magia de los hijos, ¿verdad? Quiero decir, tú también eres madre ahora —rio—. ¿Quién lo imaginaría? Ambos somos padres pero junto con otras personas. Recuerdo que dijimos que no planeábamos tener hijos tan jóvenes.

Reí con él por la ironía del pasado.

—Nadie. Quizá suene estúpido, pero siento que todo esto me hizo crecer. Sean, quiero que sepas que hasta que no me dejaste, no dejé de pensar en ti. Todos los días esperaba un llamado tuyo, algún mensaje o alguna noticia mínima. Siempre estuviste en mis pensamientos, hasta que me di cuenta de que debía dejarte ir. Espero que tú también me hayas dejado ir.

—Sí —dijo en voz baja—. Estos meses no han sido fáciles, pero aprendí que nunca debo hablar sin saber. Nunca debo hablar sin antes escuchar, y nunca debo dejar de luchar por lo que quiero. Aún te quiero, Brenda, solamente sé que ya no es el mismo cariño de antes. Fuiste alguien muy importante para mí; todavía lo eres.

Sonreí con tristeza.

—Ídem, Sean, prometo comunicarme contigo cuando viaje a Nueva York. Quiero conocer a tu hijo y quiero que conozcas a mi hija, y a Evan.

—Eh, ¿no será raro? Soy tu ex.

Reí.

—No, no importa si es raro. Conocí a la ex de Evan y fue una de las situaciones más incómodas de todas mi vida..., y ella está loca. Tú al menos eres una persona sana.

—Supongo que eso los hará estar a mano —rio entre dientes—. Te tomaré la promesa, Bren, y estaré esperándolos. De verdad espero que seas feliz. Siempre estarás en el lado bueno de mi memoria.

—Y tú en la mía, Sean. Espera, antes de irte, ¿cómo es que estás con Candace?

—Oh —rio entre dientes—. Vine a un bar por el cumpleaños de un amigo y resulta que la encontré con las personas con las que tú solías compartir. Me saludó y preguntó cómo estaba. Le dije que bien, pero que me gustaría poder hablar contigo. Así que... Aquí estoy. Espero que no te haya molestado.

—No, no, para nada. Estoy feliz. Hoy cerré bastantes capítulos.

—¿Yo era un capítulo? ¿En serio, Brenda? Muchas gracias.

Reí a carcajadas.

—Sabes a lo que me refiero. Necesitaba hablar contigo para que las cosas terminaran bien. No me gustó cómo habían quedado esa vez. Me siento aliviada de que al fin pudiéramos conversar.

—Yo también. —Supe que estaba sonriendo—. Bueno, tengo que irme. Mi número sigue siendo el mismo de siempre, así que cuando vengas o si algún día me necesitas, aquí estaré. Cuídate, Brenda.

—Gracias, Sean. Nos vemos pronto.

Y la llamada terminó. Era algo que había necesitado desde hace tiempo, pero que tenía la idea de hacer en un futuro incierto. Si con Lucinda sentí que me había quitado un peso de los hombros, ahora era como si no sintiera los huesos. Mil veces más liviana.

Aunque todo se fue de mi mente en cuanto sentí que alguien tocaba mi espalda, giré y vi a Evan. Sean se había disculpado y eso era lo que verdaderamente me importaba. Lo demás podía arreglarse en el futuro. Guardé el celular y le sonreí.

—¿Está todo bien?

No le respondí, solo eliminé el espacio que quedaba entre nosotros y lo abracé. Encerré su torso con mis brazos y apoyé mi mejilla en su hombro. Él me envolvió y sentí que dejaba un beso en mi cabeza. No sé cuánto tiempo estuvimos así, arrullándonos de un lado a otro, pero sentí que había pasado una eternidad placentera cuando nos separamos.

—Ven, quiero mostrarte algo —musitó.

Entrelazó nuestros dedos y me guió hacia el Bosque Dorado. Al principio estuve renuente a entrar, pero al estar tan cerca todo lo que sentí fueron grandes deseos de estar inmersa en ese armonioso lugar. Recordaba como si fuera ayer la sensación de mis pies descalzos sobre la arena fina y blanca, la calidez que envolvía el aire y la repentina atracción hacia Evan.

Cuando nos paramos frente a la reja dejé mis tacones a un lado.

Esta vez, al entrar, sentí todo lo mismo. Solo una cosa era diferente: no era solo atracción, sino tanto amor que sobrepasaba mi alma, tanto que me abrumaba y traía lágrimas a mis ojos. No entendía nada. Miraba a mi alrededor a todos los árboles y sus lindas hojas, y no sabía por qué estaba así; tan débil por los sentimientos que me acariciaban.

Sin embargo, cuando giré a ver a Evan, me di cuenta de que él se sentía igual: sus ojos estaban cristalizados.

—Te diría que no tienes idea de cuánto te amo, pero sería inútil, ¿verdad?

—Sí —repliqué—, porque yo siento exactamente lo mismo.

Quería llorar solo por el amor que tenía hacia él. ¿Qué tan loco era eso? ¿Qué tan increíble? Me sentía extremadamente cursi. Todo en mí me gritaba que se lo dijera tanto como pudiera, que lo

besara, que lo mimara, que acariciara su piel cuantas veces fuera posible. ¿Por qué, de repente, todo era tan fuerte?

Evan soltó mi mano y se colocó frente a mí. De su espalda sacó un libro color negro y lo colocó ante mis ojos. El título estaba en francés y en la portada había solo una hoja dorada en forma de estrella de tres puntas, partida por la mitad. Al pasar la mano por allí sentí la suavidad y el relieve. Se asemejaba a una hoja real.

—Ábrelo y lee la primera página —dijo con suavidad.

Como si hablar en un tono más fuerte haría que la armonía se quebrara.

Moví la tapa y una página que volvía a tener el título. En la siguiente, decía «*Une feuille à la moitié*».

Una hoja por la mitad.

El texto también estaba en francés.

«Darcia Morel y Augustin Bourque fueron quienes devolvieron el poder al Bosque Dorado. El amor que sentían el uno por el otro, el odio que sus familias les habían inculcado, la negación de admitir sus sentimientos. Sus vidas fueron demasiado cortas; no pudieron obtener el conocimiento de que eran almas gemelas: lo esencial para la vida del Bosque. Nadie sabe cómo sucedieron sus muertes con exactitud y nadie nunca lo sabrá. Lo único que el Árbol Mayor pudo ver fueron sus manos unidas por una hoja dorada partida en mitades perfectas. Él y los demás miembros del Bosque Dorado continuaron buscando almas gemelas, personas que con su amor harían que su vida permaneciera intacta y saludable. Desde ese día, al ver esas dos personas sin vida que se habían amado en sus suelos, decidieron que las parejas salvadoras no serían las llamadas almas gemelas, sino...»

—*Moitiés parfaits* —leyó Evan en voz alta, lo que era el título del libro también.

Levanté la mirada para encontrarlo a mi lado, observándome con tanta adoración que casi parecía imposible.

—*Mitades perfectas*. Como la hoja que Darcia y Augustin tenían en sus manos.

Él asintió, tomó el libro y lo apoyó a un lado en la arena. Me tomó por la quijada con ambas manos y me miró por largo rato. En otro momento, quizá, habría perdido la paciencia, pero ahora mismo todo estaba cerrando en mi mente, todo estaba esclareciéndose, cobrando sentido. Apoyé mis manos sobre las de él y sonreí muy ligeramente.

—*Nous sommes moitiés parfaites* —expresó en un murmullo.

Nosotros somos mitades perfectas.

Asentí y me di cuenta de que nunca me había sentido tan segura de algo en mi vida.

—En efecto, lo somos.

Se acercó aún más y pegó su nariz a la mía. Sus labios rozaban mi boca.

—Dilo. Quiero escucharte decirlo —susurró.

Saqué mis manos de las suyas e imité la manera en la que él me estaba tomando a mí. Acaricié la piel que estaba debajo de sus orejas, aspiré su aroma masculino y me aguanté las ganas de besarlo hasta que mis labios dolieran y sangraran.

—Nosotros somos mitades perfectas.

Exhaló.

—Brenda. Te amo tanto...

No me dejó responderle. Apoyó sus labios en los míos y me besó. Nuestras lenguas danzaban de manera lenta y gentil. Sentí que el aire alrededor cobraba vida, que las hojas doradas de los árboles se despegaban de sus ramas y hacían un círculo en torno a nosotros dos. Era como si todas las cosas malas que algunas vez habían sucedido se dispararan junto con el aire cálido del Bosque Dorado. Porque en ese momento nada más importaba.

Éramos él y yo.

Epílogo

Al sentir el cálido aire acariciar mis brazos desnudos, dejé salir un suspiro de júbilo. Enterré los dedos de mis pies en la arena y cerré los ojos, aspirando el exquisito aroma que bailaba con una brisa inexistente. Cuando parpadeé lentamente, me encontré con él una vez más.

El Bosque Dorado.

Mi madre había decidido que no entraríamos hasta que quisiésemos completar la ceremonia de curación y unión perfecta (lo sé, sonaba ridículo, pero así le había llamado ella). Por eso aquí estábamos, cumpliendo la promesa de renovar nuestros votos de la manera más pura y especial que existía en la tierra.

O quizás debería decir, en Goldenwood.

No había necesidad de un sacerdote o un abogado. Aquí solo hacía falta el ángel del Bosque. Y ya todos sabíamos quién era: tan hermosa como siempre, Axelle Thomas estaba parada en la otra extremidad, enfundada en un largo vestido blanco antiguo estilo bohemio. Su cabello dorado estaba suelto, cayendo en ondas hasta su cadera.

Mi mamá sí lucía como un verdadero ángel.

Por más que me había opuesto, ya que sabía que no era necesario estar de gala para la ocasión, me obligó a vestirme de blanco puro y dejarme el cabello suelto y natural. No era mi atuendo favorito, pero Evan decía que me veía preciosa. Y cuando alguien que estaba tan bueno te lo decía, había que seguirle la corriente.

Él también vestía de blanco. Camisa y pantalón de lino. Ninguno de los tres llevaba calzado. Mamá me había dicho que estar descalzos era fundamental, ya que hacía que la conexión entre los árboles, el Árbol Mayor y nosotros fuera más alta.

Caminamos con las manos entrelazadas hacia donde mi mamá esperaba, sonriendo con un brillo especial en sus ojos azules. Cuando estuvimos lo suficientemente cerca, me di cuenta de que el Árbol Mayor, como ella lo llamaba, tenía un diámetro más grande que el de los demás; era más alto,

sus hojas tenían otro tamaño y había un nudo en medio de su coraza, algo que ninguno de los otros poseía.

Esta era la primera vez que ambos ingresábamos al Bosque luego de nuestra última visita, en donde descubrimos que en realidad no éramos *almas gemelas*, sino *mitades perfectas*, casi tres años atrás. No solo éramos personas destinadas y elegidas por el Bosque, sino que también éramos quienes podíamos curarlo. No leí todo el libro que Evan me había dado esa vez, pero sí aprendí algunas cosas que no habría imaginado. Algo que realmente me sorprendió (pero que no lo tendría que haber hecho) fue que mi mamá era la autora.

Nos dijo que al estar juntos el Bosque Dorado ya no estaba muriendo, pero que lo mejor que podíamos hacer era llevar a cabo una ceremonia que lo salvaría por completo. Estaba comprometida a hacerlo, pues era como casarme porque yo quería y no porque mis padres lo habían arreglado, pero me era difícil cuando tenía tantas cosas en la cabeza.

No quería parecer desinteresada, era solo que Sophia no era igual a Gemma. Gemma había nacido con la esencia de las hojas doradas. Sophia no. Tenía cólicos, era caprichosa y, a menos que estuviera dormida, no quería estar en ningún lugar que no fueran los brazos de alguien, especialmente los míos. Antes de venir aquí, la había amamantado y acostado a dormir. Jacqueline la estaba cuidando. Solo rogaba que no se despertara antes de que la ceremonia acabara.

Al llegar a donde estaba mi madre, comencé a sentirme nerviosa. Tenía la certeza de que no sería una unión normal y me daba miedo saber que estaba la posibilidad de presenciar algo sobrenatural o fantástico. Ya había dejado atrás el escepticismo de que estas cosas existían, pero aún no había sido testigo de algo así.

—Bienvenidos, Brenda y Evan. Hoy estamos aquí para celebrar la unión perfecta de estas dos mitades. Esto será presenciado por nuestro gran Árbol Mayor, el responsable de que ustedes dos hoy estén aquí; juntos y enamorados. El agradecimiento de él hacia ustedes es infinito. Todos aquí esperamos que su vida sea plena y hermosa. Como ya saben, esta no es una ceremonia normal. No

será tan larga, no habrá tantas palabras y no se necesita más que del Bosque y de nosotros tres. Procederé, directamente, a crear la unión definitiva.

Me asombraba la formalidad con la que estaba hablando, con la seriedad que se estaba tomando todo el asunto. Sin embargo, entendía que ella era tan parte de este lugar como los árboles y sus raíces. Por algo ella era quien iba a completar la curación y unión.

Tomó la mano derecha de Evan y la posicionó boca abajo, y mi mano izquierda palma arriba, una bien al lado de la otra. Me sorprendió que arrancara una hoja del Árbol Mayor sin remordimiento alguno, ya que se suponía que no se podía. Las hojas que se tomaban siempre eran las que caían desprendidas de sus ramas. Por lo que había entendido, los árboles en este bosque renovaban las hojas cada mes, no anualmente, y se notaba que volvían a crecer rapidísimo.

Suspendió la hoja sobre mi mano.

—Brenda, ¿aceptas a Evan como tu mitad perfecta para serle fiel, amarlo, cuidarlo, respetarlo todos los días de tu vida y ayudar a sanar al Bosque Dorado?

—Acepto —musité.

Mamá apoyó la hoja sobre mi mano y luego tomó la muñeca de Evan.

—Evan, ¿aceptas a Brenda como tu mitad perfecta para serle fiel, amarla, cuidarla, respetarla todos los días de tu vida y ayudar a sanar al Bosque Dorado?

—Acepto —dijo él con seguridad.

Aún tomándolo por la muñeca, ella movió su mano e hizo que descansara sobre la mía. Al instante, sus dedos se entrelazaron con los míos y la hoja dorada crujió en el medio. Pensé que eso sería todo, pero quedé anonadada cuando vi que la hoja se había deshecho en miles y miles de brillos dorados y encerraba nuestras manos, danzando alrededor. Luego se posaron sobre nuestros cuerpos y nuestras pieles absorbieron la purpurina.

Miré a mamá asombrada, solo para encontrarme con que el colgante que tenía alrededor de su cuello estaba brillando en tintes lilas y dorados. Las hojas de los árboles se movían, había más brillos viajando por el aire y era como si un sol poderoso estuviera penetrando las paredes que encerraban el bosque.

Y luego estaba lo que sentía hacia Evan. Pegué mis ojos a sus hermosos ojos verdes. Sentimiento tan único, sentimiento tan perfecto, tan increíble. Teníamos nuestras discusiones de vez en cuando, pero cuando nos mirábamos de esta manera comprendía que no importaban las diferencias. Éramos infinitos.

El Bosque Dorado estaba vivo y coleando una vez más.

—Evan, puedes besar a la novia.

Pero él ya tenía una mano a un costado de mi cara y se estaba inclinando hacia mí, incluso antes de que mi madre pronunciara esas palabras. La atracción era magnética cuando estábamos aquí, tan difícil de ignorar y tan difícil de mantenernos alejados el uno del otro. Me besó de manera suave, fugaz, dejándome con ganas de más. Sin embargo, entendía que teníamos audiencia y no era apropiado dejarnos llevar aquí.

Mamá nos dejó ir luego de eso, diciendo que la ceremonia estaba completa y que ahora ella necesitaba un momento a solas con el Bosque. Salimos como entramos, tomados de la mano y sonriendo.

Evan nos condujo a casa en silencio. A esta altura ya me sabía de memoria el camino del castillo hacia nuestro hogar, pero de todas maneras me gustaba observar por la ventanilla como si nunca antes hubiera estado en esa zona de Goldenwood.

Al llegar, nos encontramos con Jackie dormida en el sillón de la sala familiar, Gemma a un lado de ella durmiendo en su carriola y Sophia acostada en su pecho, dormida también. Reí en voz baja y tomé a la menor de mis hijas con el más sumo cuidado de que no despertara. Por suerte no se inmutó cuando la acomodé entre mis brazos.

Evan se acercó a Jackie y la sacudió suavemente.

—Jackie —susurró—. Jackie. Jacqueline —dijo con un poco más de fuerza al ver que su hermana no se movía.

Ella se despertó de golpe, sentándose de un salto. Me reí en voz baja al ver su cara de cansancio.

—Ve a dormir, Jack.

Me miró con los ojos entornados por el sueño y asintió, para luego levantarse y caminar como un zombie escaleras arriba. Evan tomó a Gemma en sus brazos y dejó un beso en la cabeza de Sophia antes de guiarla en el camino hacia las habitaciones. Él dejó a Gemma en su habitación, pero yo me encaminé hacia la nuestra. Sophia tenía tres meses, pero aún era muy pequeña y revoltosa para dormir sola como lo hacía Gemma. Sus personalidades eran completamente diferentes.

Busqué un pijama en el armario y luego acosté a la bebé en la cama para poder verla mientras me cambiaba. Lo mejor habría sido dejarla en su moisés, pero yo la extrañaba. Había estado la mayor parte del día arreglando las cosas para esta noche (no habían sido muchas, solo estaba nerviosa) y no pude darle la atención de siempre. A pesar de no tener la tranquilidad que Gemma había tenido a su edad, la amaba con toda mi alma y adoraba cada segundo con ella.

La volví a tomar en brazos y caminé por la habitación.

El segundo embarazo fue un poco más difícil para mí que el primero. Había prometido no beber hojas doradas y no lo hice, razón por la que siempre me dolía algo. La retención de líquido hacía que mis tobillos tuvieran el triple de su tamaño, a la noche no podía dormir porque ella se movía sin parar y de día sentía náuseas por la misma causa. Ella dormía cuando yo me movía.

Lo que más me había asustado era el hecho de que ella no se había querido dar vuelta, sino que estuvo sentada una parte del embarazo. Maïte me dijo que gateara para que ella se volteara. Lo hacía. Incluso Gemma me seguía por atrás haciendo lo mismo. Una noche, ella solita se colocó en la posición debida. Fue una sensación demasiado extraña como para describirla.

Fue muy parecido al día en que nació Gemma: todos estaban afuera esperando para conocerla, pero no quise que nadie más que Evan y Candace estuvieran conmigo. Gem la conoció el mismo día y pasó todas las horas allí con nosotros. Esta vez ni siquiera mi madre pudo entrar a saludarme. No era porque estuviera enojada con ella, sino porque no necesitaba su ayuda y no quería que nadie más que nosotros tres estuviéramos presentes.

Gemma amaba a Sophia. Al principio pensé que se pondría celosa, pero después me di cuenta de que quererla tanto y no sentir celos iba acorde a su personalidad calma y dócil. Las adoraba más que a nada en este mundo. Había tenido de miedo de no poder amar a mis dos hijas al mismo tiempo, pero descubrí que el rango de sentimientos creció muchísimo cuando tuve a Sophia en mis brazos.

Lucinda la conoció el día que volvimos a casa, y aunque se notaba que la quería con solo mirarla, era evidente que Gemma era su nieta favorita. Cuando todos nos juntábamos a cenar y estaban sus otros nietos, y a pesar de que les daba atención, sus ojos siempre buscaban a Gemma, y mi hija la buscaba a ella. Su amistad me gustaba.

La exreina había mantenido su postura desde el día en que la había visitado en ese centro. Nunca más bebió alcohol, ni solo ni con hojas doradas. Nunca más durmió en el castillo. Nunca más agredió a alguien. Esa mala persona que yo había conocido ya no estaba. Me ponía feliz admitir que pude perdonarla y ahora teníamos la buena relación suegra-nuera que cualquier familia normal tenía.

Mamá y ella se reconciliaron tan pronto Axelle pisó Goldenwood.

La vida era amena y divertida. Y ahora que habíamos curado al Bosque Dorado, todo se sentía mejor.

Evan y Sean se conocieron cuando viajamos a Nueva York y yo tenía cinco meses de embarazo. Habíamos ido solo dos semanas a pasar la Navidad y Año Nuevo; lo hicimos con él y su esposa y madre de su hijo, Rachel. El pequeño era la viva imagen de su padre, con la excepción de que su

cabello era más claro. Afortunadamente, nada de ese encuentro fue extraño. No puedo decir que ellos dos se hicieron mejores amigos, pero sí tenían una buena relación.

Al otro día, luego de almorzar y que las niñas estuvieran durmiendo la siesta en la sala familiar, Evan y yo nos sentamos en una de las sillas que estaban a un lado de la piscina. El día estaba despejado y caluroso. Él estaba en su costado acariciando mi vientre, mientras yo estaba sobre mi espalda con los ojos cerrados. Siempre hacíamos cosas así: estar tan juntos como podíamos mientras nuestras hijas dormían. Eran los únicos momentos en los que podíamos disfrutar de nosotros mismos, pues en la noche ambos estábamos muy cansados.

—¿Brenda?

—Mmm...

—¿Recuerdas el día en que te traje a esta casa por primera vez?

Sonreí.

—Nunca podré olvidar ese día.

—Fue cuando confesaste que me amabas. Nunca te lo dije, pero creo que nunca había estado tan nervioso en toda mi vida. Tenía miedo de que no te gustara el lugar, el cuarto que había preparado con Selestee para Gemma, y el nuestro. Eres tan impredecible, mujer, que nunca sé cómo reaccionarás con las cosas que digo o hago. Y, ¿sabes qué? Esa es una de las cosas que más me gustan de ti.

Abrí los ojos y lo miré, dedicándole mi sonrisa.

—Lo sé. Y te amo por eso.

—¿Porque disfruto de no saber si me tirarás a la basura o me darás un abrazo?

Reí en voz baja y negué con la cabeza.

—No, porque me amas como realmente soy, no importa qué.

Sonrió.

Se cernió sobre mí y me besó, acariciando mi cuello con la yema de sus dedos. Sus labios me transportaban a otra dimensión, en donde todo lo que importaba eran las sensaciones que sus besos despertaban en mí. Las mariposas acariciaban mi estómago, me tomaban de las manos y me impulsaban hacia el cielo. Lo amaba tanto que a veces sentía que lloraría a corazón abierto, que mis lágrimas caerían sobre su piel y le dirían que mi llanto no era de tristeza. Sollozaba por todo el amor que derramaba mi alma.

Evan y yo éramos mitades perfectas, hechos el uno para el otro y elegidos para amarnos. A pesar de haber estado en contra de todo lo que el Bosque Dorado conllevaba, aprendí a aceptar que, incluso así, nuestro amor era puro y verdadero, y nunca se acabaría.

Fin.